Un cachito
de tu
sueño...
Khali Padrón

Khali Padrón lleva ya treinta y nueve años paseando por la vida. Cambió desde muy pequeña los juguetes por instrumentos musicales y ¡además con éxito! Ya con once años componía sus propias canciones y disfrutaba del extraño don de tocar sólo de oído, desde la sensual guitarra hasta el romántico piano.

A pesar de que su faceta mas conocida es precisamente esta, la música con más de setenta composiciones, ha sabido emplear su vena artística también en la literatura.

Tras nueve años manteniendo su novela en un cajón ha decidido editarla ante las numerosas opiniones positivas de quienes leyeron el manuscrito.

Ahora, ya sea por simple curiosidad, por simpatía o por lo contrario, merece la pena que seas tú quien lo juzgue.

Para Miguel con todo mi cariño deseando que disfrute de la lectura tanto como yo disfruté escribiéndola.

Un fuerte beso.

UN CACHITO DE TU SUEÑO...

KHALI PADRÓN

© Khali Padrón, 2006
Edita: Khali Padrón
Depósito Legal: GC. 700-2006
Maquetación e impresión: Litografía Saavedra y Cia., S.L.
I.S.B.N.: GC. 84–611–3066–9

Me siento unida a ella
por lazos invisibles
que nada tienen que ver
con el sonar de cadenas...

Para tí.

I

Sonó el despertador. Abrí los ojos lentamente, como si me costara mil sacrificios despegar los párpados. Había tenido una noche terrible. Las pesadillas no me habían dejado descansar y sentía como mi cabeza daba bandazos sin haberla movido aún. Volví a cerrar los ojos y respiré profundamente. De repente recordé donde me encontraba. Giré la cabeza y allí estaba ella. Su rostro era dulce y emanaba tranquilidad, sumida en un sueño relajante, con la felicidad que se muestra en el rostro cuando la mente se desconecta del cuerpo. Ella tenía esa facilidad. Dormía plácidamente en cualquier sitio y a cualquier hora. Volví a cerrar los ojos y dejé que mi mente vagara y se perdiera por los pasillos del recuerdo. Habían transcurrido nueve años desde la primera vez que la ví. Me enamoré sin condiciones al primer instante… Uf, me estoy quedando dormida. Creo...

–¡Hola Paula! Soy yo. ¿Qué haces esta noche?– el teléfono me había sobresaltado, me latían hasta las sienes .

–¡Hola Eva! ¿Qué hora es?

–Son las doce de la mañana. ¿No me dirás que estabas durmiendo, verdad?

–¡Pues sí! Anoche salí a cenar con Ana y compañía y creo que tomé más copas de la cuenta. Todavía no me he movido de la cama y tengo resaca.

–¡Anda ya! Eso es la edad, Paula. Desde que cumpliste los treinta crees ser adulta y te tragas todo ese rollo de la vejez. ¡Venga, espabila! ¿Qué haces esta noche?

–Todavía no lo sé. Dame un poco de tiempo para recomponerme. Oye... ¿Dijiste que eras Eva?

–¡No, soy su espíritu! Claro que soy yo. ¿En quién demonios pensabas?

–En nadie. Te digo que estoy resacada y aturdida. Hasta dentro de cinco horas no recobraré el conocimiento. ¿Te importa llamarme después, bonita?

–Vale. Pero como salga el contestador me presento en tu casa y dejo el dedo pegado al timbre hasta que revientes, ¿ok? Piensa mientras en lo de esta noche... ¡Ah!, por cierto. No me llames bonita, sabes que odio esa expresión.

–De acuerdo. Cuelgo ya, a ver si con una ducha salgo del trance. Llama después. Adiós... bonita.

Sacando fuerzas de flaqueza me incorporé poco a poco hasta quedar sentada sobre la cama. Los pies me pesaban una barbaridad. Me dolían todos los huesos y parecía estar en una noria.

Muy despacito me levanté y fuí a la ducha. Era la mejor forma de reanimarme. Tenía que coger algo de tino porque conociendo a Eva no pasarían más de quince minutos sin que volviera a llamar. El agua caía sobre mi cuerpo como una catarata a presión. Esa sería la única manera de volver al mundo real. Salí del baño y fui a la cocina a preparar un buen café. Estaba agotada. El día anterior había ganado un pleito por suertes del destino, el abogado de la parte contraria no se había presentado, y para celebrarlo fuimos de cena y copas. Yo realmente no sabía bien el motivo de dicha celebración. Era mi primer juicio y lo había ganado sin que hiciera falta entablar una buena y locuaz disputa con el fiscal. Simplemente por una irregularidad, la posible contienda se vino abajo. Pero mis clientes no pensaron igual. ¡Hala, de cena para celebrarlo! Y hoy estoy pagando cara la juerguita. Creo que eran las siete de la mañana cuando llegué y las ocho y cuarto cuando por fin logré meter la llave en la cerradura y entrar en mi casa.

Acababa de encender el primer cigarrillo de la mañana cuando volvió a sonar el teléfono.

–¿Diga?...

–¿Paula?... ¿Ya saliste del coma?

–Eva, cualquier día...

–No te molestes, no, que ya estoy curada de espanto en lo que concierne a ti. Ahórrate los insultos... ¿Qué, sabes lo que vas a hacer esta noche?

–¿A qué viene tanto interés, me invitas a cenar acaso?

–¡Deberías invitar tú, que ya eres una picapleitos profesional! Además tenemos que celebrar tu primer juicio y tu primer triunfo.

–¡Déjate de tonterías! Casi no me dejaron hablar... bueno, ¿Qué pasa esta noche?

–Nos vamos a reunir un grupo de amigas. Iremos a cenar, a tomar unas copas y acabaremos en "Kronos". ¿Te apetece?

–No lo sé, Eva. Quiero estudiar un caso que me ha pasado el bufete de Miguel. Andan saturados de trabajo y no pueden con todo. La vista preliminar es el próximo martes y aún no sé ni el nombre de mi cliente.

–Oye,oye... déjate de estudios, lamentaciones y demás peroratas y estate preparada a las nueve y media. Pasaremos a recogerte sobre esa hora, ¿vale?

–Venga lo hago por ti, ¿eh? Porque eres un verdadero coñazo y me lo vas a recordar el resto de mi vida. Por cierto, ¿quiénes vamos?

–¡Ah! Es una sorpresa. No preguntes más. Luego te veo.

–¡Eva... Eva!.... – había colgado.

A Eva la conocía hacía más de diez años. Era casi imposible lidiar con ella. Tenía un carácter abierto y dicharachero. Era dueña de una pequeña empresa dedicada al mundo del arte y se tomaba la vida según le venía. Lo que más admiraba de ella es que pocas

cosas la alteraban. Nos conocimos en el instituto y enseguida conectamos, pasamos toda nuestra adolescencia juntas. ¡Cuántos recuerdos teníamos!

Casi eran las nueve y media y todavía no había decidido que ponerme cuando sonó el timbre de la puerta.

–¡Pero Paula!.... ¿Aún no te has vestido?

–Pasa y cierra –había dejado abierta la puerta e iba corriendo a la habitación– *Enseguida estoy lista.*

–Nos están esperando en el coche. Tenías que estar ya preparada. ¡Date prisa por Dios!

–¡Es que no sé que ponerme! Ni siquiera me has dicho donde vamos a cenar. ¿Cuál es el misterio?

–Ponte cualquier cosa. Sabes que todo lo que te pongas te sentará bien. Venga... ¡Acaba ya!

–Si me das prisa me entorpezco y lo sabes... Espera un momento, ya casi estoy.

–Rápido, que me vas a hacer quedar mal.

–Por cierto, ¿quiénes son esas amigas con las que voy a compartir tan apresurada velada?

–A Inés ya la conoces. ¿Te acuerdas de ella? Estaba con nosotras en clase, allá por los años treinta y hace siglos que no la veía. Anteayer pasó por la galería y nos reconocimos al instante. Empezamos a recordar lo bien que lo pasábamos y decidimos continuar con la conversación en otro lugar más distendido. Así que quedamos en ir hoy a cenar. Se acordaba de ti y me preguntó. Le conté que te habías licenciado, que eras una buena abogada y que te alegraría saber que todavía se acordaba de tus paridas.

–Ya estoy lista... ¿Nos vamos?

Eva calló al instante. Me miró fijamente y se acercó.

–Estás guapísima. Gírate para que te vea.

–Pero Eva, sólo llevo aquel traje de chaqueta que tengo desde que Alicia estaba en el país de las maravillas. Me lo has visto cientos de veces. Y aparta tus ojos de mí... no hagas que me ruborice y opte por quedarme en casa.

Eva hizo un gesto de disgusto y me invitó a salir. Apresurada cogí las llaves y pulsé el botón del ascensor.

–¡Estás radiante, Paula! ¿Cuánto hace que no nos vemos?

–¡Inés! –casi no me había dejado acercar al coche– *Tanto tiempo no hace mujer. Acuérdate de que nos vimos hará siete años en aquel cine de Triana.*

–¡Siete años! Chica, a ti la edad te mejora. ¡Estás estupenda!

–Tú también. Creo que a las dos no nos ha tratado mal el paso de los años. Casi ni se nota que ya estamos en los taitantos. ¡Ufff!...

–¡Venga chicas! Déjense de piropos y subamos al coche. Tenemos toda la noche para desangrar nuestros corazones y contarnos la vida. ¡Pero mi estómago ya pide clemencia!

Eva tenía un viejo Ford que se negaba a cambiar bajo ninguna circunstancia. Decía que tenía muchos y buenos recuerdos en aquel coche y que sólo se desprendería de él cuando quedara algo irreparable por falta de repuestos. Había gastado tanto en mecánicos que podía haberse comprado un Jaguar.

–¡Venga, Paula! Sube atrás y deja a Inés delante. Por una vez voy a cambiar de copiloto.

Al sentarme noté unos ojos negros clavados en mi.

–Paula, ella es Andrea. Comparte el piso con Inés y esta noche es la primera vez que sale de marcha en la ciudad. Es cordobesa

y hay que procurar que se sienta aquí tan a gustito que no quiera marcharse.

–¿Qué tal, Paula? Inés te ha contado en un momento lo que pensaba hacer yo durante toda la noche. Así que.. ya no sé que decir.

–¡Oh! No te preocupes, es así de espontánea. Le encanta saberlo todo de todos y lo peor es que lo cuenta.

–Y... ¿Qué hace una cordobesa por estos lares? ¿Estudiando quizás? –el corazón me latía tan fuerte que temía que pudieran oírlo. Había algo en aquellos ojos que me envolvían y no sabía el porqué.

–No. Trabajo en una entidad financiera y me han destinado a Las Palmas. Llegué ayer y apenas conozco nada. Suerte que Inés vive aquí. Nos conocimos en un viaje a Italia, en un tour de esos organizados. Entablamos conversación y disfrutamos de los espaguetis juntas. Cuando supe que me trasladaban la llamé y aquí estoy.

–Pues has tenido suerte de que Inés disponga de sitio. Aquí los alquileres están por las nubes. No sabes lo que piden por cualquier cuchitril.

–Algo de eso me comentaron antes de llegar a la isla. Muy buen clima, buena gente, playas, mucho sol,... pero la vida algo cara. Supongo que será cuestión de acostumbrarme. De todas maneras el lunes iré a alguna agencia para que me busquen algo. Pequeño, pero coqueto y luminoso.

–Creo que donde vivo se queda un apartamento libre dentro de poco. El casero es buena gente y yo me llevo muy bien con él. Quizás si le comentara que eres una ejecutiva de buen ver y que eres pariente lejana, podría conseguir que te lo alquilara a un precio asequible.

–Te lo agradecería mucho, Paula. Siempre es positivo tener a gente conocida donde una vive. Nunca se sabe si te hará falta ayuda.

–Pues no se hable más. El lunes se lo comento y ya veremos lo que pasa.

–¡Oíd chicas! … –Inés había tomado otra vez la palabra– *¿Qué os apetece cenar? Italiano, chino, carne, pescado, verduras, comidas light...*

–¡Eh, que si yo como light me lleva el viento! ¿Qué tal un buen solomillo? – a Eva la comida light le daba grima.

–Pues si estamos todas de acuerdo, vamos a "La Guaira". Andrea, tendrás oportunidad de probar las famosas papas arrugadas con mojo. Ya verás, ya. Prohibido chuparse los dedos, ¿eh? Y esto va por ti, Paula.

–Pues mira por donde, lo último que pensaba yo era que al segundo día de estar aquí me iba a dedicar a coger kilitos. Porque eso engordará, ¿no?

–¡Que va! Además con el tipazo que tienes, dudo mucho que te afecten las calorías que consumes.

–No creas Paula. Esta cinturita me ha costado muchos sacrificios. En Córdoba gusta mucho el pincho antes de comer y yo tuve que suprimirlo de mi dieta. Si no lo llego a hacer, hoy tendría las cartucheras tan grandes que cabrían dos pistolones en lugar de pistolas.

Sin darnos cuenta, habíamos llegado a Las Medianías. Era un lugar un poco apartado de la ciudad de Telde. Tenías que saber bien el camino o no llegarías, pero valía la pena desplazarte desde la capital. El solomillo a la pimienta que servían, los entrantes y el ambiente que tenía el restaurante, eran suficientes motivos para ir tan lejos. Bueno… tan lejos no era.

La cena resultó perfecta. Andrea se quedo entusiasmada con el sitio, la comida había sido excelente. Estaba sumida en la típica charla de sobremesa cuando noté, otra vez, esos ojos clavados sobre mí. Empezaba a incomodarme cuando sentí que alguien me daba pataditas por debajo de la mesa. Miré hacia Eva y con sutiles gestos me hizo una señal. Aquello lo usábamos frecuen-

temente en nuestra época de instituto. Ya casi no me acordaba de su significado. Eva intentaba decirme que había causado en Andrea un efecto más allá de la simple curiosidad. Según ella, aquello siempre se notaba. Ya habíamos discutido muchas veces por ese motivo. Se me hacía muy difícil pensar que con sólo una mirada o un gesto, pudieras conocer las tendencias sexuales de alguien. Era como llevar un cartel en la frente y las personas no éramos escaparates.

–*¿Pedimos la cuenta?* –Inés que era muy suspicaz, acababa de romper el gélido ambiente que se había creado.

–*Bien, pero la dividimos entre tres. Andrea, hoy estás invitada.*

–*¡Oh, no! Os lo agradezco pero puedo y quiero pagar mi parte.*

–*De eso nada* –contestó Inés.– *Es una costumbre que tenemos en la isla. El que viene de fuera, la primera vez no paga. Así que no protestes.*

–*Gracias... creo que me adaptaré antes de lo esperado.*

Nos disponíamos a subir al coche, cuando Eva le dijo a Inés que quería volver a recuperar a su copiloto.

–*Ahora le toca a Paula delante. Ella siempre tiene la mano preparada para coger el volante por si me despisto. Cada vez que tomo vino, me entra sueño. Pero es sólo un rato, me despejo enseguida.*

–*Eva, si no estás en condiciones conduce otra. Anda, deja sitio a Paula.*

–*¡De eso nada! Mi Ford sólo camina cuando soy yo la que manejo. De resto, ni se mueve.*

–*Pues venga, ponte en marcha. A este paso la que se quedara dormida seré yo.*

Nos estábamos acercando a Las Palmas y por el camino habíamos decidido ir a tomar unas copas al bar de unas amigas. Yo al

principio era contraria. No quería que Andrea se sintiera incómoda, pero por lo visto Inés ya le había dicho la movida que había en el bar. Así que llegamos al *"Baroa"*.

–¡Hola, ¿qué tal chiquillas?! –la que saludaba era Laly, una de las dueñas– *pensé que ya no venían.*

–¡Pues claro que venimos! Además hay una nueva amiga en el grupo y estamos enseñándole un poco la ciudad y el buen ambiente de Las Palmas.

–Hola soy Laly, ¿y tú?...

–Mi nombre es Andrea.

–Has dado con la gente más sana de isla. Pero no te fíes, que aún así acabarán por chiflarte como ellas. ¿Qué?... ¿A que he hecho buena presentación? –dijo mirándonos

–Laly, te juro que vamos a cambiar de bar. Ya la estás asustando. Andrea, espera a que empiece a hablar del zodiaco... Es su mayor droga. Así que no le digas tu horóscopo, ¿vale?... Laly, eso es para que te vayas ejercitando.

–No te preocupes. A lo largo de la noche lo descubriré... ¿Qué van a tomar?

Pedimos las copas y nos fuimos a sentar a la parte trasera del bar. Estaba lleno, como todos los sábados y la única mesa libre que quedaba la ocupamos nosotras.

–¡Hola chicas! Ya las echaba yo de menos. ¿Qué tal?

–Aquí un sábado más... ella es Andrea. Acaba de llegar y le enseñamos un poco todo esto.

–Hola, yo soy Cristina. Pero llámame Cris, como todo el mundo.

Cristina era la compañera de Laly. Se habían esforzado mucho durante años y al final habían visto recompensado su espíritu de

sacrificio. Lograron montar el bar y el éxito se había producido desde el primer día que lo abrieron.

Consiguieron hacer de aquel lugar, un club de amigos. Todo el que entraba era bien recibido y la cordialidad de las dueñas hacía que te sintieras como en tu propia casa.

Podías hablar, escuchar música e incluso jugar a las cartas. Sencillamente era un lugar cómodo y tranquilo.

–Cuéntanos... ¿Dejaste a alguien especial en Córdoba? – Inés ya estaba haciendo de detective.

–Especial... especial... no. Muchos amigos, la familia, buenos recuerdos. Pero como tampoco va a ser para toda la vida, lo llevo bien.

–¿Cuánto vas a estar aquí?

–De momento me han trasladado durante dos años. Cuando finalice ese tiempo ya se verá. Me permiten quedar hasta un máximo de cinco. Después, vuelven a trasladarme.

–Chica, entonces conocerás un montón de sitios. ¿No?

–No creas. Es la primera vez que salgo de Córdoba. Conseguí el puesto por oposición interna y sólo llevo un año ocupando la plaza. Hacía falta gente aquí y como soy la más novata, me toco a mí.

–Bueno, no te preocupes. –dijo Eva– *el tiempo pasa muy deprisa y cuando te quieras dar cuenta estarás preparando las maletas para volver a Córdoba. Cuando conoces esto, te aburres. Al ser una isla no hay mucho que ver. Además, cuando pasen los dos años, pides traslado y punto.*

Miré a Eva y le hice señas para que me acompañara al baño. Sin pensarlo dos veces se levantó y salió fuera.

–Discúlpenme chicas. Se ve que necesita aire, aquí hace mucho calor. Enseguida volvemos.

–¿Qué es lo que pasa Eva? ¿A qué viene todo esto? Primero me levantas de la cama, me das la vara para que salga… me sacas de mi casa prácticamente en volandas, me sientas al lado de Andrea y me haces señas de que es entendida… me la metes por los ojos y de buenas a primeras cambias de actitud, te pones irónica y deseas que pase el tiempo para que se largue de una vez… ¿Qué es lo que te ocurre?

–Lo siento, Paula. Pensé que podía soportarlo pero no puedo. Creí que cuando vieras que había alguien nuevo en el grupo, pensarías que quizás cabía la posibilidad de que yo estuviera con ella y así, te pondrías celosa. Pero la que tiene un ataque de celos soy yo.

–Escúchame bien, Eva. Hemos hablado muchas veces ya de esto… aquello fue un bonito error. Confundimos la amistad con el amor y lo segundo casi acaba con lo primero. ¿No crees que estamos mejor así? Ya casi han pasado seis meses, Eva. Nos llamamos, salimos juntas, somos cómplices de nuestras cosas y lo que es mejor… ¡No discutimos! ¿Por qué vuelves con esto otra vez?

–Porque te quiero, Paula. Porque el tiempo pasa y yo no olvido. Porque cuando te veo, el corazón quiere salírseme del pecho. Porque me desespero si te llamo y no estás en casa. Porque sueño contigo y porque no puedo dejar de sentir tus caricias y tus besos en mi piel. Porque te necesito...

–¡Dios!.... llevas seis meses haciéndome creer que lo tenías superado. Me has estado engañando continuamente. Creí que estábamos de acuerdo cuando lo hablamos, cuando decidimos dejar la relación. ¿Por qué me mentiste?

–Perdóname, no quería hacerte daño. Pensé que aquello se te pasaría y que acabarías volviendo conmigo. Desde entonces has estado sola y yo mantenía vivas mis esperanzas. Pero he visto esta noche como te mira Andrea y también como la miras tú a ella. Te conozco y sé que algo bulle en tu interior. Por favor, no te dejes llevar por la novedad ahora que sabes que nunca he dejado de quererte… y que nunca lo haré.

–Eva por favor, no digas disparates. Andrea se está acoplando al grupo y no tengo más intención con ella que la de intentar que lo pase bien y se sienta a gusto. ¡Estás sacando las cosas de quicio!

–¡Te conozco, Paula! Eso es lo que tú quieres creer, pero no es la realidad. Te lo veo en los ojos... algo está pasando en ti.

–¡Por Dios! Seguro que estás atravesando alguna crisis o algo así. Es absurdo que tengas celos. Primero porque sabes que con Andrea no hay absolutamente nada, segundo, porque tú y yo sólo somos buenas amigas y tercero porque estás sacando las cosas de madre y no estoy dispuesta a que me des la noche. ¿De acuerdo?

–De acuerdo... ¡Paula... te quiero!

–¡Déjalo, por favor, déjalo!

Volvimos dentro y enseguida noté la mirada de Inés clavada sobre mí. No era tonta. Sabía lo que habíamos estado hablando Eva y yo. Conocía los detalles de nuestras incursiones amorosas, y debía sospechar lo que yo nunca habría imaginado. Que Eva aún me quería. Nos sentamos y durante un rato nadie se atrevió a tomar la palabra. El aire se podía cortar. De repente Eva exclamó: *–¿Nos vamos ya al Kronos*?–Inés pareció sobresaltarse, no esperaba que alguien calentara tan pronto el ambiente.

–Aún no –contestó.– *Acabemos las copas con tranquilidad que por lo menos hasta las tres de la mañana aquello no se pone a tope. Si vamos ahora, estaremos nosotras y los cuatro incondicionales... Además no tengas prisa, tenemos toda la noche. Sigue contándonos, Andrea.*

–No hay mucho más que contar. Básicamente lo sabéis todo, pero yo no sé mucho de vosotras. ¿Quién me pone al día?

–Bueno, modestamente yo soy un genio del arte –exclamó Eva entre risas–. *Tengo una galería en el centro y las cosas no me van*

del todo mal. Sobrevivo a las adversidades y me paso el día discutiendo con los marchantes sobre el precio de las obras. En fin... después de todo creo que me va bien.

–Tu profesión debe ser muy interesante. En cambio la mía... siempre trabajando con un montón de dinero que no es tuyo...

–¿Nunca has sentido la tentación de...?

–¡Pues claro! Como en la película esa, la tentación vive arriba, en tu cabeza. Pero sólo pensar en las consecuencias se te quitan las ganas. Más vale tener poco y vivir tranquila que tener mucho y no saber dónde meterte. O esa es mi forma de ver las cosas.

–Es lo correcto –puntualizó Inés.

–Y de tu vida... ¿Qué hay? –preguntó Andrea.

–Pues lo de siempre. Toda la santa mañana en la universidad, aguantando a posibles noveles de literatura. Aunque los alumnos que me han tocado este año lo tienen difícil. Han llegado sin la suficiente preparación académica y no sé como voy a inculcarles todos los conocimientos que necesitan saber... ya veremos. Del resto siempre igual, por las tardes preparando lo del siguiente día y así, semana tras semana. Mi vida no es tan entretenida como la de ustedes.

–Pues a mí me parece alucinante. Conoces a mucha gente y deben haber mil caracteres con mil personalidades diferentes. Es una forma de estudiar psicología sin haber estado en la facultad –comentó Andrea.

–Mirándolo desde ese punto de vista, llevas razón. Pero también tiene un montón de inconvenientes. Muchos alumnos quieren acapararte dentro y fuera de clase y eso agobia muchísimo. Hay veces que me dan ganas de cerrar la puerta y no volver más. Si no fuera porque mi trabajo en sí me apasiona, hubiera tirado la toalla hace tiempo.

–Y a ti Paula... ¿Qué tal te va? Ya me dijeron que eres una abogada de éxito.

–No creas todo lo que te dicen, Andrea. Me licencié en derecho y trabajo por libre. De vez en cuando Miguel, un compañero de la facultad, me pasa algún caso que otro y con eso vamos saliendo adelante.

–¿No piensas montar tu propio bufete?

–¡Claro que lo pienso! Pero cuesta un dineral y en este momento no dispongo de suficiente liquidez como para eso. Más adelante.

–¿Por qué no te asocias al bufete de Miguel? – inquirió Eva.

–Porque el día en que me decida será sólo mío. Con Miguel hay dos abogados más y están todo el día a la greña. Es un follón tener socios. Nunca están de acuerdo y normalmente te encasillan en determinados casos y nunca avanzas. Lo mejor es ser independiente y trabajar para ti, sin tener que rendir cuentas a nadie. De hecho, Miguel tiene pensado independizarse en un par de años. Ya ves, todo el mundo quiere trabajar por libre. Ahora mismo, ese también es mi objetivo.

–Bueno, lo que importa es que te sientas a gusto con lo que haces.

Habíamos acabado las copas y decidimos marcharnos a "Kronos". Hablando se nos había pasado el tiempo e iban a dar las dos y media de la mañana. Nos despedimos de Cris y de Laly y pusimos rumbo a la discoteca.

La noche estaba tranquila. No se veía ese bullicio de gente en las calles, aunque la hora tampoco era la más indicada. Atravesamos la Plazoleta de Farrays y subimos por Franchy y Roca. Era el camino más corto. Hacía un poco de frío aunque no corriera aire, pero la tarosada y el relente de la noche se pegaba en la espalda y la sensación de humedad entumecía los músculos.

–Me gusta esta ciudad. Las tres de la mañana y cuatro mujeres solas paseando por la calle tan tranquilas. Esto en ciertas partes de Córdoba es impensable.

–Bueno, tienes que tener en cuenta que estamos en el puerto y aquí normalmente la gente sale a divertirse. Pero no creas que por ello no hay cierto peligro. Según por que zonas vayas, puedes llevarte un susto.

–¡Hala. fuerte imagen estás dando de tu capital, bonita! –protestó Eva.

–¡Paséate tú por ciertas zonas a ver si te atreves! –repliqué.

–¡Vale ya! –increpó Inés– *A ver si por pasear ahora por calles supuestamente dudosas, nos van a amargar la noche. Venga todo el mundo adentro. Ya hemos llegado.*

"Kronos" estaba a tope. Caras y más caras se confundían con las luces que emanaban de la pista de baile. Era difícil distinguir rostros familiares hasta que casi topabas con ellos. Los focos daban la sensación de que girabas sobre el mismo punto y debías poner cuidado en donde pisabas. Realmente estaba atestado de gente.

A trancas y barrancas llegamos a la cabina del discjockey. Al margen de pinchar la música, también ejercía de guardarropa. Dejamos los abrigos, si a unas chaquetas y cazadoras se les denomina abrigos, y nos ubicamos al lado de una pequeña barra que había cerca de la pista. La gente bailaba al son del ritmo que imperara en ese momento. Facciones complacidas por la música y el alcohol se movían imparables, sonrientes, relajadas con el ejercicio. Enseguida vino el camarero a tomarnos nota. Pedimos las copas, casi a gritos, y Andrea fue a bailar a la pista seguida de Eva.

–Paula... ¿Cómo lo llevas?

–¿Qué cómo lo llevo? ¡Pues me siento defraudada, engañada y bastante dolida!

–Lo siento, no pensé que te afectara tanto.

–¿Desde cuando lo sabías? Eva me dijo que te vio anteayer en la galería después de un montón de años sin verte.

–Bueno, las cosas no son así realmente.

–¡Pues ya estás explicándome como son, ¿vale?!

–Bien pero no te alteres. Eva esta hecha polvo, Paula.

–¿Qué?... Óyeme bien, Inés. Soy mayorcita para andarme con estos juegos de crías, ¿de acuerdo? Le había dado su importancia cuando antes hablé con ella en el "Baroa", pero después de lo que estoy escuchando mi paciencia y mis ánimos se están agotando. ¿Quieres explicarte de una vez, claramente y sin rodeos?

–Hará cinco meses me encontré con Eva en una cafetería de Triana. Fue algo casual. Estaba irreconocible. Las ojeras le llegaban a la comisura de los labios como quien dice, y su aspecto era el de una persona hundida. Estuvimos tomando unas copas hasta que cerró la cafetería. Después nos fuimos dando un paseo hasta el parque de San Telmo y nos sentamos en un banco a seguir charlando de los viejos tiempos. Entonces... espera...

–¿Qué os pasa chicas?... ¿No bailáis?– Andrea ya estaba algo contentilla–. *Hemos venido a divertirnos un rato, así que ya hablaréis en otro momento. ¡Venga, animaros!* –y dándose media vuelta volvió de nuevo a la pista.

–Sigue Inés.

–¿Por dónde iba?... ¡Ah, ya recuerdo! Yo sabía que entre ustedes dos había algo más que una simple amistad, lo intuía desde el instituto. No soy boba, ¿sabes? Además, parece que tenemos un sexto sentido y entre nosotras nos conocemos, así que le pregunté por ti... y ahí empezó todo.

–¿Qué empezó?

–Pues... me contó lo de tu licenciatura, lo de que eras una brillante abogada. Que apenas habías cambiado, que seguías estando tan estupenda y de repente... echó a llorar. Te juro que me quedé desconcertada, no sabía que hacer. Se trataba de una amiga a la que no veía desde hacía siglos y de pronto me encuentro con un ser desvalido que pide ayuda a gritos...

–¿Fue ahí cuando decidiste actuar de casamentera?

–¡Paula! Las cosas no son tan frías y tan ligeras como quieres pintarlas. Simplemente me encontré con una persona destrozada que necesitaba urgentemente que alguien la escuchara y yo la escuché.

–¡Vale ya! Cuéntame como llegaste hasta este punto.

–A partir de ese día, Eva y yo nos vimos casi a diario. Salíamos de compras e incluso la llegué a acompañar varias veces al psicoanalista. Pasábamos...

–¿Qué?... ¿Psicoanalista?... ¿De qué coño me estás hablando?

–Eva está mal, Paula. A lo mejor no te has dado cuenta, pero ya no es la misma. Está...

–¿Mal? ¡No he dejado de verla en todo este tiempo, Inés! Hemos salido juntas al cine, a cenar, de copas... admito que un par de veces hemos hablado del tema, pero nunca le he mentido con respecto a mis sentimientos y ella ha parecido quedar satisfecha. Hasta hoy, claro.

–Paula, Eva necesita nuestra ayuda. Necesita toda la ayuda que se le pueda dar.

–¿Y de que forma crees tú que puedo ayudarla? Hasta hace unas horas vivía ignorante de lo que se cocía a mí alrededor. Ahora me encuentro con que la que creía que era una de mis mejores amigas, no tiene claro la relación que mantenemos y lo que pensé que era un encuentro con una compañera que hace años que no veo, es una encerrona. ¿No crees que la que ahora necesita ayuda soy yo? ¿Cómo piensas que me puedo sentir?

–Paula, tú eres una persona inteligente. Con eso no quiero decir que Eva no lo sea, pero tú eres más fuerte. Sabes lo que quieres y lo que no. Tienes tu vida encaminada y eres resuelta en tus decisiones. Creo sinceramente que lo tienes mucho más fácil.

–¡Ya! Ahora soy yo la mala, la culpable de todos sus problemas, la bruja de la película...

–No se trata de eso. Supuestamente yo no debería estar hablando de esto contigo. Si Eva se enterara, nunca más volvería a confiar en mí y las cosas seguramente empeorarían.

–¿Empeorar? ¿Qué puede empeorar?

–Ella puede empeorar. Eva pasó de quererte a adorarte y de adorarte, a necesitarte. Ahora tú eres el centro de su vida. No concibe nada si no estás tú con ella. El psicólogo se lo ha dicho, no puede centrar su vida en ti. Así sólo consigue autodestruirse cada día más. Ambos le hemos explicado que el amor a la fuerza no entra y que aunque intente llamar tu atención no cambiarán las cosas, pero no lo quiere entender. Por eso, hasta hoy que ha visto en peligro lo que ella cree que es suyo, no te lo había demostrado. Quería aparentar que en ella todo iba bien, que lo había asumido, para que a tus ojos, no notaras nada.

–Bien. ¿Y Andrea? ¿Qué sabe de todo esto?

–Nada, absolutamente nada. La conocí en un tour, la trasladaron aquí y de momento se queda en mi casa. Ella sin enterarse de nada fue para Eva la excusa perfecta. Me propuso que saliéramos las cuatro a cenar. En su mente fraguaba la idea de que al ver tú a alguien nuevo en el grupo, pensaras que podía ser su última conquista y te pondrías celosa volviendo con ella al darte cuenta de que todavía la querías. Eso es todo Paula, lo prometo. No hay nada más.

–¡Pues tremenda conspiración! Y yo ahora que lo sé, me siento ridícula. ¿Qué pensará Andrea?

–Nada, porque nada sabe. Para ella es lo mismo que para ti. Un reencuentro entre viejas amigas, copas y bailoteo. No tiene mayor misterio.

–Y... ¿Qué se supone que debo hacer?

–Hay que ayudarla, Paula. Tenemos que encontrar la manera de hacerlo. Si continua así acabará volviéndose loca. Me tiene muy preocupada.

–Inés, no pensé que tuviera que dar explicaciones y menos a ti sobre este tema. Yo la quiero, pero no de la forma en que ella quie-

re que la quiera. En su momento sentí algo especial, pero acabé dándome cuenta de que esa relación sólo iba a entorpecer nuestra amistad. Nos pasábamos el día discutiendo y raramente nos poníamos de acuerdo en algo. Al final, la situación se tornó insoportable.

–Pues para ella, fue el mejor año de su vida. Además...

–¡Pero bueno! ¿Se acabó el hacer de buenas anfitrionas?... A nosotras nos tendrán que recoger con palas y en cambio vosotras estáis tan frescas. ¡Venga!... Venid a bailar –dijo acercándose Andrea.

–Vale, vale. Ya vamos... ¡Ánimo Paula, a mover el esqueleto!

La música retumbaba por todos lados. La gente se movía como podía, porque había tal cantidad de personas que aquello era pechito con pechito y culito con culito. Eva pareció mirarme con ironía, pero supuse que lo hacía porque se encontraba bailando al lado de Andrea. La música continuaba golpeando mis oídos y entonces, al terminar aquella batucada, el discjockey decidió pinchar música de la que nosotras llamábamos "chinchosa". Boney M, la banda sonora de "Grease", Gloria Gaynor, Village People, Mónica Naranjo... A los primeros compases de esta última, Eva se fue acercando a mí. Creo que el título era "Desátame" o algo parecido. Se puso a mi lado y empezó a rozarme mientras bailábamos. Normalmente le hubiera seguido el juego, pero ahora no estaba la historia como para andar con boberías. Sutilmente me fui alejando y topé de frente con Inés.

–No hagas eso –me dijo.

–Que no haga, ¿el qué?

–Salir huyendo. Se supone que no sabes nada y tendrás que actuar con naturalidad. Por favor, esfuérzate en intentar que no se de cuenta de que estás al corriente.

Sin enterarnos, Eva estaba otra vez a nuestro lado. Me giré frente a ella y seguí bailando. Sus ojos me atravesaban el alma y su mirada era cálida y sensual. Resultaba curioso, pero nunca antes hubiera reparado en ello. Pero ahora era todo diferente. Se acercó más a mí y me susurró algo al oído. No pude escuchar lo que decía pero el suave beso que me dio, si que lo sentí. Me estremecí. Hacía mucho tiempo que nadie susurraba y besaba mi quinto sentido. Debió de notarlo en la cara, porque volvió a hacerlo. Me sentía incapaz de rechazar esas muestras de cariño, así que dejé que continuaran. Se colocó por detrás y rodeó mi cuello con sus brazos. Sus pechos se pegaron a mi espalda y podía sentir a través de la ropa, el calor que desprendía su cuerpo. Sin apenas despegarse, bajó lentamente sus manos hasta mi cintura, hasta mis caderas y apretó con sublime suavidad mis nalgas contra su pelvis. Así bailamos hasta que terminó la canción.

Por momentos el calor se hacía insoportable. El aire acondicionado no estaba lo suficientemente fuerte como para abarcar toda la sala. O eso me parecía a mí. ¿Pero, habría aire acondicionado?

Ya casi eran las cinco de la mañana y el cansancio me vencía. El fin de semana estaba resultando verdaderamente agotador. Escasamente había dormido cuatro horas en dos días y mi cuerpo empezaba a pasarme la factura, así que decidí que lo mejor sería marcharse. Me quedaban menos de cuarenta y ocho horas para presentarme en el juzgado ante la vista preliminar de mi próximo caso. No tenía ni idea del nombre de mi cliente y sólo sabía por encima –me lo había comentado Miguel– que se trataba de una cuestión de malversación de fondos o algo así. En fin, tenía que prepararlo todo. El tiempo se agotaba y yo no tenía ganas de nada. Sólo quería dormir.

–*¡Eh chicas! Creo que yo me retiro* –la música apenas dejaba escuchar mis palabras.

–*¿Cómo?... ¡No te entiendo! Acércate, no voy a estar dando gritos hasta quedar afónica.*

Inés paró de bailar y vino a mi encuentro.

–¿Qué decías?

–Que yo me voy. Apenas aguanto los ojos abiertos, me estoy cayendo de sueño.

–¿Tan pronto?

–¿Pronto? ¡Son las cinco de la mañana!

–¡Sí! Pero ya es domingo y hoy no se trabaja. Quédate un poco más. Después iremos a desayunar churros con chocolate.

–¡Ni lo sueñes! De verdad, estoy súper cansada, no puedo más.

–Pues espera, voy a avisar a las chicas. Vuelvo enseguida.

Inés se acercó a la pista. Vi como Andrea me miraba mientras Inés intentaba explicarse. En cambio Eva, parecía ausente. De repente me entró un gran arrepentimiento por haberle permitido el numerito del baile. Quizás le había causado más daño. Me sentí fatal.

–Vamos a recoger los abrigos.

–¡Oh! No es necesario que ustedes se vayan. Yo pillo un taxi en la puerta y andando.

–De eso nada. Juntas nos venimos y juntas nos vamos. Ya habrán más ocasiones para ir a desayunar, ¿no?

Eva miró a Andrea con ojos endiablados. Suerte que ésta estaba de espaldas recogiendo el abrigo y no se percató de su furia. Indudablemente, lo de ir a desayunar en otras ocasiones no le había hecho ninguna gracia. Pero no sé porque motivo, me pareció que Andrea hablaba en serio.

–Inés, las dejo a ustedes primero, ¿vale? Después sigo y dejo a Paula.

–¿No es más fácil hacerlo al revés? De lo contrario tendrás que dar una vuelta enorme. Nos coge de camino mi casa, así no tendrás que desviarte tanto.

Eva hizo caso omiso a mis palabras. Tomó otra ruta y se obligó a alejarse tanto de donde yo vivía, que ahora resultaba mejor dejar a Inés y a Andrea primero. Cuando llegamos, ambas insistieron en que subiéramos a tomarnos un café, pero ni Eva ni yo hicimos intenciones de aceptar la invitación. Yo sólo quería llegar y tumbarme en la cama a dormir a pierna suelta. Necesitaba todos mis sentidos perfectamente recuperados para cuando me levantara.

–¡Paula, no olvides hablar con tu casero! Te estaría muy agradecida– gritó Andrea desde el portal.

–¡No te preocupes, lo haré hoy mismo! Mañana te llamo y te cuento lo que hay, ¿vale? ¡Hasta pronto Inés, ya nos veremos!

–¡Chao Paula! Me pondré en contacto contigo.

–¡Buenas noches! –dijeron.

–¡Buenas noches! – contestamos.

Ahora quedaba un trecho largo hasta llegar a mi casa. Eva no había abierto la boca desde que nos quedamos a solas. El viejo Ford, que casi nunca corría más de ochenta kilómetros por hora, se había puesto las pilas y deduje que debíamos ir a más de cien.

–Eva por favor, vete un poco más despacio. Prefiero llegar unos minutos después que no llegar nunca.

–Lo siento. Inés dijo que estabas agotada y querías descansar. Sólo pretendía llegar lo antes posible, perdona.

–De acuerdo. Gira ahora a la derecha y tomemos un atajo, en dos minutos habremos llegado.

Ya en la puerta y cuando creía que Eva iba a arrancar, se bajó del coche. Se acercó a mí y sin pensarlo dos veces me dio un beso en los labios.

–¿Puedo pasar aquí la noche? No me apetece seguir sola hasta mi casa. Además me encuentro algo mareada y no quisiera coger el coche de esta manera. Igual como voy sola, me quedo dormida.

–No creo que estés tan pasada. Venga, vete ya que si te amorriñas es peor.

–¡Que no, que es en serio! Necesito descansar un rato. Se me ha bajado la adrenalina, estoy desganada y tengo algo de sueño. No quiero coger el coche así. ¿Puedo subir?

–¡Hala, sube! No quiero tener remordimientos si te pasara algo. No se como te las arreglas, pero siempre acabas haciendo lo que te la gana. Date prisa antes de que me arrepienta.

Subiendo en el ascensor, sentí que estaba haciendo mal a pesar de todo. De alguna manera sabía lo que pasaba por la mente de Eva en aquellos momentos. No me acababa de creer que se encontrara en tan pésimas condiciones como para no poder llegar sola a su casa. La había visto muchas veces "contentilla" y su dominio al volante era perfecto. Algo me decía que esa noche, tampoco iba a descansar. Quizás eran imaginaciones mías, quizás estaba predispuesta a esos pensamientos debido a mi conversación con Inés. De todas formas, no iba a permitir que Eva volviera a sacar el tema otra vez a debate. Por esa noche, ya había tenido suficientes emociones.

El ascensor llegó a su destino. Cualquier día me quedaría trabada en él. Tenía tantos años como el edificio y desde que yo vivía allí, nunca había visto a un técnico revisándolo. Cuando menos lo esperara, me vería obligada a subir por la escalera. Aquello se estaba cayendo de puro uso.

Me costó abrir la puerta. Debí olvidarme de cerrar la ventana y la corriente creada hacía fuerza al intentar abrirla. Entramos y efectivamente, la ventana estaba abierta.

Me quité los zapatos por el camino y dejé que mi cuerpo se tirara sobre el sofá de la sala de estar. ¡Estaba hecha polvo! Eva parecía

estar más animada, como había supuesto yo y se dispuso a preparar café. No me apetecía demasiado pero por no discutir, lo acepté. Aquello cayó en mi estómago como una bomba. Me sentía pesada y me entró un calor inesperado por el cuerpo. Debía ser que el café estaba poco menos que hirviendo. Opté por ducharme, así acabaría relajando mis músculos hasta quedar inservibles. Sí, eso es lo que haría.

–Ya sabes donde están las sábanas. Yo me voy a la ducha, no puedo más.

–¿Qué sábanas? ¿No has hecho la cama?

–La mía sí, pero la del cuarto de invitados está por hacer. Sólo tiene puesta la colcha, debajo no hay nada. Pon tu misma las sábanas que ya voy derechita al baño.

Abrí el grifo y tuve la tentación de poner el tapón y darme un baño de espuma, pero seguramente habría acabado quedándome dormida sumergida en el profundo bienestar que eso conlleva. No, lo haría en otro momento. El agua caía sobre mi pelo dejando que resbalara por los hombros para acabar mojando todo mi cuerpo. Indudablemente, después de aquello dormiría como una bendita.

–Eva... ¿Estás ahí?

–Sí, lo siento. No podía aguantar más, necesitaba entrar al baño. Ya sabes, con tanto líquido me estaba reventando.

–Mientras acabas cierra la puerta, hace corriente y voy a coger una pulmonía... !Ah! Por favor, mira si quedan toallas en el armario. Creo que todavía no las he colocado y están en la solana.

–Pues llevas razón, no hay ninguna. ¿Te traigo?

–Serías muy amable, no me apetece ir chorreando a por una. Gracias.

–Ya salgo. Vuelvo enseguida con la toalla. No te vayas, espérame.

–¡Já, que graciosa! Anda vete, que ya me estoy quitando el jabón.

La puerta se cerró. A fin de cuentas, me había ahorrado el tener que ir escurriendo agua por toda la casa hasta llegar a la solana. Mira por dónde, dice el refrán que no hay mal que por bien no venga. La puerta se abrió y volvió a cerrarse.

–Ya estoy aquí. ¿Dónde te la pongo?

–Déjala encima del lavamanos, gracias.

–Quizás me duche yo ahora. De haberlo pensado antes, lo hubiéramos hecho juntas.

–Lo dudo. Además ya termino. Voy a ir derechita a la cama, seguramente hasta con los ojos cerrados. Ya no puedo ni abrir los párpados.

Inconscientemente descorrí la cortinilla del baño y cogí la toalla. Eva estaba justo frente a mí, desnuda, como esperando a que yo saliera a su encuentro.

–Lo siento, no pensé que aún estuvieras aquí.

–Y... ¿Dónde iba a estar si no?

–Pues haciendo tu cama, supongo. ¿Ya la hiciste?

–Estás encantadora, Paula. No has perdido ni un ápice de tu belleza. Es más, creo que la edad ha hecho que tus pechos se fortalezcan, que tus muslos se hayan tornado más prietos. Realmente así, con el pelo mojado caído sobre los hombros, estás increíblemente preciosa.

–¿Pero qué toalla del demonio me has traído? Es pequeña... pásame una grande por favor.

–¿Acaso crees que ha sido una equivocación involuntaria? No querida, deseo tanto estar contigo que voy a meterme ahí dentro inevitablemente. Yo también necesito una ducha.

–No lo hagas, Eva. Esto no me está gustando. Pásame una toalla grande y espera fuera a que salga, ¿vale?... ¡Por favor!

Mis palabras debieron llevárselas el viento. Me miró y entró en la bañera. Yo no tenía un jacuzzi, así que me rodé lo más que pude para que el roce entre nosotras fuera mínimo. Pero Eva quería todo lo contrario.

–Bueno... ¿Qué es lo que buscas?

–Ya sabes lo que busco. Te busco a ti.

–Realmente creo que no exagerabas cuando decías que estabas algo bebida. No puedo encontrar otra explicación a tu forma de comportarte.

–¡Pues estaré bebida! Me siento arrebatadoramente cautivada por ti, Paula. Lo he intentado todo pero no puedo. Y como no puedo, me dejo llevar.

–¿Y crees que yo voy a hacer lo mismo? –su cuerpo estaba pegado al mío y yo notaba un pequeño temblor en mi voz.

–Deberías hacerlo. No te estoy pidiendo ningún tipo de compromiso. Sexualmente, y tú lo sabes, nos llevamos estupendamente. ¿Por qué no habríamos de practicar un poco de sexo? Después de todo, te prometo que ninguna de las dos dejará embarazada a la otra...

–¡Deja de decir estupideces, sabes que no se trata de eso!

–¿De qué se trata entonces?

–¡Pues que no me parece bien que vayamos a hacer el amor cuando verdaderamente entre nosotras, sólo hay una bonita historia de amistad... o eso creo.

–Lo cortés no quita lo valiente. Somos humanas y tenemos apetencias sexuales, como todo el mundo.

–¡Ya. Pero no me parece bien hacer el amor con mi mejor amiga.! Yo quiero hacer el amor cuando esté por lo menos ilusionada con mi pareja.

–Deja lo correcto a un lado. Eso no tiene nada que ver. Además no me niegues que antes, cuando bailábamos, no te gustó lo que hicimos.

–¡Pues no me gustó! Fue de mal rollo por tu parte.

–¡Eso es mentira! Sentí el calor de tu cuerpo, noté tus músculos tensos esperando un respiro. Si llegamos a estar solas te hubiera hecho el amor allí mismo, créeme. Y no te hubieras resistido.

–Creo que ya está bien. Déjame espacio que salgo, me voy a acostar. Buenas noches.

Decididamente había sido un error permitir que Eva pasara la noche en mi casa. No sabía la forma de parar aquello. Pero fuera como fuese, lo peor de todo es que sabía perfectamente lo que hacer para despertar mis instintos sexuales. Y en ese momento no quería. Después de saber lo mal que lo estaba pasando, no debía darle ningún tipo de esperanzas y entre ellas también se encontraba el sexo. Podía confundirse en algún momento y yo no quería que eso pasara. No quería… No.

Me metí en la cama y me acurruqué. Era reconfortante el calorcito que se experimentaba allí metida. Además, el cansancio me estaba derrotando. La ducha había sido todo lo efectiva que había imaginado. Me di la vuelta y me dormí. Desconectada.

Soñaba que alguien acariciaba mi espalda. No podía ver su rostro, pero aquello no era ningún deseo preciso. La sensación de las caricias se extendían por todo mi cuerpo. Una mano recorría mi cuello, mis hombros, jugaba con mi pelo, bajaba por el torso hasta llegar a mi cintura y seguía bajando hasta mis nalgas, mis muslos, mis pies. Mi cuerpo respondía ante cada una de esas caricias. Parecían reales. ¿Estaba soñando?... No sin cierta resistencia abrí los ojos.

–*¿Eva?... ¿Estás dormida?* –grité dirigiendo mi voz hacia el cuarto de invitados.– *¿Eva?*

Un suave beso en mi nuca fue toda la respuesta. Me giré sobresaltada.

–*¿Qué haces aquí?*

–*Llámalo violación, falta de respeto o como te de la gana. Voy a hacerte el amor. Y sé que tu también me deseas. Respondes a todos mis estímulos, no intentes negarlo. La evidencia es la evidencia... ¿Comprendes?*

–*¿Qué crees que vas a sacar con todo esto?* –Mi voz flaqueaba.–

–*Nada. Simplemente voy a amarte. Yo lo necesito y tú lo deseas. No te pido ningún tipo de compromiso. Sólo déjate llevar...*

En el fondo y aunque me costara admitirlo, Eva tenía razón. Sus caricias habían conseguido excitarme. Después de tanto tiempo, creo que cualquiera lo hubiera hecho. Pero yo no me iba con cualquiera. Si era una mujer adulta, como tal iba a comportarme. Allá cada cual mañana con sus pensamientos. Hoy y después de mucho tiempo, iba a pensar en mí. Sí, le haría caso. Me dejaría llevar.

–*Haz lo que quieras* –contesté.– *Supongo que lo harás de todas formas.*

Eva tenía y ponía arte en lo que hacía. Acariciaba con la suavidad de la que es una experta en obras exquisitas. Yo continuaba boca abajo. Me estaba dejando llevar. Eva se arrodilló con delicadeza, mucha delicadeza y se dejó caer sobre mis pantorrillas. Sus manos se deslizaban por toda mi espalda. Sus suaves besos recorrían mi torso con extremada ternura. En esa posición, notaba

como mi corazón galopaba fuertemente. Eva estaba consiguiendo que la excitación fuera cada vez mayor, más intensa. Instintivamente, me giré boca arriba. Ella pareció desconcertarse. Creo que hubiera preferido estar un ratito más en aquella postura. Pero yo quería verle la cara. Quería ser consciente de todo.

Quería...

Eva acariciaba mis pechos. Jugueteaba con mis pezones y besaba mi estómago. Sabía como hacer crecer mi absoluta excitación. Y obviamente, lo estaba logrando. Deseosa, como una leona en celo, la busqué con mi boca. Y ella respondió. Su beso era ardiente y a la vez pasional. Su lengua se mezclaba con la mía dejando en mí la más grata de las sensaciones. Su boca era maravillosa. Y Eva era consciente de ello. Bajó hasta mis pechos y los besó. Mordía y lamía mis pezones como si fueran el mejor manjar de su vida. Yo me encontraba en el séptimo cielo. Siempre me había gustado su forma de amarme. Mientras su boca jugueteaba con mis pechos su mano acariciaba mi cintura, mis caderas, mis muslos. Lo hacía con tanta suavidad, que parecía que sus dedos flotaban sobre mí. Su mano se acercó a mi pubis y jugueteó con el vello. Abrí las piernas. Ella afortunadamente, lo captó al instante. Hizo exactamente lo que yo quería que hiciera. Sus dedos, se abrieron paso entre mi espesura y exploraron mi más íntimo secreto. Mi lívido se disparó y dejé que mi cuerpo gozara sin reparos de aquellos gratos y placenteros momentos. Su boca fue bajando de mis senos hasta mi pubis recorriendo cada centímetro de mi piel. Yo casi ya ni controlaba. ¡Estaba deseándolo!... Ella, lo sabía. Con sublime suavidad, dejó que su boca se apretara contra mi sexo. Abrió mis piernas y entonces...

Oh! Estoy en los cielos....

Su lengua exploró mi más intrínseco recodo. Me besaba, lamía, mordía. Volvía a besarme, a lamerme, a mordisquearme con la avidez de quien desea absorberlo todo. Yo me sentía depender.

Estaba a su merced, a lo que ella quisiera. Su lengua no dejaba de moverse al tiempo que con sus manos apretaba dulcemente mis pechos. Mis manos estaban sobre su cabeza, animándola a seguir llevándome a lo infinito. Estaba increíblemente húmeda. Su boca seguía en mi interior haciendo desaparecer todos los temores que había tenido hacía menos de quince minutos. Todo me daba igual. Deseaba que me amara sin importarme las consecuencias. La deseaba de cualquier forma.

Su boca dejó paso a sus dedos y mientras bebía de mi fuente, sus dedos jugaban con mi clítoris. Creí desmayar. Hacía tanto tiempo... no cabía duda, me conocía a la perfección. Eva seguía explorando mi interior. Su lengua seguía arrastrándome a la pasión y sus caricias clitorianas me centraban en la mayor de las sabidurías. Mis caderas empezaron a moverse, meciéndose a su voluntad. Eva, levantó la cabeza y me miró. Volvió a bajarla y en un suave instante dejo que sus dedos exploraran mi interior… ¡Dios!, creí morirme de placer. Los introdujo con exquisita sabiduría, mientras su lengua jugaba ávidamente con mi clítoris. Mis caderas ya no tenían freno. Subían y bajaban si parar, indicándole la intensidad que necesitaba en cada momento. La sentía dentro de mí. Podía notar como me poseía y me elevaba hasta las cimas más altas. Ya no tenía control sobre mi cuerpo. Deseaba abrir la puerta de mi alma y que ella saliera a sus anchas, que se paseara por lo virtual y lo infinito. El placer era extraordinario. Suavemente seguía penetrándome el compás de mis caderas. Su lengua mordaz, lamía mis encantos sin perder el ritmo. Mi cuerpo empezaba a notar ese temblor que precede al orgasmo. Mis caderas comenzaron a subir y a bajar con movimientos rítmicos y rápidos. Más deprisa, más deprisa...

Mi cuerpo y mi mente cayeron al vacío. El corazón me latía salvaje y desenfrenado. Tenía que calmarme. Me había proporcionado el mejor orgasmo de los que guardaba en la memoria. Eva, como siempre, era una amante magnífica.

La sensación de desahogo había sido más que placentera. Sentía un ligero dolor en la parte posterior de mis rodillas pero eso se explicaba con la evocación de las flexiones acontecidas momentos antes. Con el recuerdo me entró un escalofrío que recorrió mi cuerpo desde la espalda hasta el cuello. Sin duda tenía ganas de ser nuevamente amada, pero apenas me quedaban fuerzas. Me di la vuelta y mi cuerpo quedó de espaldas a Eva. Necesitaba cambiar de postura. Cuando salí de mi plácida vuelta al mundo real, ella acariciaba mi espalda. No había dicho nada, ni siquiera insinuó querer recibir de la misma forma en que había dado. No pasaron más de cinco minutos y me quedé dormida. Cuando desperté eran las tres de la tarde.

La luz se reflejaba en el espejo. Se habían colado pequeños fogonazos a través de las cortinas del dormitorio. Volví la cabeza y Eva no estaba. Me levanté al tiempo que desperezaba mi cuerpo aún dormido. Fui al baño y me lavé la cara. O eran cosas mías o la imagen que veía en el espejo tenía mejor aspecto que el día anterior. Abrí la boca y me dediqué una amplia sonrisa. No había ninguna duda, tenía mejor aspecto.

Mientras preparaba el café, observé el sobre que había encima de la nevera. Estaba muy bien colocado, apoyado sobre una cesta de mimbre con frutas. No recordaba haber puesto nada ahí. Lo cogí y entonces supe que no estaba loca ni nada parecido. Era una nota–carta de Eva a mi nombre.

"¡Buenos días cariño! Me daba pena despertarte esta mañana cuando me fui. Quiero que sepas que me has hecho la mujer más feliz del mundo. Esta noche, he vuelto a sentirte conmigo, a mi lado. He vuelto atrás en el tiempo, cuando tú y yo nos comíamos el mundo. Cuando no nos hacía falta salir de casa para estar juntas, cuando creíamos morir la una sin la otra. Te he estado observando, no podía dormir y sentir que probablemente esta fuera la

última vez que compartiría contigo momentos tan dulces y delicados. Momentos de ternura y pasión desenfrenada, momentos incalculables de placer. Porque aunque tú anoche no me hayas amado, me has dado el mayor orgasmo del mundo. Has llenado mi vida con tanto placer al sólo escucharte, que ya nada tendría tanto efecto en mí como tú has tenido... Me marcho con la alegría de haberte querido como a nadie y con la certeza de que anoche, aunque sólo fuera anoche, te lo he demostrado. Has sido la mujer más importante de mi vida... ¡Qué digo! La persona más importante. Pero te quiero demasiado como para intentar comprender que lo de anoche fue sólo un espejismo que no iba a durar cuando despertaras. Por eso, no quise que salieras de tu sueño. Quería guardar en mi memoria tu rostro dulce y relajado. Quería pensar que todo era igual que antes. Quería...

Paula, sin ti mi vida no tiene sentido. Ya ves, sin proponérmelo te hice pasar un mal rato con mis celos absurdos. Porque sé que sobre tu vida ya no tengo derechos y aunque absurdos, para mí son inevitables. Quiero agradecerte el año maravilloso que me hiciste pasar, decirte que me siento muy orgullosa de ti, de lo que has conseguido en la vida. Lo que más siento es que me apartaras de ella y no pueda vivirla contigo. Tampoco quiero dejar atrás las emociones que me proporcionaste anoche. Fue realmente fantástico. Bueno, creo que me estoy extendiendo demasiado y esa no era mi intención. Tampoco puedo empezar de nuevo por miedo a que despiertes. Paula, gracias por todo. Una vez te dije que te querría hasta la muerte y hasta la muerte te he querido.

Gracias por dejar que te conociera y te amara. Gracias...

TE QUIERO.

EVA"

Por momentos creí que me faltaba la respiración. Noté una sensación de ahogo, como si me escaseara el aire. Me levanté y abrí la ventana de la cocina. Todo esto no era real, no podía ser lo que estaba imaginando. Dejé que mis pulmones se llenaran bien de aire y expiré con fuerza. Necesitaba oxigenarme. Toda la casa estaba impregnada de su perfume. Hasta ese momento no me había dado cuenta. Olía a Eva por todas partes.

El ruido del café cayendo sobre la cocinilla me alertó. Apagué el fuego y dejé que la cafetera se enfriara antes de retirarla. Oía su voz, olía su perfume, notaba su presencia. Eva estaba en algún lugar de la casa, observándome, ávida de saber mi reacción. Sí, era eso. Tenía que ser eso.

–¿Eva? ¡Sal ya de donde estés! Ya me has dado un buen susto, ¿no crees?

–Silencio.–

–¿Eva? Venga ya está bien de bromas. Se perfectamente que estás aquí, en algún lugar de la casa. Voy a buscarte...

En ese instante sonó el teléfono. Al levantar el auricular ya habían colgado. Ahora sonaba el timbre de la puerta.

–¿Quién es?

–Abre, soy Inés.

–¿Inés? –abrí sorprendida.– *¿Qué te trae por aquí?*

–Tenemos que hablar. Humm... Huele a café. ¿Puedo? –dijo dirigiéndose a la cocina.

–Claro, sírvete tu misma. ¿Qué ocurre?

–Sentémonos un momento. Los ascensores me dan pánico y he subido por la escalera. Ya no estoy para estos trotes... ¿Eva está aquí?

–¿Por qué me preguntas eso? ¿Qué pasa? Cuando me desperté ya no estaba.

–¿Cuánto hace de eso?

–No sé, veinte minutos quizás. ¿Por qué?

–¡Dios mío! Entonces... entonces es su coche... –Inés rompió a llorar– *Es su coche...*

–¿Qué es lo que ocurre? ¡Maldita sea, me va a dar algo! ¿Qué pasa?– mi voz temblaba ante el inminente llanto– *¡Inés, por favor!*

–Lo escuché a media mañana en la radio –contestó a duras penas, compungida por el llanto.– *Un coche se precipitó al vacío por el puente de Silva. La única ocupante no sobrevivió. Dieron la matrícula y las iniciales de la víctima. La policía cree que fue un suicidio... ¿Por qué señor, por qué?*

Mi mente se nubló. Sólo sentí que caía a las profundidades, que mis piernas no respondían y que volvía a quedarme sin aire. Me había desmayado.

Cuando recobré la conciencia me hallaba en el "box" de un hospital. Inés estaba a mi lado con mi mano entre las suyas fuertemente apretada. Tenía una mascarilla de oxígeno colocada sobre mi cara y el elástico me molestaba.

La cabeza me daba vueltas y sentía un dolor agudo en el corazón. Todo era verdad. Eva había muerto.

Dos días mas tarde fue su entierro. Los médicos me habían aconsejado reposo y sobre todo, no exponerme a emociones fuertes. Pero nada ni nadie hubiera podido evitar que le diera mi último adiós. Bajo un sol que no hacía justicia al dolor que sentíamos todos los allí presentes, Eva hizo su último recorrido.

Yo encabezaba el cortejo fúnebre junto a la familia. Ellos así lo habían querido. Iba en volandas, sostenida por Inés y Andrea que complacientemente hacían de punto de apoyo. Casi no rozaba el suelo. No podía creérmelo, no podía. Miraba alrededor y todos sus amigos estaban ahí. Ella era vital, estaba llena de vida y esa alegría que emanaba la convertía en un ser especial para mucha

gente. Y toda esa gente estaba ahora allí, mostrándole su respeto y su dolor. El calor era insoportable y en cambio, nadie faltó a su última cita.

A medida que nos íbamos acercando a su postrero destino, sentía que mi corazón latía con más fuerza. Mientras la tuviera allí delante mía, sabía que estaba con ella y sabía que ella también estaba conmigo. No nos habían permitido verla. Le practicaron la autopsia y nos la devolvieron en un frío ataúd cerrado apenas una hora antes de su entierro. Nadie la vio.

Todos la recordábamos como era, con su encanto natural y sus bellos ojos pardos. Y así tenía que ser. No hubiese querido que los demás la hubiéramos visto destrozada. Hasta el último momento quiso ser coqueta. También aquello, a sabiendas de que le practicarían la autopsia, lo había dejado escrito en una nota dentro de su cartera. Mientras yo dormía plácidamente, su mente se dedicaba a trazar el plan. Un maldito plan. ¿Y si no hubiera estado tan cansada? ¿Y si no me hubiera quedado dormida? ¿Habría ocurrido esta desgracia? Mil y una vez me preguntaba lo mismo. ¿Podría haberlo evitado?

No recuerdo haber sentido tanto dolor en la vida. En aquél lúgubre habitáculo iba a quedar para siempre la mitad de mi vida y la mitad de mi corazón. Eva me había brindado su última copa, su último susurro, sus últimas palabras... y con ello había logrado que mi corazón se destrozara. Después de todo, se había ido dejando en mí su recuerdo permanente, aposta, de la mejor manera que encontró para no sentirse olvidada. Ella sabía bien que haciendo eso, nunca jamás podría apartarla de mis pensamientos. De alguna manera lo planeó para permanecer en mi memoria durante el resto de mi vida.

II

Los días posteriores al entierro fueron una verdadera pesadilla. Me había quedado en casa de Inés, acomodada como podíamos, porque también estaba Andrea. Debido a las circunstancias no había hablado con el casero, tenía miedo de volver a mi piso. No sabía si su olor, su presencia se habría desvanecido. Todo lo había tocado horas antes de su muerte y la policía no dejaba de acosarme con interrogatorios apoyándose en la base de que yo era la última persona que la había visto con vida. Refugiada en casa de Inés, donde todo me era desconocido, el dolor parecía menos intenso. Pero era hora de volver a mi casa, no podía continuar escondiéndome siempre.

Andrea abrió la puerta. Le había dado las llaves puesto que yo no tenía fuerzas para hacerlo. Apoyada sobre Inés, atravesé el dintel. Todo estaba como yo la había dejado. La sala algo tirada, la cocina con las tazas de café en el fregadero... No deseaba entrar en mi dormitorio. Si la casa seguía igual, significaba que mi cama seguiría revuelta y que su aroma aún habitaría entre mis sábanas. Le pedí a Andrea que abriera todas las ventanas. Quería que el aire invadiera todos los rincones y se llevara aquel olor a desesperación y amor truncado. Eva había dejado su rastro por toda la casa.

Recostada en el sofá las ideas iban y venían a mi cabeza martilleándome los sentidos. Los médicos dijeron que de alguna forma me encontraba en un estado de shock emocional y que se me pasaría con mucho reposo, tranquilidad y por supuesto tiempo. Tiempo...eso precisamente era lo que yo necesitaba para encajar el tremendo golpe que me había deparado la vida, el destino, Eva...

Mientras divagaba en el sofá, Inés y Andrea se dedicaron a recoger un poco la casa. Sutilmente habían cambiado hasta las sábanas. Sí, eso sobre todo. Quitaron las fotos que aún adornaban las paredes de la entrada, las de encima del mueble del salón, las del aparador del vestíbulo... nunca me molestó tenerlas. Después de todo, mi relación amorosa con Eva no había acabado del todo mal. Seguíamos siendo amigas y aquellas fotos formaban parte de mi pasado. Pero ahora que lo pienso, debería haberlas quitado.

Quizás el verlas expuestas, impunes al paso del tiempo, habían confundido a Eva llevándola erróneamente a creer que mis sentimientos no habían cambiado. No lo sé, de todas maneras ahora estaba confusa. No debía pensar... no debía.

Agradecí eternamente todo lo que mis amigas estaban haciendo por mí, no tenía el valor necesario para hacerlo yo. No era quitar simples fotos o cambiar sábanas. Se trataba de guardar un pasado doloroso, un pasado que se me venía encima con total incoherencia. Pero por mucho que quitara fotos, lo que verdaderamente quería era guardar en un baúl toda mi vida anterior. Tenía que tomar en consideración la idea de mudarme a otro sitio. No era descabellado pensar así. Aquel piso tenía la esencia de Eva en todas sus habitaciones. Ella lo había decorado todo con sumo buen gusto y varios cuadros de artistas noveles llenaban las paredes. Los compraba para ayudar a los jóvenes pintores, aunque ella se excusaba diciendo que algún día, aquellos lienzos tendrían mucho valor. Pero yo sabía que llegado el momento, sería incapaz de venderlos. Eva... ella era así. Intentaba ayudar a todo el que se cruzara por su camino. Eso me había llamado la atención desde el primer día en que la conocí. Siempre estaba dispuesta a echar una mano, siempre.

Debían de haberme suministrado algún tipo de sedante porque cuando desperté eran las once de la noche. Me dolía el cuello de estar tanto tiempo en la misma posición. Inés y Andrea hablaban en voz baja.

–Lo siento, me quede dormida.

–No te preocupes. Necesitabas descansar, estabas agotada. Lo mejor es que te des una ducha y sigas durmiendo. Mañana te encontrarás más restablecida, ya verás.

–Todavía no me lo creo. Tienes razón, voy a darme una ducha.

De camino al baño me fijé en el contestador. El número nueve parpadeaba sistemáticamente. Me había olvidado por completo de revisar los mensajes. No importa lo haría después.

Ciertamente la ducha me había reconfortado un poco. Oía voces fuera, no presté atención porque supuse que serían ellas hablando. Pero… ¿Inés hablaba sola? Agudicé el oído.

–Está mejor. Todo es cuestión de tiempo… No, no. Ahora está en la ducha. Se quedó dormida en el sofá. Descuida, se lo diré…

–¡Inés, ¿con quién hablas?!

–Espera un momento… ¡Es Miguel! – contestó.

¡ Dios! Me había olvidado por completo de la vista preliminar. Había dado plantón al cliente y los socios de Miguel estarían cabreadísimos. Tenía que ponerme en contacto con ellos desde que tuviera ánimos. Eso es lo que haría. Cuando tuviera ánimos…

–Dile que en otro momento hablo con él. Ahora estoy enjabonada y no puedo salir. Pregúntale dónde está, lo llamo en quince minutos.

–Dice que te llama en quince minutos. Sí, se lo diré… Gracias por preocuparte, Miguel. No, no estará sola. Nosotras pasaremos aquí la noche, sí… descuida, si es preciso te llamaré. Vale. Chao.

–¿Has colgado? ¿Qué te ha dicho? –grité desde el baño.

–Que no te preocupes por nada, que lo importante es que te recuperes y que sigas las instrucciones del médico al pie de la letra.

–¿Estaba en su casa o en el bufete? –volví a gritar.

–No está en ninguno de los dos sitios. Está cenando con unos amigos y se excusó un momento para llamarte. Supuso que igual a esta hora estarías en casa. Creo que los nueve mensajes que parpadean en el contestador son suyos. Dijo que había intentado hablar contigo un montón de veces.

Salí de la ducha y fui a la cocina. Andrea había preparado una sopa de sobre que quedaba en la despensa. Me apetecía tomar algo caliente y no dudé cuando la sirvió sobre la mesa. Inés se unió a nosotras.

–Gracias por estar aquí y gracias por no haberme dejado sola estos días. No sé como podré corresponder a tanto apoyo, de verdad.

–Déjate de tonterías, las amigas estamos cuando tenemos que estar y punto. ¿Verdad Andrea?

–Claro, de eso no cabe la menor duda. Cuenta conmigo... con nosotras, cuando nos necesites. No tengas reparos en llamar, ¿de acuerdo?

–De acuerdo.

Por la mañana todo era diferente. Tenía la sensación de encontrarme en otro lugar, aquello no parecía mi casa. Las paredes quedaron medio vacías a consecuencia de la "limpieza" que habían hecho. Me sentía rara, incómoda en mi propia casa.

Inés desayunaba cuando entré en la cocina.

–Buenos días... ¿Cómo amaneciste?

–Mejor, gracias. Aunque tengo la sensación de estar en un lugar desconocido. Supongo que me acostumbraré. ¿Y Andrea?

–Hoy tenía reunión con los jefazos y tuvo que salir un poco antes. ¿Qué quieres desayunar?

–Debe quedar poco para elegir. Todavía no he hecho la compra y ya se estará notando la escasez. Un poco de café no vendría mal.

–Bien. Oye... ha pasado más de una semana. Creo que deberías plantearte volver a trabajar, eso te ayudaría.

–Supongo que sí, pero todavía no estoy preparada. No duermo bien y mi mente no está lo suficientemente clara como para enfrentarme a ningún cliente impaciente por solucionar su vida. No estaría al nivel y eso repercutiría en mi futuro profesional. Voy a tomarme un poco más de tiempo.

–Como quieras pero estás cometiendo un error. El trabajo te impediría pensar en lo que te está consumiendo. ¿No te das cuenta? La vida sigue, el mundo gira, todos siguen su curso.

–Y tú... ¿Cuándo tienes que incorporarte?

–Oh, yo no tengo problemas. Mientras siga pagando a mi sustituta puedo faltar sin que tenga que preocuparme mucho en volver. De momento y hasta que tú no te decidas, yo tampoco decidiré. ¿Te parece bien?

–Pienso pagarla yo. Al fin y al cabo es por mí por lo que haces esto. ¡Ah!... Y no admito discusión, ahórratelo.

–Me alegra comprobar que empiezas a ser la misma Paula de siempre. Creí que nunca volvería a ver tu mal genio. Ha sido un placer Sra. Letrada, encantada de saber que existe.

–¿Cachondeo?

–¡Oh no! Simple fantasía pueril. No te ofendas.

A media tarde, aprovechando que Inés había ido a echar un vistazo a su casa, bajé al supermercado. Hice una buena compra y pedí a los muchachos que la subieran a casa. Todavía no había recuperado las fuerzas necesarias para cargar con tanto peso. Total, por un par de euros no movía un sólo músculo.

Cuando llamé a Miguel se mostró muy comprensivo. El mismo se encargó de ir a los tribunales por mí. Sé que tuvo que hacérse-

le complicado, pues estaba hasta los topes de trabajo. Quería que empezara cuanto antes. Al igual que Inés, opinaba que eso era la mejor terapia. Y yo comenzaba a creer lo mismo. Sí, el próximo lunes me incorporaría al trabajo.

El fin de semana había pasado muy lentamente. Todo volvía a mi memoria con más fuerza cada domingo. Era como si volviera a vivir cada momento, cada instante. Leía una y otra vez su carta, quería encontrar en ella algún indicio de locura, de cordura, de culpa…

No le había hablado a nadie de la carta de Eva. La guardaba en la caja fuerte y ni siquiera Inés sabía de su existencia. Era algo privado, algo que habían escrito únicamente para mí y no iba a dejar que nada ni nadie alterara esa privacidad.

III

Como bien decían todos, la vuelta al trabajo fue un desahogo. No creí poder tomar las riendas tan rápidamente, pero no me conocía bien. En un par de horas me puse al día. Es increíble como puede llegar a reaccionar la mente humana. Nos aferramos a cualquier cosa que nos saque de la rutina miserable en la que nos encontramos cuando casi tocamos fondo. Debí haberlo hecho antes. El trabajo me impedía pensar en lo otro, en mi amargura.

Resultaba curioso. Nadie me nombraba a Eva, era como si nunca hubiese existido. Inés había vuelto al trabajo y Andrea seguía enfrascada en sus números. La vida continuaba para todos. Ellas ya se habían marchado de mi casa. Mientras antes me acostumbrara al vacío de mi guarida, mejor. De todas formas, llevaba seis meses viviendo sola cuando ocurrió la desgracia. Como todo lo demás, era cuestión de tiempo.

Había hablado con el casero sobre Andrea. Justo el piso que estaba encima del mío se quedaba libre en dos semanas. Al principio estaba reacio a alquilarlo a alguien de fuera, supongo que por temor a que se marchara y no pagara el alquiler, pero logré convencerle a base de explicarle que como mínimo iba a estar destinada dos años en Las Palmas. Entre eso y que trabajaba en un banco, al final decidió que previa firma del contrato, podría instalarse en cuanto se fuera el actual inquilino. Por cierto, tenía que decírselo, no sé por qué razón todavía no lo había hecho. Esta noche la llamaría.

Llegué a casa agotada. La soledad de las paredes me caía encima como una losa pesada. Me preparé un par de huevos revueltos con

tomate y me tiré en el sofá a ver la tele mientras cenaba. ¡Tantos canales y no había nada que valiera la pena! Desgraciadamente como casi todo el mundo, practicaba el deporte más ecuménico desde que se había inventado la televisión por cable, el zapping.

¡Andrea! Me levanté para llamarla.

–Hola Inés, ¿qué tal?

–¡Paula!... Que agradable sorpresa. ¿Cómo te encuentras? Pensaba pasar por tu casa más tarde, en cuanto acabara la cena que ofrece hoy el decano de "mates" en su inminente jubilación.

–Estoy bien, gracias. Mejor no pases porque me voy a acostar, estoy agotada. ¿Te importa?

–En absoluto. Descansa, que esa es la mejor terapia. Y que... ¿Qué cuentas?

–Quería hablar con Andrea, tengo buenas noticias. El casero le alquila el piso y en dos semanas podrá mudarse. Supongo que le agradará saberlo.

–¡Estupendo! No es que me moleste que este aquí, sino que ella se encuentra incómoda creyendo que es un estorbo. Por más que le explico que estoy encantada, ni caso, erre que erre, ya sabes... andaluza... Espera que te la paso. –¡ Andrea... al teléfono!– Chao cariño, ya se pone. Mañana te llamo, ¿vale?

–De acuerdo y diviértete mucho. Por cierto, ya sabes, ojo... mucho ojo...

–¿Sí?... ¿Paula?...

–¡Hola Andrea! ¿Cómo sabías que era yo?

–No sé, lo intuí. ¿Qué tal?

–Bien. Oye... ¿Estabas haciendo footing? Tu voz parece cansada.

–Es que es mi hora diaria de ejercicio. Poco a poco iré recuperando el aliento... ¿Qué pasó?

–Ya hablé con el casero. Si quieres en dos semanas te instalas. ¿Qué te parece?

–¡Genial! Tengo la impresión de que Inés no trae a nadie a casa porque yo estoy aquí. Le encantará saber que va a librarse de mí en tan poco tiempo.

–No creas. Ya lo sabe y piensa que no hacía falta tanta urgencia en que te mudaras. En el fondo creo que ella necesita más compañía que yo. ¿No serás tú la que quiere llevar a alguien que no te apetece que conozcamos?

–¡Para nada! ¿A quién voy a traer si sólo os conozco a vosotras y a los compañeros de trabajo? Simplemente quiero que vuelva a disponer de su casa sin tener que compartirla por obligación. No sé, muchas veces me da apuro.

–Bueno, en cuanto se libre el piso te doy los toques. Es mejor firmar cuanto antes, no sea que se le presente otra oferta a este hombre y te deje sin casa, ¿vale?

–De acuerdo. No te despistes que eres propensa a ello. Por cierto, gracias por el favor. Cuando seamos vecinas te lo devolveré, no lo dudes. Por ejemplo... podría sacarte la basura en señal de agradecimiento como hacen en las películas americanas, ¿no?

–Déjate de disparates. Sabes que me hace mucha ilusión que vengas a vivir tan cerca. Además, así haremos zapping alguna vez juntas.

–¿Has dicho footting?

–¡No!... He dicho zapping. Es el único deporte que practico.

–Era una broma. Y... ¿Qué piso se queda libre? No me digas que allí viven trece personas y que voy a estar sacando mugre hasta las próximas navidades por favor.

–Ya veo que te encanta la idea. El inquilino es un chico joven, muy educado y de muy buen ver. Creo que se va Estados Unidos a hacer un curso pagado por la empresa. Trabaja en un laboratorio de química y por lo visto es un coquito de hombre.

–¡Vaya! Pareces saberlo todo de él. Lamento no estar en sus mismas circunstancias ni a su misma altura. Creo que yo no seré tan interesante.

–¿Noto algún sarcasmo en tus palabras o son imaginaciones mías?

–Ningún sarcasmo, imaginaciones tuyas. Bueno futura vecina te voy a dejar. El cuerpo ya está casi frío y si no me doy una ducha pronto cogeré un buen resfriado. Gracias de nuevo por tu llamada. Y recuerda... la basura la saco yo.

–Al final te voy a tomar por la palabra. De verdad, me encanta la idea de tenerte como vecina. Supongo que así me sentiré menos sola. Te aviso en cuanto sepa algo, ¿ok?

–De acuerdo. Cuídate Paula...

La conversación con Andrea me había resultado extraña. Por alguna razón deseaba que llegara el día de la mudanza. Supongo que la idea de tener a una amiga tan cerca en la que poder apoyarme cuando me atacara el fantasma de Eva, me reconfortaba. No había vuelto a pensar así desde el día en que Eva se fue. La veía como una persona que sin apenas conocerme, dedicó gran parte de su tiempo en reconfortarme. Andrea me había causado una impresión fantástica desde que la vi por primera vez. Recuerdo que durante unos momentos, mientras estábamos en el "Baroa", fantaseé con ella. La imaginé con sus grandes ojos negros, seduciéndome, incitándome a la provocación... Pero al volver a mirarla, sólo vi a una chica conversando con otra. Nunca más había vuelto a pensar en ello hasta ahora. Eva me dijo que había alguna atracción entre las dos, pero yo atribuí sus pensamientos a los celos.

Pero ahora, después de hablar con ella por teléfono, me había quedado rara, como si estuviera carente. ¿Podía ser eso posible? Nunca antes había centrado mis pensamientos en Andrea de esa forma. No quería ni podía permitirme cualquier tipo de desengaños y la vida me había enseñado que confundir la amistad con el amor no era lo más adecuado.

La casa estaba llena de cajas por desembalar. Andrea había contratado a una empresa de tránsito para traer todos sus muebles

y aquello parecía una batalla campal, los de la mudanza entrando y saliendo, tropezando con sillas, mesas y demás bártulos que se esparcían por el suelo.

Inés no paraba de ordenar. Pongan esto aquí, llévense eso otro de allí, aquello déjenlo como está…

Andrea y yo nos miramos y estallamos en una sonora carcajada.

–¿Pero tú has visto esto? Parece que la que se muda es ella, en lugar de ser tú.

–Cuando todo esto acabe, tendré que volver a reorganizarlo de nuevo. ¡Cualquiera le dice nada!

–¡Uf... ya la vas conociendo! Inés toma las riendas en cuanto te descuidas. Creo que por eso estudió magisterio. Tener a cuarenta o cincuenta muchachos pendientes de ella, debe producirle una gran satisfacción. ¡Con lo que le gusta mandar...! Y en el fondo cuando la conoces...

–Ya lo sé. No te olvides de que he vivido en su casa. La imagen de persona fría y calculadora que aparenta no tiene nada que ver con la realidad. Como casi siempre, las apariencias engañan.

–*¡Chao y gracias, muchachos!* – cerró la puerta y se dirigió a nosotras.– *Cada vez empiezan a trabajar más jóvenes, ¿se fijaron? El mayor no creo que pasara de 25 años. ¡Juventud, divino tesoro!* – y dándose media vuelta se fue a la cocina.

IV

Tardamos una semana en poner algo de orden en aquél caos. Andrea estaba orgullosa, lo que parecía un campo de batalla empezaba a tomar forma de hogar. Inés y yo pensábamos que se había excedido con los enseres, pero Andrea se defendía alegando que no quería hacer gastos extras en mobiliario cuando ella disponía de todo en Córdoba. ¿Solución? Traerlo para acá y montar de nuevo su casa, con sus cosas. También creía que así se acostumbraría antes a todo, pues con sus cosas de siempre no le parecería estar en un lugar extraño. ¡Buena filosofía, sí señor!

Estando ya instalada, Andrea dio una pequeña fiesta para "inaugurar" su nueva casa. Como sólo éramos tres personas, nos insinuó que podíamos comentarlo con algunas amigas y pedirles que se unieran a la ágape. En total éramos catorce. Andrea no conocía a nadie excepto a nosotras, pero estaba encantada de comenzar nuevas amistades.

Las más rezagadas se fueron a las tres de la mañana y nosotras nos quedamos recogiendo el tinglado que se había formado. Bolsas de papas a medio vaciar, huesos de aceituna en la moqueta, vasos sobre la mesa, platos sucios en el fregadero... Enfrascadas en tan ardua tarea, Andrea preguntó:

–¿Te quedas esta noche Inés? La verdad es que no me apetece estar sola. Con tanto barullo como había antes, la casa ahora parece sin vida.

–¡Imposible cariño! He quedado con Alba, ya sabes la del escote pronunciado que no te quitaba los ojos de encima, mañana

a las ocho en mi casa. Vamos a ir con un grupo de senderistas a pasear por caminos reales. No sé como amaneceré, pero he dado mi palabra y voy a ir.

–Pero... ¿Tú sabes la hora que es? Son las cuatro de la mañana, imposible que te levantes tan temprano para ir a caminar por las montañas. Como sigas así, acabarás destrozando tu salud –le increpé yo.

–¿Y desde cuando eres mi madre Paula?

–Desde que tú dejastes de ser la mía, ¿recuerdas?

–No empecéis otra vez por favor. Sé a ciencia cierta que os gusta mortificarme con ese jueguecito. Y la verdad, cuando adoptáis esa actitud me ponéis histérica. Dejáos ya de estupideces, si lo sé no pregunto nada –intervino Andrea.

–Pero... ¿Si sabes que estamos de coña por qué te enfadas? ¿No ves que nosotras disfrutamos con ponerte nerviosa, con sacarte de tus casillas?

–Sí, lo veo y lo peor de todo es que no lo evito. Al contrario, parece que lo estimulo. Así que voy a terminar de recoger y paso de vosotras. Por cierto, no os tiréis los platos a la cabeza que vajilla sólo he traído una. Bueno, tampoco tengo más, pero...

–¡Ay Andrea, no nos des el coñazo! Termina tú con la cocina que yo seguiré con la sala. Y tú Paula... ¿De vacaciones? Suelta el mando de la tele y colabora, gandulona.

–Está bien, ya va... ¿Qué es lo que queda por hacer?

–Pues podrías fregar los platos. Creo que con eso acabamos.

–¡Qué manía les ha dado a las dos por tenerme todo el día de remojo! Siempre me toca donde hay agua.

–Déjate de protestar y pon manos a la obra, mientras antes empieces antes acabas.

Cuando entré en la cocina casi me da un infarto. Andrea se esmeraba en recogerlo todo con infinita paciencia y canturreaba feliz enfrascada en su tarea. El fregadero estaba hasta los topes y

encima de la mesa quedaban vasos y bandejas que indudablemente no cabían dentro. Me apoyé en el marco de la puerta y cogí resuello.

–*¿Ya te decidiste?* –preguntó Andrea.

–*¡Ah... ! Pero, ¿es que tengo elección?*

–*La verdad es que no mucha, no. ¡Venga pongámonos en acción! Todas estamos ya bastante cansadas y tú estarás deseando bajar a tu casa. Seguro que la próxima fiesta la disfrutas desde abajo.*

–*¿Próxima fiesta? ¿Piensas dar otra?*

–*Relájate, hasta que no me olvide de ésta el edificio seguirá tranquilo. No estoy yo por la labor de pegarme estas palizas. Vosotras ayudáis a recoger, pero la limpieza me la pego yo mañana.*

–*¡Pero si mañana es domingo! Bueno mañana no... hoy. Van a dar las cinco.*

–*¡Pues hala! Rapidito y a dormir. Veremos cuando me levante.*

Me dolían todos los huesos. Al final había salido de casa de Andrea a las seis y media de la mañana. Parecía que aquello no iba a terminar de recogerse nunca. Cuando por fin quedó todo del gusto de Andrea, Inés y yo nos marchamos reventadas. No creía posible que se fuera a pasar el día haciendo senderismo, porque apenas podía con su alma cuando nos marchamos.

Tumbada en el sillón repasaba un caso de malos tratos. Como siempre, el cabrón del marido había sido denunciado por la mujer en diecisiete ocasiones y la policía nunca pudo intervenir por no haber delito de sangre en ninguna de ellas. Pero ahora era diferente. Mi cliente había pasado dos meses en el hospital gracias a la última paliza que le había dado el bestia del marido. Se encontraba en prisión preventiva hasta que saliera el juicio y eso iba a pasar dentro de cua-

tro días. Quería prepararlo bien, atar todos los cabos que pudieran quedar sueltos. Deseaba que ese mal nacido estuviera un par de años a la sombra. Lo iba a intentar hasta los límites, se lo había prometido a mi cliente. Él la había amenazado con matarla cuando saliera y la pobre estaba dominada por el pánico. Enfrascada en la lectura del sumario, me sobresalté al escuchar un estruendo que venía del piso de arriba. Decidí subir a ver que había pasado y si Andrea estaba bien.

Al abrirme la puerta tenía la cara pálida y el rictus serio.

–¿Qué ocurre.....te encuentras bien?

–Perdona, a lo mejor con el ruido te desperté. Se me cayó la figura de porcelana que tenía sobre el aparador. Debí de darle con el brazo al pasar y se vino al suelo.

–No me despertastes, ya lo estaba. Lo que me has dado ha sido un susto de muerte, abajo ha sonado como si se te hubiera venido el techo encima. Trae el escobillón que te hecho una mano.

–No te preocupes, ya lo hago yo... ¿Ya almorzaste?

–No tengo ganas de comer. Estoy a base de manzanilla para recuperar el estómago. Lo tengo hecho polvo.

–Pues si es así, voy a prepararte una tisana milagrosa. Da muy buenos resultados, anula la jaqueca y el ardor de estómago en pocos minutos. Es una receta mágica. Ya sabes... típica de Andalucía.

–Espero no ser yo a la primera que se lo prepares, como tengo el cuerpo no quisiera servir de conejillo de indias.

–No te preocupes, verás como me lo agradeces.

Y tanto que se lo agradecí. Al principio la sensación fue de vómito, con arcadas incluidas pero después, al cabo de unos instantes, los músculos del estómago empezaron a relajarse e incluso me dio algo de apetito.

Andrea debía de estar bien segura de los resultados de su pócima, porque se acercaba a mí con una bandeja entre las manos, invitándo-

me a comer. Supongo que ya lo tendría preparado porque sino, no se explica la rapidez de su cocina. Tenía delante un gran filete a la plancha con guarnición de verduras y un flan. Los alimentos dulces no me llamaban mucho la atención, pero se me había abierto tanto el apetito que incluso me comí el postre. Hasta yo misma estaba impresionada de mi voracidad. Hacía menos de media hora la idea de comer era impensable, y en ese momento me encontraba haciendo la digestión de un suculento almuerzo. O por lo menos a mí me parecía suculento.

Andrea se encontraba frente a mí durante el tiempo que duró el proceso de mi ingestión. Sus grandes ojos negros no habían dejado de mirarme, pero no me había percatado de ello hasta ahora. Por un momento me sentí turbada, tensa y hasta incómoda. Ella debió notarlo porque se levantó y se fue a la cocina. Volvió con dos tazas de café.

–¿Cuánto azúcar le pones?

–Dos por favor –sin saber el motivo, se había creado cierta tensión en el ambiente.

–¿Te das cuenta de como mi pócima, como tú la llamas, es verdaderamente milagrosa?

–He de reconocer que no te equivocaste. Realmente me quitó el ardor de estómago y me abrió el apetito. Tendrás que decirme como se prepara.

–¡Ah no!... De eso nada. Cuando te sientas mal sólo deberás subir un piso y yo te la prepararé. Es un secreto de mi abuela que pasó a mi madre y ahora a mí. Va de generación en generación, aunque supongo que yo seré la última en saberla.

–¿Por qué? ¿No piensas ser madre algún día?

–No entra en mis planes, la verdad. Estoy acostumbrada a la independencia, a entrar y salir cuando me da la gana y un niño, aunque suene egoísta, ata mucho. Las responsabilidades son ilimitadas. No creo que pudiera privarme tan fácilmente de mi libertad.

–No sabía que tuvieras esos pensamientos tan profundos. Bueno en realidad no tengo por qué saberlo, de tu vida privada hablas bien poco.

–No me gusta ser el centro de atención. Prefiero que quien esté interesado por mí, se moleste en conocerme. No veo necesario tener que contar mi vida a nadie, aparte de que no me gusta.

–A ti lo que te gusta es mantener ese halo de misterio que te envuelve.

–¿Acaso es malo?

–Supongo que no, pero al menos con tus amigas deberías tener la consideración de abrirte al menos un poquito.

–Vosotras ya me conocéis. Sabéis como soy mucho mejor que algunos amigos que dejé en Córdoba.

–Chica, lo que tu digas. Pero a mí si me preguntas, te diré que sólo sé tu nombre y tu profesión. ¿Y tus gustos? ¿Tienes alguna preferencia?

–Mis gustos son como los de todo el mundo, nada en especial. Me agrada la música, el cine, el teatro, la lectura, bailar... como ves soy bastante corriente.

–¿Dejaste algún corazón roto en Córdoba? Nunca hablas de tu vida sentimental, aunque ni si quiera sé si la has tenido.

–Y eso ¿qué mas da?

–Supongo que nada, es sólo curiosidad. Normalmente estando entre amigas comentamos nuestros amores y desamores y he observado que tú sólo escuchas, nunca opinas.

–Es mi forma de ser. No creo que mi vida sentimental interese a nadie. Bueno, aunque parece que a ti te produce como bien dices, curiosidad por lo que estoy viendo.

–No te lo tomes a mal. Siento haberte enfadado, no era esa mi intención.

–No me has enfadado. Simplemente no entiendo a que viene tanto interés. Sólo por hoy y escúchame bien, sólo hoy, contestaré a la pregunta que estás deseando hacerme, ¿vale? Aprovecha bien la oportunidad.

–Creo que te equivocas. Yo a las amigas no las coacciono. Y no creo que lo que acabas de decir sea lo más adecuado. Si no quieres hablar de ti no lo hagas, pero nunca más vuelvas a dirigirte a mí en ese tono. Tus ojos hechizan, pero tus palabras anulan los efectos. No voy a preguntarte nada, ya no me interesa.

–¿Por qué te pones así? No reacciones como si te hubiera atacado. No lo he hecho.

–Me tengo que ir. Estaba estudiando un caso que tengo que defender dentro de cuatro días y el tiempo apremia. Gracias por la tisana y el almuerzo, me he quedado como nueva. Ya nos veremos...

–¡Paula!...

Creo que se me fue la mano la cerrar la puerta. Me había puesto de los nervios con sus aires de grandeza. ¿Qué coño se creía? ¿Acaso ella era mejor que nadie? Tenía que serenarme, me estaba extralimitando en mis acciones. Pero es que... ¿Por qué me molestaba tanto su silencio?

Bajaba los escalones de dos en dos, y sin darme cuenta me pasé de piso, tenía que volver a subir.

Ya en mi casa conseguí relajarme un poco. Era increíble el efecto que Andrea provocaba en mí. Nunca más volvería a demostrárselo. Nunca más le daría el placer de verme alterada de aquella forma. Nunca más.

V

Los días pasaron deprisa. Estaba muy bien preparada en la defensa de mi cliente y en sólo dos horas tenía que demostrarlo. No había visto a Andrea desde aquel fatídico domingo, aunque sabía cuando estaba en casa por el sonido de sus pisadas. A poco que te esforzaras podías escuchar todo lo que pasaba arriba. Ese era el gran mal que tenía el edificio. Construido ya con viejos materiales, casi todo producía eco. Supongo que el vecino de abajo pensaría lo mismo. No había caído en la cuenta hasta hoy, de que tenía que estar enterado de mis actividades. ¿Cuántas veces se habría masturbado escuchando mis incursiones amorosas? ¡Coño! Con razón notaba yo que cuando nos cruzábamos en el portal me miraba de reojo... jajajaja…

Llegué al juzgado con el tiempo justo. Mi cliente esperaba sentada al lado de la puerta de audiencias. Se le notaba llorosa. Todavía llevaba en el cuerpo las marcas de la brutal paliza que le había dado el marido dos meses antes. Su ojo izquierdo estaba tapado y se ayudaba de muletas para caminar. Me acerqué a ella y me senté a su lado.

–Buenos días... ¿Cómo se encuentra?

–Tengo mucho miedo… ¿Él va a venir?

–Sí, tiene que estar presente. No olvide que es a él quien se juzga. No debe temerle, ya no puede hacerle ningún daño.

–¿Y si lo dejan en libertad? ¡Vendrá a por mí, me matará!

–No se preocupe, eso no va a ocurrir. Cuándo suba a declarar no le mire, míreme a mí o al juez, ¿de acuerdo? No permita que la

asuste. Suele ser el último arma que utilizan para amedrentar a sus víctimas. Recuérdelo bien, no le mire.

–Lo intentaré. Estoy muy nerviosa... ¿Durará mucho?

–No creo. Está todo bien aclarado en el sumario y las pruebas son lo suficientemente claras como para no admitir ningún tipo de dudas. Además, contamos con el apoyo del forense que la examinó. En el sumario constan todos sus informes y los ha acompañado de fotografías. En ellas se reflejan con claridad las lesiones que le fueron producidas. A la vista de todo eso, no creo que el juez vaya a demorar mucho la sesión. Acabará pronto, ya verá.

–¿Y qué va a ocurrir con él? ¿Tendrán mis hijos que ir a verlo? No quieren ni oír hablar de su padre y dicen que aunque lo metan en la cárcel y el juez los obligue, no irán a visitarle.

–No se preocupe ahora por eso. De momento tenemos que centrarnos en lo que nos acontece ahora mismo. Una vez que se resuelva su ingreso en prisión, nos ocuparemos de la separación y la custodia de sus hijos.

Todo había salido según lo previsto. Mi cliente hizo caso de mis recomendaciones y no miró a su marido. Él apareció en la sala sonriente, desafiando a todos los que estabamos allí. Su abogado tuvo poco trabajo, más bien ninguno diría yo. La declaración del médico forense con las pruebas argumentadas fueron suficientes para que el juez dictara sentencia en 27 minutos. O estaba muy saturado de trabajo o las evidencias hablaban por sí solas. El veredicto sonó en mis oídos como música celestial.

Mi cliente no se lo creía, y yo menos. Tenía confianza en que ganaríamos pero nunca pensé en las retribuciones económicas. Estaba tan obsesionada por meter a aquél indeseable entre rejas, que me había olvidado por completo del tema de la indemnización. Primer y único fallo. De cualquier forma tenía que estar contenta. Había abandonado el trabajo y lo que es peor, me había

abandonado a mí misma durante semanas y el error cometido podía haber sido mayor. Al menos todo salió bien y al final la resolución fue la más adecuada. Pero no siempre iba a tener tanta suerte. La próxima vez, no dejaría nada atrás.

Cuando llegué a mi casa tenía una nota pasada por debajo de la puerta. Era de Inés que había ido a saludarme. Como habitualmente mi trabajo lo hacía en casa, pensó que me encontraría allí. De todas formas, me llamaría más tarde.

Solté el maletín en la mesilla del salón y me dejé caer en el sofá. ¿Estaría Andrea arriba? Tenía muchas ganas de verla y ahora que me encontraba en pleno estado de entusiasmo, quería compartirlo. Primero me ducharía y luego iría a comprobar si estaba. La invitaría a almorzar. Sí.

El teléfono me apartó de mis pensamientos.

–¿Quién es?...

–¡Menos mal que te encuentro, cabra! ¿Dónde andabas metida? –Inés estaba al otro lado del auricular.

–Me he pasado la mañana en el juzgado. ¿No te acuerdas que hoy tenía el juicio?

–¡Es verdad! ¿Cómo te fue?

–¡Por favor... vaya pregunta! –aproveché para tirarme flores–. *¿Tú que crees?*

–¡Vale vale, ya me lo imagino! ¡Enhorabuena! Tu segundo caso y tu segundo triunfo. Llevas una carrera ascendente, ¿eh?

–Hasta ahora también ha influido la suerte, no te creas. Pero sin ánimos de halagarme, he de reconocer que yo también he puesto de mi parte. ¿Qué haces ahora?

–Pues te llamaba para ir a almorzar. Tengo el día libre desde las once de esta mañana, hoy sólo tuve tres clases. ¿Te apetece?

–Algo parecido estaba pensando yo. Quería ir a celebrarlo, quisiera compartir esta euforia. ¡Porque estoy eufórica! –dije casi gritando–. *¿Dónde quedamos?*

–¿Te parece bien en "Tao" a las tres?

–¿"Tao"? Eso está muy lejos. Quedemos en un lugar más cercano, ¿no es mejor quedar en "Guadalupe"?

–Me parece bien. Nos vemos allí a las tres.

No me atreví a decirle que no era en ella en quien pensaba para ir a almorzar. No quería crear rencillas entre nosotras y después de lo bien que se había portado, me parecía descortés contarle mis verdaderas intenciones. No importaba, ya invitaría a Andrea en otra ocasión.

Como siempre, Inés llegó tarde. Tenía ese "vicio" por llamarlo de alguna forma. No era puntual ni que la estuvieran encañonando con una escopeta y ya habíamos tenido un par de discusiones al respecto. Cuando hizo el honor de honrarme con su presencia, yo estaba tomándome un aperitivo.

–¡Hola!– me saludo efusivamente.– *¡Felicidades!*

–Siéntate ya. Como siempre llegas tarde.

–Hoy no está permitido que se enfade Srta. Letrada. Ha sido usted la alegría de los juzgados...

–Déjate de coñas... ¿Qué vas a tomar?

–Un refresco de naranja, solomillo a la plancha y fresas con nata, gracias.

–Te preguntaba por la bebida, listilla...

–Y yo te he contestado el menú completo. ¿Algo que objetar, picapleitos?

Decidí comer lo mismo que Inés. Ya ella había acabado y yo todavía estaba dándole vueltas al solomillo. Claro que la culpa era del aperitivo que había comido antes. No pude con el postre. El

camarero nos invitó a un licor e Inés no dejó ni que contestara. *"Dos catalanas, por favor"* –contestó tranquilamente.

–Pensé que quizás habías avisado también a Andrea.

–¿Por qué había de hacerlo?

–No sé, como vive encima y las tres somos amigas lo di un poco por sentado.

–Pues te equivocaste. Hace días que no la veo, con tanto trabajo como he tenido no he dispuesto de tiempo para visitas. Claro, que el mismo camino queda de mi casa a la suya que viceversa.

–Parece que noto algo de resquemor en tus palabras... ¿ha ocurrido algo?

–¿A qué te refieres?

–Ya sabes, entre ustedes...

–¿Pero por quién me tomas? ¿Acaso piensas que me enrollo con todo el mundo, eh? –sin darme cuenta había levantado un poco la voz y tenía a los comensales de la mesa de enfrente mirándome con la boca abierta–. *¿Es eso lo que crees?*

–¡Paula, contrólate! No es tu estilo el montar numeritos. ¿Qué demonios te pasa?... ¡Camarero! –gritó mirando hacia la barra.– *¡La cuenta por favor!*

–Lo siento, no tengo ni idea de que es lo que me ha pasado...

–No te disculpes conmigo, hazlo con ellos –dijo mirando a los de la mesa de al lado. *–Están petrificados.*

Ladeé un poco la cabeza, no sin cierta vergüenza, y miré a la pareja que tanta atención me prestaba. No salían de su asombro.

–Disculpen –les dije.– *No estoy acostumbrada a comer con más "gente". Sólo me dan permiso para salir una vez al mes y aprovecho para hacer lo que "dentro" no puedo. Ya saben, normas del psiquiátrico."*

Inés me miró y estalló en una estrepitosa carcajada. La cara de nuestros "vecinos" palideció. –

¡Oh! –volví a decir.– *También pido disculpas por ella, es mi compañera de habitación, o salimos juntas o no lo hacemos.*

El camarero, que estaba a nuestro lado, se quedó perplejo. Dejó la cuenta sobre la mesa y se fue como alma que lleva el diablo. Hubiera sido la ocasión propicia para marcharnos sin pagar, estaba segura de que nadie saldría a reclamarnos la cuenta.

Saqué un billete de 50 euros y lo dejé bajo la copa de licor. Hice señas a Inés, nos levantamos y nos fuimos. No esperé la vuelta, aparte de estar muy feliz, me sentía rica. Justo al salir me giré hacia atrás y le dije al camarero: "*¡Cóbrese dos licores más y sírvalos en la mesa de los momificados, lo que sobre para el bote! Hasta la próxima...*"

Estaba claro que no habría próxima vez. Después del numerito, dudaba que nos permitiesen la entrada. Total... no era el único restaurante de la ciudad y para nada estaba arrepentida.

Nos fuimos dando un paseo por Triana. Los bancos estaban ocupados, como siempre, por los jubilados. Podían pasarse horas allí sentados sin que nada los alterara, seguramente porque tanto ir y venir de gentes les entretenían. No había otra explicación.

–*¿Qué haces el sábado?* –preguntó Inés cuando casi estabamos llegando a la Plaza de la Feria. *¿Vas a salir?*

–*No tengo todavía ningún plan. No sé lo que haré.*

–*Estaba pensando que quizás podríamos hacer la ruta. Hace tiempo que no nos pegamos una marcha como las de antes. ¿Te animas?*

–*Quizás lo haga. Prefiero eso a pasar otra noche de sábado encerrada en casa. Los fines de semana es cuando peor lo paso..*

–*Pues no se hable más. Prepara ese cuerpo muchacha... este fin de semana vamos a romper...*

Llegué a casa a las ocho y media de la tarde. A Inés se le antojó ir de compras, quería estrenar modelito en su próxima salida.

Me mataba ir a comprar. Como no tenía ganas de cenar me di una ducha y me metí en la cama. Encendí la tele y dejé que el hombre del tiempo con su perorata, me fuera preparando a la antesala del sueño.

Cuando casi estaba dormida, oí pasos arriba. No podían ser de Andrea porque el sonido era mucho más fuerte, cuando ella caminaba no se oía de esa forma. Extrañada me incorporé y me quedé sentada en la cama. ¿Qué sentido morboso tenía lo que estaba haciendo? Total... ni que me estuvieran viendo... Agudicé el oído todo lo que pude. Se oían voces, no una voz, sino voces... Me incorporé del todo y fui hacia el tragaluz. Como teníamos poco con el eco que producían las paredes, el dichoso tragaluz estaba situado entre la cocina y el baño. Justo enfrente quedaba el salón. Recuerdo que muchas veces había discutido con el casero la inconveniencia del molesto agujero. No tenías intimidad si te encontrabas en alguna de aquellas dependencias, los vecinos controlaban fácilmente tus entradas y salidas. Aquel hueco era una puerta abierta a las indiscreciones.

Pero ahora me alegraba de que el casero nunca me hubiese hecho caso. Hubiera maldecido hasta la eternidad, si aquello se hubiese tapado por mi culpa. Me pegué a la pared y mirando hacia arriba, me puse de puntillas.

–Te dije que no podía ser. No tenías que haber venido, estás perdiendo tiempo y dinero. –noté furia en las palabras de Andrea– *No quiero que vuelvas por aquí.*

–¿Por qué me haces esto? ¿Acaso no valoras lo que he hecho por ti?

–¡Nunca te he pedido nada y lo sabes muy bien! Te has creado una absurda fantasía y quieres que yo la comparta. Pero te equivocas, el amor a la fuerza no entra. Te lo he repetido mil veces... ¿Cuántas más necesitas que te lo diga para que te convenzas? ¡Sal de mi casa y no vuelvas!

–Está bien, ya me voy. Pero no creas que pienso tirar la toalla. Yo no me invento nada, tú me hiciste creer que me querías y ahora tendrás que demostrarlo. Tarde o temprano acabarás volviendo a mí.

Dió tal portazo que pudo oírse en todas las plantas del edificio. Quien quiera que fuese, se había marchado bastante cabreado. ¿Qué diablos ocurría entre Andrea y él? Porque era él, de eso no cabía la menor duda.

Volví a la habitación y me metí en la cama. El corazón me latía tan fuerte que podía oírlo con claridad. Estaba sudorosa y me temblaban las manos. Hubiera querido tener fuerzas para subir y preguntarle a Andrea como estaba, pero los nervios impedían que me moviera. Arriba no se oía nada, ni siquiera los pasos de Andrea. ¿Estaría bien? ¿Le habría hecho algo aquel tipo?

No pude dormir en toda la noche. Daba vueltas y más vueltas en la cama intentando coger la posición que me dejara "roque", pero no se trataba de eso. Una vez que me había calmado, la rabia se hizo dueña de mis pensamientos. Rabia por no saber quien era aquel hombre, rabia porque parecía conocer bien a Andrea. Rabia porque ella le había abierto la puerta, señal de que lo conocía. Rabia porque había permitido que le hablara en aquel tono desafiante, rabia por... ¿Era rabia o eran celos? La razón me indicaba lo primero y el corazón lo segundo.

Cansada de dar vueltas sobre mi misma, me levanté. Como ya eran las siete de la mañana, me enfundé unos vaqueros, una camisa de manga larga, los mocasines y me fui a dar una vuelta. Hoy desayunaría un bocata de lomo y una naranjada, necesitaba salir de allí como fuera.

La cafetería de la esquina estaba hasta los topes. Obreros, funcionarios, taxistas... todos comían mientras leían el periódico. ¿No se daban cuenta de que había gente de pie esperando? ¡Pandilla de... ! Temí que alguien pagara por mi mal humor. Total, tampoco tenía muchas ganas de comer así que regresaría a casa. ¿Quería ir a mi casa o a su casa?

El ascensor estaba parado en el piso de Andrea. Antes de que pulsara el botón ya estaba bajando. ¿Sería ella? Se abrió la puerta.

–Buenos días, Paula... ¿Llegas ahora?
–Buenos días. No, salí antes a dar un paseo.
–¿Un paseo a las siete y media de la mañana?
–Sí. No podía dormir, necesitaba aire. ¡Hasta luego!
–¡Paula!... ¿Qué pasa?
–Nos vemos.

Subí en el ascensor y pulsé mi planta. Desde allí podía escuchar las maldiciones de Andrea. Me daba igual. Me había prometido no dejar que me viera fuera de mis casillas y por más que me pesara, iba a cumplirlo. Ahora tenía cierto arrepentimiento, no debía hablarle así... En mis manos estuvo la oportunidad perfecta para limar las asperezas creadas y lo había echado todo a perder. Desde luego, si volvía a dirigirme la palabra sería un milagro. Me cambié de ropa y me fui al bufete de Miguel.

Cuando llegué había un gran alboroto y eso que sólo eran las ocho de la mañana.

–¡Buenos días a todos! –dije en voz alta para que me oyeran.

–¡Buenos días Paula! Nos vienes de perilla, hay que empezar ahora mismo. – Miguel parecía entusiasmado.

–¿Qué pasa aquí hoy? ¡No me digas que nos hemos ganado la quiniela y yo con estos pelos... !

–¡Que más quisiéramos nosotros! Se trata del gran hipermercado. Tenemos en nuestras manos la primera denuncia en su contra. Como ya sabrás, ese hipermercado es objeto de manifestaciones desde que pusieron la primera piedra. Los inversores sólo quieren amasar fortuna a costa de nuestra supuesta ignorancia. Traerán a todo el personal de la península, no habrá ningún canario. Bueno, aunque eso está por verse...

–Explícame bien todo eso. ¿Qué tiene que ver el denunciante en esto?

–Mucho. Es uno de los cientos de personas que aspiraban a trabajar allí. Y... ¿Sabes algo? Ni siquiera le recogieron la solicitud alegando que todas las plazas estaban cubiertas.

–¿Y eso que tiene que ver?

–Pues que ni siquiera habían abierto el plazo de inscripción. Mi cliente volvió a las dos semanas, la misma respuesta sólo que esta vez, el plazo estaba abierto y no quisieron recogérsela. Eso va en contra de la ley. Si hay un plazo fijado de instancias, tiene que respetarse hasta el cierre. Mi cliente pidió hablar con el encargado de personal y la única respuesta que obtuvo fue la del silencio. ¡Siempre los grandes comiéndose a los chicos!

–¿No crees que le estás dando demasiada importancia? ¿Qué posibilidades tienes de ganar? ¿Sabes la legión de abogados que tiene esta gente?

–¡Me da igual! Las injusticias son la base de nuestra profesión. ¿Ya no te acuerdas del juramento? Defender al inocente, al desprotegido...

–¿Dónde está escrita esa parte? No recuerdo que estuviera en ningún libro de derecho.

–Está escrito en nuestros corazones. ¿No te acuerdas de la fiesta que hicimos después de la licenciatura? Si quieres te refresco la memoria...

–De acuerdo, ya sé de que me hablas. Pero a mi entender estabamos con la alegría de que por fin éramos abogados y tomamos un poco prestado el papel de salvadores, de defensores de la ley sin límites. Las copas y la euforia se nos habían subido a la cabeza.

–Pues yo creo que no. Ahora tengo la oportunidad de cargarme a un poderoso, y créeme, no la voy a desperdiciar.

–En fin, haz lo que quieras, pero a mi no me involucres en esto. ¿Vale?

–De acuerdo, gracias por tu inestimable colaboración. No esperaba menos de ti.

–Déjate de sarcasmos. Vine a decirte que el caso que me pasaste por malos tratos se celebró ayer y además, lo perdí.

–¿Estás de broma?

–Sí. En realidad lo gané, pero no creo que eso te interese mucho ahora. Tienes cosas más importantes en que pensar, ya hablaremos en otro momento. Te llamaré.

¡Increíble! Mis amigos se estaban volviendo locos uno a uno. Miguel siempre había tenido afán de protagonismo, pero nunca pensé que llegaría tan lejos. Si perdía, que era lo más probable, iba a ser el blanco de muchos periódicos y conociendo a Miguel no lo soportaría. Tenía que estar pendiente para recoger sus cenizas. ¡Maldito cabezón!

Disponía de todo el día para aburrirme a conciencia. Inés trabajaba, Andrea... ¿Qué estaría haciendo en estos momentos? Podía pasar por el banco con la disculpa de abrir una cuenta o algo así... No, ella no era tonta y desde que me viera entrar sabría que había ido para verla. ¿Y que le diría? Aquello no era buena idea. Volvería a casa.

VI

El sábado por la mañana llamó Inés. Quería recordarme que me pasaría a buscar sobre las once. Sabía el modelito que se había comprado –iba con ella cuando lo compró– y quería estar yo también a tono. ¡Gran dilema! Siempre había sido muy decidida en todo lo relacionado con mi vida, pero a la hora de elegir ropa era un desastre. ¡Nunca estaba de acuerdo con lo que me ponía! Como mínimo me cambiaba tres veces antes de salir, y todo eso, contando con que alguien estuviera esperándome y ya llegara tarde a mi cita que si no... Antes de que se me echara el tiempo encima, empecé con el ritual. Esto con esto, eso con esto no me pega, este conjunto esta anticuado, la chaqueta me queda estrecha, tengo que pegar bien los botones de esta blusa, la falda... Tocaron el timbre.

El corazón me dio una vuelta. Sabía que Inés no podía ser porque sólo eran las siete de la tarde y conociéndola, estaría pegándose una buena siesta para estar en forma toda la noche.

No esperaba a nadie, salvo que... volvieron a tocar.

–¡Ya voy! –grité mientras corría hacia la puerta.*–¡Ya voy!*

–¿Quién es?... –pregunté tontamente.

–El coco –contestó Andrea. *–¿Vas a abrir o qué?*

–Pasa, tengo la ventana abierta y hace corriente. –ahora si que estaba nerviosa.

–Vengo a verte, porque como tú no te dignas a subir...

–La verdad es que no he tenido tiempo –mentí. *–He estado bastante liada.*

–Ya, lo de siempre. ¿Cómo te va?

–Dentro de lo que cabe... bien, gracias. ¿Quieres un café?
–Bueno, pero pon sólo una de azúcar.

Me fui a la cocina dejándola en el salón. Intenté que no se me notara el temblor de las piernas al caminar, estaba histérica. ¡Había venido! Tenía que buscar la manera más adecuada para disculparme por lo del otro día en el ascensor, pero primero debía calmarme. ¡Calma Paula, calma.!

Cogí una bandeja y puse las tazas del café y el azucarero. En un plato serví unas cuantas galletas –no sabía si le gustaban– y un tarro de mermelada. Volví al salón y me senté frente a ella.

–Y a ti... ¿Qué tal te va? –pregunté.

–Como siempre. Si dejas pasar el tiempo todo vuelve a su cauce, o eso espero. ¿Qué te ocurre estos días?

–Nada... sólo estoy algo estresada. –miré el reloj.

–¿He venido en mal momento? Si quieres me voy y vuelvo otro día.

–¡Oh no, por favor! Todavía tengo tiempo, Inés no viene a buscarme hasta las once y aún son las siete y media.

–¿Vais a salir?

–Sí, Inés me embarcó en otra de sus aventuras callejeras. Quiere hacer la ruta completa... ya sabes, "Baroa", "Kronos" y como colofón final, churros con chocolate.

–¿Cabe una? –su tono era más bien de afirmación que de pregunta.

–Supongo que sí. ¿Te animas?

–No parece que te haga mucha gracia. Si queréis estar solas sólo tienes que decirlo. Al fin y al cabo, me he enterado por casualidad.

–Lo siento, pensé que Inés te había llamado.

–Ya, y yo me caí de un pino. Pero bueno, esa no es la cuestión.

–Y... ¿cuál es la cuestión?

–Quiero saber que te ocurre. Las dos últimas veces que nos hemos visto te has largado sin más. No creo ser merecedora de tal actitud.

–Bien, pues aprovecho el momento para decirte que lo siento. Nunca tuve intención de hacerte daño, créeme.

–Pues me lo has hecho. ¿Sabes que mis únicas amigas aquí sois Inés y tú? ¿Cómo piensas que me puedo sentir cuando veo que una de ellas, sin motivos, me huye y me da la espalda? De verdad, no lo puedo entender.

–Lamento haber alterado tu vida. Ultimamente estoy como ausente, como... vacía... –ni yo misma creía lo que estaba diciendo.

–Bueno creo que ya es hora de hablar clarito, no tenemos edad para andarnos con tonterías. –a mi se me hizo un nudo en la garganta.– *Te aprecio mucho y estoy muy agradecida de que me consiguieras el piso, me agrada tu compañía y admiro tu forma de ser. ¿Qué más podría decirte?...*

–No hace falta que sigas echándome flores, con esas ya me bastan.

–¡Perfecto! Tu turno.

–¿Mi turno de qué?

–De decir lo que piensas sobre mí. A esto se le llama terapia. Tú expresas tu opinión, lo bueno y lo malo, yo hago lo mismo y eso nos ayuda a conservar y fomentar la amistad. Nunca falla.

–Entonces te falta decir mi parte negativa. ¿Qué ves de malo en mí?

–Bueno, no es que sea precisamente malo, pero me molesta muchísimo el que te des la vuelta y me dejes hablando sola cuando te da la gana. Aparte de no entenderlo, no lo considero justo.

–Andrea... ¿Realmente crees que esto sirve de algo?

–A mí siempre me ha dado muy buenos resultados. Es la mejor manera de aclarar los malos entendidos. ¿Empiezas tú ahora?

–Bien. Contigo no tengo nada personal. Me caes simpática y también me agrada tu compañía. No me gusta el halo de misterio

que empeñas en llevar contigo a todas partes y tampoco la osadía con la que miras. Clavas los ojos y no los apartas, a veces me incomodas mucho.

–¡Ok! Ya estamos en paz. ¿No te sientes más tranquila?

–Pues no, me siento igual. Además, no estaba nerviosa.

–Mujer, me refiero a que ahora sabemos lo que nos agrada y lo que nos disgusta la una de la otra y eso, quieras que no, ayuda a mantener mejores relaciones. Lamento que mi forma de mirar te incomode. No eres la primera persona que me lo dices, pero esa es la mayor virtud o el mayor defecto de tener ojos negros. O por lo menos de los míos. De todas formas eso se solucionará cuando sepas interpretar mi mirada. ¡No es tan fiero el león como lo pintan! Ah, y en cuanto al halo de misterio... ya te dije una vez que preguntaras lo que quisieras saber y te largaste. No esperes que yo responda a lo que no preguntas, ¿vale?

Realmente estaba sorprendida. Lo que menos esperaba era que Andrea entrase por esa puerta a jugar al psicoanálisis. No entendí a que venía ese rollo de decir lo que pensábamos la una de la otra. Igual con otra persona hubiera resultado efectivo, pero tratándose de Andrea... bajo ningún concepto le diría toda la verdad. ¿Con qué cara iba yo a decirle que pensaba en ella a todas horas? ¿Cómo iba a decirle que con su sola presencia me turbaba? ¿De que manera le contaría que sin saberlo, había provocado en mí un impertinente ataque de celos que no me permitieron dormir?

¿Cómo iba a decirle todo eso? –miré el reloj.

–¡Mi madre! Ya son las nueve y todavía tengo que cenar y ducharme. Inés me va a matar, con dos horas no tengo suficiente. ¡Aggg! Y todavía me queda decidir la ropa que me pongo. Me mata, de esta me mata.

–Ya será menos. ¿Cómo no te va a dar tiempo teniendo dos horas por delante?

–¡Já, tú a mí no me conoces! Sólo en elegir la ropa pierdo hora y media. Para eso soy muy indecisa.

–Pues si admites una opinión... venga, ¡Veamos que tienes en el armario!

Cuando entramos en la habitación se echo a reír. Había ropa por todas partes.

–Creo que cuando he llegado he interrumpido tu sesión de probador, ¿me equivoco?

–Se nota mucho, ¿verdad? Para la ropa soy un desastre. Vamos a ver... ¿Qué te parece esto? –dije poniéndome un vestido por delante a forma de perchero.– *¿Me queda bien?*

–Sí, pero yo optaría por otro estilo. No vas a ninguna acampada y con eso parece que vas a la montaña. No sé, no me acaba de gustar. Prueba con esto... seguro que además de elegante estarás guapísima

A las once menos diez sonó el dictáfono. Inés había llegado antes de la hora –algo rarísimo– y yo me estaba dando los últimos retoques.

–¡Sube que enseguida termino!–

Dejé la puerta abierta, así no tendría que perder tiempo. Por una vez, yo también iba a ser puntual.

–¿Paula?...

–¡Pasa, estoy en cinco minutos!

–¡Después hablas de mí...! Mira que te lo recordé desde las diez de la mañana... Seguro que todavía estas pensando que ponerte.

–¡Pues te equivocas! –contesté de camino hacia el salón.– *Como puedes ver ya estoy lista.*

–¡Pero chica... qué guapa te has puesto! ¿Cuánto hace que tienes ese conjunto? Nunca te lo había visto antes.

–Ni siquiera me acordaba que lo tenía. Fue Andrea, que buscando buscando, se topó con él en el fondo del ropero. ¿A que me queda bien?

–Te sienta fenomenal... ¿Has dicho Andrea?

–Sí, vino esta tarde y me encontró en medio del dilema. Se prestó a ayudarme y gracias a ella te has ahorrado la espera. Por cierto, voy a llamarla para que baje, se viene con nosotras. No te importa, ¿verdad?

–¡Que me va a importar! Al contrario, me gusta que ella también venga. Por cierto... ahora me contarás lo que pasa entre ustedes, ¿no?

–¿Otra vez? ¡Ya te dije que no pasa nada!

–No te creo...

–Pues ese es tu problema. Voy a avisarla de que llegaste, le dije que no solías ser muy puntual. Supongo que ya estará preparada.

Por supuesto que lo estaba. Apareció radiante, dedicándonos una amplia sonrisa. Se había dejado el pelo suelto y su larga melena caía sobre los hombros dándole cierto toque de refinamiento. Su rostro estaba perfectamente maquillado. ¡Increíble! Había salido de mi casa a las diez de la noche y en poco menos de una hora estaba arreglada. No sé que se había puesto en los ojos, pero lo que quiera que fuera, los hacía parecer más grandes y su mirada resultaba aún más profunda. Llevaba puesta una blusa de seda negra cuyo escote se perdía en las profundidades de sus senos y una falda ceñida por encima de las rodillas que permitía ver el resto de sus piernas embutidas en unas medias oscuras que acababan en unos elegantes zapatos de tacón fino. ¡Estaba radiante!

–¿Pero chica...? –dijo Inés.– *¿Quieres que estemos de guardaespaldas toda la noche? ¡Estás guapísima!*

–Ya será para menos –contestó Andrea.– *Bien sabes que cuando una mujer se arregla, siempre queda resultona.*

–¿Resultona? –dije yo.– *A tu lado parezco cenicienta vestida de pobre a la vera de su rica hermanastra.*

–¡Hala, qué exagerada! Ahora la andaluza eres tú. Además la ropa que llevas te queda genial. ¿No crees tú lo mismo Inés?

–Las dos están divinas... ¿Me quieren decir para que me he gastado yo 140 euros en lo que llevo puesto?

–Para quedar espléndida –contestó Andrea.– *Vas muy guapa...*

–¡Menos mal que alguien se fija en mi modelito! Por un momento pensé que me había vuelto invisible... tantos piropos y ninguno para mí...

–No seas tonta. Bien sabes que siempre vas perfecta, aunque he de reconocer que esta noche te has lucido. –dije halagándola.

–¡Bueno, ya está bien de cumplidos! ¡Salgamos a comernos el mundo! ¿Chicas... ?

VII

El "Baroa" estaba lleno, como siempre, y nos quedamos al principio de la barra en el único hueco que estaba libre.

–¡Buenas noches chiquillas! ¡Qué guapas vienen hoy... !

¡–Buenas noches! –contestamos al unísono– *Gracias por el halago.*

–¿Qué van a tomar?

–¡Sorpréndenos! ¿Por qué no nos haces uno de tus combinados?

–¡Eso está hecho! Y qué... ¿Qué cuentan?

–Lo de siempre. Esperemos que esta noche pase algo diferente. Oye... ¡Cuanta gente!

–Y eso que no has pasado a la parte de atrás. Está todo ocupado. Mi hermano está ayudando a Cris, con esto a tope es imposible quedar bien con todos. Supongo que la culpa la tendrá la luna llena...

–¡Es verdad! –dijo Inés.– *Hay luna llena, no me acordaba.*

–¿No te acordabas? Por eso se te antojó salir hoy. Anda que no eres lista ni nada...

–Ya me cogiste. Pero has de reconocer que con luna llena todo es diferente. La gente esta más animada, las...

–Para ya, que te conozco. Seguro que ibas a decir alguna barbaridad. Andrea... desde que llegamos estás muy calladita. ¿Ocurre algo?

–Nada, os escucho. Si algún día me decido hacer una comedia, os escogeré de guionistas. ¡Sois fabulosas! Desde que salimos de casa no habéis dejado de meteros la una con la otra. ¿Eso pasa siempre o es una cortesía hacia mi persona?

–Bien sabes tú que estamos de cachondeo. ¡Únete a la fiesta!

–Déjala, acabará acostumbrándose. Ya lo verás.

–De todas maneras estoy de acuerdo con Paula, estás como pensativa... ¿Te ocurre algo? Puedes contar con nosotras en lo que sea, nunca lo dudes.

–De verdad, no me pasa nada. Quizás sienta un poco de nostalgia, pero ya sabéis, acabará pasándoseme.

–No te preocupes, dentro de un par de horas estarás bailando alegremente y ya no pensaras en ello. Deja que la noche te envuelva y no te pongas melancólica, ¿vale?– Inés siempre encontraba una parte positiva.

–Andrea... la otra noche no pude evitar oír que había alguien contigo en el apartamento, ya sabes, se oye casi todo. ¿Tiene algo que ver esa visita con tu estado de ánimo? Perdona si he sido indiscreta...

–¿Por qué no me lo comentaste cuando estabamos en tu casa?

–No lo creí necesario. Lamento habértelo dicho, lo siento.

–No, no te preocupes que no pasa nada. Supongo que si tú lo oíste, también lo habrán escuchado el resto de los vecinos. ¡Qué vergüenza!

–No, yo no oí nada –cuarta mentira del día.– *Sólo sé que había alguien contigo por las pisadas... no creo que tú pudieras estar en dos sitios a la vez.*

–Era un conocido de Córdoba. Está aquí de vacaciones y pasó a hacerme una visita. Supongo que desde entonces es cuando he sentido más nostalgia.

Sí –la miré fijamente.– *Supongo que será por eso.*

¡Paula! –Inés llamó mi atención.– *¿Aquella no es Irene?* –dijo señalando con el dedo.

–¿Cuál, la del mono negro? ¡Que va, Irene no está tan delgada! Además no creo que ese cuerpazo pueda ser confundido con otro. Espera que la vea bien...

–Que sí, que es ella. Verás... –y fue a su encuentro.

–Prepárate. –le dije a Andrea– *Vas a ser testigo de la primera metedura de pata de Inés.*

–¿Por qué estás tan segura de que no se trata de esa chica? ¿Acaso la gente no cambia?

–Sí, pero Irene... !No! Ojala la veamos esta noche, comprenderás entonces el porqué estoy tan segura.

Inés miró para nosotras e hizo señas de que no era Irene, pero como le daba vergüenza salir pitando, se quedó un rato hablando con una amiga que estaba al lado de la desconocida. Miré a Andrea y sonreí.

–¿Lo ves? Tenía razón, a Inés le hacen falta gafas.

–Todos podemos equivocarnos. ¿No lo has hecho tú alguna vez?

–Sí, pero es que a ella le pasan estas cosas por cabezota. Mira que le dije que no era... y "ainnssss"...

–¡Por Dios, no vayas a hacer un mundo de esto.! Quien sabe si la equivocación da pie al inicio de una íntima amistad...

–¡Pues vaya suerte! La verdad... luce un tipazo... Además, esa chica no viene a menudo por aquí y tampoco se mueve por el ambiente.

–¿Y tú cómo lo sabes, Aramís?

–Porque una chica así no se olvida fácilmente...

Deseé que me hubiera tragado la tierra. ¿Por qué coño me había expresado de aquella manera tan vulgar? De acuerdo que muchas veces lo pensaba, pero de eso a decirlo en voz alta... Jamás me habían gustado las expresiones machistas y menos en boca de mujeres, aunque en el fondo sabía que todas nosotras habíamos utilizado ese lenguaje alguna vez en nuestras conversaciones íntimas. Levanté la vista hacia Andrea. Tenía sus ojos clavados en mí, como la primera vez que nos vimos. Un frío me recorrió la espal-

da y mis manos empezaron a sudar. Desvíe la vista e intenté concentrarme en la música. Andrea no decía palabra. ¿Qué estaría pensando? Volví a mirarla y sus ojos seguían observándome. Era como si estuviera desnudando mi alma, como si estuviera analizando mis movimientos, y yo... Yo me sentía idiota. Si se lo pidiera... ¿Me daría un curso intensivo de cómo interpretar su mirada? Me estaba turbando y ya no sólo me sudaban las manos.

–Chiquillas, atrás se queda libre una mesa –mil gracias Laly, acabas de salvarme de una situación comprometida.– *¿Les alcanzo las copas y se sientan?*

El fondo del local estaba atestado, pero era mejor pasar un rato de calor sentadas, que estar más tiempo de pie en la barra. A Inés pareció gustarle el cambio, se acercó a la mesa, nos guiñó un ojo, cogió su copa y volvió con la desconocida y su amiga. Andrea seguía sin decir palabra.

–¡Uf, que calor hace aquí detrás! –Silencio.– *¿Vas a estar así toda la noche?*

–¿Por qué, tienes algún problema? Si quieres puedes irte con Inés y de paso que te presente a la del mono. Por mí no te cortes.....

–¿A qué viene eso?

–¡Cómo pareces tener tanto interés en conocerla!

–¡Hey... para, para! Yo no tengo interés en conocer a nadie, ¿vale? Y si así fuera, no veo porque te molesta tanto. Después de todo, soy una persona libre y hago lo que quiero. Siento que te ofendas, pero que yo sepa no te debo ninguna explicación.

–¡Perdona, pero yo no te la he pedido!

–¡No, pero de la manera en que me hablas... Cualquiera que nos escuche puede pensar que estamos juntas!

–No te confundas –dijo levantándose bruscamente de la mesa.– *Yo no juego al mismo juego que tú, ¿de acuerdo?*

Lo que me faltaba, no hacía más que meter la pata… ¿Dónde había ido? Ah, estaba con Inés. Si no jugaba a mí mismo juego, como ella misma decía, ¿a santo de qué venía mirarme con esa furia? ¿Por qué me había atacado de aquella manera? ¡Joder, no entendía nada!

Debían de tener una conversación muy graciosa porque no paraban de reírse.

Cris se acercó a mí. *–¿Te sirvo otra copa?*

– Si por favor, pero esta vez ponme un vodka–limón. Necesito animarme.

De vez en cuando Andrea me miraba. Ahora era yo la que no podía apartar la vista de ella. Miraba, sonreía, volvía a su animada conversación, volvía a mirar y así hasta que a Inés le dolieron los pies y decidió sentarse en la mesa que sólo yo ocupaba. Andrea se quedó hablando con la que parecía ya no ser tan desconocida.

–Tenías razón, no es Irene

–Hasta ahí sabía yo ¿Quién es?

–Se llama Carmen, es de la Isleta. Acaba de salir del armario y está alucinada con todas nosotras. Dice que no pensó nunca que hubieran tantas lesbianas en Las Palmas. Y eso que sólo ha visto a las que estamos aquí...

–Pues Andrea también parece estar fascinada. Para no ser del ambiente, bastante que le gusta esto.

–¿Andrea no es del ambiente? ¿Quién te ha dicho eso?

–Ella misma me lo ha dado a entender hace unos momentos. De todas formas tu deberías saberlo, estuvo viviendo en tu casa.

–Sí, pero nunca hablamos de su vida privada. Es muy reservada. No le conozco relación alguna, ni hétero ni lésbica. No sé, di por hecho que lo era. Como vino la primera noche aquí, después al "Kronos" y no hizo ningún comentario...

–A estas alturas tú y yo deberíamos saber que no todo el que entra en lugares de ambiente pertenece a él. Además, lo sabemos con certeza.

–Eso es verdad. No todos los que vienen son homosexuales. Ultimamente van muchas parejas de héteros al "Kronos". ¿Te has fijado?

–¡Pues claro, si te lo estoy diciendo! Pienso que se meten en los lugares de ambiente porque nadie les molesta, pero eso tampoco es bueno. Imagina que tu familia no sabe nada y de repente te encuentras a tu vecino con su novia en un lugar que supuestamente reserva tu secreto... Deberían prohibir la entrada a todos los que no fueran homosexuales.

–Ya. ¿Y qué les pedirían para saberlo, el D.N.I.?

–No idiota, sabes que nosotras tenemos un sexto sentido. Con algunos tardamos más tiempo, pero generalmente nos reconocemos a primera vista. ¡Y más aún el portero, que para eso tiene el deber de controlar quién entra! Bueno de todos modos creo que da igual... En "Kronos" entra todo aquél que paga la entrada.

–¡Vaya cerebrito, descubriste la pólvora! Aquello lo mires por donde lo mires, es un antro. ¡Que pena que nadie se decida a montar un club en condiciones!

¿Dónde está Andrea? –sin darnos cuenta había desaparecido. *–Hace un momento estaba ahí.*

–Ni idea, habrá ido al baño.

–¿Acompañada? Carmen tampoco está a la vista. Será mejor que vayamos a buscarla.

Andrea estaba en la puerta del "Baroa" con Carmen y dos chicas más. Mantenían una amena conversación y no se dieron cuenta de que nosotras nos acercábamos.

– Bueeeenas... Ya podrías avisar, ¿no?

–¿Avisar de qué?... ¡Ni que me hubiera marchado!

–No, pero por lo menos haber dicho que salías fuera...

–¡Vaya por Dios, lo que me faltaba por escuchar! ¿Algo más?

–¿No nos presentas? –Andrea me miró fijamente.– *Pues lo haré yo. ¿Qué tal?... Soy Paula y ella es Inés, encantada.*

–¡Hola! Yo soy Carmen y ellas son mis amigas Ylenia y Toñi.

–No vienen mucho por aquí, ¿verdad?

–La verdad es que hoy es la primera vez, todavía estamos algo fuera de onda...

–No se preocupen... aquí no nos comemos a nadie.

La noche transcurría entretenida. El "Baroa" estaba súper repleto y nosotras habíamos entablado una extraña conversación con las "nuevas". Sin saber el porqué nos encontramos hablando sobre esoterismo y cosas parecidas. Como a mí ese tema en particular no me gustaba, opté por volver al fondo del local donde seguramente la conversación no iría por los mismos derroteros y me encontraría más a gusto.

Sentía la mirada de Andrea a mi espalda, pero no me di la vuelta. Si lo hacía, probablemente acabaría por volver a su lado. ¡Resultaba inaudito! No me decía nada pero parecía querer controlarme, tenerme bajo presión. Sus ojos recriminaban mis palabras, mis miradas, mis movimientos... pero ella nunca decía nada que pudiera llevarme a engaño. Era como si jugara a la ruleta rusa, probando a cada momento mi resistencia sin saber bien cual de aquellas balas darían en el blanco. Pero yo también sabía jugar... era mi turno, me tocaba a mí ahora.

Inés debió cansarse de tanta charla arcana y decidió abandonar a las elocuentes oradoras para reunirse conmigo. Se sentó, me miró y se echó a reír.

–Muchacha... esta vez la hemos hecho buena –dijo.

–¿Por qué?

–Andrea ha tenido la brillante idea de decirles al trío esotérico, que vamos a ir a "Kronos". ¿Y sabes qué? ¡Se apuntaron sin dudarlo!

–¿Y qué más da? Aquello aunque sea pequeño estará lleno de gente, así que será fácil buscarles el despiste. No me apetece estar toda la noche oyendo hablar de los misterios de la vida y de la muerte...

–¡Pues no has escuchado ni la mitad! Tuviste la galantería de largarte antes. Como quién dice, me dejaste sola ante el peligro.

–Tú te sabes defender bien solita, no hace falta que lleves guardaespaldas.

–¿Y ella? –dijo mirando hacia Andrea.

–Creo que a ella tampoco le hace falta. Como ves, se defiende bastante bien... para ser la segunda vez, claro.

–¿Cuántos locales de ambiente hay en Córdoba?

–¿Cómo quieres que lo sepa? Nunca he estado allí.

–Intentaré conseguir la guía gay de vacaciones, especifican todos los locales de ambiente que hay en las provincias españolas. Quizás con una mentira saquemos una verdad.

–¿Por qué te interesa saberlo?

–Cuando Andrea estaba en casa, hablaba poco de su vida. Tengo la impresión desde que la conocí en Italia que es una persona bastante misteriosa. Quizás no sea la primera vez que acude a sitios de ambiente, quizás sea lesbiana, quizás...

–¡Deja ya de columpiarte, suelta el remo! Como siempre, si no te paro, dices algún disparate. Además creo que tiene, o por lo menos tuvo, novio a amigo íntimo como se le llama ahora.

–¿Eh? ¿Y en qué te basas?

–La otra noche la oí discutir con un hombre en su apartamento. Ella parecía nerviosa y algo alterada, pero él no dejaba de repetirle lo que había hecho por ella. Al final le pidió que se marchara de su casa y al irse, el tipo ése le dijo que algún día volvería a su lado.

–¿Y sólo por eso sacas tú la conclusión de que era su novio?

–Por eso y porque pude escuchar claramente como él le decía que había hecho creer que le quería y que ahora tocaba demos-

trarlo. Entonces fue cuando le dijo que no pensaba tirar la toalla, que no se rendiría hasta que ella volviese a su lado.

–¡Vaya sorpresa! Verás como a lo largo de la noche le saco el nombre de su príncipe azul.

–¡Ni se te ocurra o tendrás serios problemas conmigo, ¿vale?!

–Eh, que no hace falta que te pongas así. De acuerdo, su secreto quedará entre nosotras, pierde cuidado.

–Esas palabras son las que más temo...

–Bueno, te prometo que no diré nada.

–Ahora sí creo en ti, riqueza...

Yo no me sentía todo lo a gusto que esperaba. Inés se había dado cuenta y no hacía más que molestarme para que le dijera el motivo. Aunque lo suyo era como pertenecer a misión imposible, siempre quería saberlo todo. Pero en el fondo era buena niña. ¿Por qué no dejaba Andrea el grupito de jóvenes y brujas y se venía con nosotras?

–¡Eh, Paula! ¿En qué piensas? –de nuevo Inés con sus preguntas.– *¿Te encuentras mal?*

–¡No que va! ¿Acaso tengo mala cara?

– Bueno lo que se dice mala cara no, pero... otra vez estás como ausente ¿No piensas contarme nada? Algo te ocurre... lo sé.

–No me pasa nada, ¿vale? Te lo digo por última vez.

–De acuerdo... de acuerdo. ¿Qué te parece si le vamos dando los toques a Andrea? Deberíamos marcharnos ya, me voy a quedar entumecida de estar aquí sentada.

–Avísala tú mientras yo voy pagando.

No hubo forma de despegarnos de las arpías. Andrea había congeniado tan bien que las trajo con nosotras como ya esperábamos. Había en su mirada algo extraño, como si creyera que era poseedora de algún premio. Otra vez no entendía nada.

"Kronos" estaba igual que siempre. Una ola de calor te impregnaba el cuerpo a medida que bajabas las escaleras y el olor a tabaco se metía entre la ropa para no abandonarte durante el resto de la noche.

Nos ubicamos al lado de la pista, mezcladas entre la gente, y Andrea y las "nuevas" se fueron a bailar. Inés se había quedado atrás hablando con una amiga, que yo creí reconocer del instituto, y yo dejaba que mi cuerpo empezara a relajarse. La música envolvía el ambiente y aunque no quisieras, en cuestión de minutos, también tú estabas bailando.

Andrea no paraba de coquetear con Carmen, o eso me parecía a mí, y yo me estaba poniendo cada vez de peor humor. Cuando me quise dar cuenta, Inés estaba a mi lado.

–Parece que te veo más animada...

–¡Chica, pues que mal ves! Estoy de un humor horroroso.

–¿Y eso?

–¡Yo que sé! –mentí.– *Será que estoy cansada. No debí salir, eso es lo que me pasa.*

–Igual si haces un cursillo aprendes a mentir mejor chica, porque es que te las pillo todas...

–¿Acaso insinúas que te estoy mintiendo?

–Paula, nos conocemos poco pero nos conocemos bien, ¿de acuerdo? No me vengas con historias... Además se nota lo mucho que te gusta Andrea... habría que ser tonta para no darse cuenta.

–¿Se me nota? –acababa de caer en la trampa.– *¡Joder, Inés, tenía que haberme dado un punto!*

–¿Ves cómo te pasaba algo? Anda, no seas boba y cuéntame... ya sabes que yo siempre escucho.

–La verdad, no sé exactamente lo que me pasa. Últimamente pienso a menudo en ella y me quedo esperando a que llegue a su apartamento hasta las tantas. Ni siquiera estoy descansando bien.

–¿Se habrá buscando un trabajo nocturno?

–¡Qué va! La mayoría de las veces cuando llego, ya ella está en su casa pero como no oigo sus pasos pienso que ha salido y...

–...Te quedas sentada en la cama muriéndote de sueño esperando escuchar algo, ¿no?

–Sí, eso es. A veces pienso que lo sabe y que camina con tanto sigilo simplemente para mantenerme en vilo toda la noche.

–¡No seas ridícula! ¿Crees realmente que lo sabe?

–No tengo ni idea.

–Y... ¿Por qué no hablas con ella? Tarde o temprano tendrás que hacerlo.

–¡Jamás! ¿Tú estás loca? ¿Cómo voy a estropear lo único que tengo? ¿Crees de verdad que Andrea seguiría como hasta ahora si supiera que quizás, y he dicho quizás, me estuviera enamorando de ella? Sinceramente, creo que ahí acabaría todo. Además ella no es lesbiana.

–¡Cuántas preguntas! ¿Te ha dicho ella que no lo es?

–No con esas palabras, pero me lo ha dado a entender muy claramente. De todas formas esto acabará por pasárseme, ya lo verás.

–Tú misma.

El calor se hacía insoportable. Sin duda alguna, como siempre, el aire acondicionado se había roto. ¡Total, era la excusa de todos los fines de semana! Andrea y el grupito de esotéricas no paraban de bailar. Arriba, abajo, hacia un lado, hacia el otro...

A Inés le había perdido la pista desde hacía un buen rato. ¿Dónde se había metido? ¡Seguro que estaba en el baño parloteando como las cotorras! Iría a buscarla. Esa chica...

–Perdón –el baño estaba repleto. *–¿Me permites?*

–¡Cómo no! Pasa Paula, estás en tu casa.

–¿De qué me suena esa voz?–pregunté.

–¡Vaya! No me digas que has olvidado mi nombre.

–*¡Clara... cuánto tiempo!* –me di la vuelta y sonreí. –*Demasiado diría yo. ¿Cómo te va?*

–*Ya ves, siempre lo mismo. ¿Y tú?, ¿dónde andabas metida?*

–*He estado un temporadita sin salir. Ya sabes... Cuando encuentras a alguien con quién estar a gusto...*

–*¿Te cazaron?*

–*¡Me cazaron! Después de once años de soltería y cuando creí que no llegaría nunca mi media naranja... ¡Llegó! Deja que la conozcas, es maravillosa, ¿y tú?*

–*Solterita y sin compromiso. He venido con unas amigas para despejarme... aunque creo que el aburrimiento se está haciendo dueño de mi persona. Por cierto, ¿te acuerdas de Inés?*

–*¡Pues claro! ¿Quién se olvida de semejante detective? Físicamente está igualita chica, no ha cambiado nada.*

–*¿La has visto? Es con ella con una de las que he venido y hace rato que no la veo.*

–*¡Shhhh!... Está aquí dentro* –dijo señalando hacia la puerta del inodoro.– *Y no está sola...*

–*¿Ahí dentro?* –pregunté casi susurrando. –*¿Con quién?*

–*Ni idea de quien es, hace rato que las vi entrar pero de momento no han salido. Deben estar pasándolo bien...*

–*Inés no es de esas, tiene su casa. Todo esto es absurdo. Bueno, cuando salga dile que la ando buscando, ¿quieres? En otro momento me presentas a tu enamorada. Por cierto... ¡Felicidades!*

–*¿Qué celebráis?* –Andrea acababa de entrar.– *¿Estoy invitada a la fiesta?*

–*Creo que estás algo tomada, mejor será que salgamos fuera.*

–*Después hablas de mi educación... ¿Qué tal? Yo soy Andrea* –dijo dirigiéndose a Clara.– *¿Y tú?*

–*Yo soy Clara, encantada.*

–*¿Dónde está Inés? Hace rato que la estoy buscando.*

–*No tengo ni idea* –le contesté haciéndole señas a Clara para

que se mantuviera callada.–*Supongo que aparecerá cuando menos la esperemos. Anda salgamos de aquí, tienes que coger aire.*

–¿Por qué? Me encuentro bien, además no me apetece marcharme todavía.

–Andrea... no creo que sea buena idea el que sigas bebiendo, ya estás bastante alegre, ¿no crees?

–¿Acaso tengo que conducir? ¿Tengo que trabajar mañana?... ¡No, ¿verdad?! Pues deja que los demás nos divirtamos si tú no quieres hacerlo, ¿vale? Nadie te obliga a nada.

–Sabes muy bien que no me refiero a eso, salgamos fuera.

Inesperadamente, Andrea dio dos pasos hacia delante y se puso justo frente a mí. Se quedó tan cerca que podía notar su aliento sobre mi cara. Rodeó mi cuello con sus brazos y apoyó su frente en la mía. El corazón se me iba a salir del pecho. Se quedó mirándome con aquellos ojos de interrogación durante unos instantes y acercó sus labios a los míos. Cerró los ojos y cuando ya creía que me iba a besar, desvió la cara y me susurró al oído; –*¡Diviértete!* – Volvió a mirarme, sonrió, se dió media vuelta y se fue.

Yo estaba helada. ¡Todo aquello había pasado delante de un montón de gente que ni siquiera conocía! No podía moverme, sentía una fuerte opresión en el pecho y en la garganta que apenas me dejaba respirar. Sabía que los colores seguían en mi cara porque me ardían los cachetes.

Clara se acercó y poniéndome una mano sobre el hombro me dijo: –*¿Soltera?*– La miré, le guiñé un ojo y salí fuera. ¡No me lo podía creer! Había estado tan cerca de mí que incluso su perfume lo llevaba en mi cuello. Esto tenía que terminar o acabaría volviéndome loca.

Volví a entrar y toqué en la puerta tras la cual supuestamente se encontraba Inés.

–*Enseguida salimos* –se oyó una voz. –*Ya va...*

–Oye... ¿Hay un chica llamada Inés contigo?

–¿Paula?... Sí, estoy aquí. Ya salgo.

–No te des prisa, sólo quería decirte que me voy. Ya te llamaré mañana. Adiós...

–¡Espera... !

VIII

Al final me dió pereza y no salí de casa. Me preparé una tortilla francesa y la metí en pan de molde untado con tomate. Cogí una cola de la nevera y me apoltroné en el sillón. No era la forma que tenía prevista de pasar la tarde, pero a falta de opciones, sería la tele la que llenara mi tiempo de ocio. Practicando el deporte del zapping, se me pasó el tiempo sin darme cuenta. A las siete y cuarto sonó el teléfono.

–¿Sí?...

–Ya salí del coma. ¿Qué pasó anoche que te largaste?

–¡Buenassss...! Me alegra saber que aún sigues viva...

–Sí, todavía me queda un hilito... y cuéntame que pasó.

–¡Menuda historia! Si no me llego a marchar no sé que hubiera ocurrido. Para tu información, me acosté calentita...

–¡Cuéntamelo todo!

–No guapa, primero tienes que soltar por esa boquita con quien estabas en el baño.

–Estaba sola.

–Y yo soy la reina Margot... ¡Anda ya!

–Sabía que no te lo creerías, bobona, estaba probando tu capacidad de reacción.

–Pues ya ves que soy rápida. ¿Vas a soltar prenda?

–Sí, espera que encienda un cigarro.

–Oye... ¿Vas a hacer algo ahora?

–Hablar contigo...

–Je, je, je... ya noto que te has levantado graciosa, me refiero a que si no tienes planes...

–Ninguno... ¿Por qué?

–¿Qué te parece si nos vamos a cenar? Al final no salí de casa y sigo con apetito.

–Me parece bien, sobre todo porque me ahorraré un montón de dinero en teléfono. ¿A qué hora?

–¿Te va bien a las nueve?

–Perfecto. Paso a buscarte, ¿vale? Estate preparada que nos conocemos...

–Descuida, por la parte que me toca quiero saber como acabó la noche. Sobre todo en lo que concierne a Andrea.

–Oye... ¿Va la cena de interrogatorio?

–Mutuo por lo que veo. Recuerda que empezaste tú. Anda no perdamos más tiempo, como sigamos hablando no creo que vayas a ahorrarte mucho. Hasta ahora.

Mientras me arreglaba no podía dejar de sentirme cada vez más nerviosa. En toda la tarde había oído nada en casa de Andrea. Tampoco la había sentido llegar durante la noche, aunque bien es cierto que me quedé dormida hacia las cinco de la mañana. Pero contando con que Inés se había acostado a las diez...

¿Estaría Andrea arriba?

Inés llegó casi puntual. A las nueve y cuarto apareció radiante por la puerta.

–¡Chica! Te dije de ir a cenar, no a una cena de gala...

–¿Qué pasa, que no puede una sentirse guapa?

–¿Y eso?

–Hoy me siento nueva, no sé... Como si hubiera retomado las energías que perdí hace tiempo...

–¡Uy, esto me suena a romance...!

–Puede ser... Bueno, ¿ya estás lista? Me apetece comida china... ¿Y a tí?

–Ahora mismo me da igual. ¡Tengo un hambre que me muero!

Durante el trayecto no dijimos ni palabra. Inés iba conduciendo absorta, como si estuviera reviviendo la noche anterior. De paso yo intentaba ordenar mis ideas. Quería hacerle preguntas concretas porque si le dabas a Inés la oportunidad, cambiaba de tema como de camisa. Y encima con el añadido de que hoy se encontraba eufórica…

Ya en el restaurante pedimos arroz tres delicias, pinzas de cangrejo con salsa china, tou–fu picante y langostinos rebozados. La comida estaba buenísima y el camarero asombrado. No parábamos de comer.

En los postres, porque pedimos postres, Inés se decidió a sacar el tema que de alguna forma nos había llevado hasta allí.

–Y bien… ¿Quien empieza, tú o yo?

–Tú misma. Creo que en el estado de entusiasmo en el que te encuentras, lo mejor será que hables tu primero. Conociéndote saltarías con lo tuyo en cualquier momento de la conversación, y yo quiero que te centres en lo que quiero saber.

–Bien, anoche me encontré con Claudia. Creo que no la conoces, es de la época en que tú y yo no nos veíamos. En fin, durante un tiempo mantuvimos algo más que una simple amistad, pero al cabo de unos meses acabó.

–No la conozco porque no tuviste el detalle de presentármela, guapa…

–Ni siquiera yo sabía que ella estaba allí, hubiera sido la última persona que esperaba encontrarme. Al entrar topé con Marisa, no sé si te acuerdas de ella, la morena con gafas que estaba en el mismo equipo de estudio que nosotros en el instituto… ¿Sabes de quién te hablo?

–Sí, me pareció reconocerla cuando la vi hablando contigo. Sigue…

–Después de los típicos saludos me dijo que había ido con Claudia. ¡Me quedé temblando! ¿Cómo querías que fuera a contarte todo esto en semejantes circunstancias?

–Vaya... No sabía que te hubieras quedado tan impresionada.

–Es que tú no conoces a Claudia... Aparte de ser guapísima es encantadora, sensible, inteligente, carismática, amiga de sus amigos, fiel...

–¡Para bonita! ¿Me estás hablando de una sola persona o has mezclado a cuatro o cinco?

–Déjate de cachondeo, te hablo de Claudia...

–¿Y cómo siendo tan perfecta la dejaste escapar?

–Porque era otra época, no tenía las ideas tan caras como ahora. Estaba en la edad de la tontería y quería probarlo todo.

–¡Ah, ya! Y ahora quieres retomar algo de lo que ni te acordabas...

–Te equivocas. Siempre que hago balance de mi vida, acabo preguntándome que hubiera pasado si no hubiera tenido tan mala cabeza... Porque sé que me quería y mucho...

–¿Y tú a ella?

–Sí. Ahora y durante mucho tiempo atrás he llegado a la conclusión de que yo también la quería... pero a veces, los errores de juventud se pagan más caros de lo que pensamos.

Y ahora, ¿qué vas a hacer?

–No lo sé. Anoche no nos separamos ni un segundo y es por su culpa por lo que me he acostado a las diez de la mañana. Cuando tú llamaste, ella estaba en casa.

–¿Estabas acompañada y no me dijiste nada?

–¿Cómo te lo iba a decir por teléfono y con ella al lado? ¿Te has vuelto majara o qué?

–Bien... analicemos las cosas. Te encuentras con una amiga que en su tiempo fue especial, pasan la noche juntas y evocas todos aquellos momentos en los que fuiste feliz a su lado, pero... ¿No crees que ella puede haber cambiado?

–No, sigue siendo la misma y lo peor o lo mejor, según como lo mires, es que después de tanto tiempo todavía me quiere. Para ella, anoche no fue una casualidad.

–¿Cómo que no fue una casualidad? Que yo sepa, no has repartido carteles por la ciudad diciendo los sitios que frecuentas.

–No, pero por lo visto Marisa y ella estuvieron hace dos semanas en el "Baroa" y allí se encontraron con Elena, ya sabes, la que presume de conocer a todo el mundo. Ella a sabiendas de que Claudia y yo habíamos estado juntas en otro tiempo, le comentó que solía ir por allí de vez en cuando y que de todas formas, si quería verme, seguramente me localizaría en " Kronos".

–¡Vaya! Esa es peor que tú…

–No te pases, yo no soy tan cotilla.

–¡No que va. Y lo peor es que te gusta! Anda, sigue.

–Pues nada. Anoche tuvo la intención de pasar por el "Baroa" pero como fueron a cenar y después al cine, pensó que igual por la hora ya no estaría allí. Así que fueron directamente a "Kronos".

–¡Ya!... Y el encuentro, ¿cómo fue?

–Imagínate… una agradable sorpresa. Como allí casi ni nos oíamos, fuimos al baño para entender algo de lo que decíamos. Aquello empezó a llenarse de gente y al quedar uno de los inodoros desocupados nos metimos dentro.

–¿Y en aquel lugar tan reducido pudieron hablar de algo? Lo digo porque teniendo tu casa…

–Por eso mismo pasó la noche en casa. La verdad es que también nos encerramos allí porque las dos nos pusimos un poco nerviosas y no era plan de que todo el mundo se diera cuenta.

–No sólo se dieron cuenta sino que encima se montó cachondeo con lo de que estaban en el baño.

–¿Quién?

–¡Clara!... ¿Quién otra podría ser?

–¡Ah, bueno! Su opinión no me interesa. Si te hubieras esperado como te dije, la hubieras conocido. Salimos justo cuando te largaste.

–Vale. Y una vez pasada la noche, ¿qué ocurrió para que se fuera a tu casa?

–Sencillamente se nos apetecía seguir hablando y como allí era casi imposible, estuvimos un ratito más y nos largamos.

–¿Y...?

–Y nada, no seas mal pensada. Dormimos juntas pero no ocurrió absolutamente nada. Estuvimos hablando del pasado, de lo mal que se había sentido cuando decidí dejar la relación y de lo mucho que le costó recuperarse. Esa chica me quería de veras, Paula...

–¿Y ahora? ¿Qué siente ahora? Dicen que los primeros amores nunca se olvidan y si encima es una la dejada, menos.

–No sé que pensar. Llevamos hablando de ello todo este tiempo y dice que aún me quiere, que no me ha olvidado y que cree que nos merecemos una oportunidad. Al fin y al cabo, ella es consciente de que la dejé por mis ansias de conocer y experimentar, no porque no la quisiera.

–¿Y merece la pena volver al pasado? ¿Crees de verdad que te va a compensar el sentimiento de culpa que ahora te ataca? Deberías pensar bien lo que vas a hacer, sin querer podrías hacerle más daño del que le hiciste la otra vez.

–Ahora todo es diferente. Tengo las ideas claras y las metas que me marqué antaño ya las conseguí. No me queda nada por probar que realmente me apetezca y... ¿Por qué no? Todos los recuerdos que guardo junto a ella son maravillosos, la única que fallaba era yo. Además, si cada vez que recapitulo mi pasado pienso que uno de mis mayores errores fue dejarla... ¿Por qué no vamos a darnos otra oportunidad?

–¡Eh, que mi intención no es desanimarte! Sólo quiero que te centres y que pienses bien lo que vas a hacer. Si estás decidida... ¡adelante!

–Lo voy a intentar. Después de todo sigo soltera y muchas veces siento que necesito, más de lo que me gustaría admitir, una persona que me quiera a mi lado. Quiero tener a alguien por quien que preocuparme, quiero tener la casa llena de alegría, quiero...

–¿No será que lo que buscas es simplemente compañía? Por tu forma de hablar...

–No, quizás no me estoy explicando lo bien que quisiera. Me refiero a tener una vida completa, a tener con quien compartir inquietudes y miedos, alegrías y desesperanzas. Me refiero a amanecer cada día sin el sentimiento de soledad que me acompaña. Me refiero a no acostarme cada noche en una cama media vacía... o medio llena.

–¡Caramba! Estoy impresionada, que romántica te has puesto. Mira Inés, si crees que esta vez funcionará, si crees que en tu corazón todavía quedan sentimientos hacia Claudia... ¡Por supuesto qué sí, date esa oportunidad!

–No sabes lo bien que me sienta hablar contigo. Deseaba verte para conocer tu opinión.

–Bien, pues ya la sabes. Pero también te digo otra cosa... ¡Quiero conocerla cuanto antes!

–No te preocupes, la conocerás antes de lo que piensas. Es la que está sentada en la mesa del fondo...

–¡Inés! ...¿Cómo has podido?

–Lo siento, necesitaba que la conocieras y no quería separarme de ella esta noche. ¡Me siento tan bien!

–Con razón estás tan guapa y elegante. ¿Sabes algo?... Si no es el amor, es la ilusión ¡pero te sienta de maravilla!

–Si no te importa voy a decirle que se una a nosotras. Sé a ciencia cierta que debe estar nerviosa.

–Ella no lo sé pero yo estoy histérica. No me esperaba esto. Vale, ve a buscarla... ¡No! Espera un momento...

–¿Qué pasa?

–Falta mi parte del interrogatorio, ¿te acuerdas? Con la emoción hasta casi yo me olvido. Cuéntame como acabó Andrea la noche.

–Es verdad, perdóname. Tienes razón, con el nerviosismo... En fin, no sé que demonios le hiciste que...

–¿Qué yo le hice el qué?

–Mujer, no te desesperes, déjame hablar. Como bien tú misma sabes, según llegó fue a bailar con Carmen y compañía. Después no sé nada porque estaba en el baño y cuando salí fuera a buscarte como no te encontraba le pregunté por ti. Me dijo que te había dejado en el baño y que suponía que seguías allí.

–¿Con qué cara te lo dijo?

–Normal, quizás algo sorprendida pero normal.

–Vale, sigue...

–Bueno, le expliqué que no estabas allí y que lo último que dijiste fue que te marchabas a casa, por eso te estaba buscando.

–¿Y qué dijo ella?

–¡Paula, por Dios! Deja que acabe, demontres...

–Disculpa...

–Me miró fijamente a los ojos y se dió media vuelta echando maldiciones. No podía oír lo que decía pero desde luego no era nada bueno. Se acercó a las arpías, les dijo no sé que cosas, recogió la chaqueta del guardarropa y vino de nuevo donde yo estaba. Me dijo que no se encontraba muy bien y que se iba para casa.

–¿Sola?

–Sí, ni siquiera quiso que yo la acompañara. Tenías que haber visto las caras de las brujas... Yo no entendía lo que pasaba, pero ellas menos. De ahí el que te preguntara que le habías hecho...

–¿Yo? Nada, te lo juro. Ella entró en el baño, se metió en la conversación que mantenía con Clara, me rodeó con sus brazos jugando a ponerme catatónica y diciéndome al oído "¡Diviértete!" se marchó. Eso fue todo.

–Que raro... No me hizo ningún comentario sobre eso. ¿No la has visto hoy?

–No, incluso he llegado a pensar que no estaba en su apartamento. No he oído nada en toda la tarde.

–Bien. Una vez que te has puesto al corriente, ¿puedo llamar a Claudia?

–Claro... perdona ya no me acordaba.
–Por suerte yo sí. Ahora vuelvo.

Me había quedado estupefacta. Primero montaba el numerito del baño y después se marchaba sin más. ¿Qué era lo que pretendía, volverme loca quizás? Pero en el fondo, me había gustado que se fuera. Así no había posibilidad alguna de que Carmen o cualquier otra la sedujera. ¿Pero que estoy pensando?

–Te presento a Claudia, –como siempre Inés había vuelto a interrumpir mis conjeturas– *y ella es Paula.*

–Encantada –dije sin evitar asombro.– *Como verás, Inés me preparó una buena encerrona.*

–Oh, disculpa. Si molesto me voy.

–No, perdona. No me malinterpretes. Quise decir que no esperaba que estuvieras tan cerca. Cuando Inés me dijo que te conocería pronto, no imaginé que sería ya. Pero conociendo su impaciencia... ¡Siéntate mujer!

–Yo también estoy algo sorprendida y nerviosa. Para ella era muy importante conocer tu opinión...

–Pues ya la sabe. De todas formas creo que es lo suficientemente mayorcita para tomar decisiones.

–¿Qué pasa? ¿No puedo pedir tu criterio? –me increpó Inés.

–¡Claro que sí! Pero bien sabes que yo no soy ninguna experta. De todas maneras para mí resulta un halago el que quisieras conocer mis pensamientos... Gracias.

La velada transcurrió con apacible tranquilidad. A Inés le brillaban los ojos y se notaba que Claudia se derretía por sus huesos. Resultaba curioso como dos personas podían tirar por la borda su futuro, para meses más tarde darse cuenta del error. Pero como el ser humano es inteligente, siempre busca la manera de que la vida le de una segunda oportunidad, y en este caso, Inés y Claudia se

habían agarrado al tren de la vida. Porque ese tren, sólo pasaba una vez por delante de tu casa.

Me acompañaron al apartamento y subieron a tomar la última copa. Inés no había exagerado respecto a Claudia, aparte de ser muy mona, era también inteligente. Al igual que yo, eligió el derecho como profesión y a la vista de eso, los temas de conversación giraban en torno a los casos más sonados de la justicia a nivel nacional. Resultaba interesante contraponer opiniones y algo me decía que aquel inicio amistoso, acabaría en una complicidad más allá de lo imaginable.

Inés no parecía estar tan cómoda como nosotras y de vez en cuando ojeaba el periódico con desgana, dejando entrever su aburrimiento. A Claudia y a mí, aunque conscientes de que se estaba poniendo histérica, nos hacía gracia ver como iba perdiendo los nervios y pícaramente seguíamos enfrascadas en nuestro debate. Cuando su paciencia llegó al límite, se levantó y poniendo los brazos en jarra exclamó;

–¡Dios bendito, ya está bien! ¿Por qué no hablan de Pérez Galdós, Góngora o Rosalía de Castro? Me siento como parte del decorado, hasta temo moverme para no distraerlas... Si llego a saber que la "conversación" –su forma de decirlo resultó burlona– *iba a ser sobre leyes, me hubiera traído la toga. ¡Qué forma de acabar la noche!*

Nosotras, aunque sorprendidas, aguantábamos el tipo dignamente y haciendo mil y una muecas evitábamos en lo posible reírnos. Cuando fui a decirle a Inés que desde hacía rato hablábamos sólo para soliviantarla, volvió a tomar el rumbo de su cólera y siguió manifestando su indignación por la falta de respeto a su presencia.

–... Y no me parece que por mucho que tengan en común, sólo hablen de temas profesionales, porque... ¿Saben algo? No todas

somos abogadas ni tampoco entendemos de leyes, así que creo que es mejor que me vaya... Ni formaré parte del decorado, ni interrumpiré más sus elocuentes palabras, ¿vale?

La situación empezaba a írsenos de las manos y como si estuviéramos impulsadas por el mismo resorte, nos pusimos en pie.

–Relájate, todo ha sido una broma de mal gusto por lo que veo.
–Lo sentimos de veras –corroboró Claudia.

Inés tenía los ojos encendidos de rabia y la expresión de su cara denotaba irritabilidad y arrogancia. Claudia y yo nos mirábamos asustadas, pues ninguna de las dos la habíamos visto tan desenfrenada como ahora. Realmente aquello estaba tomando un cariz peligroso…
De buenas a primera Inés cambió la expresión de su rostro y dulcificando sus palabras, mirándonos fijamente dijo;

–¿Nunca he comentado que empecé los estudios de arte dramático? Quizás fuera porque mis padres presionaron mucho para que lo dejara, alegando que era una vida muy sacrificada y que muy pocos conseguían el éxito, y como nunca terminé... ¿Pero saben algo? Si por aquel entonces hubiéramos estado juntas y les hubiese visto las caras durante la representación y finalización del acto que han tenido el privilegio de disfrutar... ¡Jamás hubiera abandonado el teatro! Se acabó la función, ya pueden empezar a aplaudir.

¡Atónitas, nos habíamos quedado atónitas! Indudablemente su actuación había sido perfecta, impecable. ¡Anda que ahora cualquiera abría la boca! Sin imaginarlo las burladas éramos nosotras.

–Inclino la cabeza hacia usted, majestad –dije con voz compungida– *Su representación de "amante–amiga" herida en lo más*

profundo de su ego ha resultado inconmensurable, ha sido genial. Personalmente yo me lo he creído.

–¿Y a ti que te ha parecido? –le preguntó a Claudia

–Lo siento soberana, a partir del segundo acto sus encantos provocaron en mí tal desasosiego, que perdí en la memoria el resto de sus palabras. Pero… ¡Es una broma! Claro que sí, cariño, has estado magnífica. ¡No sabía yo que ibas para actriz! Acércate que voy a mostrarte mi agradecimiento por haberme obsequiado con tal representación…

Se fundieron en un beso tan apasionado que, aunque gustándome esas expresiones tan puras del amor, sentí vergüenza ajena e interrumpí de la única forma que conocía, tosiendo. Ambas me miraron y nos echamos a reír. La situación era graciosa. Por algunos instantes nos habíamos trasladado a algún coliseo de la antigua Roma en donde solo estábamos nosotras y la noche…

Unos ruidos provenientes del apartamento de Andrea nos situó de nuevo en la realidad. Mi corazón empezó a latir muy rápido y notaba sus latidos en el cuello.

–¡Shhhs! –dije.– *Quiero saber si hay alguien más con ella.*

No creo –dijo Inés.– *Sólo se oyen los pasos de una persona*

–Perdonad chicas, pero no creo que eso sean pasos… Más bien diría que están golpeando el suelo con algún objeto de peso. Escuchen…

Claudia tenía razón. O golpeaban con algo duro para que bajásemos la voz, o estaban bailando flamenco a la una de la mañana.

–Deberías subir –dijo Inés.– *Igual necesita algo.*

–¿Y por qué no subes tú?… Has escuchado lo mismito que yo.

–Se supone que la vecina eres tú…

–...Y también se supone que tú eres la amiga. Te puedes preocupar lo mismo que yo.

–De acuerdo. No me parece lo más acertado pero subiré. Enseguida vuelvo

Oímos el timbre en el apartamento de Andrea. Unos pasos se dirigieron hacia la puerta, más pasos de regreso al salón y silencio.

Claudia parecía estar enterada de todo y con absoluta normalidad permanecía sentada sin hacer ningún tipo de movimiento, a la espera como yo, de escuchar algo que indicara lo que sucedía.

–¿Estás incómoda? –le pregunté.

–No, tu casa es muy acogedora. ¿Hace mucho que vives aquí?

–Me refería a la situación. Supongo que deberás pensar que soy un bicho raro o algo así.

–¿Por qué? Yo te encuentro bastante normal. Además todo esto no me incomoda porque Inés me ha puesto un poco al corriente. Espero que no te importe...

–¡Ya lo suponía! Inés siempre es la misma...

–No deberías pensar así. Aunque te cueste imaginarlo se preocupa mucho por ti y también se ha dado cuenta de que Andrea...

–¿La conoces? –interrumpí.

–No en persona. Inés me dijo anoche quien era cuando se marchaba, pero nada más. El resto lo sé por lo que me ha contado.

–Sí, ya sé que Inés habla mucho. De todas maneras no me molesta que sepas tanto conociéndonos tan poco. Tengo la impresión de que tú y yo nos llevaremos bien.

–¿Y por qué no habíamos de hacerlo? Sólo hace un rato que estoy en tu casa y ya me siento como en la mía. ¿Le pasa a todo el mundo?

–Supongo que no. ¿Te molestaría decirme cuales son tus sentimientos hacia Inés?– la pregunta era indiscreta y estaba fuera de lugar pero no había podido evitar hacerla...–

–La quiero. Y en eso se resume gran parte de la historia. Hace tiempo estuvimos juntas y ella me dejó. Me costó muchísimo superarlo, o eso creía yo, porque a medida que pasaba el tiempo me di cuenta de que nunca lo había hecho... Simplemente me acostumbré a que ya no estaba a mi lado.

–Y eso... ¿Cómo se lleva?

–¡Fatal! La he querido en silencio durante mucho tiempo, dándole margen para que viviera y disfrutara de todo cuanto ella quería experimentar. Pero supe siempre que mi amor por ella era eterno, que era la mujer de mi vida y que yo era la persona que ella estaba buscando aunque todavía no lo supiera.

–¿Cómo tuviste esa seguridad?

–Porque el tiempo que pasamos juntas fue maravilloso. Siempre estábamos demostrándonos el amor que sentíamos la una por la otra. Después llegaron malos tiempos y al acabar su carrera y ponerse a trabajar, cambió de amistades y de forma de vida. Ya no era tan hogareña, ya no pasábamos tanto tiempo juntas, ya casi nunca estábamos solas...

–¿Y ese fue el motivo de la ruptura?

–Sí. Ella quería conocer, volar, y como decía mil veces quería experimentarlo todo. Yo lo único que hice fue darle el empuje necesario para que levantara el vuelo.

–¿Y queriéndola como dices que la querías, hiciste eso?

–Ya sé que resulta raro, pero sí. Conozco a Inés y si hubiera puesto impedimentos nunca hubiera logrado que volviese a mí. Aunque ella todavía no lo supiera, yo era la persona indicada para estar a su lado, entre otras cosas, porque ella también me amaba de verdad. Lo que ocurrió fue que se aturrulló con nuevas emociones y pensó que fuera del entorno en el que se movía, se escondía un mundo maravilloso, deseoso de que fuera ella la que lo descubriera... y por ese motivo se apartó de lo conocido y se abalanzó sobre lo secreto.

–¡Uf, vaya historia! Resulta difícil comprenderte, porque si sabías que lo que buscaba se encontraba a su lado. ¿Por qué no sé lo dijiste?

–Porque cuando se tienen 27 años se es impulsiva… Ya sé que son suficientes como para andar con indecisiones, pero contando que por aquel entonces yo tenía 35…

–¿Cuántos años tienes?

–Ahora 38. Ya sé que la diferencia no es mucha, pero en cuestión de vivir, se sabe que tienes más experiencia cuanta más edad tienes. De alguna manera quería probar lo que supuestamente yo había probado y esas dudas la llevaron a dejarme. Prácticamente esta es la historia completa.

–¿Y llevas tres años queriéndola desde la distancia?

–Sí, y no sabes cuanto se puede llegar a sufrir… Pero ahora he dado el paso y le he propuesto el darnos una oportunidad. Creo que nos la merecemos, sobre todo porque estamos hechas la una para la otra. Ya yo lo sabía, solo tenía que esperar a que ella se diera cuenta. Por fortuna, ya lo ha hecho.

–La verdad es que me he emocionado oyéndote hablar… y lo digo en serio. Difícilmente se encuentran en la vida personas tan seguras de sí mismas y con tanto tesón. Debe de ser sorprendente para ella el saber que nunca te ha perdido… creo que en el balance que hacía de su vida, tú eras la espinita que llevaba clavada en su corazón.

–¿Por qué dices eso?

–Puedes estar segura de que te quiere. Mil veces se ha reprochado en silencio el terrible error que había cometido, pero nunca se lo había dicho a nadie. Ya sabes que ella mantiene su vida cerrada a cal y canto. ¡Mucho preguntar por los demás y ella no suelta prenda! Hasta hoy no he conocido la historia y si de verdad tú también quieres mi parecer te lo daré gustosamente… ¡Felicidades. Muchísimas felicidades! Todo aquél que por amor sufre tendrá su momento de gloria. ¿Habías oído alguna vez ese refrán?

–No, pero me encanta. Me viene como anillo al dedo.

–Pues desde ahora es tuyo, te lo regalo. Es para ti.

–¿Lo escribiste tú?

–Sí, lo pensé ahora sobre la marcha. Pero como has sido tú la fuente de inspiración, es justo que te lo quedes. Entre otras habilidades también tengo ésta…– reí.– *¿Qué, cómo se quedó el cuerpo?*

–Indiscutiblemente –contestó entre risas– *tú y yo nos llevaremos bien. De eso también estoy completamente segura.*

–¿No te parece que Inés está tardando demasiado? ¿Cuánto hace que está arriba?

–No miré la hora, pero tampoco hace mucho tiempo. Lo que para ti es una eternidad, para el resto del mundo apenas son diez minutos…

–Debe de ser eso… presta atención… ¿No oyes algo?

–Sí, parece que van hacia la puerta. La han cerrado. ¡Creo que están bajando!

–No puedo creer que Andrea también venga…

–Lo sabremos en cuanto lleguen, no te hagas ilusiones…

–¡Si supieras lo nerviosa que estoy! Abre tú por favor, están tocando.

En cuestión de segundos salí disparada a la cocina. Desde allí oiría si Andrea había bajado con Inés. Me tomaría mi tiempo, prepararía café y saldría como si nada pasara. Agudicé el oído y escuché las voces entremezcladas que provenían del salón. Entre ellas se encontraba la de Andrea. Con los nervios, se me cayó la cafetera al suelo haciendo un escándalo atroz. Claudia apareció en la cocina.

–¿Qué te ha pasado? ¿Te hiciste daño? –y añadió en voz baja– *Andrea está aquí.*

–Acabo de oírla. ¿Se encuentra bien?

–Está algo alterada pero todavía no sé el por qué… ¿Te cortaste? Deja que te vea…

–No, se me fue la cafetera de las manos, pero no tengo nada, es de aluminio. Por favor Claudia, échame un cabo... estoy muy nerviosa.

–Pues relájate mujer, no pasa nada. Venga salgamos fuera a ver de que hablan esas dos.

Andrea estaba sentada junto a Inés. Sólo quedaba sitio para otra así que decidí sentarme en el sillón individual y dejar que fuera Claudia la que se pusiera junto a ella. No tenía ánimos para sentirla a mi lado, realmente empezaba a encontrarme mal. Andrea estaba cabizbaja y no dejaba de murmurar algo que desde donde yo estaba no alcanzaba a comprender. No sin cierta aspereza le pregunté:

–¿Te encuentras bien? Escuchamos golpes y nos asustamos. Por eso subió Inés a ver si te ocurría algo...

–Deja que tome algo de resuello... –dijo Inés. *–Ya nos lo dirá cuando se tranquilice.*

–Perdón... –me disculpé– *No quería presionarte...*

–No te preocupes –contestó en un sollozo– *¿Tienes algo para calmarme?*

–Creo que en la cocina hay tila... iré a ver.

Me levanté y Claudia salió detrás de mí. No me hacía ninguna falta su ayuda, pero intuí que lo quería era hablar conmigo. Me lié buscando la dichosa tila hasta que por fin apareció, no había ordenado la compra como era debido y aún sabiendo que tenía me costó encontrarla.

Claudia permanecía callada, se limitaba a observar todos mis movimientos y cuando iba a encender el fuego para calentar el agua, dijo:

–Trae, lo hago yo. Te creo capaz de provocar un incendio...

–¡Por Dios! Ni que estuviera loca... yo puedo hacerlo pero si te empeñas.

–No se trata de cordura ni de locura. Simplemente no creo que tengas el pulso como para andar con fuego, ¿no crees?

–Tienes razón, estoy temblando. No sé por qué me da que Andrea no va a contarnos nada bueno… nunca la había visto así.

–No adelantes acontecimientos, lo mejor será dejar que se tranquilice y cuando lo haya hecho nos lo contará, no te precipites.

–Supongo que de nuevo llevas la razón, pero es que el verla así me ha dado un mal presentimiento.

–¿Dónde pusiste la tila? Ya el agua está hirviendo.

–Sobre la mesa. Déjala reposar un poco, que si no se asa.

–Está nerviosa, pero no ciega mujer. Salta a la vista que está caliente. Venga, salgamos fuera que ya esto está.

–¿Es necesario?

–No, si quieres te traigo un saco de dormir y pasas aquí la noche... venga vayamos que aquí no se acaba el mundo.

Claudia le dio la taza a Andrea pero estaba tan nerviosa, que Inés se la quito de las manos cuando estuvo a punto de virarla. Con toda paciencia la fue bebiendo sorbito a sorbito hasta acabar con el contenido. Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Durante unos instantes, que a mí me parecieron eternos, sucumbimos a un silencio demoledor. Ninguna se atrevía a decir nada, esperábamos a que Andrea rompiera el hielo que ella misma había creado.

–Perdonad por el numerito –atinó a decir.– *No era mi intención molestar a estas horas...*

No te preocupes –le contesté.– *Somos tus amigas y estamos para lo bueno y para lo malo… ¿Te encuentras mejor?*

–Parece que me voy calmando un poco... creo que me dio un ataque de histeria.

–Si te apetece puedes contárnoslo –le conminó Inés.– *Si crees que podemos ayudarte, ya sabes, está demás que te lo recordemos.*

–No creo que podáis hacer nada, pero supongo que me haría bien hablarlo... Hace unos días recibí la visita de un amigo de Córdoba... bueno en su tiempo fue algo más que un amigo...

Las tres, como si estuviéramos impulsadas por el mismo resorte, inclinamos el cuerpo hacia adelante en clara señal de asombro. Desde ese mismo instante, Andrea supo que contaba con toda nuestra atención.

–Estuvimos juntos casi dos años. Le quería muchísimo y por él lo había abandonado todo, mis amigos, mis aficiones... siempre estaba pendiente de todo lo que él quisiera. Al principio era perfecto, paz, armonía, felicidad... Me sentía la mujer más dichosa del mundo hasta que un día un primo mío, me ofreció trabajar de dependienta en la boutique que acababa de inaugurar. Ilusionada acepté el puesto, ya que eso significaba que reuniríamos más rápido el dinero para la entrada del piso y así podríamos casarnos mucho antes de la fecha prevista. Porque aunque os parezca precipitado, habíamos hablado de boda. Estabamos seguros de nuestros sentimientos y tanto el cómo yo deseábamos estar siempre juntos, vivir juntos, amanecer juntos... Sólo podíamos disfrutar de esa convivencia "matrimonial" los fines de semana, cuando sus padres sus iban al pueblo a casa de sus abuelos y nosotros nos adueñábamos del piso. Cada domingo por la tarde era una tortura... porque aunque nos veíamos a diario, deseábamos que llegara el fin de semana para no tener que separarnos en dos días. Esperé a que llegara el sábado para decirle lo del trabajo cuando ya estuviéramos instalados en casa de sus padres...

De pronto Andrea bajó la cabeza y empezó a llorar. Ninguna nos atrevimos a decir palabra y ella se desahogó cuanto quiso. Inés tomó su mano y de alguna forma le hizo saber que nos tenía allí, que no se avergonzara y que descargara todo lo que llevaba den-

tro. Andrea, que pareció entenderlo, seguía llorando desconsolada. Como si se hubiera quedado atrapada por su pasado y ninguna de nosotras podíamos hacer nada, sólo escucharla y dejar que se descargara. Pasados cinco minutos y ya más serena continuó.

Cambió. Yo esperaba una reacción de alegría y fue todo lo contrario. Empezó a gritar y a maldecir sin que yo entendiera absolutamente nada. Asustada le dije que me marchaba y que ya hablaríamos el lunes. Cuando fui a abrir la puerta de su casa... –volvió a llorar– *me tiró del pelo hacia atrás y girándome con fuerza me dio una bofetada que aún hoy me está doliendo. Empezó a chillar llamándome puta y coléricamente dijo que lo único que quería era lucirme para acostarme con todos los hombres que se me pusieran al alcance. Yo, aturdida por el guantazo, no daba crédito a lo que estaba oyendo. Nunca antes me había insultado, ni siquiera gritado... y muchísimo menos me había levantado la mano. Permanecí callada, apoyada sobre la puerta, en la misma posición en la que él me había dejado. Era incapaz de moverme... seguía gritando que era una puta y preguntaba el porqué le hacia eso. Decía que nunca había pensado en la posibilidad de que yo tuviera interés en lucirme, de que fuera una vulgar ramera dispuesta a que todo el mundo me contemplara... Hasta ese momento no había caído en la cuenta que desde que estabamos juntos no salía sin él, de que ya no tenía amigos porque a él no le gustaban, de que a todas horas me llamaba por teléfono y de que siempre me decía que si tenía que salir que le esperase, que él me acompañaba. A mí aquello me parecía un acto de amor... y estaba completamente ciega. En un sólo instante mi mente contempló otras posibilidades, aquello no podía llamarse amor, aquello era obsesión y locura. Con sus acciones había conseguido engañarme, ocultándome que era un celoso machista que no permitía que yo tuviera vida propia. Todo, hasta el simple hecho de ir a comprar el pan, me lo había prohibido muy sutilmente. Pero fue en ese preciso ins-*

tante cuando caí en la cuenta. Aturdida por el miedo, intenté explicarle que solo iba a trabajar para ahorrar más deprisa y así podernos casar antes. No había nada de malo en ello, lo hacía por contribuir a que nuestro futuro en común comenzara cuanto antes. Empezó a chillar gritando que con su sueldo era más que suficiente y que yo no tenía la necesidad de trabajar, que él podía con todo. Asustada le respondí que no sólo se trataba de eso, también a mí me ayudaría el relacionarme con otras gentes. Que muchas veces me aburría en casa pendiente de sus llamadas sin poder salir a ningún sitio. Le dije que confiara en mi, que yo nunca le sería infiel y que si queria podía él llevarme y después ir a buscarme al trabajo, que yo no tenía nada que ocultar. No sabía como hacerle entender que lo único que quería era aportar para nuestro futuro. Entonces él se volvió como loco... empezó a pegar puñetazos en las paredes, patadas a los muebles... yo quise intentar que parara y cuando me acerqué a tranquilizarlo me dio tal fuerte puñetazo en el estómago que me hizo vomitar lo que había cenado. Me estuve revolcando de dolor más de una hora y él solo se limitaba a llamarme puta y a amenazarme con que me iba a matar. Afortunadamente los vecinos, que estaban oyendo el escándalo y a sabiendas de que los dueños del piso pasaban fuera los fines de semana, llamaron a la policía. Cuando ésta se presentó en la casa, él les abrió la puerta y salió fuera a hablar con ellos, ni siquiera entraron para ver como me encontraba y que es lo que había sucedido.

–¿Pero cómo puede ser eso? –pregunté indignada. *–¿Cómo es posible que no accedieran al interior de la vivienda para ver que ocurría?*

–Porque entre compañeros, ya se sabe, se tapan entre ellos...

–¿Compañeros? –dijo Claudia.

–Sí, compañeros... Javier es policía nacional.

–¡El muy cabrón! –exclamé.*– Jodido y maldito cabrón... ¿Qué pasó después?*

–Ellos se marcharon y Javier volvió a entrar. Me cogió por los hombros y me llevó hasta el sofá. Con brusquedad obligó a que me sentara y él se puso a mi lado. De buenas a primeras se echó a llorar y apoyando la cabeza sobre mi regazo empezó a implorar mi perdón. Entre lágrimas me decía que no sabía lo que le había pasado, que quizás todo fuese producto del estrés al que había estado sometido durante meses. Mi corazón quería perdonarle, pero mi razón me decía que había demostrado su lado oscuro y que volvería a repetirse. Pero asustada como estaba no me atreví a decírselo en ese momento, temía que volviera a ponerse violento y que esa vez fuera peor. Bajo el pánico, pensé que lo mejor que podía hacer era hacerle creer que tenía mi perdón y cuando llegara el domingo y me dejara en casa, lo explicaría a mi familia y no le volvería a ver. Sabía que iba a causarle un gran disgusto a mis padres con ello porque tenían a Javier en gran estima y como decía mi padre, encima era policía. Un buen chico con el fututo garantizado. Aquello era en el fondo su vocación frustrada, pero poco me importaba a mí como se lo tomaran... Ya había tomado una decisión y la llevaría a cabo. Nunca más permitiría que nadie pusiese sus manos sobre mí de aquella manera y por supuesto no le iba a dar la oportunidad de que fuera él quien volviera a hacerlo. Sobre las tres de la mañana, fingí un fuerte dolor de cabeza y le dije que necesitaba unos calmantes que sabía que no quedaban en el botiquín. Como desde hace mucho padezco migraña, utilicé esa excusa para que saliera. Quería obligarle a salir aunque fuera a la farmacia, no soportaba la idea de tener que acostarme junto a él. Aproveché el momento para llamar a casa pero no había nadie y menos mal, porque Javier no se había ido. Permaneció tras la puerta acechando como un lobo que espera a su presa. Entró de nuevo y fue directamente a la cocina. Se comió unas galletas con un vaso de leche y después de haber cerrado la puerta de la calle con llave, se las guardó en el bolsillo y se acostó en el sofá. Estaba callado mirando hacia el techo y tenía los

brazos extendidos a lo largo de su cuerpo. No me atreví a preguntarle nada, deseaba que estuviera así toda la noche...

–¿No tenías otro sitio por donde salir? –preguntó Ines. *–No sé, alguna ventana quizás...*

–¿Desde un quinto piso? Créeme, no tenía salida. Lo que sí tenía era un pánico horrible, no dejaba de temblar. Fui hacia el teléfono con la idea de pedir ayuda pero ya él había tenido la precaución de desconectarlo y lo había guardado en donde yo no pudiera encontrarlo. Porque mira que lo busqué...

...Volví a la sala y seguía en la misma posición. Sin hacer apenas ruido, entré en la habitación de sus padres y pensé que lo único que podía hacer era esperar a que amaneciera y rezar para que no saliera de su letargo hasta el día siguiente.. Me tumbé en la cama y cerré los ojos intentando serenarme. Debió de pasar un buen rato hasta que me quedé dormida...

...Un fuerte dolor en el pecho debido a una gran opresión me despertó. Abrí los ojos y lo primero que vi fue su cara sobre la mía. Se había puesto encima e intentaba bajarme las bragas por debajo de la falda, y con la otra mano desabrochaba mi blusa con soltura, sin prisas pero sin pausas, recreándose en lo que estaba haciendo. Mi primera reacción fue apartarle y él presionó aún más fuerte su cuerpo contra el mío. Mirándome a los ojos me dijo: "Tranquila cariño, yo sé lo que te gusta. Así no tendrás la necesidad de ir con otros" y poniendo su mano sobre mi boca...

–Espera –intervine yo.– *Necesito un poco de agua, tengo la garganta seca. ¿Quiéres algo Andrea?*

–Tráeme agua, por favor.

Joder... joder... joder... !O me levantaba o me daba algo! ¡Maldito bastardo! Si llego a saber todo eso el día en que lo escuché arriba, no sé lo que hubiera pasado. Pero estaba segura de que se hubiera ido a su casa con una buena patada en los huevos.

No estaba segura de poder aguantar durante mucho más tiempo el crispado relato que Andrea contaba, pero supuse que debía hacer de tripas corazón y seguir escuchando sin aparentar que me afectaba de distinta forma que a las demás. Deseaba matar a aquel gusano con mis propias manos, deseaba toparme con él y mirarle a la cara, deseaba retarle a ver si también era igual de machito conmigo...

–*¡Paula!... ¿Vienes o que?* –Inés me llamaba.
– *Ya voy* –contesté. –*Ya voy.*

Con total desgana me dirigí al salón. El cuadro no había cambiado, seguían en la misma postura con la sola diferencia de que la mirada de Andrea estaba perdida en el vacío. Claudia me miró con un gesto de reproche y avergonzada me senté sin decir palabra. Hubo un momento de silencio, Andrea aunque presente, estaba lejos de allí. De alguna forma estaba reviviendo todo aquel horror otra vez... y a mí la sola idea me hacía daño.

Al cabo de unos segundos continuó hablando.

–Gracias Paula. Tu intervención ha servido para que me haya ahorrado los detalles. Ya podéis imaginaros que fue lo que siguió a continuación. Cuando se desahogó me obligó a levantarme. A empujones me arrastró hasta el salón y allí me tiró en la moqueta. Así pase el resto de la noche. Por la mañana y sin haber pegado ojo, decidió que iríamos a desayunar fuera. Como si nada hubiese pasado. Por suerte, en la cafetería nos encontramos a unos amigos que se iban de excursión y estaban repostando fuerzas. Aproveché el momento del encuentro para excusarme diciendo que iba al baño. Cuando vi que estaba hablando y que desde donde se encontraba no podía controlar la entrada, huí hacia mi casa sin parar de correr. Cuando llegué apenas tenía aliento para hablar. Metida en un mar de lágrimas se lo conté a mis padres. Mi madre me dijo que lo denunciara, pero mi padre pensó que como

era policía no iba a sacar nada. Sólo iba a conseguir que los periódicos se hicieran eco del caso y pasaría a ser una persona pública. Aturdida dejé que el tiempo pasara. Pero él seguía llamando a casa, molestando, e incluso llegó a insultar a mi madre diciéndole que ella era otra puta encubridora... Como mi padre trabaja en la banca y tiene un puesto de importancia, pidió favores a los amigos y me hicieron una prueba para empezar a trabajar. La superé y a los pocos meses me ofrecieron la posibilidad del traslado. La verdad es que yo lo vi como una salvación y sin dudarlo acepté. Supongo que también debía demostrar mi gratitud por el empleo, no todo el mundo entra a trabajar así como así en un banco...

Andrea parecía un robot. Hablaba sin parar de su pasado, pero era como si ella no formara parte de él. Era una máquina de palabras sin pausas, sin signos de dolor o desazón. La observaba y veía a un muñeco de los que ponen en las ferias diciéndote lo que te esperaba en el futuro. Sólo que ella hablaba de su pasado...

–Entonces fue cuando vine a Las Palmas. Como había conectado muy bien durante el viaje a Italia con Inés, la llamé para decírselo y ella me ofreció su casa hasta que encontrara piso y me instalara. Todo era perfecto hasta que hace unas semanas...

–¿Javier era el tipo que estaba la otra noche en tu casa? –pregunté indignada.

–Sí, la otra noche... y hoy.

–¿Hoy? –preguntamos a la vez.

–Hasta hace unos minutos. Cuando vio el escándalo que monté al oíros, y ante el sonido de pasos que subían por las escaleras, salió y se fue al piso de arriba. Mientras Inés estaba en casa, él bajaba tranquilamente como si nada hubiera ocurrido.

–¿Y que diablos hacía ese tío aquí? ¿Quién le ha dado la dirección? ¡Porque de algún sitio la habrá sacado!

–La sucursal del banco en Córdoba le informó que me habían trasladado a Las Palmas, y al él le faltó tiempo para también pedir traslado. Normalmente no lo conceden hasta pasados unos meses y siempre y cuando hayan plazas vacantes... pero como tiene una hoja de servicios intachable y muchos amigos en las altas esferas, consiguió el traslado en pocas semanas.

–¿Qué es lo que quiere? –le preguntó Claudia

–Es bastante sencillo, ¿no crees?... Me quiere a mí.

–¿Y la dirección quien se la dió? –pregunté.

–La compañía telefónica. Se presentó como policía de investigación y solicitó placa en mano, información. Quería saber si disponía de teléfono y cuál era la dirección. Todo lo he averiguado porque en el banco me dijeron que ellos no daban la dirección de sus empleados a nadie y como le conozco, supuse que la había conseguido por el medio más sencillo. Me presenté en telefónica y allí me confirmaron que mi dirección había sido facilitada a la policía. Como veis, no me había equivocado.

–¿A que ha venido esta noche? Cuéntanos lo que ha pasado –dijo Claudia.– *Aquí no estamos en Córdoba y tu padre no puede influir en lo que tengas y quieras hacer.*

–¿A qué te refieres?

–Me refiero a que si se tiene que tomar alguna postura legal, la tomaremos.

–¿La tomaremos? –dije yo. *–¿No crees que es ella la de que debe tomar sus propias decisiones? No me parece correcto...*

–¡Dejadlo ya! –gritó Andrea.– *No necesito clases de ética ni de moral...*

–De acuerdo –contesté. *–Dinos a que venían esos golpes, por favor.*

De buenas a primeras Andrea empezó a temblar. Sus manos se alzaron y mirando hacia el frente se tapó la cara y bajó la cabeza.

El llanto de dolor y desesperación invadió toda la casa… Nosotras nos miramos asustadas, no acabábamos de comprender lo que estaba sucediendo, aunque en el fondo todas suponíamos lo peor y una sensación de frustración y de rabia empezaba a reflejarse en nuestras caras. De pronto, Andrea metida en un grito exclamó:

– *¡Me ha violado!*

Me derrumbé. Podía escucharlo todo, pero eso... Inés la abrazó con fuerza y Andrea lloraba en su hombro sin parar, desconsolada, con los ojos abiertos mirando hacia la nada. Claudia se levantó y fue hacia el teléfono, hizo una llamada y dirigiéndose a nosotras dijo:

–*!Nos vamos!*

–*¿A dónde?* –pregunté.

–*A que la vea un médico. Necesitamos un parte facultativo que acredite las posibles lesiones, si queda semen en la vagina, si...*

–*¡No pienso ir a ninguna parte!* –Andrea de pronto había salido de su aletargamiento.–*¡No puedo luchar contra él, no puedo...! ¿No lo entendéis?*

–*¡Escúchame!* –le dijo Claudia. *Él no es intocable, lo que te ha hecho esta penalizado por la ley y el hecho de que te haya seguido hasta aquí significa que no piensa parar. ¡Tienes que ser valiente y enfrentarte! Ahora tienes amigas que te apoyan, no estarás sola, ¿de acuerdo? Por favor, Andrea...*

Inesperadamente se levantó y fue hacia la puerta. Se paró en seco y mirando hacia atrás dijo:

–*¡Voy a cortarle los huevos a ese cabrón, haré lo que me digáis!*

Andrea acababa de permitir que saliera toda su ira, todo su resentimiento. Sin perder un segundo nos dirigimos a la unidad de urgencias del hospital. Claudia se hizo dueña de la situación y habló por ella. En pocos minutos era atendida. Nosotras esperábamos impa-

cientes, deseosas de que todo acabara lo más rápidamente posible. Al cabo de hora y media, Andrea salió con un informe en las manos.

–*¿Qué pasó? ¿Cómo te encuentras?* –preguntamos.

– *Estoy un poco más relajada, creo que me han pinchado un tranquilizante. No puedo marcharme hasta que no venga la policía... Al ser un delito, la doctora ha tenido que dar parte. ¿Qué va a pasar ahora?*

–*No te preocupes* –contestó Claudia.– *Desde este momento soy tu abogada, ¿vale?*

–*Tienes dos abogadas a tu entera disposición, yo también quiero ayudar* –dije.

–*Mil gracias... nunca os podré pagar todo esto...*

–*No digas bobadas* –dijo Inés.– *Aunque yo no soy abogada, haré todo lo que me pidan estas dos. No sé, buscar información, papeleo... Cualquier cosa, lo que sea. Aunque sé que este ofrecimiento me va a dar mucho quebraderos de cabeza, pero no por ti cariño, sino porque estas van a aprovecharse de mí hasta en lo que no concierna a tu caso. Si no ya verás, dale tiempo al tiempo.*

El coche patrulla acababa de aparcar delante de la clínica. Dos policías se bajaron y se dirigieron a la entrada. Nosotras fuimos tras Andrea y nos dejaron pasar. Informaron a la doctora de que habían llegado y ella salió de su despacho.

–*Buenas noches* –se presentó.– *Soy la Dra. Menéndez. Acabo de reconocer a una paciente que afirma haber sido violada. Mi deber era avisarles, ¿no?*

–*Desde luego ese es el procedimiento a seguir.*

–*¿Dónde se encuentra la denunciante?*

–*Estoy detrás suya, agente. Mi nombre es Andrea Ramírez Castellano y quiero presentar una denuncia contra el hombre que me hizo esto.*

–Bien. Recoja el informe y acompáñenos al coche patrulla. Dra., deberá preparar otro informe con el resultado de las pruebas y enviarlo al juzgado de guardia lo antes posible. ¿Tiene usted abogado? –preguntó dirigiéndose a Andrea.– *Si quiere puede solicitar uno de oficio.*

–No, gracias. Tengo quien me represente. Vengo acompañada por ellas.

–Perfecto. Ojalá todas las mujeres tuvieran la suerte de estar representadas como usted, señora...

–Bien –dijo el otro agente percatándose de que aquel no era el momento para hacer ese tipo de comentario – *Vayamos a comisaría. Si quiere puede ir en el coche de sus amigas...*

–Se lo agradezco –contestó Andrea. *–Parece que se me hará menos duro si no me monto en uno de esos* –dijo refiriéndose al coche patrulla.– *Todavía no me puedo creer lo que estoy haciendo.*

–Haces exactamente lo que debes, ¿de acuerdo? –le increpó Inés.– *Además, tú no eres culpable de nada. Todo lo contrario, eres la víctima. Venga, súbanse al coche o esta gente nos dejara atrás.*

Durante el trayecto ninguna abrió la boca, todas íbamos pensando en lo sucedido. Era relativamente fácil actuar con tanta tranquilidad cuando una lo veía y padecía desde fuera, pero no podía evitar imaginarme como había sucedido todo y la rabia me comía por dentro. Había que comprenderla, tenía que estar asustada y encima se encontraba en otra ciudad en donde sólo contaba con el apoyo de sus amigas... a veces la necesidad del vinculo familiar se hacia excesivamente tangible.

En la comisaría todo fue rutinario. Denunció los hechos, firmó la declaración y en menos de una hora nos encontrábamos de camino a casa. Subimos directamente a mi apartamento. Inés preparó café mientras nosotras permanecíamos en el salón sumidas en un profundo mutismo. De pronto, Claudia se levantó y llamó

por teléfono a un compañero del bufete. Quería comunicarle que no iría mañana al despacho y que anulara todas sus citas. Cuando terminó la conversación, desapareció en dirección a la cocina. Andrea y yo nos habíamos quedado a solas.

–*¿Te encuentras mejor?* –me atreví a preguntar.

–Ya no sé ni como me encuentro. No hago más que darle vueltas a la cabeza... Tengo que avisar a mis padres, comunicar en el trabajo que voy a faltar durante unos días, enfrentarme a... Javier...

–Todo tiene solución, no te preocupes por nada. Mañana pasaré por el banco y hablaré directamente con el director. Ante ciertos casos no suelen pones objeciones y si acaso las pusiera, iremos a tu medico de cabecera para que te extienda un parte de baja. ¿de acuerdo? Lo de tus padres es un poco más complicado. Supongo que deberías llamarles y avisarles de la decisión que has tomado a raíz de los últimos acontecimientos. ¡Ah!... Y aunque te pongan el grito en el cielo, muéstrate clara en tus convicciones, no permitas que ejerzan en ti ningún tipo de reacción adversa a la que ya has tomado. Además, cuentas con el apoyo de tu madre. Y sobre lo de enfrentarte a Javier... eso es lo ultimo que debería preocuparte. A partir de este momento nosotras te representamos y haremos todo lo necesario para que lo veas lo menos posible. Pediremos al juez al que le asignen el caso, que tenga a bien que los interrogatorios se hagan individuales. Me refiero en la sala de juicios, claro.

–¿Eso que quiere decir?

–Para resumírtelo, quiere decir que cuando tú subas al estrado, él no esté presente y viceversa.

–¿Podrás conseguirlo?

–No lo sé, pero puedes estar segura de que voy a intentarlo.

–Nunca podré pagaros lo que estáis haciendo por mí, no sé como agradecéroslo.

–A mí me basta con tu amistad... y estoy segura de que a ellas también.

Andrea me miró inexpresiva, como si no estuviera allí, como si todo aquello no fuese con ella. Por momentos parecía lucida y temperamental y pasados unos instantes daba la impresión de que estaba ausente, en cualquier otro lugar. Inés tenía que levantarse temprano para ir a la universidad y Claudia la había convencido para que se acostara. No era plan de pasar la noche en vela teniendo que ir a trabajar el día siguiente, después de todo, por hoy no se podía hacer nada más. Una vez que Inés estuvo acostada, en el cuarto de invitados, Claudia volvió al salón.

–Espero que no les haya molestado que Inés se acostara, necesitaba descansar. Mañana le espera una dura jornada en la universidad y sólo dispone de dos horas para dormir. Es muy poco, pero algo le hará.

–No te preocupes. Tú también deberías dormir un rato –le dije–. *Mañana tendremos que batallar mucho. Oye... ¿Cómo es que tu compañero no ha venido a matarte después de llamarle a las cuatro de la mañana?*

–Porque no sabe la dirección... No, es broma. Tenemos la norma de avisar cuando no vamos a acudir al despacho. Si lo llamé a esa hora es porque algo muy importante me retiene en otro lugar y él lo sabe, no hace falta que le de detalles. Cada uno apechuga cuando le toca, a mí también me han llamado a las cinco de la mañana y no me he quejado.

–Cuando tenga mi propio bufete, esa será la primera orden que daré a los pasantes. ¡Hay que aprender de los veteranos! –dije.

–¿Por qué no te acuestas tu también, Andrea? –preguntó Claudia.– *Te vendrá bien dormir. Además con el tranquilizante que te pusieron no tendrás muchos problemas en conciliar el sueño en cuanto te tumbes... Creo que lo más acertado sería que*

nos fuésemos todas a descansar las pocas horas que nos quedan.

–No me parece mala idea. Supongo que esta noche Andrea se queda en casa, ¿no? –pregunté.

–Si no te importa... no quiero subir a mi apartamento. Prefiero quedarme aquí.

–¡Pues no se hable más!

–De acuerdo –apostilló Claudia.– *Me haré un huequito al lado de Inés e intentaré dormir algo... Buenas noches.*

–¡Buenas noches! –contestamos a la vez.

–Andrea tú te quedaras en mi habitación. Yo dormiré aquí mismo, voy a buscar unas sábanas...

–¡De eso nada! Ya bastante has hecho como para que encima te quedes en el sillón... Ve tú a la cama que yo dormiré aquí.

–Pues no me parece... Además vas a estar incomoda y de lo que se trata es de que descanses, no de que amanezcas hecha un ocho...

–Tu cama es de matrimonio, ¿verdad? Pues... ¿Qué hay de malo si la compartimos? Por mi no hay ningún problema.

–También es verdad...

Era la primera vez que nos acostábamos juntas, aunque la situación no fuera la que a mí me hubiera gustado. Andrea cayó como un plomo y en menos de diez minutos estaba completamente dormida. Pasé toda la noche sin pegar ojo, escuchando su respiración. Por momentos daba pequeños saltos y aunque a mí me daban unos sustos tremendos, ella no se despertaba. Debía de estar con pesadillas rememorando todo lo que aquel cerdo le había hecho...

A las seis de la mañana me levanté y fui a despertar a Inés, no recordaba haberle puesto el despertador... La puerta estaba entornada y dando unos toque suaves con los nudillos la abrí. La visión era enternecedora. Ines yacía de costado y Claudia le pasaba la mano por la cintura, como si no quisiera que se separara de su lado. Me acerqué y le susurré al oído.

–*¿Qué pasa?* –preguntó consternada.

–*Nada, son las seis de la mañana. ¿No tienes que ir a la universidad?*

–*¿La universidad? ¿De qué me estás hablando?*

–*De tu trabajo...*

–*¡Dios santo! ¿Qué hora has dicho que es?*

–*Las seis... No te apures, vas bien de tiempo.*

–*Gracias Paula. Si no llegas a avisarme... !Ah! Por favor, no despiertes a Claudia hasta las ocho.*

–*Demasiado tarde* –dijo.– *Ya estoy despierta.*

La mañana iba a resultar movidita. Claudia se había puesto en pie y ya tenía el trabajo organizado. Iría al juzgado y se cerciorara de que la denuncia había sido tramitada. Supuestamente Javier debía de estar detenido, así que lo iría a comprobar personalmente. Creyó conveniente que yo pasara el día con Andrea, siempre era mejor estar acompañada, el día después era el peor.

Ella seguía durmiendo ajena a todo el barullo que teníamos formado, pero decidimos que lo mejor era que descansara lo máximo posible. Cuando Claudia se fue me deje caer en el sillón, tenía que ordenar mis ideas.

No veía nada con claridad, por más que me esforzara la exasperación me impedía razonar con nitidez. Sólo tenía ganas de agarrarlo por el pescuezo y retorcérselo hasta ver que le faltara el aire...

Miré a Andrea y una sensación de ternura me envolvió de repente. Nadie diría que aquella bella mujer estaba en la situación más difícil que cualquier ser humano podía pasar. La violación significaba la desnudez del cuerpo, del alma, de la mente. Significaba humillación, desprecio, indefensión, degradación... Tenía una ardua tarea por delante. Cuando despertara, su reacción sería un misterio. ¿Qué podría decirle que calmase su dolor? El teléfono empezó a sonar. Me levanté como un tiro para que no la despertara.

–¿Sí... ?

–Paula, soy yo. ¿Ya se despertó Andrea?

–No, aunque casi lo logras. Pero Claudia, ¿no sabías que estaba durmiendo?

–Sí, pero lo que tengo que decirte es muy importante. Mira a ver si todavía sigue dormida...

–¿A qué viene tanto misterio? Espera un momento, voy a mirar... está frita. El calmante hizo efecto en toda su proporción. ¿Has averiguado algo importante?

–Y tanto... Anoche mismo detuvieron a Javier y esta mañana después de hacer una declaración en la comisaría, se ha ido a su casa tranquilamente.

–¿Cómo va a ser eso?

–Como lo oyes. Tiene que presentarse en el juzgado a media mañana.

–¿Y ahora?... Si Andrea se entera de que esta suelto por ahí, le da algo.

–Por eso te aviso. Estate pendiente por si al cabrón se le ocurre pasar por su casa. Si notas que están llamando arriba, avisa a la policía

–Descuida, primero lo mato y después llamo a comisaria.

–Hablo en serio, no te confíes y haz caso. Por cierto, si llama Inés, dile que el móvil lo dejé en el despacho. Se me quedó el viernes y como lo dejé encendido no tendrá batería. Supongo que ya me habrá llamado un montón de veces...

–Seguramente. Cuando hable con ella se lo diré. ¿Algún mensaje más?

–Que la echo de menos... En fin, voy a solicitar la copia del informe que mando la Dra. . En cuanto tenga alguna novedad te aviso.

–De acuerdo, hasta luego.

Me había quedado nerviosa. ¿Cómo era posible que andara por ahí después de ser detenido? Desde luego, tenía muy buenas amis-

tades en las altas esferas del cuerpo policial, porque sino no se explicaba.

Eran las once de la mañana y Andrea seguía dormida. Un par de veces me dieron ganas de acurrucarme a su lado, pero la razón me lo impedía. Ni era el momento, ni aquellas eran formas. Pasé toda la mañana pendiente del teléfono y de la escalera. Nada, ni lo uno ni lo otro. A las doce y media Andrea apareció en el salón.

–*Buenos días* –dije.– *¿Cómo amaneciste?*

–*Buenos días. Tengo el cuerpo raro, creo que aunque dormí no he descansado como debiera. He pasado la noche con pesadillas pero no logro acordarme de lo que estaba soñando.*

–*Quizás sea mejor así. ¿Te apetece desayunar?*

–*La verdad es que no, pero supongo que algo tendré que tomar. ¿Tienes descafeinado? ¡Cómo tengo el estómago, el café me caería como una bomba!*

–*No creo, pero bajo a por él. En el super venden los sobres sueltos...*

–*¡No te vayas! Por favor...*

–*Está bien, tranquilízate. No me moveré de aquí. ¿Te preparo un café con leche clarito? Un manchado, como dicen por ahí...*

–*Bueno... ¿No has sabido nada?*

–*Todavía no. Claudia llamó para avisar de que no tenía el móvil consigo e Inés no ha llamado. Seguro que estará liada y no ha tenido tiempo de salir.*

–*¿Cuándo sabremos algo?*

–*Hay que esperar la llamada de Claudia. Creo que llevan a Javier al juzgado a media mañana. Seguramente avisará cuando termine. No te desesperes.*

–*No tenía que haberme despertado* –dijo mientras bebía.– *Parece que el reloj no se mueve del mismo sitio.*

–*No te apures que todo llega. Lo peor es estar pendiente de las noticias, parece que no transcurre el tiempo...*

–¡Escucha! –dijo.– *Está sonando el teléfono de mi casa.*

–¿Esperas alguna llamada? Las chicas saben que estás aquí...

–¡No! ¿Avisaste al banco de que no iría?

–¡Me cag... se me olvidó! Lo siento.

–Seguramente llaman desde allí. ¿Te importa avisarles? No me agrada la idea de tener que dar explicaciones.

–Ahora mismo, descuida.

El director se había mostrado muy amable. Sin necesidad de dar muchos detalles le dije que Andrea estaba enferma y que faltaría durante un par de días. ¡Había un virus de gripe y ella lo había agarrado enterito! También le dije que se encontraba en cama y que no se levantaría a coger el teléfono, que si era algo importante lo dejara en el contestador que yo se lo diría en cuanto fuera a verla y escuchara los mensajes. No hizo falta hablar de bajas ni nada parecido.

–¿Qué te dijeron? –preguntó nada mas colgar.– *¿Se creyeron lo de la gripe?*

–¡Pues claro! Soy abogada... por lo tanto miento muy bien.

–Algún día tendré que pagarte todo esto... encima no he bajado nunca tu basura como prometí. No sé como me las arreglo pero no hago más que acumular facturas a tu favor...

–No sigas por ese camino, ¿vale? Las amigas estamos para esto. Además, lo comido por lo servido.

–¿Qué quieres decir?

–Cuando Eva murió yo apenas te conocía, pero tú no dudaste ni un momento en apoyarme y animarme cuanto necesitaba, y créeme, eso nunca lo olvidaré. Por lo tanto no me debes nada, ¿de acuerdo?

Era la primera vez que hablaba de Eva delante de alguien. Evitaba hablar de ella y a los demás no les desagradaba la idea, así

no se sentían incómodos buscando las palabras adecuadas. Eva... ¿Cómo habría reaccionado si hubiera estado entre nosotras? Lo más probable es que lo hubiese machacado a la primera oportunidad. La echaba de menos. En la soledad de mis días y en la oscuridad de mis noches, todavía la lloraba. Y aunque pensara en Andrea continuamente, su recuerdo y el dolor por su pérdida nunca se me borrarían. El ruido proveniente de la habitación me alarmó.

–¿Qué haces?

–Busco mis llaves. Anoche las dejé sobre la mesilla y ahora no están.

–Las quité yo, las puse sobre la cómoda. ¿Para qué las quieres?

–Me gustaría ducharme y cambiarme de ropa. ¿Me acompañas a buscar una muda? No tardaremos nada...

–El problema es que llame Claudia justo en ese momento. Tendremos que darnos prisa.

–Es sólo un piso. De todas formas, si me hicieras el favor...

–¿Cuál?

–¿Irías tu sola? Has dicho que Claudia podría llamar y me gustaría estar aquí cuando lo hiciera. Es que yo sola... prefiero no ir. ¿Te molesta?

–No, pero tendrás que decirme donde tienes la ropa y que es lo que quieres que te baje.

–La ropa está en el armario de mi cuarto. Tráeme un vaquero y una camiseta. En la cómoda está la ropa interior y en el segundo cajón del ropero hay calcetines. No creo que me olvide nada... ¡Ah! Trae también un pullover por si acaso.

–¿Algo más?

–Si quieres mira el mensaje del contestador a ver quien llamó antes.

–De acuerdo, enseguida estoy de vuelta. No abras a nadie que no conozcas, ¿vale? Si tienes algún problema da un grito y estaré aquí en un santiamén. Pasa la llave cuando salga.

–A sus órdenes, mi capitana.

–Por lo menos no has perdido el sentido del humor, cierra que salgo.

IX

Cuando abrí su apartamento casi me voy de espaldas. Estaba revuelto y daba la impresión de que habían entrado y habían "limpiado" todo. El sillón estaba volcado, el cristal de la mesa de la sala estaba hecho añicos, el espejo del recibidor también estaba roto y habían arrancado de cuajo los cables de la tele y del vídeo. Aquello era un estropicio. A medida que avanzaba por la casa, más desastres me encontraba. Lo único que escapaba era el baño, por lo menos las piezas estaban en su sitio... Casi no se podía entrar en la cocina, platos, vasos, cubiertos, ensaladeras, frutas, leche, verduras... Había cristales por todas partes. Subiría en otro momento para limpiar toda aquella porquería. Fui al dormitorio de Andrea y... ¡Dios santo! Las sábanas estaban por los suelos hechas jirones, habían rajado las almohadas y la gomaespuma estaba toda esparcida por la habitación. Los latidos de mi corazón me asustaron. Cogí la ropa que me había dicho y antes de marcharme miré el contestador. Tenía siete mensajes. Di la orden y escuché.

1º. Recibido a las 6:45. –*¿Dónde estás?...*

2º. Recibido a las 7:00.– *¿No me dirás que estás en casa de las putas de tus amigas, verdad?...*

3º. Recibido a las 7:10. –*¿Por qué te escondes?... Sabes que en el fondo lo deseabas igual que yo, porque lo pasaste bien anoche, ¿verdad?...*

4º. Recibido a las 7:15. –*¿Dónde coño estás metida a estas horas, puta?... Estás acabando con mi paciencia...*

5º. Recibido a las 11:10. –*¿Sabes de dónde vengo, hija de puta? Cuando he ido a trabajar esta mañana, me han informado*

de que estoy acusado de violación... ¿Tú sabes lo que has hecho? ¡Maldita zorra!...

6º. Recibido a las 12:30. –*¡Coge el teléfono desgraciada, se que estás ahí!... ¿Qué es lo que quieres, arruinar nuestro futuro?...*

7º. Recibido a las 12:50. –*Voy camino al juzgado y quiero verte allí cuando llegue... Tienes que explicarles que ha habido un malentendido, que no fue una violación porque tú también lo deseabas. ¿De acuerdo?... ¡Sal inmediatamente hacia el juzgado, no puedes acabar con mi carrera!... Si no lo haces, juro que te encontraré maldita rata y te haré la vida imposible... ¿Te veré allí, cariño?*

Joder... Ese tío estaba loco. No borré ninguno de los mensajes, había que buscar la manera de grabarlos en una cinta convencional que tuviera validez en el juicio. Quizás por medio de telefónica pudiéramos lograrlo. Se lo comentaría a Claudia en cuanto llamase. Bajé a mi apartamento.

–*Toma, aquí tienes la ropa. ¿Te vas a meter en la ducha?*

–*Sí, creo que así refrescaré mis ideas. ¿Oíste el mensaje?*

–*Sí. Tenías razón, eran del banco* –no creí necesario preocuparla con las llamadas de aquel chiflado.

–*¿Sigue mi apartamento en pie? Lo que vistes no lo hice yo...*

–*¿Cómo es posible que perdiera la cabeza de esa forma? No se, aquello parece la obra de un perturbado...*

–*Posiblemente lo esté. Todo fue producto de mi negativa a hacer el amor. Le pedí que se fuera pero no había forma de que me entendiera. No quería comprender que lo nuestro había acabado. Él sigue pensando que le pertenezco...*

–*Utilizaremos fotos de tu casa para aportarlas en el juicio. Le diré a Claudia que mande un fotógrafo profesional para que capte hasta el mínimo detalle.*

–Se volvió loco... Corría detrás de mí por toda la casa y a su paso iba rompiendo todo lo que encontraba a su alcance. La sala, la cocina, el recibidor... todo.

–Si no quieres no hables de ello ahora. Más adelante tendrás que contárnoslo todo, tendremos que preparar una acusación de la que ningún abogado lo pueda salvar.

–Me hace bien hablar de ello. Ahora siento la necesidad de contarlo, más adelante no sé como me encontraré.

–Pues espera un momento, voy a buscar la grabadora. No te importa, ¿verdad?

–No, haz lo que quieras.

El alma se me partía al verla. Estaba asustada y parecía frágil y desolada. Quería arrancar de su corazón toda la pena que llevaba dentro, pero eso era imposible, la única forma que existía era el paso del tiempo. Aunque sabía de personas que nunca lo habían superado, Andrea no podía ser una de ellas. No…

–Empieza por donde quieras –dije.– *Tómate el tiempo que necesites y procura no olvidar ningún detalle.*

–Bien, lo voy a intentar... Estaba viendo la tele y llamaron a la puerta. Pensé que eras tú y abrí sin mirar. ¡Imagina mi sorpresa cuando me encontré con Javier de frente! Pero no podía dar marcha atrás, cuando me quise dar cuenta, ya estaba sentado en la sala.

–¿Algo te hizo imaginar lo que podía suceder?

–No, pero no quería estar sola con él. Así que te llamé por teléfono pero saltó el contestador y no dejé ningún mensaje. Sin más recursos opté por sentarme y escuchar lo que según él era muy importante que supiera.

Andrea inspiró y como una autómata empezó a hablar.

–Me dijo que lo nuestro no podía acabar, que debía tener en consideración los sacrificios que había hecho por mí.

–¿Qué sacrificios? –pregunté

–Según él, había dejado a sus amigos, a su familia, a sus compañeros por estar a mi lado y eso era una gran prueba de amor. Le contesté que yo no le había pedido nada, que incluso había aceptado de buen grado venir a Las Palmas para olvidar lo sucedido en casa de sus padres. Me recriminó el que no le hubiera perdonado y que tenía que confiar en que aquello no volvería a repetirse. Cuando se dio cuenta de que no iba a convencerme se crispó y sacó la pistola, entonces...

–¿Tenía la pistola consigo?

–Sí, pero no para amenazarme a mí sino a él. Me dijo que si no volvía se quitaba la vida, que sin mí ya este mundo no tendría sentido, que ya nada valía la pena.

–¿Y qué hiciste?

–Nada, estaba asustada y era incapaz de moverme. Traté de hacerle razonar pero era imposible, estaba obcecado y no veía más lo que quería ver. Cuando vi que la situación se tornaba peligrosa, rompí a llorar. Aunque sabía que no le gustaba que lo hiciera, no pude evitarlo. El miedo es mal consejero para momentos difíciles. A partir de ahí fue mí verdadero calvario... ¿Lo estás grabando todo? –saltó de repente.

–Sí. ¿Quieres que pare?

–Se acercó e intentó besarme –no había contestado a mi pregunta.– *Le dije que no y lo aparté con toda la brusquedad de la que fui capaz. Me levanté y fui hacía la puerta pidiendo que se marchara. Cuando creí que iba a hacerlo, volvieron las imágenes que me habían hecho huir de mi casa, de mi tierra y aterrorizada corrí a la cocina. Él me siguió y logró darme alcance. Zarandeándome gritó que se marcharía, que no le tuviera miedo, pero que la única condición era que me entregara a él por última vez. Estaba seguro de que si hacíamos el amor yo cambiaría de*

opinión. Empezó a susurrarme al oído todo lo que sabía que me gustaba con la intención de ablandarme y meterme en la cama. Pero como si mi rabia saliera de una fiera brutal, le di un rodillazo en todos los testículos y eché a correr hacia donde único tenía una salida, la puerta de la calle. Pero él fue más rápido. Me agarró por la blusa y me tiró al suelo. Arrastrándome, me llevó hasta la habitación y cogiéndome por los brazos me tiró sobre la cama. Pataleé, grité, le arañé... pero no pude evitar lo que había ido a buscar… Cuando hubo terminado se levantó y oí como se dirigía al baño. Entonces corrí hacia la cocina con la intención de coger un cuchillo para amedrentarlo, pero...

–¿Lo llegaste a coger?

–No, no me dio tiempo. Era todo una estratagema, como la vez anterior. Me sacó de la cocina a trompicazos y me llevó de nuevo a la alcoba. Empezó a gritar que no le provocara, que lo último que quería era hacerme daño, que le estaba irritando y no creía ser merecedor de cómo lo estaba tratando. De repente sacó el cuchillo que había evitado que cogiera y como un loco empezó a clavarlo en las almohadas. El resultado creo que ya lo has visto.

–¿Y qué pasó después?

–Me arrastró de habitación en habitación mientras él lo destrozaba todo. Decía que así sabría como se estaba sintiendo. Que iba a ser testigo de cómo se estaba destrozando, de la misma manera que iba rompiendo todas mis cosas, mis recuerdos... Entonces fue cuando escuché voces que provenían de tu casa. Corrí hacia la cocina y tiré al suelo todo lo que encontré a mano. Él me siguió y en un arrebato de complicidad hizo lo mismo. Cuando se dio cuenta de lo que pretendía, fue hacía la puerta y escuchó los pasos de Inés subiendo las escaleras. Antes de que pudiera hacer nada se había marchado. Pensé que se tropezaría con ella, pero lo que hizo fue subir un piso y mirar por el hueco de las escaleras. Cuando Inés hubo entrado, se limitó a bajar tranquilamente sin que nadie le viera. Lo demás ya lo sabes.

Andrea había relatado la historia como si la víctima hubiera sido otra persona. Como la vez anterior, la había contado de carrerilla, sin ningún signo de emoción o resentimiento. No sabía si debía preocuparme o tranquilizarme ante el hecho de comprobar la forma que tenía de relatarlo.

Claudia seguía sin llamar y yo tenía que comunicarme con ella lo más urgentemente posible. Justo cuando iba a comprobar que el teléfono estaba bien colgado, sonó.

–¿Sí?...

–Soy Claudia. ¿Ya se despertó Andrea? Si es que sí, disimula.

–¿Qué hay, Ana? ¿Qué cuentas? –Andrea me miró con gesto de desesperación.

–Ya veo que está despierta. Hay que encontrar la manera de enfocarlo sin que sienta miedo de nada, ¿vale? Javier ha salido bajo fianza, dime algo no te quedes callada.

–Es que últimamente no me prodigo en salidas, me estoy volviendo una mujer de mi casa.

–Bien, aunque lo que dices no es del todo falso... Ya sabes como funciona esto. Un expediente intachable en su carrera como funcionario defensor de la ley y toda esa perorata, no hace falta que te lo explique. Habrá de presentarse los días uno y quince de cada mes hasta que se celebre el juicio. Esperemos que el juez tenga en consideración el tipo de delito por el que se le acusa y no demore la vista. Dime algo, se va a notar que no soy esa amiga tuya... ¿Ana?

–Pues me alegro de que la vida te haya sonreído. ¿Sigues trabajando en el mismo sitio?

–Eso te ha quedado muy bien, casi no lo pillo. Está suspendido de empleo y sueldo, por supuesto. Hasta que no salga el juicio, su vida está congelada... Te voy a tener que dejar, hay gente esperando. Ve tanteando el asunto, ya voy para allá. ¿Sabes algo de Inés?

–Ahora estoy cansada y no me apetece salir. Si quieres quedamos para otro día, ¿te parece?

–Debe ser que todavía no ha salido de la reunión. Se me olvidó decirte que hoy se celebraba una junta con los decanos. Si acaso llamara antes de que llegue, dile que estoy en camino. Que vuelva a llamar, ¿vale? Nos vemos en 20 minutos.

–De acuerdo, me avisas cuando tengas otro rato libre y salimos a dar una vuelta –disimulé–. Cuídate. Adiós.

–¡Pensé que no ibas a colgar nunca! –dijo Andrea– *¿Y si Claudia ha estado llamando?*

–No te apures, tengo un servicio de llamada en espera. Si lo hubiese hecho lo sabría. Debes calmarte un poco, ¿no crees?

–No estoy alterada, es la espera que me tiene atenazada la garganta... Perdona.

¿De qué forma iba a explicarle lo de Javier? ¡Desde luego, Claudia se había escaqueado de mala manera! Tenía que buscar el modo de sacar el tema sin que sospechara nada.

–Seguramente Claudia no ha llamado porque tendrán mucho lío en el juzgado. A veces las cosas no son tan sencillas como parecen... Y pierdes mucho tiempo en intentar solucionar los problemas que surgen.

–¿Crees que habrá tenido problemas? ¡No sé que es lo que puede haber pasado, las abogadas sois vosotras... Yo no entiendo de leyes!

–Bueno, quizás como no tiene antecedentes el juez puede tomar la decisión de concederle el beneficio de la duda hasta que salga el juicio y haber decretado libertad bajo fianza. No tengo ni idea de si es eso lo que ha sucedido, pero cabe la posibilidad.

–¿Por qué no me dijisteis antes que eso podría ocurrir? Si llevas razón estoy perdida, vendrá a por mí. Estoy segura.

–No te preocupes. Si eso ocurriera no podría acercarse a ti bajo ningún concepto, no se lo permitiríamos. Solicitaríamos una orden restrictiva y no podía tan siquiera caminar por la misma acera que tú.

En ese instante tocaron en el telefonillo. Era Inés, que acababa de llegar. Después de subir caminando, se dejó caer en el sillón en cuanto entró por la puerta.

–¿Qué más te da mudarte a una casa terrera? –preguntó.– *Esas escaleras van a acabar con mi salud.*

–¿Y por qué no subes en el ascensor? –contesté.– *Ni que fuera a pasarte nada...*

–Nunca se sabe... ¿Cómo estás, Andrea?

–Nerviosa. Claudia lleva toda la mañana en el juzgado y todavía no ha llamado. ¿Has hablado con ella?

–Iba a preguntarles lo mismo, no he podido llamarla. Lo peor de este trabajo es cuando deciden hacer reuniones. Total, nunca se sabe cual es el verdadero motivo aunque yo sospecho que de alguna manera tienen que justificar el presupuesto... ¡Vaya forma de hacernos perder el tiempo!

–Debe estar al llegar –dije yo– *No creo que vaya a pasar todo el día fuera.*

–Eso espero –contestó Inés.

–¡Dejaos de cábalas! Está bajando del coche –Andrea miraba por la ventana– *¡Menos mal que ya está aquí!*

No sabía si esconderme o actuar como si no pasara nada. Había llegado el momento de contarle lo sucedido con Javier. Todo lo que yo había puesto en la mesa como suposición, era una realidad evidente.

Claudia entró cabizbaja y con desgana dejó el maletín sobre la mesa. Besó a Inés guiñándole un ojo y saludó al resto.

–¿Qué ha pasado? –preguntó Andrea– *Hemos estado esperando tus noticias durante toda la mañana.*

–Lo siento, me fue imposible llamar. Andrea, lo que voy a decirte no es muy agradable pero tienes que comprender que la ley tiene muchos recovecos donde esconderse, pero eso sólo dura unos días...

–¿Qué intentas decir?

–Javier salió en libertad bajo fianza – la cara de Inés cambió–. *Al no tener antecedentes, el juez consideró que hasta que no se celebrase el juicio y bajo la orden de presentarse los días primero y quince de cada mes, más 100.000 euros de depósito quedaría en libertad provisional. Pero eso sólo hasta que se celebre la vista, después pagará por lo que te ha hecho. ¡Ah!... También está suspendido de empleo y sueldo provisionalmente, aunque personalmente dudo de que vuelva a vestir de uniforme. Verás como todo se arregla.*

–¿Tú sabías algo de esto? –dijo Andrea dirigiéndose a mi.– *Acaba de decir lo mismo que tú.*

–No sabía nada. Sólo te dije que había esa posibilidad, no pienses mal. De todas formas no debes preocuparte, prepararemos la acusación como si nos fuera la vida en ella... ¿Verdad, Claudia? –dije buscando apoyo.

–Cierto pero tendrás que contárnoslo todo con pelos y señales. Así no tendrás que repetir la historia

–Paula la ha grabado hace un momento. Necesité hablar y la mejor forma de no estar repitiéndolo era grabarlo. Quiero evitar tener que hablar de ello en la medida de lo posible...

–Perfecto, lo mejor será que intentes olvidar cuanto antes. Te llevará tiempo pero es necesario, ¿de acuerdo?

X

Los días posteriores resultaron insufribles. Andrea pasaba las noches en vela y nosotras nos turnábamos para quedarnos con ella. Temía que la oscuridad se aliara con Javier y fuera a hacerle una visita. Todo lo demás había vuelto a la normalidad excepto ella. El miedo la iba consumiendo a medida que pasaban los días. Decidió no contar nada a sus padres hasta que no supiera la fecha exacta del juicio, no quería estar escuchando las lamentaciones de su madre y el refunfuñar de su padre desde semanas antes. Todas habíamos respetado su decisión. La vida seguía su curso y Andrea se había atascado en el tiempo. Un socio de Claudia, había sugerido la posibilidad de que recibiera la ayuda de un psicólogo amigo suyo especializado en casos de abusos. Después de mucho batallar con ella, aceptó asistir a consulta dos veces por semana. Poco a poco el río iría volviendo a su cauce.

Mientras tanto, nosotras nos afanábamos en buscar todo tipo de pruebas que pudieran inculparlo sin temor a que se plantearan dudas. Desde hacía meses se había implantado el sistema del jurado popular y ellos serían los encargados de discernir su culpabilidad o inocencia. De momento teníamos las fotos del apartamento destrozado, eso daría la idea de lo violento que podía llegar a ser, huellas dactilares esparcidas por toda la casa, el informe de la doctora confirmando signos de violencia y estábamos a la espera de los resultados de las prueba del A.D.N.. La habíamos solicitado tomando como muestras restos encontrados en las paredes de la vagina...

Andrea optó por pedir la baja a causa del estrés y depresión en la que se encontraba. Yo tenía que hacer gestiones fuera de casa,

así que le hice una llave de mi apartamento para que pudiera entrar cuando le atacara el miedo. Si en algún momento perdía los nervios y se asustaba, como estaba pasando, sólo tenía que bajar un piso y esperar a que alguna de nosotras regresáramos porque habíamos convertido mi apartamento en un bufete casero. Todas nos reuníamos allí, ¿dónde si no?

Una mañana al despertar, me vi a Andrea acostada en el sillón. No me la esperaba y me asusté. Supuestamente las chicas se habían quedado con ella esa noche, así que no entendía que es lo que hacía durmiendo en mi sala. Al escucharme se despertó.

–*Lo siento* –dijo–. *Anoche bajé a las tres de la mañana y no quise despertarte. Me llamaron para avisarme de que tenían un compromiso de última hora y que llegarían tarde. Les dije que no se molestaran, que te lo diría y que pasaría la noche contigo.*

–*¿Y entonces por qué no me avisaste? Llegué sobre las once...*

–*Lo sé, te oí entrar. Pensé que se me había presentado la ocasión propicia para ahuyentar mis temores y afrontar la soledad y el miedo. Decidí que probaría a quedarme sola, que ya estaba bien de molestarlas... pero a medida que iban pasando las horas me entró el pánico y bajé.*

–*¿Por qué no me llamaste? Hemos quedado en que la hora no importa...*

–*Supuse que no te molestaría que utilizase la llave aunque estuvieras dentro... Sabía que estabas sola. Te juro que no lo hubiese hecho si hubieras estado acompañada.*

–*Sabes bien que hace meses que no traigo a nadie a casa... Bueno, ni a casa ni a ningún sitio.*

–*Deberías rehacer tu vida. ¿No te lo has planteado?*

–*No tengo necesidad de ello, estoy bien como estoy.*

–*Tienes bastante razón... Mientes estupendamente.*

–*No estoy mintiendo.*

–¿Sabes?... Desde hace semanas no tengo otra cosa que hacer que pensar y distraerme. Te he estado observando y sé que aunque te empeñes en negarlo, necesitas compañía. Deberías salir más...

–No me hace falta... Lo que quiero lo tengo cerca –acababa de meter la pata hasta el fondo– *Quiero decir que...*

–No te molestes, tengo ojos en la cara y sé lo que está sucediendo. ¿Por qué no hablamos? Pienso que sería lo mejor...

–Cómo quieras –me senté– *¿Qué quieres decirme?*

–No. Dímelo tú primero, no quiero pecar de prepotente...

–Bien, te voy a mostrar mi baraja. Me cuesta mucho decir esto, no creas, pero supongo que algún día tenía que hacerlo. Desde la primera vez que te vi...

–No sigas, sé lo que vas a decir... Paula, sé que no es el momento, pero siento que de alguna forma te estoy haciendo daño y no es esa mi intención. Te quiero muchísimo y me encanta estar contigo. Si no fuera por las circunstancias, supongo que aún más y daría cualquier cosa por verte feliz. Hace tiempo que te dije que preguntaras lo que intuía que querías saber y no lo hiciste. Por...

–Creo que lo que vas a decir no va a gustarme, ¿verdad?

–Por favor, no me interrumpas... Es difícil para mí hablar de este tema y no quisiera que mis palabras pudieran herirte. Soy consciente de que en la vida hay gustos, formas y colores. Mi mente está abierta a todo tipo de personas sin distinción de clases... Desde el primer momento supe que Inés era lesbiana y para nada la rechacé por ello, al contrario, entre nosotras se creó un vínculo de amistad maravilloso. Tanto es así, que cuando supe que me venía a Las Palmas lo primero que hice fue llamarla, dentro de mi pena tenía la alegría de volver a verla...

–No quiero seguir escuchando. ¿Por qué no podemos dejar las cosas como están?

– Necesito decirte lo que siento, me muero por dentro al ver que pasan los días y sigues esperando a que yo... Quiero poner fin

a esta situación, tienes que hacer tu vida al margen de mí... Yo nunca podré amarte de la forma en que tú me amas. No me siento atraída por las mujeres, quería decírtelo.

La boca se me secó. En un gesto de impulsividad me levanté y fui a por un vaso de agua. No sabía si bebérmelo o tirármelo por encima. ¿Estaría soñando? Cuando volví al salón Andrea seguía allí, no era un sueño, era la maldita realidad.

–*¿Te encuentras bien?* –preguntó.

–*Sólo estoy un poco aturdida... pero se me pasará. Sigue, es mejor que lo escuche todo de un golpe.*

–*¡Dios!* –dijo sentándose a mi lado– *Por eso mismo te estoy contando esto... No quiero que sufras ni que lo pases mal por mi culpa.*

–*Tú no eres culpable de nada. Soy yo la que he metido la pata confundiéndome tan libremente... La primera vez que salimos juntas fuimos a sitios de ambiente y parecías estar tan integrada que di por sentado que también pertenecías a él. Y aquella noche en "Kronos", cuando entraste en el baño...*

–*¿Por qué te crees que me fui? Estaba bebida y no supe controlarme... Sabía que estabas celosa y eso me dio poder... Nunca antes había tenido consciencia de que una mujer me deseara de aquella forma... ya sabes a lo que me refiero... Mi ego rozó las nubes, me sentía halagada y perdí los papeles. No sabes cuánto me he arrepentido de aquella noche.*

–*Es bueno saber todo esto* –dije.– *Nunca antes me había equivocado... Y has tenido que ser tú mi primer error. Disculpa si en algún momento te he ofendido... No era mi intención.*

–*No me has ofendido, al contrario, me he sentido muy mimada, muy complacida. Muchas veces he llorado por no tener la facilidad para amarte. Eres realmente encantadora y mereces lo mejor en la vida, por eso he sentido la necesidad de contarte cua-*

les son mis sentimientos y cual es mi forma de pensar. Quiero que sepas que me encanta tu compañía y que me gustaría que esta amistad no se rompiera nunca, pero también has de saber que no puedo quererte de la forma en que tú me quieres.

–No te he pedido nada y lo sabes. Nunca te he molestado ni...

–Ya lo sé. Pero a veces no hacen falta las palabras para darse cuenta de que la persona que tienes enfrente está sufriendo y que tú eres la causa. No puedo seguir viéndote así, esperando a que llegue el día por que ese día no va a llegar. No podía seguir permitiendo que creyeras que tenías algún tipo de posibilidad... Me resulta duro pero es así. No comparto tus sentimientos y era necesario que lo supieras. No sé que más puedo decir para que no te sientas confundida, todo se resume a que debes reiniciar tu vida, conocer gente que sienta igual que tú, salir y divertirte todo lo que puedas.

–Como veo que la sinceridad se ha adueñado de la situación yo también pondré el corazón en mis palabras. En el fondo algo me decía que quizás estuviera equivocada, pero cuando quise planteármelo en serio, estaba completamente enamorada y la sola idea de que no compartieras mi forma de vida me hacía más daño del que podía resistir. De todas maneras agradezco que me hayas contado cuales son tus sentimientos aunque para mí, sea lo más doloroso que he escuchado en mucho tiempo. Supongo que la herida cicatrizará con el paso del tiempo, cosa que por otro lado no deja de ser curioso. Es lo mismo que llevo repitiendo durante semanas a otras personas.

–Espero que esta conversación no signifique que vayamos a dejar de vernos. Me gustaría seguir saliendo con vosotras. No me molesta el ir a sitios de ambiente, al fin y al cabo lo paso bien y no me incordia nadie. Las mujeres son más sensibles y comprenden mejor que cuando se dice no, es que se quiere decir no. En otros lugares eso es imposible, los hombres te acosan y la única forma que tienes de librarte de ellos es inventándote un novio que

está en la barra pidiendo las copas. Sinceramente, tu mundo es más sencillo que el mío... Mil veces.

–Te equivocas. Tú sólo conoces el ambiente de la noche, la fiesta, las copas, la diversión... Pero la vida de a diario es mucho más complicada.

–No sé a que te refieres. Tuviste las mismas oportunidades que el resto de la gente. Eres una brillante abogada, tus amigas ocupan puestos importantes dentro de la sociedad, que yo sepa sois respetadas a todos los niveles...

–Tú has estado enamorada, eso ya lo sabemos –dije.– *Salías con tu pareja a cenar, a pasear, a disfrutar de la vida. Podías ir de mano, abrazados, cogidos de la cintura y prodigarse todo tipo de arrumacos. Simplemente eran una pareja de tortolitos. Prueba a hacerlo con una persona de tu mismo sexo... verás que pronto cambias de opinión.*

–Supongo que como tú misma dices, sólo conozco la parte divertida. No había pensado en los inconvenientes que la sociedad condena.

–Pues son un montón. Si trabajas en una empresa y eres una persona considerada en el puesto que ocupas, prueba a decir que eres gay o lesbiana, ya no te mirarán de la misma forma. Suena cruel, pero en la mayoría de los casos funciona así. Tienes que pasar la mitad de tu vida ocultándote, escondiendo tus sentimientos, mientras a diario tus vecinos viven felices con sus familias ajenos al dolor que llevas dentro. Porque aunque lleves años con la misma persona, aunque tu hogar sea más sólido que el de cualquier pareja convencional, y aunque hayamos conseguido los mismos derechos, nunca serás considerada como un miembro más de la sociedad. Siempre llevarás colgado el cartelito de invertida, de anormal. Para nosotros es muy difícil sobrevivir ante tanta hipocresía. ¿Cuántas veces no has oído el dicho que dice "prefiero una hija puta que tortillera", o " prefiero un hijo ladrón que maricón"? La gente acepta la homosexualidad cuando no les toca de

cerca, pero cuando es alguien de su entorno la cosa cambia. Se preguntan que es lo que han hecho mal, donde han fallado... No pueden entender que es la propia naturaleza la que nos ha creado así, tienen que encontrar una explicación a lo que ellos llaman la perversión, la atrocidad, los granos del mundo... Nuestra vida es más difícil de lo que mucha gente piensa. Tenemos que demostrar nuestra valía doblemente, para que se nos juzgue por nuestra capacidad y no por nuestra sexualidad.... ¿Sigues creyendo que nuestra vida es perfecta? Ahora quizás empiece a serlo, pero todavía queda mucho por combatir. Las leyes nos apoyan, ya somos ciudadanos de primera, pero todavía hay sitios en este país en donde sus cabezas son más cuadradas que el mismo rompecabezas de Kubrick

–Nunca lo había pensado desde ese punto de vista. Siento la ligereza con la que he discernido que vuestra vida era perfecta. ¿Por qué no intentáis hacer algo? No sé, acostumbrar a la sociedad de que hay cabida para todos o algo así.

–¡Qué filosófica! ¿Qué crees que están intentando todos los colectivos de gays y lesbianas en todo el mundo? Se manifiestan, salen a la calle exigiendo tener los mismos derechos que los demás... Y es ahora cuando por fin en España el gobierno ha dado el primer paso... De momento podemos casarnos y la adopción formará parte de nuestras vidas, pero queda mucho camino por recorrer...

–Creo que en San Francisco está totalmente admitido. Por lo menos han logrado que allí resulte algo natural...

–Te vuelves a equivocar. San Francisco es un ghetto. No han cedido en nada, se han limitado a agruparlos en un mismo sitio y ahora hasta los propios gays lo venden como el paraíso homosexual recomendado... y eso es mentira. Es normal que allí te sientas a gusto pero hay que reconocer que lo que han hecho, ha sido apartarlos del resto de la sociedad y aislarlos como si tuvieran la peste.

Sigo pensando que eso no es forma de vida. ¿Sabes cuántas personas pasan a diario por tu lado y son homosexuales? ¿Sabes cuántas parejas se han sentado junto a ti en el cine y han tenido que ocultar el mismo sentimiento que tú libremente has expresado a tu acompañante cuando la escena que veías de amor te llevaba a besarle? ¿Sabes lo que significa que tu pareja enferme y que los médicos no quieran decirte nada porque no eres de la familia? ¿Sabes la impotencia que eso produce?... Realmente no tienes ni idea de cómo pensamos, vivimos o sentimos. Afortunadamente ya todo está cambiando, pero ¡hay tanta gente que se ha quedado en el camino para que nosotros y los que nos vienen detrás puedan tener una vida digna como siempre hemos merecido...!

–No te enfades conmigo. No soy la culpable de que la sociedad sea tan destructiva... Yo sólo soy un peón más...

–Por eso mismo, porque la mayoría de las personas heterosexuales se hacen a un lado, tenemos tantas trabas en la sociedad. ¿A cuántos heteros ves en las manifestaciones pidiendo por nuestros derechos? Se podrían contar con los dedos de una mano, y aún así me sobrarían. Pero bueno, creo que nos hemos alejado del tema. Hablábamos de nosotras...

–Ya expresé mis sentimientos y deseo que sepas comprenderme. No quería llevarte a engaño y egoístamente creo que lo hice. Espero que no vayas a guardarme rencor por esto...

–¿Cómo se puede guardar rencor a quien se ama? Es difícil asumir que no te puedan querer de la forma en que tú quieres, pero supongo que a medida que pase el tiempo será menos doloroso. No quiero que te sientas presionada, intentaré evitar cualquier tipo de situación comprometida...

–Si así te vas a sentir mejor, actúa como debas pero quiero decirte que en ningún momento me has faltado y que me encanta tu forma de ser. No me gustaría que ahora por las circunstancias te mostraras diferente. No admitiré que cambies la manera que tenemos de comunicarnos... Te echaría de menos... ¿Estoy siendo egoísta?

–Supongo que no. Ahora tenemos claro toda esta nubosidad de sentimientos por lo tanto, si creyeras que en algún momento mi actitud te incomoda, dímelo, porque lo que no podré será dejar de amarte en cuatro días...

–Y si tú crees que mi forma de comportarme contigo en alguna circunstancia te hace daño, también házmelo saber. Quiero que nuestra amistad funcione y que nada más la estropee. ¿Piensas igual?...

–No me queda otro remedio, ¿no crees? Sólo necesito tiempo para aclarar mis ideas y eso sí te voy a pedir que lo respetes. Me gustaría dejar de verte durante unos días, necesito reflexionar sobre lo que hemos hablado.

–Supongo que lo que pides es lógico. Siento de corazón haberte podido hacer daño, pero creí que mientras más tardara en decírtelo peor sería. Ahora no sé si he hecho bien, me duele verte así.

–Se me pasará. No te ofendas pero, ¿podrías dejarme sola?

–¡Paula... !

–¡Por favor... !

El mundo se me cayó a los pies. Dicen que el corazón no duele, pero yo debía de ser de otra galaxia porque sentía como el mío se había partido. La angustia ahogaba mi llanto desesperado de pena y tristeza, de desamor e ilusiones perdidas y no encontraba consuelo en ninguna parte. Pasaron un par de días y yo seguía inmersa en mi dolor. Tanto decir a los demás que todo pasa y yo me encontraba hundida en la amargura. Por las noches, cuando el silencio habitaba en todas las moradas, escuchaba los pasos de Andrea intentando controlar todos sus movimientos. Entonces era cuando el corazón más me dolía. Deseaba verla, hablarle, escuchar su voz... Pero eso no me ayudaría, sólo conseguiría hacerme aún más daño. Tiempo... Más tiempo...

XI

Me había desligado por completo de todo lo relacionado con ella. Había llamado a Inés y le había contado todo lo que fui capaz. Tendría que perdonarme, pero no podía ayudarla en esos momentos. Necesitaba desconectarme del mundo y centrarme sólo en mí. Al quinto día de aislamiento decidí volver a llamarla.

–Soy yo... ¿Quién eres... Claudia?

–¡Bienvenida al mundo de los vivos! ¿Cómo te encuentras?

–Todavía me estoy reponiendo de mi último fracaso amoroso. Supongo que Inés te lo habrá contado...

–Verás como pronto se te pasa. ¿La has visto?

–No. Llevo evitándola desde que hablé con ella. Creo que por primera vez en mi vida estoy realmente enamorada... Pero estate tranquila, ya me he hecho a la idea.

–Bien, sabes que el mundo no se acaba aquí. ¿Quién sabe? Igual a la vuelta de la esquina hay alguien esperando única y exclusivamente por ti.

–¿Podrías presentármela?

–Ya quisiera, ya. Sé que eres una persona fuerte y que en poco tiempo recuperarás tu vida. Sólo es cuestión de mirar las cosas desde otro punto de vista...

–¡Cuánto sabes! ¿Algo más?

–Oye chica, no te pongas irónica que lo único que pretendo es ayudarte, ¿vale? Pero si quieres lo dejo...

–¡Perdona Claudia, perdona! Estoy bastante alterada y cualquier cosa me irrita, no era mi intención contestarte de esa manera. Lo siento.

–Deja ya de disculparte... No tienes remedio. ¡Olvídalo!... ¿Quieres hablar con Inés?

–Sí, por favor. Dile a tu otra mitad que se ponga. Debe pensar que me he muerto...

–No andas desencaminada, no creas. Estábamos decidiendo que tipo de flores plásticas te llevaríamos... Ya sabes, así no tendríamos que ir a cambiarlas... Es broma, ¡anímate! Te paso con Inés que ya está impaciente. Hasta luego.

–¿Cómo estás, "pochola"?

–¡Déjate de cachondeo, listilla! ¿Cómo van con lo de Andrea?

–Está más o menos encaminado, de momento todo sigue su curso. Claudia se está esforzando muchísimo y a mí me tiene todo el santo día haciendo fotocopias. ¿Cuándo piensas echarle una mano?

–Mañana paso por tu casa y me ponen al día, ¿de acuerdo? Creo que va siendo hora de que me espabile... ¿Sabes de ella?

–Llama todos los días preguntando si sabemos algo de ti. Está realmente preocupada, pero no quiere bajar a tu casa para respetar tu decisión. ¿Cuándo piensas hablar con ella?

–No lo sé, no creo estar preparada todavía. Se me hace muy duro pensar que nunca tendré posibilidades y encima parece que mientras más lo medito, más me duele.

–¿Te apetece hablar ahora de ello? Te recuerdo que sólo me contaste por encima y que de este tema estoy un poco en bragas... Quiero que me digas cómo te sientes... ¿Para qué estamos las amigas?

–Ni siquiera sé bien como me siento. Por momentos estoy decidida a luchar para seguir adelante, pero al instante me hundo en un pozo negro en el que no encuentro una cuerda para treparlo.

–No pensé que te hubiera dado tan fuerte... Se te veía venir pero nunca imaginé de que manera.

–Pues ya ves, estoy absolutamente colgada de esa mujer. Ni yo misma creí poder enamorarme de esta forma tan... ¿Cómo te lo diría? ... Tan... fuerte. No sé, no encuentro la palabra adecuada...

–Mira Paula, eres una mujer adulta y como tal tienes que comportarte. No creo que esa sea la mejor manera de olvidar. Ya sabes como piensa y como siente, ¿no? ¡Pues entonces no permitas que las emociones controlen tu vida!

–Ella no tiene la culpa... Se limitó a ser sincera.

–Me parece perfecto. A lo que me refiero es que tienes que capear los palos que nos da la vida, tienes que coger el toro por los cuernos y no dejar que los sentimientos te venzan. No te vas a morir porque quien tu quieres no te quiera, ¿no? Además, ¿no dice el refrán que si amas de verdad tienes que dejarlo libre para que sea feliz?

–¡Qué fácil es decirlo! Ponte en mi pellejo...

–Oye bonita...

–¡No me llames bonita! Sabes que me trae malos recuerdos...

–Lo siento, se me escapó. ¿Estás bien?

–Sí, olvídalo... ¿Sabes que te digo? He pasado por otras etapas más difíciles y las he superado. ¿Por qué no habría de salir adelante en cuestión de amores? Estoy haciendo una montaña de un grano de arena... Aunque el maldito grano duela tanto.

–¡Así es como me gusta oìrte hablar! Bueno... ¿qué... vienes mañana entonces?

–Sí, ya hace días que no te doy el coñazo. ¡Prepárate, tengo que resarcirme del tiempo perdido!

–Oye... Si quieres lo dejas para otro momento, por nosotras no hay problema...

–¡Ja! No te vas a librar de mí tan fácilmente. Di a Claudia que prepare una buena cena, me acabo de invitar. Nos vemos mañana, ¿vale?

–De acuerdo, hasta mañana. Paula... te quiero.

–Y yo a ti. Gracias por todo, hasta mañana.

La conversación me había dejado más relajada. Tenía que haberla llamado mucho antes en lugar de estar lamentándome

por mi suerte, seguramente habría salido más fácilmente del pozo en el que me encontraba. Hablar con Inés resultó ser reconfortante y el saber que tenía amigas que se preocupaban por mí, me hacía sentir menos sola. Sentí como un bichillo en el estómago al recordar lo que me dijo Inés... Andrea llamaba todos los días preguntando por mí. Tenía que sincerarme conmigo misma, ella no había tenido la culpa de nada... Y ya era hora de que me enfrentara a lo que tarde o temprano llegaría... volverla a ver.

Apagué la tele, cogí las llaves de casa y subí.

–*¿Quién es?* –la oí preguntar desde dentro.

–*Soy Paula... ¿Vengo en mal momento?*

–*¡No...!* –contestó mientras abría–. *Pasa... ¡Qué sorpresa!*

–*Mujer, que no me fui al extranjero. Sólo estaba a un piso de aquí.*

–*¡Vaya...! Me alegra saber que has recuperado el humor... ¿Café?*

–*Mejor una pócima milagrosa de las de tu abuela. Llevo cinco días con el estómago revuelto.*

–*Dame media hora y te dejaré como nueva... Perdón, no quise decir eso...*

–*No pasa nada. ¿Cómo te encuentras?*

–*He vuelto a ser independiente. De vez en cuando me entra el pánico, pero puedo controlarlo. El psicólogo que me recomendó Claudia es fabuloso... Me ha ayudado lo indecible.*

–*Me alegro de que estés más recuperada, pero no vamos a hablar de eso ahora, ¿no te parece?*

–*Iba a proponerte lo mismo. Estoy desconectada hasta el día del juicio. ¿Me acompañas a la cocina? Voy a prepararte el "brebaje" como tú lo llamas. ¡Pero no mires lo que pongo o te vas fuera!*

–*Vale mamá... no miraré.*

Me senté de espaldas al poyo de la cocina. Bueno, más que sentarme me sentó ella. Se había tomado en serio lo de no mirar como lo preparaba y antes de que yo ocupara posiciones se limitó a señalarme con el dedo, *–¡Ahí!–*

No creí que estuviera tan preparada y tan fuerte para cuando llegara ese momento. Quizás me veía a mi misma más vulnerable de lo que realmente era y estaba sorprendida de ver lo equivocada que estaba.

Cuando la hubo preparado, la sirvió en una taza y se sentó frente a mí.

–Ten cuidado, todavía está caliente –dijo mientras yo de enterada bebía un sorbo–*Te vas a quemar.*

–Demasiado tarde –contesté. *–Ya lo he hecho, mañana tendré "bembas" en lugar de labios. ¡Me cachis, cómo duele!*

–Deja que se enfríe, so bruta. Espera que te pongo un poco de vaselina en los labios, eso evitará que te escuezan.

–Gracias pero date prisa, creo que me los he quemado.

–¡No me extraña! ¿A quién si no a ti se le ocurre?

Andrea puso un poco de vaselina en su dedo índice y empezó a extendérmelo por los labios. Cerré los ojos, no quería mirarla desde tan cerca aunque notaba su aliento en mi cara. Cuando los abrí, una tormenta de emociones se concentraban en mis lagrimales. Andrea se dio cuenta e instintivamente se echó hacia atrás. Cerró el tubo y se fue al baño a ponerlo en su sitio. Cuando volvió, había controlado mis lágrimas.

–Lo siento –dijo.– *Sólo intentaba calmarte el dolor. Debí dejar que te lo pusieras tú. ¿Todavía sigues tan mal? Me gustaría encontrar la manera de poder ayudarte.*

–No sé la forma en que puedes hacerlo, lamento haberte hecho pasar este mal rato. Fíjate, vine a saber de ti y acabo hecha un mar de lágrimas. ¡Qué desastre!

–No te preocupes, no pasa nada. Esto tenía que ocurrir tarde o temprano, ¿no crees?

–Lo mismo pensé yo y por eso subí a verte. Pero ahora no creo que la idea fuera tan buena…

–Paula… Te echaba de menos… Me has dado una gran alegría.

–¿Sigues pensando igual? Quizás al no verme…

–Pienso de la misma forma, eso no ha cambiado. ¿Cómo podríamos ser amigas sin que esto nos afectara? No me gusta verte sufrir… Y tú lo pasas mal cuando estás a mi lado.

–No es eso, estar contigo no me disgusta. Simplemente se me hace difícil el controlar mis sentimientos. No puedo comportarme fríamente así como así.

–¡Pues no lo hagas si de esa forma te sientes mejor! Antes nunca me faltaste el respeto y estoy segura de que ahora tampoco lo harás. Si hablé contigo era sólo para dejarte claro que yo no iba por el mismo camino que tú, no porque me molestara la forma en la que me tratabas.

–Es que no sé lo que me viene mejor, si hacerme la indiferente o dejar que mis sentimientos hablen por mí aunque sepa que tú no sientas lo mismo.

–Paula, si te es más fácil demostrar lo que sientes, sabiendo cuales son los límites y así te encuentras mejor, pues hazlo. Las dos sabemos hasta donde podemos llegar. Quizás así te des cuenta de que no soy la mujer perfecta que crees y te desenamores. A lo mejor es la solución, mira tú por donde.

–Ojalá fuera tan fácil como dices. ¿Cuáles son tus límites?

–Daba por hecho que los sabías.

–Recuérdamelos, quiero saber si esto puede funcionar o voy a terminar masacrándome.

–Son los de siempre. Actúa conmigo como hacías antes, como si nada pasara. No me importa. Es más, eres muy agradable y cariñosa… Siempre y cuando seas consciente de que sólo soy una buena amiga, todo irá estupendamente.

–Se nota a la legua que no sentimos lo mismo, dices las cosas con una facilidad aplastante. No creo que esto funcione...

–¿Qué es lo que quieres? ¿Quieres tirar por la borda nuestra amistad? No puedo amarte, sólo puedo quererte... Y eso es lo único que te puedo ofrecer. ¿No lo entiendes?

–Esta situación me disgusta a mí más que a ti. ¿Crees que quiero que desaparezcas de mi vida así sin más? ¡Claro que deseo conservar nuestra amistad! Después de todo, es lo único que me ofreces.

–Lo siento, no puedo darte nada más. Tú misma dijistes el otro día que la persona homosexual nace, no se hace. Lamento no tener la capacidad de amar que tienen las personas que no se etiquetan...

–¿A qué viene eso?

–Supe por Inés que tuviste novio. En un arrebato me contó lo de tu "casi" boda. Al principio no lo entendí y si te soy sincera, todavía no lo entiendo. ¿Eres bisexual?

–No. Soy una persona abierta a todo tipo de amor... Amor sano, por supuesto. No clasifico a la gente por su apariencia sexual sino por su forma de ser de pensar, de amar... ¿Puedes entenderlo? Yo me enamoro de la esencia, no de lo que lleve entre las piernas. Es así de simple.

–Nunca lo había pensado de esa manera. Siempre creí que entre los homosexuales el sexo era una parte primordial, imprescindible.

–Es tan primordial y tan imprescindible como para los heteros, no hay ninguna diferencia. La gente tiene mal concepto de la homosexualidad porque nadie se ha molestado en sacarles de su ignorancia. Siempre es mejor vivir de espaldas hasta que te toca de frente. Entonces es cuando el "mariquita" no les hace tanta gracia como antes y la lesbiana ya no es tan "chochona". Vivimos en un asco de cultura y ¡menos mal que ahora el gobierno se ha mojado y se ha implicado como debería de haberlo hecho desde hace años.!

–Mujer, ahora ya somos todos iguales,¿no? Me refiero a las bodas, las adopciones, está todo equiparado afortunadamente.

–Y lo que nos ha costado llegar a esto. ¡Por Dios, la de gente que se ha quedado en el camino! Parejas de años que nunca pudieron ver reconocidos sus derechos ni cumplidos sus sueños....

–Bueno... Esos sacrificios, por denominarlos de alguna forma, han servido para que ahora vaya encaminándose la cuestión. Aunque imagino que siempre quedará alguna mente más cuadrada que otra a la que le cueste entender pero con el tiempo, la homosexualidad será tan normal como todo lo demás.

–Me saca de quicio ver como la gente se ríe con los chistes de maricas, de lesbianas, de negros... Todo lo que salga de su pauta generacional les divierte. No Andrea, para mí la homosexualidad no existe, sólo existe el sentimiento, el...

–Creo que ya te he entendido. Supongo que ahora la sociedad irá cambiando y que desde pequeños se intentará que se vea como una opción más de las que nos ofrece la vida

–¿Sabes qué? No buscamos aplausos, sólo buscamos respeto. Pero después está el que lo va cantando por la calle, como si fuera portador del orgullo gay. He de reconocer que nosotros en parte hemos tenido la culpa.

–¿Por qué?

–Eso te lo explicaré otro día. Aparte de tener calentura en los labios, está empezando a subirme hacia la cabeza. Hay ciertos temas que es mejor que evite por esta noche. Después de todo, tú también formas parte de la gente que cree que amar independientemente de lo que se tenga entre las piernas no es posible.

–Perdona, pero que yo sepa no he dicho eso. ¿Me has oído decirlo acaso?

–¿Serías capaz de enamorarte de mí? Dices que te agrada mi compañía, que soy cariñosa y que te gusta mi forma de ser. ¿Serías capaz?

–Esa no es la cuestión. Yo pien...

–¡Imagina que tengo un gemelo! Los dos somos idénticos, mismos gustos, mismas expresiones, mismos sentimientos, mismo corazón... ¿De cuál de los dos te enamorarías?

–No lo sé... Visto de esa manera...

–¿Por qué dudas? ¿Lo ves? No creo que debamos seguir hablando de esto, se nos va a ir la situación de las manos.

–Tienes razón, la calentura se te ha pasado a la cabeza.

No sabía si indignarme o echarme a reír. Aunque me costara admitirlo, en el fondo, había sido una situación cómica. Me veía a mi misma indignada, metida en el papel de defensora de los derechos básicos en un derroche de rabia e indefensión. Y por otra parte, veía a Andrea con cara de quién está recibiendo la mayor reprimenda de su vida. Todo resultaba absurdo. Por más que quisiera darle la vuelta a la tortilla con miles de explicaciones, Andrea no sabía o no quería comprender que el amor se basaba en los sentimientos de las personas y no en el sentimiento muscular que había bajo unos pantalones. ¿Pero en qué coño estaba pensando? Estaba dejando que el audio fuera más rápido que el vídeo, no me lo podía permitir. Buscaría otro momento para sacar de nuevo el tema y se lo intentaría plantear de otra manera. Si quería comprender, que comprendiese y si no dejaría que siguiera pensando que los homosexuales y las lesbianas por vicio nos hacíamos y no nacíamos. De todas formas... ¿Cambiarían todas mis explicaciones las "buenas" maneras de pensar de Andrea? Obviamente no. Así que... ¿Para qué molestarme? Lo dejaría correr, no sacaría más el tema a no ser que ella lo pidiese.

XII

Durante los días siguientes nos veíamos casi a diario. O ella bajaba o yo subía, pero entre nosotras nunca se había retomado aquella conversación que dejamos a medias. Hablábamos de lo "jodida" que resultaba la contraprogramación de las cadenas de televisión, porque nunca emitían lo que anunciaban, y de la alegoría que se utilizaría en el carnaval de este año. Eran sus primeros carnavales y no tenía ni idea de que aquí se formara tal pitote cuando llegaban las fiestas. Andrea estaba entusiasmada y todos los días salíamos a pasear por el parque de Santa Catalina. Era la primera vez en mi vida que estaba aburrida de las fiestas antes de que empezaran. Resultaba curioso, yo nunca me había fijado en todos los pequeños detalles que componían un escenario y a ella no se le escapaba ni uno, desde la primera bombilla hasta la última pintada. A falta de tres días para que fuera el pregón, se había empeñado en que nos compráramos un disfraz y que fuéramos ataviadas acordes con el motivo elegido para este año. No me hacía mucha gracia, la verdad, no tenía por costumbre escabullirme por los mogollones carnavaleros disfrazada. Aunque tenía que reconocer que de esa manera te daban menos la lata. En una de nuestras incursiones al mundo de la farándula, me encontré con Mónica. ¡Hacía meses que no sabía nada de ella ni del resto del grupo! Me llevé una alegría tremenda y quedamos para ir a cenar, le había dado mi número de teléfono y no dudaba en que me llamaría. Una vez de regreso a casa, invité a Andrea a un último "cortado", ambas estábamos relajadas y nos quedaban ganas de seguir parloteando como cotorras.

–¿Y bien? – pregunté– *¿De qué quieres que nos disfracemos? Lo dejo en tus manos, ya sabes que si lo hago es por ti.*

–¿Qué te parece de vampiresas? Debe ser gracioso ir por ahí con los dientes afilados sedientos de sangre...

–Mi niña, lo pintas tan macabro que se me quitan las ganas. Piensa en otro si no te importa.

–¡Podrías darme alguna idea, ¿no crees? Después de todo la isleña eres tú y deberías saber de que se disfraza la gente. ¡Pero te advierto que no pienso disfrazarme de Messalina!

–¡Pues bien que podríamos hacerlo! Tú de Messalina y yo de Agrippina. ¡La pareja perfecta!

–¿Sabías que esas dos mantenían relaciones lésbicas? Lo vi en una película...

–¿En serio? Bueno, pues da igual. Sólo es un disfraz, no te entusiasmes.

–No me estoy entusiasmando, guapa. Si quisiera intentar algo te lo diría. ¿No habíamos dejado eso claro? Creí que podía hablarte francamente sin que trastocaras mis palabras...

–Y puedes seguir haciéndolo. Yo también estoy en igualdad de condiciones, ¿ya te olvidaste?

–No, todo lo que venga de ti se me queda grabado...

–Oye... ¿Quiénes son las personas que saludaste antes? No tuve el placer de ser presentada...

–¿No te presenté? Perdona... Debí despistarme con la alegría del encuentro. Son unos amigos que mantengo desde la facultad y hacía meses que no los veía. Puede pasar todo el tiempo que quiera, que cuando nos volvemos a ver, parece que sólo han pasado un par de semanas. Mantenemos una amistad sólida y no necesitamos vernos todos los días para conservarla. Así nos va bien y así continuamos.

–Buena forma de no discutir, es.

–Mónica ha quedado en llamarme para ir a cenar todos juntos. ¿Te animas y vienes?

–No sé, avísame cuando sea la cena. Según como me encuentre haré, no quiero hacer planes que después no pueda llevar acabo.

–No sabía que tuvieras tantos compromisos...

–¡Mira que eres jodelona! No los tengo, ¿y qué?

–Pues que no veo porque no me dices un sí y ya está. Son buena gente y así ampliarías tu círculo de amistades, que falta te hace.

–¿Ya te aburriste de mi compañía que quieres que conozca a otra gente para que te deje en paz?

–Tú sabes que de tu compañía nunca me aburro... Sólo quería que hicieras amigos, creo que por aquí tienes bien pocos.

–Quizás vaya, ¿de acuerdo? Avísame un día antes.

–Me gustaría que vinieras, sabes que sin ti... no sería lo mismo.

–Déjate de chorradas. ¿Avisarás también a las chicas?

–Por supuesto. Inés me mataría si supiera que nos reunimos y no le digo nada. Ella hace más tiempo que yo que nos lo ve y le gustará reencontrarse con la antigua pandilla de la facultad.

–¿Pandilla?

–En el buen sentido de la palabra, chistosa. Siempre estábamos juntos y aunque Inés y yo nos despegábamos a menudo un poquito, nunca nos alejábamos mucho.

–¿Y eso?

–Ya sabes, para hablar de nuestras cosas... Eva, Inés y yo. Los demás no hubieran entendido nuestras conversaciones, delante de ellos hablábamos en clave.

–¿Por qué? Lo digo porque si tenías tanta confianza...

–Confianza sí, pero no como para decirles así a lo tonto que entre nuestros gustos se encontraba, de la misma forma que los hombres, las mujeres. Un poco fuerte ¿no?

–¿Quieres decir que no lo saben?

–Sí, hija, sí. Son todos igualitos que tú... Estrechos de mente.

–No empieces otra vez, ¿vale? No creo que quiera retomar esa conversación en este momento.

–Ni en este momento, ni en ningún otro. Desde aquel día en que lo dejamos a medias, no te has atrevido a sacar el tema bajo ninguna circunstancia. ¿Te queda mucho?

–¿Para qué?

–Para escuchar e intentar comprender que mi mundo no es tan diferente al tuyo. De que los sentimientos son sentimientos siempre que salgan de un corazón, de qu...

–¡Para! Me voy a mi casa. Nos veremos mañana, ¿de acuerdo?

–¿Qué he dicho ahora, en qué te he molestado?

–Simplemente no me apetece hablar de ello y tienes que respetarlo. En cuanto te doy un poquito de margen te embalas y después cuesta trabajo pararte.

–Si me dejaras explicarme, no pasaría esto. Sólo te pido que me escuches, no que acabes compartiendo mis pensamientos ni mis sentimientos... No creo que sea gran cosa, la verdad.

–Una tarde de estas lo haré. ¿Más tranquila? Ahora me voy que estoy cansada. Por cierto, vete pensando en lo del disfraz. ¡Lo dejo en tus manos!

Bien. Saca el tema, se larga, y encima pretende que me chifle pensando en el dichoso disfraz... ¡Y una porra! Si quería vestirse de carnaval, que fuera ella la que se volviera loca imaginando. Bastante hacía yo con disfrazarme por darle el gusto. Llamaría a Inés para comentarle lo de la cena y de paso, que iban hacer en carnavales.

–Bueenas... ¿Cómo están por ahí?

–Pues casi dormidas –contestó Claudia.

–Lo siento, pensé que aún no estarían acostadas. Como normalmente lo suelen hacer tarde...

–Da igual, cariño. ¿Qué cuentas? Espera un momento... ¡Inés, espabila, que es Paula!– le oí decir.

–¡Déjala, no la despiertes! Ya hablaré con ella mañana.

–Demasiado tarde, ya está sentadita en la cama como las niñas buenas... Y bien, ¿qué tal?

–Nada, a preguntar como estaban. ¿Van a salir estos carnavales?

–Creo que sí. Algo me estuvo comentando Inés durante la cena. De todas formas te paso con ella, si no se vuelve a quedar dormida. ¿Vale, chata? Nos vemos... Cuídate.

–Hola, "pochola". Cuando te trinque, te agarro por el pescuezo y te ahogo... ¿Qué pasó?

–¡Hija, vaya forma de saludar!

–Lo siento, todavía estoy soñando. Caí en la cama como un tronco, ¿qué cuentas?

–Me encontré con Mónica, ¿te acuerdas de ella?

–¡Claro que sí! Hace años que no la veo, pero todavía tengo memoria.

–Bien, pues ha quedado en llamar para ir a cenar y quería decírtelo. Ustedes también vendrán, ¿no?

–Tengo que consultarlo con Claudia a ver que dice. ¿Y para eso me despiertas a la una de la mañana? ¡Te mato!

–También quería decirte que he discutido con Andrea... Bueno, no ha sido una discusión tal, pero casi.

–Ya empiezo a entenderte... ¿Qué pasó?

–Realmente no lo sé bien. Sólo sé que hablábamos de los carnavales y de que quería que nos disfrazáramos de algo que tuviera que ver con la alegoría de este año. Como va de Roma, salió el disfraz de Messalina y Agrippina y yo dije que se acostaban juntas. Me comentó que no me entusiasmara y aproveché la ocasión para sacar el tema que tú sabes que teníamos pendiente y se enfadó... O eso creo.

–¡Anda que también tú hilaste fino, ¿eh?! ¿No decías que ibas a esperar a que fuera ella la que sacara la conversación?

–Sí... Supongo que otra vez metí la pata.

–¿Se marchó muy enfadada?

–Bueno... No. Yo soy la que estoy super cabreada, no puedo mantener la boca cerrada ni un momento. Di la impresión de que la estaba atacando y acabó por decirme que una tarde hablaríamos del tema. Tengo la impresión de haber forzado las cosas...

–Mira Paula, tarde o temprano tenía que llegar, ¿no crees? Así que tómate una buena taza de leche calentita y acuéstate tranquila. Mañana será otro día y verás las cosas diferentes, ¿de acuerdo?

–¡Vaya manera de decirme que te deje en paz! Lo lamento, no volveré a molestarte.

–¡Hey...! No te pongas cínica, "pochola". No es tu estilo. Sólo trato de decirte que no le des tanta importancia, quizás lo mejor haya sido forzar la situación... ¿Quién lo sabe? Espera a que hable contigo... Si tienes que preocuparte hazlo después de que te haya hablado, ¿vale?

–Como siempre tienes razón. Venga, no te quito más el sueño. Que duermas bien...

–Intenta descansar. Hablaré con Claudia sobre lo de la cena y mañana te llamo con la contestación... Buenas noches.

–Buenas noches...

De nuevo tenía la sensación de asfixia que me había acompañado desde que se fuera Eva. Intentaba controlarla pero me era imposible, parecía como si algo me atenazara la garganta y no me permitiera respirar. Había llegado a la conclusión de que sólo me pasaba cuando tenía la impresión de que las cosas se me iban de a los manos, y ahora pensaba que Andrea iba a levantar el vuelo en cuanto me diera la vuelta y me despistara.

No dejaba de resultar curioso, a medida que más hablaba con Andrea sobre el tema, más perdía los papeles. Mi mente rebobinaba una y otra vez sus palabras, sus acciones. Por más que intentaba controlar hasta la última frase que salía de sus labios, por más que creyera ver algún gesto que denotara su posible y

ansiada ambigüedad, ansiada por mi parte desde luego, más me confundía y encabezonaba con la idea de estar cometiendo un grave error. El sentimiento de culpabilidad que sentía después de mantener ese tipo de conversación con ella era angustiante, pero no podía dejar de sacar el tema en cuanto veía una oportunidad.

Pasaron un par de días y entre nosotras nada había cambiado. Inés y Claudia habían confirmado que asistirían a la cena con Mónica y yo me preparaba para el evento. Quería resultar atractiva y coqueta a la vez. No se trataba de presumir ante nadie, pero recordaba claramente como era objeto de ciertas burlas en la facultad por parte de algunos que esta noche se sentarían en la misma mesa que yo. No es que anteriormente fuera un adefesio pero he de reconocer que al margen de que me sobraban diez kilos, mi aspecto resultaba bastante descuidado y el acné hacía que mi cara pareciera un cráter en erupción. Nada que no se quitara con el paso de los años y unas cuantas mascarillas. Pero claro, aquellos de los que yo era objeto de burla no habían tenido la oportunidad de verlo.

Delante del espejo iba probándome ropa tras ropa insatisfecha con todo lo que me ponía. Después de sacar medio armario, opté por ponerme una minifalda negra con una blusa de seda que venía que ni pintada para la ocasión. Unas medias finas del color de la falda junto con unos zapatos de tacón alto serían el complemento perfecto. ¡Por cierto! Tenía que avisar a Andrea de que la cena sería esta noche. La llamaría por teléfono, ahora no tenía ganas de estar cambiándome para subir. Una vez me quitara la ropa, me metería en la ducha y empezaría con el ritual de embellecimiento, o de restauración, como decía una amiga de la que no recuerdo el nombre. Sí, mejor sería que la llamara. Así no perdería el tiempo.

–Buenas... ¿Cómo andamos por las alturas?

–Supongo que de la misma forma que los que están en la "bajura" ¿Se dice así?

–La experta es Inés, no yo. Lo siento, pero se me olvidó decirte que la cena es hoy...

–Muy bonito... Querías esperar a última hora para que no fuera, ¿verdad?

–No pienses disparates... No sé por qué motivo daba por hecho que ya te lo había dicho. Ahora fue cuando caí en la cuenta de que fue sólo a Inés a quien avisé. ¿Vas a venir?

–Pues aunque no he mirado mi agenda... Creo que puedo haceros un hueco...

–Oye, que por compromiso no hace falta que vengas...

–¡No seas tonta! Sabes que lo digo bromeando... ¿Cuánto tiempo tengo para arreglarme?

–Hemos quedado a las nueve y media en "Guadalupe". Así que saliendo de aquí a las nueve, y contando con que tendremos que dar cien vueltas para aparcar, a esa hora estará bien. ¿Te parece?

–Perfecto. ¿Qué hora tienes exactamente?

–Son las siete y cuarto, así que conociéndote puedes quedarte un rato remoloneando por ahí hasta las ocho y media. En mi vida he conocido a nadie que fuera capaz de prepararse con tan poco tiempo como tú.

–Pues a ver si tomas ejemplo... ¿Ya decidiste lo que te vas a poner o todavía estás indecisa? Si quieres bajo a ayudarte...

–No hace falta, gracias. Voy a meterme en la ducha y para tu información, ya tengo la ropa preparada. ¿Quedamos en eso?

–Bien, a las nueve en punto estoy en tu casa... Hasta luego.

Con solo oír su voz, me ponía nerviosa. ¿Por qué seguía permitiendo que alterara mi vida? ¿Por qué quería verla de esa forma tan desesperada? Yo sabía la respuesta, estaba completamente enamorada.

A las nueve en punto sonó el timbre de la puerta. Era Andrea, que como siempre, estaba radiante con ese aire de frescura que la caracterizaba.

–¿Todavía no estás preparada? –dijo pasando al salón–. *Pensé que estarías lista.*

–Y lo estoy, sólo me falta ponerme los zapatos y nos vamos. Mira a ver si las llaves del coche están sobre la mesilla de la entrada, por favor.

–Sí, están. Ya las cojo, ¿nos vamos?

–¿A qué viene tanta desesperación?

–Sabes que me gusta ser puntual y como encima no conozco a nadie...

–¡Qué exagerada eres! Conoces a las chicas y también has visto a Mónica. No creas que yo estoy mucho más ducha que tú en relaciones... Hace un montón de tiempo que no veo al resto del grupo.

–¿Y por eso te has puesto tan despampanante?

–¿Crees que voy muy llamativa?

–No es que la ropa sea un escándalo... El escándalo es como te queda...

–¿Me queda mal? No es mi intención ir como las payasas...

–Te queda fenomenal, a eso me refiero. Hace tiempo que no te veía tan guapa... No sé, pareces otra persona.

–Mujer, no siempre voy a estar en vaqueros y con camisetas. Alguna que otra vez me arreglo.

–Ya lo sé, pero como hoy... Nunca.

Sentí como me ruborizaba. Desde luego, si había causado ese efecto en Andrea... ¿Qué pensarían los demás? ¿Acaso el patito feo se había convertido en un cisne? Debía reconocer que la idea no me desagradaba. Es más, si me lo planteaba bien, hasta me agradaba pensarlo. No quise hacerle ningún comentario a Andrea sobre su ropa... No quería dejar de ser el centro de sus piropos ayudándola a desviarse del tema. Por primera vez, me estaba dedicando halagos sin que yo la hubiera provocado a ello. ¿O sí?

XIII

Cuando llegamos al restaurante ya estaban todos. Inés me echó una miradita de las suyas e instintivamente miré el reloj. Caramba, no llegaba tan tarde pensé. Creo que los demás no me habían reconocido, claro que imagino que el último recuerdo que tenían de mí no me ayudaba bastante. Solía ir a la facultad en vaqueros con grandes pullovers que ocultaban mi sobrepeso y además llevaba el pelo muy corto. Acercándome a ellos dije:

–¡Atención... Acaba de llegar la reina de las fiestas, de todas las fiestas... ¡

Manolo, porque era Manolo, se quedó mirando y con cara de asombro exclamó;

–¿Paula?... ¡No me lo puedo creer!

–Pues sí, soy yo. ¿Tanto he cambiado? –pregunté falsamente

–Estás... Estás fantástica. Siéntate a mi lado, voy a ser la envidia de todos.... ¡Chica. Nadie diría que ibas a transformarte en un bello cisne!

–Eso es porque nadie se molestó en fijarse bien en el potencial que llevaba dentro, la gente cambia y yo lo he hecho. Y tú... ¿Cómo te encuentras?

–Estupendamente. Sigo soltero... ¿Y tú?

–Creo que ya es suficiente –dijo Mónica.– *Además no se nota nada que lo que pretende Manolo es ligar contigo. ¿Es que las demás no somos de su gusto, caballero?*

–*No es eso mujer* –contestó– *Pero es que no esperaba encontrar a Paula tan guapa... Me he quedado verdaderamente impresionado.*

–*Bien* –dije sentándome– *¿Cómo estáis todos?* –acababa de causar la impresión que quería–. *Creo que tenemos muchas cosas que contarnos...*

Voy a tratar de resumir toda la velada. Los chicos no habían cambiado tanto como yo esperaba, sólo habíamos madurado con el paso del tiempo. Manolo se había especializado en derecho penal al igual que Mónica, Antonio opositaba para obtener una adjudicatura y Elsa se limitaba a actuar como abogada de oficio. En el grupo había también otra persona que yo no conocía. Después de hacer las presentaciones de rigor, Claudia y Andrea eran nuevas para ellos, y cuando parecía que la desconocida iba a seguir siéndolo, Mónica se dio cuenta y nos la presentó como Nuria. Resultaba muy simpática y habladora, se notaba a la legua que tenía cierta clase y distinción que muchas querríamos para nosotras. Nuria era psicóloga y trabajaba en un centro de orientación compartiendo experiencia con otros compañeros. Desde el primer momento sentí que conectábamos muy bien, pero era algo normal. Miraba a mi alrededor y todos opinaban lo mismo que yo. Después de cenar nos fuimos a tomar unas copas y más tarde a bailar. Tenía que reconocer que no le había prestado ninguna atención a Andrea, pero de eso ya se encargaban las muchachas y Antonio, que no le había quitado la vista de encima desde que llegamos. Ya en la discoteca cuando estábamos todos algo entonadillos, me acerqué a Inés. La notaba apagada y estaba empezando a preocuparme.

–*¿Se puede saber que te pasa?*

–*¿Se me nota? Pensé que no tenías ojos para nadie más que para Manolo y Nuria...*

–¿A qué vienen esos celos? Te recuerdo que yo no soy Claudia…

–Lo siento. Llevo toda la noche intentando estar a solas contigo y aunque a Claudia no le parece correcto que te lo diga hoy, voy a hacerlo.

–Acaba ya con los misterios ¿Qué es tan importante?

–Javier no se ha presentado esta mañana a firmar.

–¿Qué?...

–Lo que oyes. Supuestamente eso significa que el pájaro ha volado… Ya se ha presentado una orden de busca y captura contra él, sólo hay que esperar a que lo encuentren…

–¿Pero tú sabes los amigos que tiene ese desgraciado? Va a ser como buscar una aguja en un pajar… ¿Lo sabe Andrea?

–¿Estás loca? Claudia quiere que esperemos un par de días a ver si dan con él. Eso significa que tú tampoco se lo vas a decir, ¿de acuerdo?

–Me parece bien. ¿Y ahora qué hacemos? –las copas se me habían bajado a la altura de los pies.

–Nada, sólo esperar. Lo que realmente me tiene más preocupada, es el hecho de que a ese cabrón le de por aparecer en casa de Andrea. A veces el coraje y la rabia pueden más que los razonamientos y aunque él sepa que sería un error, nunca sabes como se puede llegar a reaccionar…

–Habrá que turnarse otra vez para que no se quede sola.

–¿Y cómo explicas que de buenas a primeras nos quedemos en su casa?

–Eso sí es un problema… Ella no es tonta y sospechará enseguida que algo no funciona bien. Habrá que pensar en algo que no la haga dudar de que todo va como tiene que ir. Bueno, parece que ahora que te lo he dicho estoy más tranquila. Quería que lo supieras para que estuvieras atenta por si aparece.

–Descuida, si le veo rondando por casa lo mato. No creo de todas formas que se atreva… A no ser que realmente esté como

unas maracas. Nadie en su sano juicio se atrevería a dejarse ver por los alrededores y más sabiendo que estará en busca y captura...

–Bueno, aparquemos el tema a un lado y disfrutemos de lo que nos queda de la noche. ¿Te parece?

–De acuerdo... ¿Qué opinas de Nuria? Resulta bastante interesante...

–¿Pero tú no decías que estabas enamorada de Andrea?

–Y lo estoy, pero lo cortés no quita lo valiente... Parece encantadora...

–¡Es encantadora! Si te fijas bien, Claudia no le quita los ojos de encima, parece atontada...

–¿No será que la que tienes celos eres tú?

–He de reconocer que un poquillo sí, pero nada importante. Conozco muy bien a Claudia y si pasara algo ya me lo habría dicho. Entre nosotras la confianza es fundamental.

–¡Pues entonces no tienes de qué preocuparte!

–No lo estoy... Pero me gustaría acaparar un poquito más su atención.

–Pues sal a bailar, no creo que aquí acaparemos la atención de nadie.

–Te equivocas. Manolo no deja de mirarte, lo tienes alucinadito. ¿Te has dado cuenta de que has venido rompiendo?

–Yo creo que estoy normal. Algo más arregladita, pero normal.

–Y una porra. Te has vestido así a propósito, ¡cómo si te estuviera viendo...!

–¿Qué le pasa hoy a mi ropa? Todos tienen que ver con mi forma de vestir... Hasta Andrea me lo ha comentado.

–He ahí la cuestión. ¿No será por ella por la que te has puesto tan deslumbrante?

–Pues no, ya ves. Se me apetecía dar un cambio de imagen y lo he hecho. No veo a que viene tanta revolución, cualquiera diría que me he convertido en la Cañadas..

–¿En la Cañadas? ¿Y quién es esa?

–Esther Cañadas, tontorrona. ¿Acaso ya no sigues la moda? ¡Con lo coqueta que eras antes!

–Y lo sigo siendo, bonita. Lo que pasa es que tenía la mente en otro sitio.

–No sé como decirte que no me llames bonita... No lo soporto.

–Otra vez he vuelto a meter la pata, lo siento. Es que se me escapa...

–Dejemos esta conversación, ¿vale? Creo que lo mejor es que nos acerquemos a bailar con los demás. Presiento que Manolo va a venir a darme el coñazo y no me apetece.

–¡Pues no haberle provocado! Te has pasado toda la cena de chácharas con él y me da la impresión de que quizás se lo haya tomado por otro camino.

–Pues si ves que te hago señas, ven a rescatarme. No me apetece estar aguantándolo toda la noche. Una cosa era la cena, pero ahora...

Yo tenía razón. Justo cuando nos íbamos a mover hacia la pista, Manolo hizo intención de venir a nuestro encuentro. Contrariamente a lo que yo pensaba, la idea de bailar pareció gustarle mucho más. No lo hacía del todo mal aunque a mí, por las circunstancias, me pareciera un patoso. Estuvimos bailando hasta casi las seis de la mañana y cuando mejor lo pasábamos, empezó la música lenta. A Manolo le faltó tiempo para agarrarme por la cintura y envolverme en su mezcla de alcohol y sudor. Sin poder casi ni moverme, me vi bailando con él todas las baladas con las que nos deleitaba el disc–jokey. Deseaba que se rompiera el plato o donde quiera que estaba pinchando, ya Manolo me estaba poniendo de los nervios.

Sentía la mirada de todos sobre nosotros. Desde luego que yo lo que pretendía era sorprender a mis viejos compañeros de facultad, pero lo que nunca imaginé es que tuviera que espantar de alguna manera a aquel pulpo que no dejaba de atosigarme en toda la noche.

Alguien debió de escuchar mis súplicas silenciosas y la música fue bajando de volumen poco a poco. ¡Menos mal! Se había acabado. Andrea tuvo la feliz idea de tomar churros con chocolate y a todos les entusiasmó, a todos menos a mí. Quise poner una excusa para marcharme, pero Inés que adivinó mi intención, no dio tiempo a que abriera la boca. Nos fuimos a desayunar y para no variar, el plasta de Manolo se sentó a mi lado. De buenas a primeras, Nuria se levantó e invitó a Manolo a que se rodara una posición más allá con el pretexto de que quería comentarme no sé que cosa y que no pensaba dar gritos. Él, no sin mala cara accedió y dejando que Nuria se sentara a mi lado, se rodó un hueco hacia su derecha.

–¿Qué tal? Pensé por tu cara que ibas a estallar de un momento a otro –me dijo.– *Espero que no te haya molestado el que te lo quitara de encima...*

–La verdad es que parece que sólo tú te has dado cuenta. ¡Cuando coja a las muchachas me las cargo! Le dije a Inés que procurara distraerlo de vez en cuando y ya ves, ni caso.

–¿Y qué tal? Me han comentado que eres una abogada de éxito... Te felicito.

–No creas todo lo que dicen...

–Normalmente no lo hago... Me refiero a que suelo leer entre líneas lo que precisamente la gente calla. No lo puedo evitar, de alguna forma me llevo el trabajo conmigo a todas partes.

–No sé yo si eso es positivo. Personalmente prefiero dejar mi profesión aparcada cuando salgo de marcha con los amigos.

–Es fácil decirlo cuando no se está tratando todos los días y a todas horas con pacientes que buscan tu ayuda. La rutina se hace presente y sin ni siquiera darte cuenta, acabas analizando a todas las personas que conoces fuera del ámbito laboral.

–¿Sabes algo? Me estoy planteando el seguir hablando contigo... No sé, igual te da por psicoanalizarme o algo así y en este momento, no te gustaría ver todo lo que yo veo.

–¿Tan malo es?

–No es malo, es doloroso y prefiero no continuar en esta línea de conversación. ¿Te parece?

–Perfecto, pero permíteme que te de la dirección de mi consulta, ¿vale? Llama cuando quieras y pásate a verme. Lo siento, pero presiento que no te vendría mal hacerme una visita.

–Me molesta el que seas tan prepotente. Ni siquiera me conoces y ya te permites la osadía de invitarme a hacerte una visita profesional… Me parece un poco precipitado, ¿no crees?

–Siento que te lo tomes tan mal, pero si me equivoco dímelo. Me encantaría saber que he metido la pata, eso significaría que te encuentras perfectamente y que yo me he extralimitado

–Me molesta que sin apenas conocerte me hables de esa manera… Eso es todo.

–Bien, pues no pasa nada. ¡Podemos mirarlo por el lado bueno, Manolo ya no te da la lata!

–Ya ves, en eso te estoy agradecida. Parece que se ha olvidado por fin de que existo... ¿No tomas tú chocolate? Se te va a enfriar…

–Es un secreto… No me gusta. Pero no digas nada, ¿vale?

–No lo diré si me das la dirección de tu consulta… ¡Sin que se entere nadie!

Estando ya en casa me tomé un tiempo de meditación. Si hacía un balance de la velada, todo era positivo excepto la pesadez de Manolo. Quizás como bien me había advertido Inés, me lo había buscado yo solita al permitir que durante toda la cena me colmara de halagos y atenciones. ¡Pero resultaba tan complaciente! Apenas había reparado en Andrea. Bueno eso no es del todo cierto, sí que había reparado en ella pero mis ansias de gustar y sorprender al resto no habían permitido que le dedicase parte de la noche. Además, he de reconocer que la gilipollez de Antonio era patente cuando estaba a su lado o hablaba de ella constantemente, y los

celos me comían aunque la situación no era la propicia para montar numeritos. Bueno, ni la situación ni nada. Al fin y al cabo yo no tenía nada con Andrea, aunque no podía evitar que dentro de mí algo se revolviera cuando la veía coqueteando con cualquiera. Con respecto a Nuria… ¡Era fascinante! Tenía ese don que muy pocas personas tienen y un carisma inhabitual. Al principio me había molestado su prepotencia al hablarme con tanta osadía, pero también he de reconocer que indudablemente tenía en frente a una gran profesional. Sin apenas haber abierto la boca, intuyó que algo en mí no iba bien. Y tenía razón. Andrea me llevaba por el camino de la amargura y no podía evitar que de vez en cuando los celos hicieran acto de presencia. Entre eso y que el plasta de Manolo no me daba una tregua para acercarme a nadie, pensé que iba a estallar en cualquier momento como bien dijo Nuria. No estaba arrepentida de haberle pedido su dirección, es más, seguramente la llamaría esta misma semana e iría a su consulta. No le había contado esto antes a nadie, ni siquiera Claudia e Inés lo sabían, pero sentía la necesidad de hablarlo porque estaba empezando a asustarme. Mis pensamientos iban más allá de la realidad y temía llegar a confundir lo real con la fantasía. Últimamente no hacía más que pensar en Eva y eso me resultaba muy doloroso. Había llegado a la conclusión de que de alguna manera me seguía sintiendo culpable, y eso estaba machacando mi cabeza constantemente. Creo que no voy a seguir con el balance de la velada o mañana pagaré caro el hecho de no dormir. Además me está entrando un poco de modorra y eso significa que el sueño está llamando a mi puerta. Voy a dormir, me tomaré una taza de leche caliente y me enredaré entre las sábanas dejando que Morfeo me lleve entre sus brazos a otro lugar, a otro mundo.

XIV

Por la mañana me levanté con un poco de resaca. Más bien no era tanta resaca sino pesadez de estómago. Tenía la boca amarga y apenas segregaba saliva para tragar con fluidez. ¡Qué desagradable! Me di una buena ducha y pensé en llamar a Andrea para que me preparara un brebaje de los de su abuela. Lo haría un poco más tarde, hasta el momento no había oído nada en el piso de arriba y quizás estuviera aún dormida. Me senté en el sofá y ordenando todo el desastre de papeleo que tenía esparcido dentro de una cajita de cartón, dejé que mi mente se perdiera por los pasillos del recuerdo. Allí había de todo, cartas de mis padres cuando estaban de viaje, pasaban largas temporadas en el extranjero, postales de los amigos que se iban a la península a participar en campamentos, la tarjeta de invitación a la boda de mi hermano, la del bautizo de mi sobrina, las cartas de amor que algún otro corazón loco había dictado, poemas que en días de desolación había escrito por algún que otro amor no correspondido...

Aquello era como la caja de Pandora. Podía entrar y salir de mi pasado gracias a todos aquellos recuerdos guardados en una simple cajita de cartón. Tenía hasta el boletín de las notas de fin de curso del año 82 y acompañando, un minúsculo dibujo de una paloma en relieve que me había regalado Ricardo. ¡Qué recuerdos! Ricardo siempre estuvo coladito por mí, y por más que le decía que no tenía tiempo para noviazgos y que además era todavía muy joven, él insistía en esperarme hasta que yo quisiera. Y por supuesto, nunca quise. No era mi tipo. En el fondo de la caja habían un montón de cartas amarradas con un elástico. El corazón me dió un vuelco y un nudo se apropió de mi estómago. Eran todas las cartas que Eva me había escrito desde que estábamos en

el instituto. Las tenía guardadas como oro en paño y cada vez que me mandaba una, la leía y releía hasta casi aprendérmela de memoria. Ponía pasión en cada una de las líneas, ternura en cada una de las frases, sentimiento en cada una de las palabras... Siempre me gustó su forma de expresarse, cuando hablaba en serio era un placer escucharla. Tenía el don de la escritura, el de la palabra, el del amor...

Dejé todo aquello como estaba y fui hacia la cocina. Me estaba poniendo muy romántica y las ganas de volver a verla resultaban muy dolorosas. Más cuando era consciente de que eso era imposible, de que Eva se había ido para no volver jamás. No podía dejar que el recuerdo me aplastara como venía haciendo desde hacía meses, así que cogí el teléfono y llamé a Andrea.

–Hola... ¿Qué tal te levantaste?

–Hola, Paula. Yo bien, ¿y tú?

–¡Fatal! Te llamaba para ver si puedes bajar a prepararme tu famoso brebaje... Creo que me estoy muriendo.

En el fondo le había dicho la verdad, por dentro me estaba muriendo de amor... Por Eva, por ella, por...

–¡Ya será para menos, mujer! Dame cinco minutos y estoy ahí, ¿vale?

–De acuerdo. No pienso ir a ningún sitio... Hasta ahora.

No sé hasta que punto había hecho bien en llamarla. Mi estado de ánimos estaba por los suelos y sentía que sólo estaba utilizándola para calmar mis ansias y mi dolor. Pero ya era tarde, escuché sus pasos bajando la escalera y abrí la puerta. Apareció con unos pantalones cortos y una camiseta de tiros dejando entrever así sus graciosos pechos, libres, sin ataduras, sin sujeción.

–¡Acaba de llegar tu salvadora! –dijo.

–Te agradezco enormemente que hagas esto por mí, tengo el estómago hecho polvo.

– No te apures, en un momento te sentirás mejor. Voy a la cocina, espérame aquí que enseguida vuelvo.

–No pienso moverme, me duelen hasta los huesos…

En cinco minutos estaba de regreso con la infusión entre las manos. La puso sobre la mesa y se sentó a mi lado.

–Espera a tomarla no te vayas a quemar como la última vez, está hirviendo.

–Descuida, con una vez me basta. Cuando me acuerdo, todavía me duele. ¿Qué tal te lo pasaste anoche?

–Muy bien… Tus amigos son encantadores. No olvides avisarme cuando lo vayan a repetir de nuevo.

–Parece que te gustó…

–¡Pero si te lo estoy diciendo! Pasé una velada muy agradable.

–¿Y qué me dices de Antonio? No te dejó sola en toda la noche y cuando alguien le preguntaba cualquier cosa, sólo hablaba de ti. Quedó muy impresionado por lo que pude comprobar...

–Es un encanto de hombre. La verdad es que me sentí muy a gusto en su compañía, habla de todo tipo de temas y da la sensación de ser una persona muy atenta y cariñosa. O por lo menos a mí me lo pareció.

–Siempre ha sido muy correcto con las mujeres, es su mejor arma. Recuerdo que la utilizaba tan bien, que tenía una legión de chicas detrás suyo.

–Pues que lo siga explotando porque se le da de maravilla. Anoche me pareció verte algo entusiasmada con Manolo, ¿me equivoco?

–¿Entusiasmada dices? ¡Lo que estaba era harta! ¡Fuerte tío más pesado! Si no es porque Nuria me lo quita de encima durante el desayuno…

–Pues nadie diría que esos eran tus pensamientos... Durante la cena bastante bien que parecías pasarlo.

–Durante la cena se estaba comportando como un caballero y no me molestaban para nada sus elogios... Pero en la discoteca me sacó de mis casillas.

–Chica, pues yo hubiera jurado que te lo estabas pasando bomba...

–Pues hubieras jurado en falso. ¡Ese tío se ha convertido en un pulpo!

–Jajaja. ¡Haberle dicho que el "Scattergori" era tuyo!

–¡Muy bonito! Ríete de las desgracias ajenas que ya me tocará a mí reír.

–No te lo tomes a mal, mujer. Pero has de reconocer que si lo miras desde otra perspectiva resulta hasta gracioso.

–¡Claro, como no era a ti a la que acosaban!

–Creo que te estás tomando esto muy en serio y no tengo ganas de discutir. Siento que mis comentarios te hayan ofendido tanto...

–Que no, mujer, que no me has ofendido. Sólo que cuando me acuerdo se me revuelven las tripas.

–Ha de ser por eso por lo que andas mal del estómago. Por cierto, tómate ya la infusión o después estará muy fría.

–¿Te das cuenta? La vida se compone de cosas extremas. O estás feliz o estás triste, o hace frío o hace calor, o subes o bajas, o está caliente o está frío, o llo...

–¡Para! ¿Te levantaste hoy filosófica? Chica, hay que ver como te embalas...

–Será mejor que me mandes callar cuando lo haga. A veces no controlo y mi lengua se disparata a su libre albedrío, no lo puedo evitar. ¿Qué te pareció Nuria? Es psicóloga...

–Dio la impresión de ser una chica bastante agradable. Tampoco es que tuviera muchas oportunidades de hablar con ella. Si mal no recuerdo, durante la cena hablábamos todos a la vez, en la discoteca bailábamos hasta rompernos las canillas y cuando

más o menos podíamos mantener una conversación en la que el sonido de fondo no fuera un problema, la acaparaste. Así que no tuve oportunidad de conocerla...

–Tengo la impresión de que ha habido algo de recochineo en tus palabras.

–Te equivocas, para nada. Sólo digo que no hablé mucho con ella...

–Si no hubieses estado toda la noche pendiente de Antonio...

–¡Pero bueno ¿esto qué es?! Parece que estemos discutiendo sobre algo indiscutible. Tú puedes prestar toda tu atención a quien te de la gana, que yo puedo hacer lo mismo. No veo a que viene toda esta palabrería.

–No te ataques... no te ataques. Esto todavía quema...

–Pues procura no asarte y déjalo que repose más tiempo.

–Por cierto, hablando de la última vez... Creo que dijiste que un día te sentarías y hablarías de la homosexualidad con la mente abierta.

–Yo no dije eso. Dije que una tarde bajaría y escucharía lo que quisieras contarme con respecto a ese tema. No empieces a confundir mis palabras, ¿de acuerdo?

–¿Qué tal hoy? Es un momento como otro cualquiera...

–¿Siempre hay que hacer las cosas cuando a ti te de la gana?

–No te pongas así. Pensé que como no tenemos nada que hacer, podríamos aprovechar la tarde...

–Pues no pienses por mí. Yo si tengo cosas que hacer y ahora no quiero hablar de nada, ¿vale? Además ya se me ha hecho muy tarde y he quedado con un amigo. Tengo que subir a prepararme. Hasta luego.

Estupefacta, esa era la mejor forma de definir el estado en el que me encontraba. ¿Qué había hecho ahora? ¡Seguro que había quedado con Antonio y yo le había proporcionado la excusa perfecta para marcharse por las de Villadiego! ¡Qué mala suerte la mía!

Volví de nuevo a pasear por las calles del recuerdo con mi caja de Pandora. De masoquista, abrí una de las cartas de Eva y comencé a leerla. Era un poema que había creado para mí hacía un montón de tiempo. Las lágrimas resbalaron por mis mejillas en silencio, como si no quisieran interrumpir la lectura, como si no quisieran desviar la atención de aquel folio escolar que tantos sentimientos expresaban. Volví a guardarlo todo y esta vez cerré la caja, ya era suficiente por hoy, no tenía fuerzas para seguir martirizándome. De pronto sonó el timbre de la puerta. Extrañada porque no esperaba a nadie dejé que tocaran un par de veces más, pero como insistían opté por acercarme y preguntar quien era.

–Soy yo otra vez. ¿Quieres hacer el favor de abrirme la puerta?

–Pasa –dije mientras abría.– *Pensé que tenías una cita muy importante...*

–Te mentí. Me agobiaste en cuestión de segundos y si no me iba hubiéramos acabado fatal.

–Últimamente escapas a la primera oportunidad, ¿lo sabías?

–Yo no escapo de nada. Si no, no hubiera vuelto ¿no crees? Lo que pasa es que a veces me presionas con tanta fuerza, que creo que si no me voy de tu lado voy a reventar.

–Y bien... ¿A qué has venido? No es que me moleste que lo hayas hecho, pero tengo curiosidad por saber que te hizo dar media vuelta.

–Te pones tan insistente con el tema que pensé que quizás tuvieras razón y que hoy no era mal día para hacerlo. ¡Ya lo sabes!

–¡Hija parece que te lo aprendiste de memoria! ¿Quieres tomar algo?

–¿A estas horas? ¡Ni hablar! Prefiero dejar reposar mi hígado por lo menos un par de horas más.

–Perfecto, yo tampoco tomaré nada. ¡Como tengo el estómago...!

–¿No se te ha pasado nada?

–Estoy mucho mejor, pero todavía me queda un poco de ardor. Supongo que ya se me irá quitando. ¿Quieres que empiece?

–Lo que no quiero es un interrogatorio. Sólo prometo escucharte sin interrupciones… No puedo ofrecerte más.

–No voy a darte un mitin ni nada por el estilo, pero me gustaría que me contestaras a la pregunta que dejastes en el aire el otro día.

–¿Qué pregunta?

–Un hombre y una mujer idénticos en todo menos en el sexo… ¿Con cuál te irías? O si quieres para que no suene tan poco romántico… ¿De cuál de los dos te enamorarías?

–No lo sé, supongo que si me viera en situación y no tuviera más remedio que elegir… Creo que… por el varón, seguramente.

–¿Pero por qué? Date cuenta de que los dos son iguales. Es a este tipo de contestación a la que me refiero cuando digo que las personas son unas cerradas de mente. Siguen a pie juntillas todo lo que dictan las normas y son incapaces de arriesgar nada por conocer, por entender, por...

–No creo que se basen en tus conclusiones para que la gente no entienda la homosexualidad. Existen otro tipo de diferencias, otros razonamientos...

–Pues ahora tienes la oportunidad de expresarlo abiertamente, estoy a la escucha.

–El hombre tiene unos genitales imposibles de igualar y su función es la de copular con la mujer, y por su parte la mujer tiene el don de conquistar, de subyugar, de abrirse a los placeres infinitos que el hombre proporciona...

–¿Cuántos años tienes? –pregunté asombrada–. *¡Ni siquiera mi bisabuela piensa como tú! ¿Eres consciente del disparate que acabas de decir? ¡Por favor, que yo tenga que oír semejantes argumentos!*

–¿Ves a lo que me refiero? Sé perfectamente que acabo de decir un disparate y lo he hecho a consciencia. ¿Por qué debo yo respetar tus ideas si tú eres incapaz de respetar las mías?

–Pensé que íbamos a hablar en serio, pero ya veo que estás de cachondeo y yo no me río. Me doy por vencida... Si quieres lo dejamos.

–No hace falta que te pongas así... Sólo quería que te dieras cuenta de que no todas las opiniones son iguales, de que hay gente que piensa diferente.

–Yo sólo quería saber como pensabas tú. Me gustaría saber por que no elegirías a la mujer en lugar del hombre.

–No lo sé. Quizás sea por educación, por creencias, por religión... Nunca me he planteado el estar con una mujer, por lo tanto tampoco me he parado a analizar nada que tuviera relación con ello... No lo sé.

–El mundo homosexual no es tan diferente al de los heteros. Tenemos las mismas preocupaciones, las mismas angustias, los mismos temores... Somos iguales en todo excepto que a nosotros la vida se nos hace más cuesta arriba. Debemos fingir para no ser condenados, debemos reír cuando hemos tenido un desengaño con nuestra pareja porque no podemos expresar abiertamente que la amiga que entra en casa todos los días, que la amiga que se une a las juergas con los compañeros de trabajo es en realidad tu pareja, tu amor, tu vida, tu amante...

–Lo dices de una manera...

–Es la pura realidad. Nos pasamos la mayor parte de nuestra vida ocultando nuestros sentimientos y la mayoría de las veces no tenemos ni siquiera con quién hablar de nuestros problemas, Siempre hay que estar ojo avizor porque nunca sabes quién te va a dar la puñalada.

–¿A que te refieres con eso?

–Tuve una amiga desde la infancia, eramos uña y carne. Ibamos juntas a todos los sitios y más que amigas, parecíamos hermanas. De hecho, nos llegaron a confundir varias veces pero no por el parecido físico ni nada de eso, simplemente porque siempre estabamos juntas. Al cabo de los años y como no tenía a

nadie con quien hablar de mis sentimientos, decidí confiarme a ella. Era la época de los novios y esas tonterías y como nunca me había preguntado el porque de mi desgana a salir con los chicos, pensé que en el fondo lo sabía. Ese fue mi primer error...

–¿Qué pasó?

–Estuvo dos semanas sin hablarme y cuando lo hizo, fue para preguntar si alguna vez había tenido "pensamientos de esos" con ella. ¡Imagina mi cara al escucharla...! Quería que la tierra se abriese y me tragara. Le expliqué que no todas las mujeres gustaban y que a ella la quería como la hermana que nunca tuve, ya sabes que sólo tengo un hermano varón, y que nunca había pasado por mi mente ningún pensamiento que indujera más allá que el cariño que le tenía como tal. Después, todos fueron preguntas sobre lesbianas y críticas al "sistema de vida" que llevaban. Me reprochó que no se lo hubiese contado antes, que yo había sido una falsa con ella... Y después se acordó de las veces que nos habíamos duchado juntas cuando salíamos de la piscina, de las veces que nos habíamos quedado en la misma cama cuando veraneábamos en el sur... Y yo que sé qué más. Fue espantoso. Aquel día fue el último que la vi.

–No creí que hubieran personas tan crueles... Desde luego que si mi mejor amiga me confesara que era lesbiana no actuaría así.

–¿Estás segura? A veces creemos que no vamos a reaccionar de cierta manera y luego en la realidad nos equivocamos.

–Entonces... ¿Qué pintaría yo aquí hablando contigo si no me diese igual cuales son tus gustos?

–No es lo mismo, reconócelo. Entonces teníamos otra edad y, aunque eso no justifique su actitud, ahora con la madurez se piensa diferente.

–Sigo pensando que yo no hubiera actuado tan salvajemente. No comparto el amor entre mujeres, ni siquiera el sexo para experimentar entre mujeres, pero eso no significa que condene su sistema de vida...

–Bueno, a lo que íbamos... No somos diferentes, espero que eso te haya quedado claro, pero lo que sí somos es más intuitivas. Estamos a la expectativa ante los hombres, ante la familia, ante los amigos, ante la sociedad que busca nuestro voto y que después nos condena…

–Pero, ya eso cambió con la ley, mujer…

–¡Pues claro! Pero eso es algo por lo que llevamos luchando muchos años y ya verás como nos lo harán pagar muy caro... Y si no, dale tiempo al tiempo, ya verás.

–No seas tan pesimista, mujer. Lo que importa es que se os reconozcan vuestros derechos como a todo el mundo.

–¿Y tú crees que podré darle un beso a mi pareja en el cine? ¿Podré ir por la calle cogida de su mano?... ¡Despierta Andrea! Hasta que la gente no cambie su forma de pensar... ¡Es que lo ven como algo asqueroso y están muy equivocados! El amor entre mujeres es un amor puro, sincero. Es un amor suave y tranquilo, es un amor basado en el diálogo y la compresión... No en vano al ser mujeres, sabemos lo que nos gusta y nos disgusta, lo que normalmente nos atrae y lo que nos repele, lo que nos hace reír o nos hace llorar... Las mujeres somos más sensibles ante cierto tipo de cosas y siempre se ha dicho que no hay nada mejor para llevarte bien con tu prójimo que conocerle, y nosotras en general somos muy parecidas.

–¿Y el sexo? No es que la idea me repugne ni nada de eso, pero siento curiosidad... ¿Es cierto eso que dicen que os satisfacéis con consoladores y demás aparatos? Una oye tantas cosas...

–Mira Andrea, por un momento deja tu mente libre de opiniones y comentarios y presta atención a lo que voy a contar. Intenta situarte en lo que voy a decirte sin ningún tipo de tabúes, sin ningún miedo. Tú, como todo el mundo, te habrás masturbado alguna vez en la vida, ¿verdad? Cuándo te acaricias, cuando estás disfrutando de tu cuerpo en plena libertad, cuando estás sintiendo cada centímetro de tu piel ante la suavidad de tus manos...

¿Sientes la necesidad de utilizar algún tipo de consolador? Yo creo que la respuesta sería que no. Y lo creo por la sencilla razón de que nadie como tú conoce tu cuerpo, y de que nadie como tú podrá darte el placer que tu misma te das. Pues entre dos mujeres funciona de la misma forma, sólo que en lugar de estar masturbándote a ti misma se lo estás haciendo a la persona que quieres. Sobre el sexo no hay nada escrito, me refiero a gustos, y cada cual utiliza su imaginación como quiere o le apetece. Si hay a quien le gusta usar consoladores imagino que los usará, pero por norma general a las mujeres no nos hace falta. ¿Cuántas veces has alcanzado un orgasmo con la penetración? De cien veces, ¿diez... doce? La mujer es más sensible que todo eso. Es el hombre el que necesita penetrar para llegar al orgasmo, es el hombre el que impone la pauta y el ritmo, es el hombre el que domina. En cambio la mujer es más sensual, más sibarita, más lasciva. Podemos pasarnos horas acariciándonos, besándonos, sintiendo como nuestros cuerpos se estremecen ante el placer, gozando de cada una de las caricias con las que nos obsequia la persona que tenemos a nuestro lado sin la necesidad de preocuparnos si necesita o no la penetración para que alcance su orgasmo. La mujer se esmera más en sus movimientos, no tiene ninguna prisa por acabar, Y aunque he sabido que hay hombres en la cama que como amantes son extraordinarios, nunca es comparable a lo que una mujer te puede hacer sentir. Date cuenta de que nosotras, al conocer nuestro cuerpo, sabemos en donde dejarnos ir más tiempo. Sabemos la forma en que nos gusta que nos acaricien y por lo tanto damos de la misma forma en que recibimos. Son horas de interminable placer, de orgasmo tras orgasmo hasta que el cuerpo te pide, te suplica que pares, que ya no puede más. Andrea... ¿Me estás escuchando?

–¿Eh... ? Sí, claro... Lo defines todo con tanta dulzura...

–Es que es así, no me invento nada. ¿Hay algo de vergonzoso en ello? No atentamos contra la vida ni contra la formación de

nadie... Sólo vivimos, sentimos y amamos de diferente manera. ¡Pero no somos ningunas viciosas! Lo hacemos con nuestra pareja en nuestra intimidad, demostramos el amor que sentimos la una por la otra de la misma forma que lo hace una pareja heterosexual. Yo no veo la diferencia.

–En este momento y aunque no lo comparta... Yo tampoco. ¿Por qué nadie habla de la misma forma que tú lo haces?

–Porque a quien oyes hablar del tema no es homosexual, por lo tanto aunque quiera aparentar que sabe mucho, en el fondo no tiene ni puta idea. Se limitan a imaginar y a especular, pero nunca se atreven de dar el paso de preguntar libremente, sin temor a que se les juzgue por su verborrea fácil y despiadada. Por eso hablan sin saber, perjudicando a todos aquellos que vivimos el amor de otra manera. Bueno... Y, ¿qué piensas de todo lo que has oído? Sé sincera, ¿vale?

–Estoy asombrada tenía un concepto equivocado o por lo menos eso es lo que parece. Nunca pensé en la parte de los sentimientos, sino en la parte sexual de la relación. Desde pequeñita siempre escuchas comentarios en casa sobre alguna vecina que no es "muy normal" y te asustas porque te pueda pasar a ti. Oyes el desprecio con el que los mayores se refieren al tema y lo único en piensas es en que tú no serás igual. Que no irás al infierno por cometer los mismos pecados que la vecina, que tú eres diferente. Supongo que es ahí donde empieza a fraguarse la idea de que aquello es sólo y exclusivamente puro vicio, de que es algo anormal y de que ni debe pasársete por la cabeza el hecho de acostarte con una mujer. "Eso" es pecado.

–¿Te das entonces cuenta, de que lo que te digo sobre que la cultura en nuestro país no es ninguna utopía? La gente no estará preparada en mucho tiempo...

–Eso tampoco lo puedes decir con tanta facilidad, nunca se sabe lo que puede ocurrir mañana. Nunca se sabe...

Durante un rato ambas permanecimos calladas, sumidas en un extraño silencio que a las dos nos pareció cómodo y no quisimos romper... En mi cabeza resonaban una y otra vez las últimas palabras de Andrea...Nunca se sabe lo que puede ocurrir mañana... ¿Tenía que ver algún tipo de posibilidad en ella? ¿Me estarían entusiasmando y confundiendo sus palabras? Daba igual. ¡No pensaba averiguarlo de momento! Miré hacía ella y la noté un poco inquieta, como si la situación ya la estuviera poniendo tensa.

–¿Te encuentras bien? –le pregunté.

–Perfectamente, ¿por qué?

–No sé... Como te has quedado tan calladita...

–Desde luego... Acabas de romper parte de mis esquemas y eso me ha dado que pensar. No creí posible entenderte tan bien, no creí posible que en tus palabras la homosexualidad femenina me pareciera tan sencilla y a la vez tan complicada, aparte de romántica. Nunca lo había visto desde esa perspectiva.

–Pues no me he inventado absolutamente nada. Cuando hemos salido y hemos estado en sitios de ambiente lo que ves, lo que respiras, lo que sientes, es lo que hay. Entre nosotros es cuando único somos libres, es cuando único podemos expresar nuestros sentimientos sin temor a que nos hieran, es cuando único pod...

–Te entiendo más allá de lo que crees... ¿Sabes algo? Vosotras sois de alguna forma, dignas de admiración. Ahora que lo veo de otra manera entiendo lo difícil que puede llegar a ser el llevar una doble vida, comprendo lo doloroso que tiene que llegar a ser el que la gente por la calle te mire con desprecio, te mire "raro". Yo no sé si podría llegar a aguantar tanta presión.

–Si llego a saber que ibas a comprender tan fácilmente, te hubiera dado la lata mucho antes...

–¡Pues menos mal que no lo has hecho! ¡Mira que tienes cara... !

–Bueno, reconozco que quizás si te he dado un poco la paliza... ¡Pero no ha sido para tanto, ¿verdad?!

–No me tires de la lengua que podemos acabar mal, ¿de acuerdo? Ahora me siento como una estúpida.

–¿Por qué? No veo la razón de tu parecer...

–Si te hubiera hecho caso y te hubiera prestado atención mucho antes, me hubiera evitado más de un sofocón...

–Explica eso, por favor. ¿A qué te refieres?

–Me he encontrado incómoda un par de veces a tu lado... Lo siento.

–¿Incómoda? ¿Eso por qué?

–Durante un tiempo llegué a pensar que nuestra amistad no era tan clara por tú parte como por la mía... Y eso me dio miedo. En ocasiones me sentía tan presionada por tus constantes preguntas que llegué a pensar que tus sentimientos iban más allá de los de una amistad... No sé, quizás ante la falta de información cogí miedo y dudé de todo lo que me decías.

–¿Hubiera cambiado eso algo?

–¿Qué hubiera cambiado el qué? No sé a que te refieres...

–¿Qué podría pasar si realmente sintiera más allá? Además, si no recuerdo mal, tuvimos una conversación sobre ello hace tiempo...

–Sí, pero yo no le di credibilidad... Pensé que sólo lo decías por implicarme más si cabía, en una conversación que yo intentaba rehuir por todos los medios.

–Pues siento decirte que todo lo que te dije era cierto... No puedo evitarlo... Pero, ¡por favor! No te sientas incomoda a mi lado, no voy a intentar nada contigo si tú no quieres.

–¡Confío en ello! ¿Qué podría cambiar tus sentimientos?

–¿Acaso te molesto en algo? No esta prohibido sentir y siempre y cuando te respete... ¡No veo que hay de malo!

–No me gusta que lo pasen mal por mi causa... Me gustaría pensar y sentir diferente pero no puedo, me siento incapaz de ofrecerte nada más que mi amistad...

–No te he pedido otra cosa. Independientemente de lo que pueda o no sentir, me conformo con la amistad que me brindas y no quiero que pienses que ando buscado nada más. No puedo evitar sentir como siento, pero eso no significa que vaya a incordiarte ni a presionarte, para nada.

–¿Qué tal si cambiamos de tema?

–¿Te molesta que hablemos de ello? Yo no tengo inconveniente en hablar sobre cualquier otra cosa pero no veo el motivo de tu escapada...

–No escapo de nada, ya te lo dije antes. Pero no te voy a negar que tengo cierta curiosidad por saber de tu vida amorosa y no creo que sea prudente hablar de ello. ¿Me explico?

–¡Parece mentira! ¿Por qué no preguntas lo que quieras saber? Deseo que nuestra amistad sea sólida y sin secretos... Además ¡hasta sabes lo que siento por ti...! Puedes preguntarme lo que quieras.

–Me da un poco de corte, de veras.

–¡Venga ya, no te hagas la remolona!

–¿Qué es lo primero que te atrae de una mujer?

–¡Si lo llego a saber me callo! Empiezas fuerte, ¿eh? Si lo pienso detenidamente, no sabría que contestarte, la simpatía, la mirada... No sé, son un montón de pequeños detalles que sin querer te atrapan.

–¿Y su físico?

–Antes era una parte primordial pero con los años y la experiencia, he llegado a la conclusión de que eso es lo menos importante. En mi vida me he topado con verdaderas mujeres "de bandera" y la verdad, más que satisfacciones, me han dado problemas.

–¿Acaso quieres decir que las bonitas son tontas? No quiero pensar que opinas de la misma manera que los hombres... ¡Por Dios!

–No te confundas, eso no tiene nada que ver. Supongo que las habrá bellas y tontas al igual que las habrá feas y listas pero yo

no me refiero a eso. Lo que quiero decir es que por naturaleza soy bastante celosa y no soportaría que mi pareja llamara la atención apabullantemente. Me sentiría muy orgullosa, pero créeme, a la larga destrozaría mis nervios.

–¿Morita, morita? ¡Quién lo iba a pensar!

–Date cuenta que no sólo tendría que aguantar la presión del resto de las mujeres, sino la "delicadeza" de los piropos masculinos, y mi carácter es muy fuerte para según que cosas y esa es una de ellas. No lo soportaría.

–Hablas muy segura de lo que dices...

–¿Te acuerdas de Eva? – Se me hizo un nudo en la garganta al nombrarla–. *Si la hubieras visto cuando se arreglaba... Me ponía de los nervios. Ya sé que todas las mujeres cuando nos arreglamos parecemos más o menos resultonas, pero Eva... Hasta en eso. Varió su forma de vestir. No me di cuenta hasta pasado un tiempo, cuando se compraba ropa más ancha y vestía más informal... Pero con unos simples vaqueros estaba guapísima...*

–Siento haber traído a tu memoria esos recuerdos, no era mi intención que acabaras pasándolo mal.

–No te preocupes, pienso en ella todos días sin necesidad de que nadie que me la recuerde, va conmigo a todas partes...

–¿No has pensado en buscar ayuda? Quizás si hablas con un profesional...

–Ya lo he pensado. Voy llamar a Nuria, de momento es la única persona que conozco en la que puedo confiar...

–El psicólogo que me recomendó Claudia es muy efectivo, quizás debieras llamarle a él.

–No, Nuria me da más confianza. Sin apenas habernos intercambiado un par de palabras, intuyó que algo andaba mal aquí dentro y me lo dijo. La verdad es que me quedé muy impresionada... Supo leer mi mente sin que yo abriera la boca.

–Si crees que con ella te irá bien, ¡adelante! Cuenta con mi apoyo para lo que necesites. ¿Cuándo vas a llamarla?

–Lo haré mañana por la mañana. Tengo que pedir cita y no sé cuanto tiempo tardaré en ir a su consulta. Si quieres te aviso cuando tenga la hora dada.

–No tengo inconveniente en acompañarte si lo deseas, sólo tienes que decirlo.

–Te lo agradezco, pero no creo que sea buena idea. También voy a hablarle de ti.

–¿De mí?

–Sí. Sin tu pretenderlo te has instalado en mi cabeza y quiero solucionarlo. No puedo vivir de recuerdos ni tampoco de esperanzas que ni siquiera me han dado.

–Lo siento, pero me haces sentir culpable. Si pudiera as...

–No quiero que sigas hablando, podrías decir alguna tontería de la cual te ibas a arrepentir. No me has dado pie a nada así que no pienses disparates, ¿vale?

–De acuerdo. Pero sigo ofreciéndome para acompañarte si lo consideras oportuno. No lo olvides.

–¿Qué tal si jugamos una partida a las cartas? ¿Te apetece?

–No se me dan muy bien los juegos, así que no intentes abusar de mí, ¿ok?

–¿Se te da bien "La Ronda"?

–¿Es un juego en el que se "maja" y todo eso?

–Sí, hija sí. Ya veo que eres una experta...

–Te advertí que se me da mal el juego...

–No es que se te dé mal exactamente, es que no tienes ni idea.

–Si quieres hacemos otra cosa... No sé, piensa en algo.

–No me des ideas que me pierdo, a ver... ¡No se me ocurre nada!

–Bueno, pues por lo menos invítame a cenar. Parece que me ha entrado un poco de hambre.

–¿Quieres salir fuera o cenamos aquí?

–Aquí estará bien. ¿Tienes algo en la nevera?

–Ya hice la compra, mujer, hay de todo. ¿Qué te apetece?

–Algo exótico... ¿Qué tal una tortilla francesa?

–¿Y eso es exótico? Tú te estas cachondeando, ¿verdad?

–Sí. Lo que verdaderamente me apetece es comida china. Pero que nos la traigan aquí, no quiero cambiarme de ropa ni salir a la calle. ¿Te parece bien?

–¡Perfecto! Haré el pedido por teléfono y en cuestión de media hora estaremos cenando. ¿Tú qué quieres?

–Me gusta todo, así que pide lo que te apetezca. Yo para eso soy buena de boca.

XV

Como había calculado, la cena no tardó más de media hora en venir. Disfrutamos de la comida y después nos fuimos al salón a tomarnos una copa, se estaba haciendo tarde y debíamos madrugar. Si algo no me gustaba de los domingos, era que al día siguiente era lunes. No me había costado mucho aprendérmelo, era simplemente cuestión de lógica. Semi–tumbadas cada una en un sillón, el tiempo pasaba sin que mediara palabra alguna. Quizás ya nos lo habíamos dicho todo, aunque yo tenía la sensación de que por la mente de Andrea pasaba algo de lo que no quería hablar. Intentando no sobresaltarla en su sopor y meditación, hice un gesto con la mano provocando su atención y una sonrisa.

–Por un momento creí que te habías quedado cataléptica. Es agradable saber que estaba equivocada.

–Lo siento, me dejé llevar por el pensamiento y olvidé en donde estaba.

–No es que me moleste la indiferencia, –dije mientras reía– *es que estaba empezando a quedarme dormida. En fin... ¡Mil dólares por tus pensamientos!*

–¿Mil dólares? Pero bueno... ¿No estoy en Canarias? ¿Desde cuando en Las Palmas la moneda es el dólar?

–Desde nunca, tonta, es una expresión ya hecha. ¿Me lo cuentas o qué?

–Estaba distraída pensando en la de cosas que tengo que hacer mañana. Mi jefe quiere que nos reunamos después de cerrar el banco y me temo lo peor.

–¿A qué te refieres?

–Se ha incorporado en las islas un jefazo venido a menos de la península y considera que nuestra sucursal tiene demasiado personal. Dice que hay muchas otras en la que hace falta gente y que a nosotros nos sobran empleados. Por lo que he oído, quiere hacer una reestructuración y mandar a alguien de nuestra oficina a las otras sucursales. Creo que son dos en Lanzarote y tres en Fuerteventura.

–¿Y eso a ti en qué te afecta?

–De mi oficina soy la última que me he incorporado, así que... Supongo que si alguien tiene que marcharse a otro destino, voy a ser yo.

–¿Y no lo puedes arreglar? No sé... alegando cualquier cosa.

–Ni pensarlo. Si la decisión es que yo me vaya a otra isla, no me queda más remedio que acatarla o despedirme, y como comprenderás, no está el trabajo tan fácil como para eso. De todas maneras, hasta mañana no sabré nada.

¡Como se me había quedado el cuerpo! No podía soportar la idea de perderla a ella también. Cierto que no había entre nosotras nada más que una amistad, pero el sólo pensamiento de no volverla a ver me hacía más daño del que yo hubiera querido. No podía dejar que eso sucediera tan fácilmente, tenía que encontrar una solución y mostrársela para que no se fuera así como así. Noté que su cara cambiaba de expresión y me acerqué a ella, la cogí de la mano y la apreté suavemente entre las mías. No se me ocurría que otra cosa podía hacer.

–¿Y tú? ¿Quieres trasladarte?

–¡Vaya pregunta, por supuesto que no! Aquí os tengo a vosotras y la idea de no volver a veros no me gusta nada. Ya sé que tampoco es que me vayan a destinar al fin del mundo, pero no creo que me acostumbre. Es curiosa la facilidad con la que te amoldas a la gente, a los sitios, resulta a veces incomprensible en

nuestra cabeza cuando se aproxima un cambio, pero después no es tan trágico.

–Pues por eso mismo no debes preocuparte. Si tienes la mala suerte de ser tú la elegida, verás como en cuanto llegues haces amigos. El canario es muy campechano y acogedor, y eso pasa en todas las islas no sólo aquí. –dije tratando de disimular mi angustia.

–Tengo la impresión de que te gustaría que me trasladasen... Quizás así acabarías con uno de tus problemas...

–Estás muy equivocada, no quiero que te marches. Sólo intento darte ánimos por si sucediera, cosa por otro lado no tiene necesariamente que pasar.

–Ya lo sé, pero tengo un mal presentimiento. Me da que en esta "cortá" de cabezas, la mía va a ser la primera en salir rodando.

–No seas tan pesimista, con esas ideas no llegarás a ninguna parte. Además hoy no podemos solucionar nada, así que será mejor no adelantar acontecimientos y esperar hasta mañana, ¿vale? Pensemos en otra cosa...

–¡Qué fácil! De verdad, perdona este mal rato. Lo mejor será que me retire, se ha hecho muy tarde y mañana hay que madrugar.

–A mí no me molesta que te quedes aquí esta noche. Tengo la impresión de que no vas a pegar ojo, ¿me equivoco?

–Probablemente no, pero es mejor que me vaya. Buenas noches.

–No pienso soltarte la mano, así que creo que tendrás que esperar a que lo haga si no quieres irte con un miembro menos...

–No estoy bromeando, Paula. Necesito estar sola, ¿puedes entenderlo?

–No veo porque tienes que pasar sola por esto... Dijiste que las amigas estábamos para lo bueno y para lo malo y ahora tú estás pasando por un mal momento y rechazas mi ayuda. ¿Por qué te estás contradiciendo?

–Cuando se te mete algo en la cabeza te pones insoportable. No contradigo nada, simplemente quiero ir a mi casa. Quiero

darme una buena ducha y quiero acostarme e intentar descansar. ¿Es acaso un delito?

–*Está bien* –dije soltándole la mano.– *Vete si es lo que quieres. Espera que te acompaño hasta la puerta, todavía me queda educación.*

–*No te pongas así, mujer. Mañana te llamo*

–*Como quieras, a ti es imposible hacerte cambiar de idea. Que descanses.*

Al abrir la puerta para que saliera, Andrea se detuvo un momento y me miró. Cogió mi mano entre las suyas como yo había hecho momentos antes y con una sonrisa se acercó a mi cara y depositó un suave beso sobre mis labios. Sólo fue un instante, apenas un roce, pero a mí me pareció el beso más intenso que nunca me había dado nadie. Sin apenas darme tiempo a reaccionar, me apretó la mano y se fue escaleras arriba. Estuve un rato más en la puerta, no sé que es lo que estaba esperando, pero algo me decía que no la cerrase.

Pasados diez minutos, comprendí que lo que hacía era la tonta. Lo máximo que podía ocurrir, es que pillara un buen resfriado gracias a la corriente que se producía. Cerré la puerta y me fui a la cocina a fregar los platos. Parecía una autómata, caminaba por inercia y recogía lo de la cena casi por intuición. A cada momento, venía a mi mente el recuerdo del beso, del roce, de la suavidad de sus labios y unos saltitos en el estómago me hacían comprender que no había sido producto de mi imaginación. ¿A qué se debió esa despedida? Quería pensar que quizás la conversación mantenida la había ablandado hasta el punto que ese beso podía significar que de alguna manera me apoyaba y confiaba en mí. Con ese pensamiento me metí en la cama. Tardé bastante en dormirme y por la mañana parecía que todo había sido un sueño, aunque tenía la certeza de que había ocurrido sin ningún tipo de dudas. Después de desayunar unas tostadas con mermelada, llamé a Nuria.

–Buenos días –dije–. *Llamaba para pedir cita con la doctora Nuria por favor.*

–Buenos días –contestaron–. *¿Es la primera vez que viene?*

–Sí, por eso no sé bien cuales son los pasos a seguir.

–No se preocupe, vamos a ver... La primera hora que tengo libre es el viernes a las siete de la tarde. ¿Le viene bien?

–Sí, aunque yo esperaba verla antes. No sabía que estuviera tan ocupada.

–Normalmente tiene la agenda repleta, aunque... déjeme ver... Esta tarde hay una paciente que no tenía la seguridad de poder venir así que si quiere, lo único que puedo decirle es que se venga sobre las ocho y pruebe suerte. ¿Qué hacemos, le doy cita para el viernes o se arriesga a venir hoy?

–Creo que iré hoy a probar suerte. ¿A las ocho ha dicho?

–Sí. De todas maneras déjeme su nombre y su teléfono por favor. Si quiere puedo avisarla, normalmente llaman para anular la cita.

–Le agradecería que me llamara si lo hacen, así no iría en vano. Mi nombre es Paula Santana Ruiz y mi teléfono es el 98–23–42.

–Pues bien, lo que haremos será que si llama para anular la cita yo le aviso a usted. ¿De acuerdo?

–Me parece perfecto señorita, muchas gracias.

O era una gran profesional o había más gente con problemas de los que una podía imaginar. No podía esperar hasta el viernes después del último acontecimiento con Andrea. Tenía que contarle a alguien todo lo que pasaba por mi mente y necesitaba que me ayudaran. Tenía un gran cacao en mi cabeza. Por un lado Eva no se iba de mi pensamiento y seguía sintiendo la angustia de su marcha y por otro lado, Andrea confundía inexplicablemente mis sentimientos. Sumida en mis cosas oí como saltaba el contestador, ni siquiera me había dado cuenta de que el teléfono había estado sonando. Corrí hacia él y levanté el auricular.

–¡Quién quiera que seas no cuelgues, estoy en casa! Espera un momento que quito el contestador... ya está. ¿Quién es?

–No sabía si era tu casa o el zoo ¡Cuánto jaleo has formado por una llamada! ¿Esperabas a alguien en particular?

–Hola Inés, aquí la mona del zoo al habla ¿Qué pasó?

–No has contestado a mi pregunta... ¿Quién creías que era?

–Nadie en particular. ¿Cómo están?

–Claudia acaba de salir para el bufete y yo estoy en la Universidad. Tengo dos horas muertas y pensé en llamarte. ¿Qué tal lo pasaste el sábado? Al final te animaste, ¿verdad?

–Como tú bien dices, me animé al final. ¿Y ustedes?

–Ayer estuvimos de resaca, no salimos de casa y nos tragamos toda la basura que pusieron en la televisión. Como verás fue un domingo entretenido. ¿Qué hiciste tú? Nos extrañó que no llamaras.

–No salí. Andrea bajó y pasamos la tarde charlando, después pedimos comida china y cenamos en casa. Un domingo cualquiera...

–¿Y qué más?... No seas mala y suelta por esa boquita...

–No seas mal pensada, no pasó nada más. ¿Acaso no puedo hablar con las personas sin echarme encima de ellas? ¡Vaya concepto que tienes de mí, guapa!

–¿Sabes que te digo? Que si estás tan a la defensiva es porque ocultas algo. Te acabas de poner como las fieras por una simple pregunta y eso significa que no cuentas toda la verdad. ¿Me equivoco?

–¡Me sacas de quicio! ¿Por qué demonios me conocerás tanto?

– Porque soy como tu sombra... ¡Venga ya! ¿Que pasó?

–Ayer se decidió a escuchar, ya ves. Pensé que nunca llegaría el día.

–¿...Y?

–Pareció entenderme bastante bien, tenía un concepto equivocado. Hablamos largo y tendido hasta que se atrevió a preguntar-

me mis gustos... Bueno ella generalizó, pero yo sé que lo decía por mí.

–Ten cuidado no vaya a ser que te confundas, quizás generalizaba.

–¿Estabas tú aquí para comprobarlo? Me da mucha rabia que enseguida opines de todo sin haber estado presente.

–Ya veo que te has levantado de buen humor... En fin, si quieres pásate esta noche por casa, ¿vale? No creo que a Claudia le apetezca salir.

–No te doy ninguna seguridad, igual voy. De todas maneras no me esperen.

–Pues yo espero verte esta noche, ¿de acuerdo? Claudia iba a pasar esta mañana por el juzgado a ver si habían noticias del cabrón de Javier. Así que procura venir y ni se te ocurra decirle nada a Andrea.

–De acuerdo, has utilizado un buen argumento. Iré.

–Pareces una abogada hablando...

–Es que lo soy, listilla. Nos vemos después, hasta luego.

XVI

La mañana había transcurrido sin ningún tipo de interrupciones y yo la había aprovechado para ponerme al corriente del próximo caso que tenía que defender en el juzgado. Esta vez era algo relativamente sencillo, comparado con el último claro y si las cosas no se torcían, no me llevaría más de una hora acabar con el asunto. Entusiasmada con la idea de no pasar toda la mañana encerrada entre aquellas cuatro paredes, mi ánimo empezó a subir. Lo que más me molestaba de mi profesión, era cuando te pasabas las horas metida en aquel lúgubre edificio yendo de una planta para otra. Siempre procuraba que Miguel no me pasara muchos casos juntos y cuando no tenía más remedio que llevarlos yo, intentaba que las fechas de los juicios no coincidieran. Una vez que hube ordenado toda la documentación, me preparé una buena ensalada de aguacate y me senté en el sillón. Me apetecía comer relajada escuchando música, así que el salón se inundó de ópera con Alfredo Kraus al frente. Al principio ese género musical no me había atraído, pero con la aparición de Eva en mi vida, que era una fanática de la ópera, aprendí a escucharla y a entenderla y ahora me reconfortaba más de lo que hubiera podido imaginar. Ese era uno de los muchos legados que me había dejado. La música lírica, la orquestal, los paseos por el campo, la vida en naturaleza, la afición por el cine, la lectura, el amor por los animales... Eva había dejado en mí toda su esencia... No es que yo antes fuera una salvaje, pero no sabía apreciar las cosas de la vida como las apreciaba ella. En el fondo resultaba hasta dramático pensar que alguien que amaba tanto las pequeñas cosas, alguien que daba valor a todos los detalles de la vida hubiera decidido acabar con la suya, y de alguna forma yo era responsable. Por más que me dijeran todos

que yo no había tenido nada que ver, nada ni nadie podía hacerme cambiar de opinión. Mil veces me había cuestionado lo que hubiera pasado si no nos hubiéramos separado. Quizás Eva estaría ahora aquí sentada almorzando a mi lado, escuchando la música que tanto le gustaba, y después saldríamos a pasear por el parque o por la playa de las Canteras. ¡Quién sabe! La vida nos hace duros con sus golpes. Nunca imaginamos el valor de las personas, lo que realmente significan para nosotros hasta que las perdemos. Es entonces cuando empezamos a echar de menos sus gritos, sus manías, sus desesperos. Todo lo que antes nos molestaba, todo lo que antes no soportábamos de esa persona, lo echábamos terriblemente de menos y daríamos cualquier cosa por volverla a tener a nuestro lado. Bien dice el refrán de que nunca se sabe lo que se tiene hasta que se pierde, desde luego que el que lo creó fue un genio. De pronto sentí como un dolor agudo en el pecho. Su recuerdo me dolía tanto, que el dolor pasaba de ser psíquico a físico. Me levanté despacio y fui a la cocina. Tenía unas pastillas de Valeriana que tomaba cuando me encontraba nerviosa, y sirviéndome un vaso de agua me tomé dos. Necesitaba relajarme. De nuevo el teléfono comenzó a sonar. No me apetecía cogerlo, pero...

–¿Quién es?

–Buenas tardes. Llamo desde la consulta de la doctora Nuria Montes. ¿Está la señora Paula Santana, por favor?

–Soy yo. Dígame...

–Llamo para confirmarle su cita esta tarde con la doctora a las ocho y cuarto. Acaban de anular la hora, por lo tanto puede usted venir con seguridad. ¿Lo confirmo?

–Sí, por favor. Muchas gracias por avisarme, no faltaré. Hasta luego.

¡Hoy, me iba a ver hoy! Inesperadamente me había puesto de buen humor. Quizás la idea de que iba a hablar con alguien que podía ayudarme, me daba unos ánimos excelentes. Miré el reloj.

Las cuatro y media. Tenía tiempo de arreglarme y de decidir la ropa que me pondría. Iría sencillita, unos vaqueros y una camisa de verano porque ya empezaba a hacer calor. Como según para que cosas tardaba una eternidad, me metí en la ducha. El dolor del pecho había disminuido en intensidad y la sensación de ahogo había desaparecido. Cuando tenía un pie en la bañera sonó el timbre. Cogí una toalla y me envolví mientras me dirigía hacia la puerta.

–¿Quién es?

–Andrea. Abre que traigo noticias.

–Pasa y perdona por el recibimiento, estaba a punto de ducharme. ¿Qué ocurre?

–¡No me muevo de Las Palmas! Mi jefe mandó a Gutiérrez a Lanzarote y a mí ni me planteó el marcharme. ¡Estoy eufórica! ¿Lo celebras conmigo?

–¡Me encantaría, pero no puedo! Ya tengo la cita con Nuria. He de ir a las ocho a su consulta. Por cierto... Me alegro mucho de que te quedes. ¿Ves cómo tenía yo razón al decirte que no te preocuparas?

–Sí, tenías razón. Pero a veces la mente te juega malas pasadas... ¿Cómo es que te dieron hora tan pronto? Llamaste esta mañana, ¿no?

–Alguien anuló su cita y me avisaron de que podía ir. La verdad es que fue una suerte.

–¿Quieres que te acompañe? Esta tarde no tengo nada que hacer...

–Te lo agradezco, pero no creo que sea conveniente. Prefiero ir sola. Además no creo que permitieran que entraras conmigo, normalmente el acompañante espera fuera y no quiero ponerme nerviosa sabiendo que estás esperando. Gracias de todas formas.

–Pues nada. Si quieres cuando vuelvas me avisas y nos vamos a cenar, invito yo.

–Te lo agradezco, pero no puedo. Ya he quedado.

–¿Has quedado? Y... ¿se puede saber con quién?

–Quedé con Miguel para tratar sobre ciertos casos que tenemos pendientes –mentí acordándome de mi cita con Inés– *Seguramente acabaremos tarde y llegaré agotada. ¿Te importa si lo dejamos para otro día?*

–No sé yo si volveré a sentirme generosa... ¡Qué sí mujer!, que lo aplazamos para otro momento.

–Perfecto. Ahora si me disculpas voy a meterme en la ducha. Sabes que soy una indecisa para la ropa y aunque nunca lo logre, me gusta ser puntual. Hoy no tengo otro remedio que serlo.

–Bien, pues nos vemos en otro momento. Hasta luego.

Oí como se dirigía hacia la puerta y no pude evitar llamarla.

–¡Andrea, Andrea! –grité para que pudiera escucharme.

–¿Qué fue? –contestó.

–Quería comentarte lo de anoche. Sé que no es el momento indicado porque voy con prisa, pero necesito que me des una respuesta… ¿Por qué lo hiciste?

–Estoy muy arrepentida, te lo juro. No sé, me sentía sola y estaba preocupada con el tema del traslado. Momentos antes, cuando relatabas con tanta delicadeza lo que yo creía que era un mundo de perversión y sexo, despertaste en mí una ternura infinita. Supongo que hice mal en dejarme llevar por las emociones y cometí el error que ambas sabemos. Después pensé en bajar a disculparme, pero pudo más la vergüenza y no lo hice. Lo siento de veras y más cuando ya me has dicho lo que sientes hacia mí. ¿Podrás perdonarme?

–Ya lo estás. Sólo sentí curiosidad por saber que te había llevado a besarme... De todas formas no tiene mayor importancia, no te apures. No voy a pensar que te has convertido en lesbiana ni nada parecido. Pero... ¿a qué no fue tan malo? Lo digo porque hoy tienes el mismo aspecto...jajajaja

–¡Anda que cuando te da te pones insoportable! Me marcho o llegarás tarde. Mañana te llamo desde el trabajo y me cuentas lo de hoy, ¿ok?

–De acuerdo, aunque si llego pronto subo a hacerte una visita. No te aseguro nada, porque lo más probable es que acabe la noche a las tantas. Si quieres vamos mañana a esa cena antes de que te arrepientas.

–No sé, lo pensaré... Es broma. Hasta mañana.

–Hasta mañana.

Entré en la ducha y dejé que el agua empezara a correr por mi cuerpo. Justo en ese instante, oí pasos que se dirigían al baño. Asustada cerré el grifo y presté atención.

–¡Paula, no te asustes! –reconocí la voz de Andrea.

–¿Qué se te olvidó? –pregunté a través de la puerta.

–¡Tápate que abro! –dijo.

–Puedes abrir cuando quieras, estoy dentro de la ducha. ¿Qué pasó?

–Sólo quería decirte que... bueno, no creo que pase nada por ello, que el beso que te di... bueno, pues que... que me gustó. Era sólo eso. Chao.

Cerró y pude escuchar como corría hacia la puerta de la calle. Sólo fue un simple roce pero a ella le había gustado. ¿Qué significaba aquello?... Lo comentaría con Nuria y desde luego olvidaría decirlo en casa de las muchachas. Conociéndolas, me dirían de lo último. Terminé de darme el baño y chorreando agua por todas partes fui hacia la habitación. Según Eva, tenía la fea costumbre de no secarme nunca la espalda y eso hacía que pareciera un pato acabado de salir de una piscina. ¡Cuántas cosas me decía Eva! ¿Podía estar viéndome en estos momentos? Pero... ¿Qué disparates estaba pensando? ¡Menos mal que Nuria me atendía hoy que si no... !

Estuve tonteando por la casa hasta que dieron las siete. Esa era la hora buena para salir, porque la consulta quedaba algo lejos y aparcar el coche era como presentarse a una oposición sin haber estudiado. ¡Mejor iría en guagua! Como casi nunca subía en ellas no sabía ni cuanto costaban. El chófer me miró con cara de pocos amigos cuando le di un billete de 10 euros. "*–¡Señorita!* –dijo alzando la voz–. *¿No tiene usted monedas sueltas? –No,* –contesté– *lo siento–.*" Con malos modos me cobró el billete y levantando el dedo hacia un cartel que había justo encima, pude leer con claridad que había que tener cambio en monedas para pagar el ticket de la guagua. Desconcertada ante las miradas de los demás usuarios, busqué sitio y me senté. Había un montón de tráfico y me alegré de no haber llevado el coche. A las ocho menos diez estaba subiendo las escaleras que conducían a la consulta de Nuria. La chica que había hablado conmigo por teléfono me reconoció por la voz y me dijo que esperara en una salita que había en una de las dependencias de la casa. Resultaba un sitio acogedor y la música que te ponían de fondo era la antesala de la terapia. Sonaba justo al volumen correcto, ni muy alto, ni muy bajo, y en medio de la habitación estaba una mesa llena de revistas. Cogí una y empecé a hojearla. En ese momento escuché la voz de Nuria que estaba despidiéndose de un paciente. Cuando se dio la vuelta y me vio esperando en la salita, se sorprendió.

–¡Paula, que alegría! No esperaba que te decidieras tan pronto...

–Ya ves, tenías más razón de la que pensaba. Llamaron esta mañana, habían anulado una cita así que aproveché la ocasión y vine.

–Pues vayamos a mi despacho. Normalmente se quien viene, pero hoy he estado super liada y no me dio tiempo a mirar si habían cubierto la hora.

El despacho de Nuria era pequeño pero acogedor. Las paredes pintadas de un color claro la hacían parecer más espaciosa. La distancia entre Nuria y yo apenas era perceptible ya que la mesa ocupaba gran parte del espacio. Cuando llegué estaba un poco nerviosa, pero al entrar en aquella habitación, todos mis temores desaparecieron. Extrañamente, empezaba a sentirme cómoda. Nuria se quedó un rato mirándome y después como si estuviera con cualquier otra persona, sacó una carpeta y abrió mi ficha. Contestaba a sus preguntas mientras hacía una recapitulación en mi mente de todo lo que estaba viendo. Cuando hubo terminado, cerró la carpeta y dijo: – *¡Cuéntame!*

–*La verdad es que no sé por donde empezar* –le dije.– *Es la primera vez que hago esto y estoy un poco confundida.*

–*Haz como todo el mundo y empieza por el principio. Normalmente funciona.*

–*Bien. Si me remontara al origen de todo, no sabría que decir primero, así que iré hablando según me vaya viniendo a la mente lo que más me preocupa. Hace ocho meses falleció una persona muy querida. Bueno, para ser más exacta se quitó la vida.*

–*¿Te sientes responsable de ello?*

–*Al principio sí. Después con la ayuda de todos se me fue quitando la idea de la cabeza, o eso pensaba yo, pero con el paso del tiempo he descubierto que sigo creyendo que en gran parte fue culpa mía.*

–*¿Por qué crees eso?*

–*Durante un año fuimos amantes. Decidimos dejarlo y quedar sólo como amigas y así lo hicimos. La noche antes de suicidarse hicimos el amor y a la mañana siguiente encontré una nota que decía cuanto me quería y que no podía resistir la vida sin mí... De alguna manera, buscó la forma de estar conmigo para el resto de mis días.*

–*A veces las personas actuamos de una forma extraña. ¿Sabes si tenía algún tipo de problema?*

–No te has inmutado cuando te he dicho que éramos amantes...

–No tengo por qué hacerlo. A mi consulta viene todo tipo de personas y para mí no hay diferencias entre ellas. ¿Te preocupa acaso tu homosexualidad?

–No. Pero generalmente, cuando una expresa abiertamente sus sentimientos la gente tiende a hacer algún tipo de comentario, y como tú no has dicho nada...

–Estamos aquí para intentar ayudarte, y digo estamos, porque si no pones de tu parte, no conseguiremos nada. Por lo tanto no voy a juzgarte sino a escucharte. Si quieres puedes seguir hablando de la nota...

–De acuerdo, quizás sólo esté buscando excusas para olvidar lo que estaba diciendo...

–Creo firmemente que eso es lo que has intentado. Háblame de esa nota.

–Aquella noche salimos a cenar y después, dejándonos llevar un poco por las copas que teníamos encima, acabamos en mi casa. Insistió en quedarse a dormir y yo no puse demasiada resistencia. Me fui a duchar, ella entró y pude dominar la situación. Cuando me acosté, vino a mi lado, después una cosa llevó a la otra... y acabamos haciendo el amor. Bueno, si he de contar la verdad, ella me hizo el amor a mí. Yo no quería hacerle daño, porque era consciente de que todavía me quería, así que me limité a sentir y me dejé llevar. A la mañana siguiente no estaba y supuse que se había marchado a su casa, pero... encontré una nota en la cocina y...

–Si quieres tómate tu tiempo. No hace falta que el primer día te tortures de esta forma.

–No... quiero seguir hablando... Es la primera vez que lo hago tan abiertamente y no quiero parar. La nota que me había dejado reflejaba todo el amor que sentía, todos los sentimientos que llevaba acumulados desde el día en que decidimos dejarlo. ¿Sabes qué fue lo que hizo? Pasó la noche conmigo y después se despeñó con el coche. Eso fue lo que hizo...

–Las personas, cuando estamos en situaciones que creemos son límites, a veces nos desesperamos y optamos por tomar las salidas más fáciles. Eso no significa que el resto tenga la culpa, ¿no crees?

–Ella quería seguir conmigo toda la vida y de alguna forma lo consiguió. No puedo apartarla de mi pensamiento y, aunque a veces pasan días y no me acuerdo, enseguida vienen a mi mente mil cosas que hacen que la eche terriblemente de menos. Últimamente sólo hago acordarme de ella. De como le gustaría tal cosa, de como reaccionaría ante tal situación, de que diría si se encontrara entre nosotros... Leo las cartas que me mandaba, huelo constantemente un pañuelo que se quedó en casa después de que las chicas quitaran todo lo que le pertenecía y que no saben que tengo... No sé, quizás me esté volviendo loca.

–No creo que se trate de eso. De todas formas lo iremos analizando poco a poco, ¿te parece?

–Supongo que tú sabrás lo que haces. Si crees que es mejor así...

–¿Pensabas en ella la noche en que te conocí?

–En ella y... en Andrea.

–Andrea... ¿no era la otra chica que salió con ustedes? Sí, la de Córdoba, creo...

–Esa misma, no te equivocas. Desde la primera vez que la vi me gustó. Hay algo en ella que me atrae, no sé si es su mirada o qué, pero lo cierto es que he llegado a imaginar cosas absurdas e incluso he tenido hasta celos. La otra noche también tenía un ataque por culpa de Antonio. ¡Fuerte pesado! No la dejaba ni a sol ni a sombra.

–¿Comparte Andrea tus mismos sentimientos?

–Hasta ayer pensaba que no, pero hoy...

–¿Qué pasó?

–Bueno, en realidad fue ayer. Estuvimos hablando de la homosexualidad femenina. Yo llevaba tiempo queriendo hablar con ella

de eso, y al final decidió escucharme. Quería que comprendiera que no es tan fiero el león como lo pintan y que muchas de las cosas que se dicen no son ciertas. No sé, supongo que lo que pretendía mostrarle era la cara amable de una relación entre personas del mismo sexo. Pareció entenderlo todo muy bien y cuando se iba a marchar me besó en los labios. No lo entendí y si te soy sincera, todavía no lo entiendo. Al día siguiente o sea hoy, hablamos de ello y se disculpó. Bueno, dijo que le había hablado con tanta ternura y con tanta emoción que ella misma se había dejado llevar por mis palabras y sintió la necesidad de despedirse con un beso. En estos momentos ha de estar esperando a que llegue a casa para ir a cenar, me ha invitado.

–¿Piensas ir?

–Esta noche no puedo, voy a casa de las muchachas. De todas formas, ayer estaba pasando por un mal momento y supuse que su explicación no era del todo tan descabellada. Pero hoy, esta tarde cuando se iba a marchar, volvió para atrás y me dijo que a pesar de todo, el beso que me dió le había gustado.

–¿Y tú que piensas de eso?

–No lo sé, esperaba que tú pudieras ayudarme. Ella sabe desde hace tiempo que estoy enamorada y lo que no entiendo es porqué crear confusiones que podrían hacerme daño.

–¿Enamorada? Eso no me lo habías dicho. ¿De quién, de Andrea?

–Supongo que se llamará amor, todavía no lo tengo muy definido. Normalmente no soy tan enamoradiza, pero como ya te dije antes, por ella siento algo especial, algo mágico. Incluso he llegado a escuchar a través de las paredes de mi casa sus conversaciones. Sé que está mal decirlo, pero no he podido evitarlo. ¿Es eso normal?

–¿Viven en el mismo edificio?

–Ella vive un piso más arriba que yo, pero las paredes son tan finas y el edificio tan viejo, que si te descuidas te contesta hasta el eco.

–¿Qué sientes cuando estás a su lado? ¿Piensas en Eva?

–No, bueno normalmente no. A veces he comparado pequeños detalles pero casi nunca suelo mezclarlas.

–¿Te has parado a pensar que quizás busques en Andrea la parte de Eva que ya no tienes?

–¿Qué?... ¡Si no se parecen en nada!

–Acabas de decir que comparas detalles...

–Sí. Pero son sólo eso, detalles. No tienen que ver en nada la una con la otra, son completamente diferentes.

–Bien. Sabes que en un sólo día no se puede hacer mucho así que cuando salgas, pide hora para la semana que viene. Quiero hacer un estudio de todo lo que me has contado hoy y en la próxima consulta podré responderte a algo. Siento cortarte de esta manera, pero aquí se funciona en base a un horario y hay otra persona esperando fuera para entrar. ¿Te parece bien la semana que viene?

–¿No podría ser antes? Ahora que me he decidido no quisiera dejar pasar mucho tiempo. Ya sé que una semana es poco, pero a mí se me hará una eternidad.

–Si prefieres venir antes, no tengo ningún inconveniente. Lo que no te puedo asegurar es que haya alguna hora libre. Pregúntale a Laura cuando salgas, ¿vale?

–Bien. ¿Cuánto te debo?

–A mí no me pagas, hazlo fuera. Venga, te acompaño a la puerta. Cuídate.

Conseguí recuperar la cita que me había dado para el viernes. ¡Cuatro días!

Supongo que quien ha esperado tanto tiempo para dar el paso, puede esperar cuatro días... Cogí la guagua y me fui a casa de Inés. Cuando llegué, las chicas estaban cenando.

–¡Muy bonito! –dije.– *¿No podían esperar por mí?*

–¿Con el hambre que traía? – contestó Claudia– *¡Ni lo sueñes!*

–En la nevera hay embutidos y la leche debe estar aún caliente –dijo Inés–. *Sírvete tú misma lo que quieras y cena con nosotras, todavía estás a tiempo.*

–¡Y pensar que rechacé una cena gratis! ¿Qué se sabe de Javier?

–De momento nada. Se supone que el muy capullo debe estar escondido en casa de algún amigo o familiar, pero como no se sabe exactamente en donde, no podemos hacer nada más que esperar. Lo importante es que Andrea no se entere. Por cierto, ¿cómo está?

–De momento no ha nombrado nada, ni sabe nada. Esperemos que siga así mucho tiempo. ¿Saben algo?... Mientras ustedes se quedan aquí cenando tan "suculentos" manjares, la menda se va a cenar con Andrea. Hoy han estado a punto de trasladarla y como al final se queda, vamos a celebrarlo.

–¿No estás cogiendo tú mucha tecla con ella? – preguntó Inés.

–¿A qué viene eso? Somos vecinas, amigas, y es normal que nos veamos. ¿Algún problema, listilla?

–¡Anda, lárgate a cenar que vas a acabar poniéndome de mal humor! ¿Llamarás mañana... "alteza"?

–Sí, pero no creas que me vas a interrogar sobre lo que pueda pasar esta noche, querida. No pienso soltar prenda. Hasta mañana.

No sabía si había hecho bien al hacer ese tipo de comentarios. Inés era en la actualidad mi mejor amiga y sabía que le había molestado mi forma de contestar. Pero tampoco quería tenerla todo el día sumida en un interrogatorio, porque a ella le encantaba. Quería, necesitaba saberlo todo... Llegué a casa y subí directamente al piso de Andrea. Estaba pasando unas notas a limpio y sólo llevaba puesta una camiseta que le llegaba hasta los muslos. El resto brillaba por su ausencia. ¡Qué carajo, estaba en su casa!

–¡Pero bueno! ¿Todavía estás así?– le dije.

–No diste seguridad de venir, así que ya no te esperaba. ¿Cómo te ha ido?

–Todavía no lo sé. He de volver el viernes, en una sola visita no se pueden hacer milagros. ¿Sigue en pie lo de la cena?

–¡Por supuesto! Mi palabra es una sola. Espera un momento que enseguida me arreglo.

–¿Qué tal si cenamos aquí? Yo no tengo inconveniente. Además he de reconocer que estoy un poco cansada. ¿Te importa?

–No era esa mi idea precisamente para celebrar mi permanencia, pero... Da igual, cenaremos aquí si lo prefieres

–Te lo agradezco. ¿Pedimos pizza? No pienso volver a comer chino en una semana por lo menos.

–Vale. ¿De qué te gusta?

–Me da igual. Bueno, no. Para mi pide una "Hawaiana" y un pan de ajo. Mientras tanto bajo un momento a casa a cambiarme de ropa, así estoy incómoda.

–De acuerdo, pero no tardes. Esta gente parece que sólo las meten en el micro para que lleguen calentitas. Tardan menos que cualquier otro pedido, ¿vale?... ¡Como tú eres una pesada para la ropa!

–Eso es cuando voy a salir a algún sitio, ahora sólo voy a subir un piso. No tardaré.

Llegué a casa y me cambié de ropa. Los vaqueros estaban empezando a molestarme porque los había recogido de la liña y todavía no se habían amoldado bien al cuerpo. Opté por ponerme unos pantalones cortos y una camiseta sin mangas, así estaría fresquita y cómoda. Cogí las llaves y subí.

–¿No han llegado los de la "moto–pizza"?

–No, cuando tocaste pensé que eran ellos. ¡Qué rapidez, me tienes asombrada!

–No creo que haya que pensar mucho para ponerse esto, ¿no crees? Así estoy mucho más cómoda. ¿Tienes "Cola" en la nevera?

–Creo que sí. Si no hay, saca una de la despensa y mételа en el congelador. Pero no te despistes, que enfría enseguida. De todas formas, yo pensaba cenar con vino...

–¡No es mala idea! ¿Qué vino es?

–¡Misterio...! Cuando me incorporé al trabajo, los compañeros me obsequiaron una caja de bombones y una botella de vino. La guardaba para una ocasión especial y no sé si es tinto o rosado, míralo tú.

–Guapa, es "Casal Mendes" rosado. Es bastante bueno. ¿Te sirvo un poco?

–¿No me hará daño con el estómago vacío? Quizás debiera esperar hasta la cena...

–¿Siempre eres tan calculadora? Pareces querer controlarlo todo.

–Se trata de mi estómago y yo con eso no juego. No me apetece pasar la noche haciendo recetas de la abuela para calmar el ardor. Prefiero esperar y tomarlo en la cena. Sírvete tú si quieres.

–Da lo mismo, la abriré después. Te creo capaz de colgarme la etiqueta de alcohólica.

–No soy tan mala persona, quizás tu también te hayas equivocado en los conceptos... ¡Están tardando!

–¿Tanta hambre tienes? Pizquea algo mientras tanto...

–¡Que va! No pico nada antes de comer. Si nó, volveré a tener cartucheras.

–Yo te encuentro muy bien. Además, creo que estás obsesionada con eso de las caderas, no te hace falta estar con tantos remilgos a la hora de comer. En cambio yo si me excedo un poquito, se me nota enseguida.

–No me vas a convencer, no pienso probar nada hasta que venga la cena.

–¿Pediste un pan de ajo?

–Sí, pedí dos y una ensalada. Espero que te guste... ¡Ya está aquí! Abre mientras voy a buscar el monedero.

La cena resultó divertida. Las pizzas estaban calientes y el queso derretido caía por todas partes haciendo de una simple cena, un espectáculo pringoso.

Entre eso y el vino, acabamos reventadas. ¡Las pizzas eran enormes! Vaciamos la botella en un momentito y a falta de más vino, terminamos de cenar con dos cubatas. Ya en el salón y media borrachas, más bien alegres, empezamos a hablar de los avatares que nos había deparado el día.

–Es estupendo el que no tengas que marcharte– dije.

–Sí, pero tarde o temprano me trasladarán y no tendré más remedio que volver a la península.

–¿Te apetece? Lo de hoy se trataba de una isla pero... Cuando llegue el momento será para volver a tu tierra o en todo caso, más cerca de los tuyos.

–La verdad es que me he acostumbrado a esto. Me encanta el clima, la gente, la forma de hablar... En poco tiempo he creado buenos momentos aquí y por ahora no me apetece marcharme. Dentro de un par de años no sé como pensaré, pero ahora estoy muy a gusto y no quiero moverme de donde estoy.

–Me alegra saber que ya te has integrado de esa forma. Los de fuera dicen que somos muy hospitalarios y a todos los que vienen de vacaciones les encanta repetir. Supongo que tenemos buena imagen...

–Cambiemos de tema que me estoy poniendo nostálgica. Estoy muy a gusto aquí, pero eso no significa que de vez en cuando eche de menos a mi gente... Y si seguimos hablando, me temo que me entrará la añoranza y no quiero estropear la noche. ¿Te parece?

–Como quieras. Creo que no debimos mezclar el vino con el ron, estoy empezando a sentir como mi estómago se revuelve.

–¡Te lo advertí! ¿Estás mareada?

–Empiezo a estarlo, necesito tumbarme. ¿Te importa?

–Claro que no. Ve a mi habitación, es el único lugar en donde puedes tenderte. Desde que ya no os quedáis aquí, he cogido el cuarto de invitados para poner los miles de trastos que me traje de la península, y el sofá en el que estás sentada se trabó y el muelle no permite que se abra. Supongo que tendré que llamar a un carpintero.

–Lo siento, parece que elegí un mal día para sentirme mal. Quizás se me pase pronto, creo que descansando un rato con los ojos cerrados me pondré mejor.

–No hay problema, anda, ven que te ayudo. Te acuestas un rato y ya está.

XVII

Debieron de pasar al menos tres horas hasta que volví a la vida. La cabeza me daba vueltas y tenía la boca seca. Desorientada busqué la forma de levantarme, pero no pude. Más que los efectos de una tranca tenía lo que parecía un corte de digestión. Me di la vuelta y volví a quedarme dormida. Después de lo que a mí me pareció un rato, desperté. La sensación de malestar había pasado y no sin antes hacer dos intentos, conseguí ponerme en pie. Todavía estaba aturdida. Andrea no estaba por ninguna parte y la impresión de haber pasado ya por lo mismo me inquietó. Encima de la mesa del salón había una nota. Asustada la tomé entre mis manos y antes de leerla cogí aire. ¡Uf, menos mal! Estaba realmente obsesionada. La nota decía lo siguiente:

"Buenos días. No quise despertarte cuando me iba. Todas no tenemos la suerte de trabajar en casa, así que tuve que salir corriendo a la oficina o llegaba tarde. Espero que te levantes mejor de lo que te acostaste y si no es así, tienes un calentador en la cocina lleno de la pócima mágica. Espero que no necesites tomártelo todo, eso significaría que te encuentras mejor. Si puedo te llamo durante la mañana, ¿vale? Besitos. Andrea."

Ojalá la última nota que me escribieron, hubiese sido igual. Algo parecido es lo que tendría que haber leído cuando la escribió Eva. Pero no. Fui a la cocina y calenté la "pócima". Me serví un poco en una taza y me la bebí de un golpe. Recogí la cocina y fregué los vasos y cubiertos de la noche anterior. Hice la cama y doblé la ropa que tenía Andrea sobre la cómoda. Andrea... ¿dónde había dormido? Me entró un ata-

que de risa imaginando la situación. Hubiera dado cualquier cosa por haberle visto la cara cuando llegó la hora de acostarse. Si no tenía sitio, tuvo que haber dormido a mi lado, así que... Jajaja, ¡quién le viera la cara! Salí de la habitación con una sonrisa, una idea... Pero no, no debía excederme en la confianza. Más adelante..., más adelante. Bajé dando saltitos y en uno de ellos estuve a punto de matarme. La euforia no controlada acabaría conmigo.

Pasé el día lo mejor que pude. El malestar se había ido quitando a medida que pasaban las horas y eso confirmó mis sospechas de que lo que me había pasado, se resumía en un corte de digestión. Tuve tiempo de organizar todo el trabajo que tenía pendiente y también de llamar a Miguel para que supiera que no me había muerto. Al principio se mostró un poco arisco y no era para menos. Hacía más de una semana que no pasaba por el bufete pero le recordé que nuestro trato era que yo trabajaría por libre y sin ataduras, así que no tuvo más remedio que darse un punto y cambiar de tema. Después de almorzar me tendí un rato en el sofá y me quedé dormida. El ruido del teléfono me sacó de mi letargo.

–*¿Quién es?* –pregunté aún media sonámbula.

–*Tienes voz de dormida... ¿te desperté?*

–*No, estaba ensayando la segunda parte de "Parque Jurásico"... ¡Claro que estaba dormida! Me tendí un rato en el sofá y perdí la noción del tiempo. ¿Qué hora es?*

–*Son las cinco de la tarde, marmota. ¿Vas a estar en casa o vas a salir?*

–*¿Las cinco?... ¡Dios! Se me escapa la vida de las manos y no me entero. No creo que salga, ¿por qué?*

–*Claudia y yo hemos pensado en ir a darte el coñazo esta noche. Le han dejado una película y como sabemos que te va a gustar, decidimos que podríamos reunirnos en tu casa y la veíamos todas juntas.*

–¿A quién te refieres con todas juntas?... Inés, que te veo venir...

–¡Mujer! Me refiero a nosotras cuatro. Lo lógico es que si vamos a ver una peli, avises a Andrea por si a ella también le apetece. ¡No sé, digo yo!

–¿De qué va? Por lo menos dime de que trata.

–¿De qué va a ir? ¡De nuestro tema favorito! Es una historia de amor entre mujeres. Se titula "La noche" y es canadiense. Además, no creo que sea la típica peli en la que se muestra a cuatro ''camiones" en un pub de mala muerte. Creo que esta tiene buen tema y que narra la historia con bastante realismo. De hecho, se ha llevado varios galardones en festivales internacionales. ¿Convencida?

–Ahora la abogada pareces tú. ¿Quién se resiste ante tales argumentos? Avisaré a Andrea por si le apetece. ¿A qué hora van a venir?

–Seguramente estaremos ahí sobre las nueve. ¿Es buena hora?

–A mí me va bien, así me darán tiempo a cenar y no tendré que cocinar para todas. ¡Por qué no pienso levantarme a servir! ¿Queda claro?

–Cualquiera que te escuche, pensará que cada vez que vamos a tu casa te esclavizamos, guapa. Por cierto... ¿Cómo acabó la romántica cena de anoche?

–Nadie te ha dicho que fuera romántica y para tu mejor información, casi me muero. Hice un corte de digestión y lo pasé fatal, así que te podrás imaginar lo romántica que fue.

–Conociéndote seguro que buscas otra oportunidad.

–¡Inés! Controla lo que dices que cualquier día se te va a escapar delante de cualquiera. ¡Hala, se acabó la conversación! Nos vemos después.

–De acuerdo, pero no te enfades. Hasta luego.

A veces me sacaba de mis casillas. Tenía una facilidad enorme para hacer que me pusiera nerviosa y como era consciente de ello,

lo utilizaba cada vez que le daba la gana. Debía de cortar aquello o cualquier día me iba a encontrar con los cables cruzados y acabaríamos mal. Extrañada de que Andrea no hubiera llamado, decidí subir a su casa. Quizás hubiese venido cuando estaba dormida y no me enteré de que tocaban el timbre. Era improbable, pero no imposible.

Baje poco menos que abrumada. Ya eran casi las seis de la tarde y no había rastro de ella por ninguna parte. No había llamado, no había aparecido por casa y yo estaba empezando a preocuparme. Afortunadamente y cuando me quedaba poco para perder los nervios, tocaron el timbre.

–¿Quién es? –pregunté sin dar tiempo a que me contestaran mientras abría .

–¿Para qué preguntas si no esperas respuesta?

–Me tenías algo preocupada, como no has llamado...

–Cuando salí de trabajar me encontré con Claudia y fuimos a almorzar juntas. Después fui de compras y te he traído un pequeño regalito.

–¿Y eso? Mi cumpleaños todavía no ha llegado y mi santo tampoco es hoy.

–¿Tiene que ser un día señalado para regalar algo a una amiga? No sabía yo eso...

–No es eso, es que no estoy acostumbrada a ocupar inesperadamente la cama de nadie y encima, al día siguiente, recibir un regalo. Para mí resulta extraño.

–No tiene importancia. Además, me apeteció y ya está... ¿te gusta?

–Me encanta, es un archivador muy práctico. ¿He de tomarlo como una indirecta?

–Cuando vine el otro día, parecías no saber en donde tenías la mitad de los papeles que andabas buscando. Así que cuando vi el archivador en el escaparate, pensé que no sería mala idea que te lo comprara.

–Pues, muchas gracias... No sé que más decir, excepto pedirte disculpas por lo de anoche.

–¿Qué pasó anoche?

–No te hagas la nueva, sabes perfectamente lo que ocurrió. No fue mi intención apoderarme de tu cama, pero te juro que perdí la noción del tiempo y sólo salí del letargo esta mañana cuando tú ya te habías ido.

–No te preocupes, a mí si que me diste un buen susto. Una de las veces que fui a ver como estabas, no tenías ni color, estabas muy pálida. Intenté despertarte pero no hubo forma, así que pensé que quizás durmiendo se te pasaría. ¿Necesitaste de la pócima milagrosa?

–Sí, aunque solo tomé un poco. Creo que lo que pasó fue que me dió un corte de digestión. Pero ahora ya me encuentro estupendamente.

–Por lo menos tienes más color en la cara. Oye... Me comentó Claudia no sé que de una película esta noche aquí... ¿Te ha llamado? Dijo que lo haría cuando llegara a casa.

–Ella no, pero Inés sí. Ya me avisó de que esta noche mi casa se convertirá en una sala de cine. ¿Vas a bajar a verla?

–¿Por qué no? Para esta noche no tengo planes y prefiero entretenerme, que pasar la velada escuchándoos como os partís de risa.

–¿Quién te ha dicho que la película es cómica?

–No hace falta que lo sea para que vosotras arméis el escándalo. ¡Cómo si no las conociera!

–¿Sabes que a veces hablas como una canariona?...

–¡Algo se me tenía que pegar, digo yo!

–¿Sabes de qué va le película? Quizás Claudia no te comentó el argumento...

–Sé de lo que trata, no te apures y no veo ningún inconveniente en ma...

–¡No te lo tomes por ese camino! ¡Por supuesto que no significa nada en particular! Simplemente quería evitar que te llevaras una sorpresa.

–¿A qué hora van a venir al final? Claudia no estaba muy segura hasta que no hablara con Inés.

–Pues a mí Inés me dijo que estarían aquí sobre las nueve. Espero que sean puntuales, porque eso no significa que vayamos a ver la peli a las nueve en punto. Primero se acomodarán, después se volverán a levantar para ir al baño, más tarde que si a una le entra "jilorio" y tiene que llevarse algo a la boca porque si no, no puede concentrarse... ¡Siempre es la misma historia! Al final, la película se viene poniendo sobre las diez y media, lo tengo controlado. ¡Nunca falla!

–¡Pues menos mal que me avisas! Yo para eso soy una desesperada. ¡Con decirte que evito ver los programas de la tele por los interminables descansos! Si hay algo que me ponga de los nervios, es que estén parando a cada momento para poner anuncios.

–Por esa misma razón no ponemos antes la peli. Damos tiempo a que cada una haga y coja lo que quiera porque una vez que empieza, no se para por nadie. Así que antes de sentarte, procura tener todo a mano, si no tendrás que esperar hasta el final. Esas son las normas que hemos puesto para poder ver algo con tranquilidad.

–Pues te aseguro que no seré yo la que las incumpla. Subo a darme una ducha y bajo dentro de un rato. Si vas a preparar algo para picar, espérame que yo te ayudo. Si quieres también puedo bajar algo de mi casa. ¿Qué es lo que les gusta a ellas? Tengo palomitas de las que se hacen en el microondas.

–No te molestes, que ya les advertí que vinieran cenadas. No me apetecía estar de cocinera, como las conozco, prefiero decirlo antes de que la formen cuando lleguen.

–Pues vale. En menos de una hora estoy de regreso. ¿Podrás aguantar sin meterte en ningún lío?

–¿A qué viene eso?... ¡Déjate de chorradas y vete ya, que sino no llegas ni a las y media! Además, quisiera hablar contigo antes de que llegaran. No es nada importante, pero me gustaría comentártelo.

–¡Ahora si es verdad que no me voy! Dime.
–Que noo... Cuando bajes hablamos, ¿de acuerdo?
–Está bien, hasta luego. En media hora estoy aquí.

Por lo menos había conseguido despertar su interés. De alguna forma, quería que pensara en mil historias diferentes para que cuando le hablase, ya estuviese confusa. En lo poco que conocía a Andrea, sabía que lo misterioso le atraía, pero antes de llegar a descubrirlo, se volvía loca imaginando mil desenlaces. Me daba igual que Nuria pensase que quizás buscaba en ella a otra Eva, yo estaba completamente segura de que nunca habría otra persona que pudiera sustituirla. He de reconocer, que en varios aspectos tenían afinidades, pero en la mayoría de las cosas eran completamente diferentes. Nuria... Aquella mujer tenía algo que despertaba mi curiosidad. Supongo que debía ser el poder que tenía sobre las demás personas lo que a primera vista resultaba bastante atractiva. Como no quería mezclar muchos pensamientos, dejé que mi mente se fuera desconectando de todo lo que no tenía relación con Andrea. Ahora era el momento de centrarme en ella, quería ver como reaccionaba ante los pequeños y bienintencionados ataques. Pensando en cual sería la mejor forma de entrarle, sonó el timbre.

–¡Imposible que ya te hayas duchado! –dije una vez que Andrea había entrado–. *¡Es imposible!*

–De eso nada monada. ¿Crees que todo el mundo tiene la misma pachorra que tú? Además, estoy interesada en lo que tienes que decirme.

–¿Pachorra? Acabas de utilizar la palabra más común que se oye en la isla. A todo aquel que es algo lento le llamamos "pachorrúo". Es curioso como aprendes nuestra forma de hablar. Se ve que "mi niña", "coño", "pachorra" y la expresión "parece que estás aplataná" es lo que más gusta porque todo el que llega, se va diciéndolo.

–Bueno, déjate de rollos y empieza a contarme. ¿Qué es lo que querías decirme?

–Más bien quería preguntarte algo. Tengo curiosidad por saber donde dormiste anoche...

–¡Pues en mi casa! Creo recordar que tú también estabas allí.

–No me refiero a eso... Si yo estaba en tu cama y no tenías otro sitio...

–Si lo que quieres es saber si me acosté contigo... lo siento, pero no. Me acomodé como pude en el sillón y amanecí esta mañana hecha un harapo. ¡Me duelen hasta las costillas.!

–¿Y por qué no me levantaste? Hubiera bajado y tú podías haber descansado, ¿no te parece?

–¡Pero si ni siquiera te enteraste cuando entré en la habitación a ver cómo estabas!

–De acuerdo... Lo siento.

–¿Eso era todo? ¡De modo que me doy más prisa que el "Correcaminos" ese para bajar y sólo se te ocurre preguntarme eso...! Hum... No sé si matarte.

–¿Qué esperabas que te preguntara?

–No lo sé, pero desde luego no esa tontería.

–A lo mejor para mí no lo es.

–¿Y puedo saber la razón?

–Pues porque ya no puedo presumir de que me he acostado contigo... ¡Es broma!

–Yo no le veo la gracia por ningún lado... ¿Hay algo que hacer? En este momento me siento estúpida...

–¡Pero si sólo estaba bromeando! No me gusta que te pongas así... Me haces sentir fatal.

–Pues no me incordies con tus bromas absurdas, ¿de acuerdo? A veces tengo la sensación de que te estás riendo de mí y la idea no me hace gracia.

–En ningún momento he pretendido ofenderte, te prometo que no volverá a pasar... ¿Me perdonas?

–Sólo si cierras los ojos...Tengo otra sorpresa para ti.

–¡Vaaaale. Pero como me restriegues algo por la cara, te acuerdas.!

¿Restregarme? Sentí como pasó su mano por detrás de mi nuca y como con la otra apartaba el cabello que se le enredaba entre los dedos. Muy lentamente, me fue aproximando hacia ella hasta que pude sentir el calor de su boca frente a la mía. Acarició mi pelo y con mucha suavidad fue bajando su mano hasta mis labios acariciando mi rostro. Puso un dedo sobre mi boca y cuando yo abrí los ojos, los volvió a cerrar. Dejó que su nariz rozara la mía y como en un juego de seducción, la frotó dulcemente mientras acercaba hasta el límite mi cara a la suya. Sentía como mi corazón latía desesperado, deseaba que me besara, que me amara, que me apretara entre sus brazos. Como si pudiera leerme el pensamiento, sus labios se unieron a los míos en un dulce beso, en un interminable beso, en un apasionado beso. Tímidamente atraje hacia mí el resto de su cuerpo. Pasé mis manos por detrás de su cintura y empecé a acariciarle la espalda. Su boca parecía no querer separarse y en ese instante, supe que se estaba dejando llevar. Impulsada por las emociones que estaba despertando en mí y presa de una excitación incontrolable, la apreté fuertemente contra mi pecho dejando que el roce fuera lo más suave posible. Noté un ligero temblor en su cuerpo y eso me excitó aún más. Lentamente le fui subiendo la blusa hasta que sus pechos quedaron al descubierto. Sentía sus pezones erectos sobre mi piel y no pude evitar acariciarlos. Andrea se echó hacia atrás como si tuviera una convulsión y ofreció sus senos poniéndolos a la altura de mi boca… ¡Dios! Ni en un millón de años lo hubiera imaginado... Pero estaba sucediendo, todo era real. Suavemente dejé a mi lengua juguetear con sus pezones. A medida que lo hacía, notaba como ella se excitaba más y más. Los mordía, pellizcaba, lamía... Quería comérmelos, tan suaves, tan delicados, tan firmes... Andrea se limitaba a sentir, a gozar, a expe-

rimentar... No decía palabra, sólo vivía el momento. Poco a poco le fui bajando el pantalón hasta que se lo hube quitado. Mis manos con algo de torpeza, buscaban inútilmente sus bragas y ella, en medio de aquella sensación, acercó sus labios a mi oído y dulcemente susurró: "*–No busques... porque no llevo–*". Ante tal descubrimiento, pensé que lo único que pretendía era llevarme a la excitación más absoluta antes de dejar que la amara por completo. Súbitamente se incorporó y mirándome fijamente a los ojos dijo: "*–No tengo ninguna experiencia. Sabes que es la primera vez y aunque me cueste reconocerlo, lo estoy deseando... ¿Me llevarías a tu cama?–*". No lo pensé dos veces, ni siquiera le pregunté si estaba segura de lo que hacía, solo me limité a cogerla de la mano y llevarla a mi habitación. La tumbé sobre la cama y me puse a su lado mientras, sin dejar de acariciarla, me quitaba la ropa. Su boca me buscaba incansable y yo se la daba gustosa... agradecida. Durante minutos estuve acariciándola con toda la suavidad de la que era capaz, pero llegó un momento en el que no pude resistir apretarla contra mi cuerpo y sentir como se estremecía ante el roce de nuestros pubis. Agarró mi mano y me indicó el camino que quería que siguiera. ¡En mi vida había tocado un vello tan suave! Mis dedos se enredaron suavemente en su "Monte de Venus" y entre la espesura, encontraron la fuente divina que emanaba placer. Andrea dio un pequeño salto en la cama y como si le hubieran apretado un resorte, empezó a gemir y a convulsionarse a medida que iba acariciando su clítoris. Sin absoluta precisión, pero con toda la dulzura de la que fui capaz, introduje un dedo en su vagina mientras no cesaba de acariciar su clítoris. Lentamente dejé que mi dedo se moviera a un ritmo que parecía estar calculado y poco a poco fui aumentando la presión y el movimiento. Podía sentir su cuerpo balanceándose de atrás hacia delante sumido en un clímax intenso y podía escuchar claramente los suspiros de Andrea pidiendo aun más. En una fracción de segundo, su cuerpo se convulsionó imparable, veloz... y dejando fluir desde lo más profun-

do de su garganta una exclamación de infinito goce, dejó caer su cuerpo abandonándose a la paz que precede al orgasmo.

Durante un tiempo permanecimos calladas. Ella estaba boca arriba mirando hacia la nada y yo sólo la observaba. Todo lo acontecido me resultaba extraño y a pesar de que llevaba tiempo deseándolo, muy dentro de mí tenía la sensación de estar vacía, de estar desgarrada, de estar... sola. Andrea bajó la vista y me miró.

–*¿Cómo estás?* –preguntó tan bajito que apenas pude oírla.

–*Aturdida. Todavía me estoy preguntando que te llevó a esto.*

–*¿Por qué habría que buscarle una explicación? Me apetecía desde hace mucho tiempo, pero creí que no estaba preparada. Nunca llegué a imaginar que tendría una relación sexual con otra mujer, entre otras cosas, porque la educación que me dieron prohibía todo este tipo de roce. Pero al conoceros, al trataros, he comprendido que no hay nada de malo en ello. No es sexo, simplemente es amor.*

–*¿Me estás diciendo que estás enamorada?*

–*No lo sé, de momento sólo sé que estoy confusa. Cuando estoy a tu lado me encuentro bien, a gusto, tranquila. Pero cuando no te tengo cerca, me siento inquieta y deseo verte y estar contigo, charlar, reír, discutir... lo que sea, sólo quiero estar a tu lado. ¿Es eso amor?*

–*A mí no me lo preguntes. Quisiera decirte que sí porque lo deseo con todo mi corazón, pero no puedo responder a eso.*

–*Quizás el tiempo nos de una respuesta...*

–*Andrea, me gustaría que entendieras una cosa... No quisiera que te lo tomaras a mal, pero siento la necesidad de decírtelo. No hemos hecho el amor, aunque suene fuerte lo que te voy a decir ¡tengo que hacerlo! Simplemente hemos follado, o mejor dicho, te he follado. Me dejé llevar por los nervios que la situación provocó en mí y he de reconocer que no estuve como hubiera querido.*

Tengo la sensación de que te llevas una mala impresión de como se aman dos mujeres, en realidad no es tan frío ni tan rápido. Todo sucede mucho más lentamente, hay mas ternura y menos prisas...

–Siento haberte decepcionado. Para mí ha sido la primera vez y no pude contenerme. Fui subiendo muy rápidamente y supongo que la caída lo fue aún más. Lo siento.

–Tampoco tú tienes la culpa, se supone que la experimentada soy yo y para nada lo he demostrado. He soñado muchas veces con este día, pero nunca pensé que llegaría a entorpecerme de la manera en que lo he hecho. No sé, tengo la sensación de que todo ocurrió tan deprisa, que apenas me di cuenta de lo que hacía. Me hubiera gustado que hubiese sido de otra manera. La que debe pedir disculpas soy yo.

–¿Vamos a estar disculpándonos hasta que lleguen las chicas? Creo que lo mejor será que lo olvidemos y que el tiempo rectifique el error que hemos cometido. Además, no quiero seguir hablando de ello. Ahora estoy... Avergonzada. Me voy a casa a darme una ducha y después bajo.

–¿Estás segura de que lo harás?

–¿El qué?

–Bajar...

–No lo sé. Si acaso no vengo, discúlpame con las chicas.

–¿Y qué les digo? ¡Perdonen que Andrea no venga, pero cometimos el error de acostarnos juntas y ahora se siente avergonzada! ¿Es eso lo que quieres que diga?

–¡Basta ya! No creo que merezca tanto desprecio, ¿te parece?... ¡Me marcho!

–Andrea... ¡Por favor... !

Sólo oí el portazo que provenía de su casa. Quería llamar a Inés y decirle que no vinieran, pero eso conllevaría mil explicaciones que no estaba dispuesta a dar. Me volví a duchar y me senté a reflexionar sobre lo ocurrido. ¿Porqué me sentía tan

vacía? Había pasado todo tan deprisa... ¿Por qué permití que sucediera? Tenía la impresión de haber hecho algo sucio, obsceno... No había experimentado amor, sólo había sentido la necesidad de saciar a alguien que quería probar ese tipo de sexo. ¡Pero qué mala cabeza! No tenía que haber ocurrido hoy, tenía que haber pasado más tiempo y desde luego, no tenía que haber sido de aquella manera... ¡Tanto tiempo criticando las prisas de los hombres, y ahora yo había caído en la misma trampa! ¡Qué estúpida!

Como siempre, el timbre de la puerta me hizo volver a la realidad. ¿Había trazado el destino un maquiavélico plan para que siempre se interrumpieran mis pensamientos? ¿Pero qué demonios estaba imaginando? Conté los días mentalmente y sólo faltaban tres para visitar de nuevo a Nuria. La idea de hablar de lo pasado con alguien, me dio nuevas energías… ¿Será posible? O abría o fundían el timbre.

–¿Se puede saber dónde estabas? Llevamos más de diez minutos tocando

–Lo siento, estaba en el baño. Entren que hace corriente.

–Aquí está la película... ¿Y Andrea, no baja? –ya estaba Inés como siempre.

–¿Qué hora es?

–Son las nueve menos cuarto... A ver... Aí. ¡Coño, me estoy quedando ciega!

–Si a esta hora no ha llegado es que no viene. Antes estuvo aquí y me contó que se encontraba algo cansada, que igual no bajaba.

–¿Ya te contó que se fue a almorzar con la señorita aquí presente mientras yo esperaba en casa como una tonta?

–No sabía que estuvieras en casa –exclamó a la defensiva Claudia.*–Normalmente llegas más tarde.*

–¡Un momento! ¿Han venido a discutir? Porque si es así, yo me voy a acostar. ¿De acuerdo?

–¿Y a ti que té pasa? –preguntó Inés–. *Tú estás rara...*

–A mí no me pasa nada listilla... Simplemente estoy cansada.

–¿Cuánto hace que nos conocemos, Paula?

–Ufff... Una eternidad.

–Pues por eso mismo no puedes engañarme, se te nota en la cara que estás contrariada...

–¡Se acabó! ¿Ponemos la peli o esperamos a que vuestras mercedes terminen de discutir? –inquirió Claudia.

–Mejor dejamos la peli para otro día ¿de acuerdo? De verdad chicas, estoy agotada. ¿Os importa?

–Claudia, será mejor que nos marchemos. Creo que la señorita está de mal humor –dijo Inés.

–Perdónenme pero creo que no es tan mala idea, Siento no haberlas avisado antes... De verdad, lo siento.

–Bah... ¡No pasa nada! Cualquiera puede tener un mal día. Mañana te llamo.

–Vale. Lo siento chicas, de verdad. Hasta mañana.

En el fondo me había quedado peor. ¿Por qué tenían que pagar otros por mis errores? Sabía de buena tinta que Inés indagaría hasta la saciedad para saber que es lo que me había pasado, y la sola idea me ponía los pelos de punta. No debía de estar pensando en nada de eso, tenía que serenarme y pensar que las cosas a medida que fueran sucediendo, iría capeándolas.

Volvieron a llamar a la puerta y yo creyendo que se trataba otra vez de ellas que se habrían olvidado algo, abrí sin preguntar. Era Andrea.

–Pasa –dije.– *Lo siento pero no hay sesión de cine, se han marchado.*

–¿Y eso?

–Les pedí por favor que se fueran, no estoy de humor para ver la tele.

–Ya lo sabía, las oí marcharse.

–¿Y a qué has bajado?

–Necesitamos hablar, no podemos dejar las cosas así. No entiendo por qué me atacaste de esa manera... Lo he pensado pero no lo entiendo.

–Llevas razón, me extralimité en mis palabras. Creo que mi furia la concentré en ti y eso no es justo.

–¿Por qué estás tan furiosa? Creí que tú también querías...

–Y es cierto. Lo deseaba desde hace mucho tiempo y lo sabes. Pero ahora siento haberlo hecho. Esperaba que cuando llegara el momento, todo fuera perfecto. Quería que nunca olvidaras lo que se puede llegar a sentir entre dos mujeres cuando realmente pones amor en lo que haces.

–Ahora fríamente y dejando la vergüenza a un lado...

–Mide tus palabras que no quiero que salgas otra vez corriendo.

–Me excitaste muchísimo. Hubiera querido resistir horas, días... Hubiera querido pasar así mucho tiempo. El error no fue tuyo sino mío.

–¿Por qué dices eso? Hay un refrán que dice que cuando uno no quiere, dos no discuten... Por lo tanto...

–¿Por qué te machacas de esa manera? Además no me gustó que dijeras que me habías follado... Me pareció asqueroso.

–Así es como me sentí, no hicimos el amor. Pasé de las caricias a la penetración en cuestión de minutos y Eso... eso es follar como los hombres. Nunca antes lo había hecho y me jode que ahora tengas esa imagen tan fría del amor entre mujeres.

–Quizás te precipitaste porque yo te lo pedí. Me puse muy nerviosa y aunque estaba disfrutando como hacía tiempo que no sentía, los nervios me llevaron a buscar el orgasmo rápidamente. Si te sirve de consuelo...

–¿De consuelo? Si pudiera meterte dentro de mí, sabrías lo mal que me siento.

–Tampoco creo que tengamos que hacer un drama de esto... ¿No crees?

–Supongo que no.

–Si te soy completamente sincera, te he de decir que me hiciste gozar como nadie. Aunque fuera rápido, aunque tengas la sensación de que no lograste excitarme de la forma en que deseabas, busqué tan audazmente el orgasmo porque iba a reventar. A partir de ahora, sé lo que significa subir a los cielos, puedes estar segura.

–Ahora parecemos la típica pareja en la que uno de los dos parece tener problemas de impotencia y el otro trata de apaciguar las cosas hasta que el agua vuelva a su río. ¡Todo esto me parece ridículo!

–Es lo mismo que trato de decirte desde hace un buen rato... ¿Mejor?

–Ya no sé ni como me encuentro... ¿Y tú?

–Tengo que tomar un tiempo de reflexión, algo bulle aquí dentro y no sé lo que es.

–Lo mejor que podemos hacer es dejar de vernos durante un par de días. Así tendremos tiempo para aclarar nuestras ideas y reorganizar nuestras vidas.

–Yo no quiero reorganizar nada. Sólo quiero aclarar mis sentimientos hacia ti, el resto no quiero que cambie.

–Andrea... En el fondo de todo esto hay una cosa clara... Yo te quiero. Y quiero estar segura de tus sentimientos, no puedo permitirme el lujo de soñar. En estos momentos necesito vivir de la realidad, porque cada día que pasa siento como algo que aquí dentro se rompe.

–No pensé en las consecuencias... Lo siento. Te veré en un par de días, ¿de acuerdo? Si cambias de opinión y quieres verme antes... Sabes donde encontrarme.

¡Joder! ¿Por qué tenía que ser todo tan complicado? Apagué las luces y me metí en la cama. Volví a levantarme y me tomé dos "valerianas", necesitaba relajarme como fuera.

Por la mañana me desperté con taquicardia. Las cosas se me iban de las manos y hasta el cigarro me produjo náuseas. ¡Mierda! Estaba fatal. Busqué el número de la consulta de Nuria y llamé.

–Por favor... Quisiera saber si la doctora Montes tiene algún hueco libre hoy.

–Espere un momento... Me temo que no hay nada libre, lo siento.

–¿Habría alguna manera de hablar con ella? Necesito que me vea hoy.

–Lo único que puedo hacer es intentar pasar la llamada a su despacho, pero no le doy seguridad de que la acepte.

–Inténtelo, por favor.

–Un momento... ¿Quién llama?

–Dígale que soy Paula Santana, aunque sólo con el nombre bastará.

–De acuerdo, un momentito...

–¿Sí?... ¿Paula? ¿Me oyes bien?... ¿Paula?

–Te oigo perfectamente Nuria.

–Pues yo tengo un ruido de fondo insoportable. ¿Qué pasa? No puedo hablar mucho, estoy con un paciente. Dime.

–Laura dice que no tienes nada libre para hoy y yo necesito verte con urgencia, por favor.

–¿Te ha ocurrido algo? Espera a ver si puedo hacerte un hueco...

–Me da igual que no sea en la consulta pero necesito hablar contigo. Me siento fatal.

–Paula, prefiero que sea aquí. Vamos a ver... La última cita la tengo a las nueve y... ¿Puedes estar aquí a esa hora? Es la única manera en la que puedo verte.

–Te lo agradezco, a las nueve en punto estaré ahí. Gracias Nuria.

–¡Anímate! Te veo después. Tengo que dejarte, ¿vale? Hasta luego.

Yo no sé si lo haría con todo el mundo pero a mí me acaba de salvar, como quien dice, la vida. La sensación de asfixia había vuelto a apoderarse de mí y notaba una fuerte presión en la garganta. La cabeza empezó a darme vueltas y cerré los ojos para no marearme. ¿Qué me estaba sucediendo? Volví a la cama y me tumbé. No encontraba una posición en la que estuviera cómoda y aún teniendo los ojos cerrados, todo me daba vueltas. Asustada y como pude, llamé por teléfono al servicio de urgencias del hospital. Necesitaba un médico. La señorita que salió al teléfono se limitó a contestarme que lo que tenía que hacer era llamar a una ambulancia del 012, que vendría a casa inmediatamente. ¿Ambulancia? ¡Ni hablar! Ya se me pasaría. Desde pequeña le tenía pánico y no me subiría en una ni atada. Si en una hora no me encontraba mejor, llamaría a Miguel. Sabía que si estaba en el despacho vendría inmediatamente, él me llevaría al médico. La presión en la garganta fue aumentando y rompí a llorar, estaba realmente asustada. No me acuerdo de más. Cuando desperté, estaba acostada en una camilla del centro de salud que había cerca de casa.

–*¿Cómo he llegado hasta aquí?* – atiné a preguntar.– *No me acuerdo de nada...*

–*Me llamaste por teléfono* –contestó Miguel. – *¿No lo recuerdas?*

–*Sé que lo pense hacer pero... nada, que no lo logro acordarme. ¿Qué me ha pasado?*

–*Te dio una lipotimia. El medico cree que atravesaste una crisis de ansiedad. Te ha recetado un antidepresivo y quiere que te tomes unos días de descanso. De todas formas, voy a avisarle que has despertado. Cuando llegaste te inyectaron un sedante y te quedaste dormida.*

–*¿Cuánto tiempo llevo aquí?*

–*Pues... son las siete y veinte y ... Unas...nueve horas.*

–¿Nueve horas? ¿Pero cómo no me despertastes antes?

–Tu médico de cabecera, el doctor Moreno, no lo considero oportuno. Le toca guardia de veinticuatro horas y prefirió dejarte aquí en observación para cuando despertaras.

–¡Qué vergüenza!

–No te apures, que aquí no ha venido nadie más que él y la enfermera. Dudo de que alguien más sepa que estamos aquí. Voy a avisarle, no te muevas.

–¡Qué gracioso! ¿A dónde voy a ir?

¡Dios mío! ¿Cómo había podido perder la consciencia hasta ese punto? Disponía de una hora escasa para prepararme y llegar a tiempo al despacho de Nuria. Dependiendo de lo que me dijera el médico, le pediría a Miguel que me acompañase.

–¡Buenas tardes! – dijo el doctor Moreno.– *¿Cómo te encuentras?*

–Todavía no me encuentro, ese debe ser mi problema. ¿Qué me ocurre?

–De momento no has perdido el sentido del humor y eso me gusta. Has sufrido una lipotimia y te hemos suministrado un sedante para que descansaras. ¿Duermes bien últimamente? ¿Tienes problemas en el trabajo?

–Llevo días sometida a una presión que yo misma me he buscado, lo más probable es que sea eso la causa de todos mis males.

–De todas formas quiero que vengas a verme dentro de un par de días. Me gustaría repetir el electrocardiograma. Te hice uno y acusabas un poco de arritmia, pero no lo suficiente como para alarmarse. Lo más probable es que se debiera al estado de ansiedad en el que te encontrabas. Y ahora... ¿mejor?

–Creo que sí. ¿Puedo marcharme ya?

–Desde luego, pero recuerda que quiero verte dentro de un par de días.

–No se preocupe que vendré. Muchas gracias por todo doctor, no sé como podré pagarle.

–Tranquilizándote. Eres muy joven para acumular tanta ansiedad. Por cierto, no dejes de tomar los antidepresivos que te receté. No crean adicción y por un tiempo te vendrán bien.

Nos fuimos de allí y Miguel me acompañó a casa. Primero pasamos por la farmacia de guardia y después se empeño en subir y quedarse hasta que me dejara metidita en la cama. Hice lo que me pidió y al ver que no se marchaba, decidí hablarle claro.

–¿No te ibas a marchar?

–¿Así es como me agradeces mi preocupación por ti? ¡Que detalle!

–Lo digo porque tu mujer tiene que estar preocupada y no quisiera ser yo la causa de una bronca...

–Alicia sabe donde estoy. La llamé desde el ambulatorio y le dije que no sabía cuanto iba a tardar. No te preocupes por eso.

–No sé la forma en la que te puedo pagar todo lo que haces por mí. Desde que te conozco has sido mi ángel de la guardia. Te debo mucho, Miguel...

–¡Déjate de tonterías! No me debes nada... Para algo están los amigos.

–¿Puedo invitarte a cenar? No se me ocurre otra forma de...

–¡Acepto! ¿Te va bien mañana?

–Yo me refería a hoy...

–¿Estás loca? Ahora lo que necesitas es reposo y no voy a permitir que pongas un pie fuera de esta casa, ¿vale? Si mañana te encuentras mejor, iremos a cenar.

–Miguel... Tengo que salir ahora. He quedado con mi psicóloga a las nueve en su despacho y no puedo faltar a la cita.

–¿Psicóloga? ¿Desde cuándo vas a una "come–cocos"?

–No es ninguna "come–cocos" y además, me hace mucha falta. Intenta ayudarme a salir de todo esto y saber que cuento con

una persona que sabe lo que hace me ayuda muchísimo. ¿Puedes entenderlo? Me gustaría que me acompañaras y que luego nos fuéramos a cenar.

–¡Ahora sí que me has pillado con los pantalones bajos! ¿No lo puedes aplazar para mañana?

–La cena sí, pero la cita no. ¿Qué vas a hacer?

–Iré contigo, no podría marcharme a casa sabiendo que estás por ahí después de lo que te ha pasado hoy. Llamaré a Alicia y le diré que llegaré tarde.

Mientras Miguel hablaba por teléfono, me metí en la ducha. En el fondo no quería que se marchase, estaba un poco asustada y me daba algo de miedo quedarme sola por si se volvía a repetir lo de la mañana. No dudé a la hora de ponerme la ropa, no podía andar con florituras o llegaría tarde y no quería hacerla esperar. Cuando estuve lista salí al salón y Miguel estaba esperándome haciendo un gesto con su mano sobre la tripa.

–Espero que no tardes mucho porque me muero de hambre. No he comido nada en todo el día… ¿Nos vamos?

–¿Tuviste algún problema con Alicia?

–Ninguno, además ella te conoce y sabe perfectamente que de ti no tiene que tener celos... Incluso hasta le vino bien, aprovechó para ir a casa de su madre. Ya sabes que yo no congenio mucho con mi suegra.

–Pues en marcha.

XVIII

Miguel subió conmigo a la consulta y ambos esperamos en la salita. Al momento de haber llegado, Nuria salió a buscarme. Se quedó algo sorprendida al ver que estaba acompañada, pero no hizo ningún comentario. Le pedí a Miguel que me esperara y la seguí a su despacho.

–*Gracias de nuevo por atenderme* –le dije–. *He pasado un día horroroso.*

–*Cuéntame... ¿A qué se debe tu desesperación? Me extrañó que quisieras venir hoy precipitadamente.*

–*Como dices tú, voy a empezar por el principio... Ayer por la tarde Andrea bajó a casa y estuvimos discutiendo. La noche anterior habíamos cenado juntas y yo hice un corte de digestión y me quedé dormida en su cama. A ella no le molestó en absoluto, pero yo quise sacar partido de aquello y tomándolo a broma, le pregunté en donde había dormido. Por ahí empezó...*

–*¿Qué empezó?*

–*Creo que acabo de distorsionarlo todo, no fue así. Cuando ella bajó a casa, bueno no bajó, llegaba de la calle y fue a mi piso directamente, me traía un regalo, un archivador para que tuviera los documentos ordenados. Había almorzado con Claudia y quedaron en reunirse en mi casa para ver una película, yo ya lo sabía porque Inés me lo había dicho. Entonces, cuando iba a subir a cambiarse de ropa, le pedí que no tardase porque quería hablar con ella antes de que llegaran las chicas. En menos de media hora se duchó y bajó. No era nada importante lo que quería decirle, sólo era una broma. Le pregunté que en donde había dormido si*

yo había ocupado clandestinamente su cama. Siguió el cachondeo y me dijo que aún tenía guardada otra sorpresa para mí. Me pidió que cerrase los ojos y me besó. La situación empezó a subirse de tono... Y ya puedes imaginarte el final. Acabamos en la cama y no para dormir precisamente...

–¿Quieres un poco de agua? Parece que te hayas puesto las pilas. Puedes respirar de vez en cuando, mujer. No me voy a marchar.

–Vale, lo siento. Es que temo que se me olvide algo y no deseo que se me quede nada en el tintero... Después de haberle hecho el amor me sentí fatal, vacía. No fue en absoluto lo que yo esperaba y me llené de ira.

–Mira, yo en ese campo no tengo experiencia, pero es fácil imaginar que cuando dos personas deciden libremente acostarse juntas, se hace el amor por ambas partes. ¿Cómo es eso de que le hiciste el amor?

–Es lo que significa, ni más ni menos. Yo tomé la actitud activa y ella la pasiva, por lo tanto le hice el amor. Me dejé llevar por el desenfreno, por la excitación y ella simplemente se limitaba a sentir.

–¿Y qué hay de malo en eso?

–Supongo que nada si no hubiera sido para ella su primera vez. Cada vez que analizo lo que pasó, más avergonzada me siento. Actué como un animal en celo, como una bestia, y eso es imperdonable. ¡Quizás se hayan acabado todas mis esperanzas con ella!

–¿Por qué piensas eso?

–Muchas veces le había dicho que la relación entre mujeres era algo especial, sublime... Y quizás llevada por mis palabras se decidió a probar con otra mujer todas las maravillas de las que yo le había hablado. Pero después de como ocurrió todo, es casi imposible de que vuelva a repetirse.

–¿Has hablado con ella? ¿Opina igual que tú?

–No, que va. Dice que fue una experiencia maravillosa y que quiere tiempo para aclarar sus sentimientos, porque cuando está conmigo se siente a gusto y bien y que cuando no lo está, siente que le falta algo. Dice que necesita tiempo para reflexionar y que...

–¿No será eso lo que realmente te molesta? No haces más que repetirlo...

–No tengo ni idea... Bueno, al final acabe pidiéndole que se marchara y que yo sería la que me pondría en contacto con ella. Cuando me desperté esta mañana me sentía fatal y fue cuando te llamé. Lo demás es otra historia. ¿Qué opinas?

–De momento quiero saber el resto de la historia hasta llegar a este lugar, ¿de acuerdo? Es importante que me digas lo que pretendes ocultarme. ¿Quién es el chico que te acompaña?

–Es Miguel, un amigo. Él fue el que me llevó al médico cuando me dio una lipotimia esta mañana. Te acabo de comentar que me levanté fatal y antes de desmayarme lo llamé y vino a casa. Él tiene llave desde hace tiempo porque a veces necesita documentos y como yo no estoy y tengo absoluta confianza en él, le dejé una copia. Gracias a ella pudo entrar y corrió conmigo al centro de salud. Cuando desperté eran las siete de la tarde porque me habían pinchado un tranquilizante. Por lo visto, me dio un ataque de ansiedad y me desmayé. Eso es todo hasta ahora.

–Estás permitiendo que tu parte emocional se implique en tu parte física y eso no es bueno. ¿Te has planteado realmente que es lo que quieres? Tienes que aprender a canalizar tus emociones, hay otras vías, otras formas de enfrentarse a situaciones que nos son incómodas. Creo que deberías pensar seriamente en ello.

–¿Piensas que estoy loca?

–Yo no diría eso. No me ha dado tiempo de analizar lo que me comentaste el lunes, pero creo que todo se basa en un descontrol emocional y en el rechazo y la culpa que vuelcas en los demás. Aunque piensen que puedo estar contradiciéndome, creo con sin-

ceridad que todo viene a raíz de la muerte de Eva. Toda tu estructura emotiva se vino abajo cuando ella murió. Por eso, ahora te cuestionas si hiciste bien en dejar la relación, que fue lo que le dijiste para que ella tomara la decisión de quitarse la vida. Te mortificas leyendo continuamente sus notas y aunque tú ahora no veas la relación que puede haber en ello, creo que el sentimiento de vacío que experimentaste después de hacer el amor con Andrea, tiene mucho que ver con Eva.

–¿Me lo puedes explicar? Me he perdido...

–Bien, vamos a ver... Creo que es ahora cuando te has dado cuenta de que falta un pilar importante en tu vida. Siempre es doloroso perder a alguien a quien se quiere, pero lo que no podemos hacer es buscar culpables entre los que quedan. Quizás por eso, tu experiencia con Andrea no fue satisfactoria. No puedes buscar lo que ya no está, ¿me explico?

–¿Quieres decir con eso que cuando me acosté con Andrea, estaba pensando en Eva? Te estás equivocando, yo sabía perfectamente la persona que tenía enfrente. No puedes compararlas bajo ningún concepto.

–¿Y entonces por qué me estás atacando?

–Yo no te ataco. Simplemente te digo que no se pueden comparar.

–¿No es por eso quizás, por lo que no actuaste de la misma forma en la que lo hubieras hecho en otras ocasiones? Me gustaría que te centraras en ello y que lo analizaras.

–Quizás deba hacerlo... Bueno, quiero decir que lo haré.

–Bien... ¿Mantienes la cita del viernes o la cambiamos para la semana siguiente?

–No, manténla. Quiero acabar con esto cuanto antes.

–Oye Paula, aquí vienes por voluntad propia y no quiero que lo sientas como una obligación. Si consideras que puede ayudarte, estaré encantada de poner los medios en tus manos pero no quiero que te lo tomes como un trabajo que debes terminar, ¿vale?

No es tan fácil y lleva su tiempo, así que tendrás que armarte de paciencia.

–De acuerdo, no quería decir lo que he dicho, sólo quiero volver a ser la que era. No quiero estar más tiempo amargándome la vida, ni amargándosela a nadie.

–Por hoy hemos acabado. ¿Te seguirán esperando?

–Sí, le he invitado a cenar. ¿Quieres venirte con nosotros?

–No me parece correcto que nos veamos fuera de este despacho. Tienes que verme como a tu psicoanalista, no como a una amiga. Me refiero a que aquí dentro puedo llegar a ser las dos cosas en un momento determinado, pero fuera de estas paredes tiene que ser diferente. ¡Pero no por ello acumules más rabia! ¿De acuerdo?

–Como quieras, aunque me parece bastante absurdo. Hasta el viernes.

Cuando salimos a la salita, Miguel estaba completamente dormido. No era de extrañar porque llevaba allí más de media hora y la música de fondo no ofrecía muchas opciones. Nuria se despidió y regresó a su despacho.

–Miguel... Miguel.. . –le susurre al oído–. *Ya nos vamos, despierta.*

–¿Qué?... ¿Dónde estoy?... !Uf, me quedé frito!

–¿Todavía tienes hambre?

–Lo siento muchacha, pero de la cena no te libras. ¿Te encuentras bien?

–Debo meditar muchas cosas pero ahora no es el momento. ¿Dónde vamos?

–Me apetece un buen solomillo con abundantes papas fritas bañadas en salsa de Roquefort, acompañado de un buen vino para digerirlo.

–¡Tú lo que quieres es arruinarme! Anda, vamos al "Mesón de Tino" que allí lo preparan como nadie.

Después de cenar, Miguel me dejó en casa y se marchó. No hablamos mucho de mi visita a Nuria, pero no era de extrañar porque él casi nunca preguntaba nada. Siempre me había llamado la atención por eso. Cuando estabamos en la facultad, era una de las personas más retraídas de la clase. Incluso algunos pensamos que nunca llegaría a ejercer la carrera debido a su enorme timidez. Pero afortunadamente nos equivocamos, hoy en día compartía uno de los mejores bufetes de la capital.

El contestador parpadeaba indicándome que tenía mensajes nuevos. Descolgué el auricular y tenía tres, uno de Inés, otro de Alicia y otra vez Inés. Estaba preocupada porque no sabía nada de mí, así que decidí llamarla.

–*Soy yo, aun sigo aquí* –dije cuando descolgaron..

–*¡Menos mal! Me tenías preocupada. ¿Dónde andabas metida?*

–*Salí a cenar con Miguel y acabo de llegar. ¿Vieron la peli?*

–*¡No me hables! Menos mal que anoche nos marchamos sin ponerla, porque sino, hubiéramos tenido que aguantar tus risas por mucho tiempo.*

–*¿Tan mala era?*

–*¿Mala? Era de dibujos animados. Por lo visto el hijo del compañero que le dejó la película a Claudia, estuvo jugando con las cintas y cambió las carátulas. ¡Imagina nuestras caras cuando llegamos a casa y la pusimos! Todavía me estoy riendo...*

–*Por lo menos no me perdí nada. ¿Cuándo te dejaran la original?*

–*No tengo ni idea, pero pienso probarla antes de llevarla. Con una vez, basta… ¿Ya se te pasó el mal humor?*

–*¿Ya estás otra vez con eso? Te estás poniendo un poco plasta.*

–*¡Desde luego, no vale la pena preocuparse por ti! Todo te parece mal.*

–*No es que me parezca mal, es que a veces me agobias con tantas preguntas. ¿Podrás entenderlo algún día?*

–*¡No empieces ahora con tus discursitos! ¿Qué hiciste aparte de cenar con Miguel?*

–¡Deberías controlar el tono de tu voz! No me gusta la forma en que lo dices.

–Chica, por lo que veo estás muy susceptible... No lo he preguntado con maldad.

–Para tu información, esta mañana me ha dado una lipotimia. Me desperté fatal y antes de desmayarme me dio tiempo de llamar a Miguel para que viniera a casa y me llevara al médico. Pero no es nada que revista importancia, todo fue producto de un ataque de ansiedad.

–¿Qué no tiene importancia? Deberías controlar un poco tu vida, últimamente te noto muy agobiada. ¿Por qué no te tomas unos días de vacaciones? Podrías irte una semanita a Fuerteventura a descansar... Allí se está estupendamente...

–En este momento no puedo. Tengo tres juicios para la próxima semana... Quizás me lo plantee y vaya más adelante.

–Pues procura no pensarlo mucho. Deberías tomar ya la decisión. Verás como vienes renovada.

–¡Que sí... Te prometo que lo voy a pensar seriamente... Confía en mi!

–Me tienes preocupada, Paula... ¿Te apetece que vayamos a tu casa y hablamos?

–Te lo agradezco enormemente pero ahora estoy cansada y me voy a meter en la cama. Si les apetece vengan mañana, ¿vale?

–No hay problema, lo importante es que te relajes. ¿Me llamarás si te encuentras mal?

–Descuida que te aviso, pero no creo que haya necesidad. Aparte de estar algo baja de moral, no me ocurre nada más.

–¡Pues sube esos ánimos! Nada sacas con amargarte... Bueno, pues hasta mañana entonces. ¡No dejes de llamar si te encontraras peor!

–Descuida que lo haré. Hasta mañana, Inés.

XIX

No me cansaba de repetírmelo, Inés era muy preguntona y siempre estaba dispuesta a enterarse de todos los chismes que llegaran a sus oídos, pero a la hora de contar con ella para lo que se necesitara, siempre estaba dispuesta y solícita. Recapacitando sobre lo que había dicho de Fuerteventura, pensé que la idea no sonaba tan descabellada. La isla ofrecía muchos encantos y como lugar de descanso era magnífica. Sus playas de arena blanca, su avenida a las luces tenues que invitaban a pasear contemplando el maravilloso paisaje que ofrecía cuando caía la noche...

Desde luego, tenía que considerarlo seriamente. No me vendría nada mal salir o escapar de lo que me estaba aprisionando. Cuando estuve un poco más serena, me di una ducha y me metí en la cama. Morfeo me llevó a pasear con él cuando apenas habían pasado diez minutos.

Ya por la mañana reorganicé todos los documentos y los guardé por orden en el archivador que me había regalado Andrea. Cogí los que me hacían falta y me fui al bufete. Miguel arrastraba unas ojeras impresionantes y el barullo que había en los pasillos apenas dejaba oír. Le hice señas para que fuéramos a su despacho.

–¿Cómo te encuentras esta mañana? –preguntó.

–Hoy me he levantado de buen humor y he decidido pasar aquí el día. ¡Para que luego digas que no aparezco por el bufete!... ¿Y a ti que te pasa que pareces tener mala cara?

–Hoy soy yo el que está fatal. Anoche debí comer demasiado porque no he podido pegar ojo. Creo que ya me he tomado un bote de "Heno" y no se me pasa el malestar. Ya no sé que hacer.

–¿Pero te encuentras muy mal?

–No es que vaya a morirme, o eso espero, pero al margen de la pesadez de cabeza por no haber dormido, el estómago me arde. Ni siquiera se me pasa con el dichoso bicarbonato.

–En casa tengo un brebaje que prepara Andrea que es super efectivo. Voy a por él y te lo traigo, en media hora estoy de vuelta.

–¡Ya me extrañaba a mí que fueras a pasar el día entero en el despacho!

–¡Que mal agradecido puedes llegar a ser! Lo hago por tu bien, idiota.

–¡Hala, encima me insultas! ¿Pero qué haces todavía aquí? Estás tardando en aparecer con tu brebaje. Procura llegar antes de que me muera.

–¡Déjate de estupideces! Verás como en cuanto te lo tomes, te sientes mejor. Enseguida vuelvo.

De camino a casa no conseguía recordar si lo que me había sobrado de la última vez, lo había guardado. Cuando llegué, abrí la nevera. No había nada que se le pareciera, ¡lo había tirado! Ahora que recuerdo, Andrea me había comentado que no era recomendable tomarlo después de varios días de preparado y contando con que ella lo volvería a hacer cuando me hiciera falta, lo había tirado por el desagüe del fregadero. ¿Qué iba a hacer ahora? Impulsivamente, cogí el teléfono y llamé al banco donde trabajaba Andrea.

–Buenos días –dije.– *¿Podría hablar con Andrea, por favor?*

–Lo siento pero no se encuentra –contestaron.– *¿Puedo ayudarle yo?*

–No gracias, es una llamada personal. ¿Podría decirme sobre que hora la puedo localizar?

–Lo lamento, pero hoy no vendrá por aquí. Creo que ha pedido unos días de permiso. Si quiere puedo tomarle nota y si llama se lo comunico.

–¡Oh no, gracias, puedo esperar! Muy amable, caballero. Buenos días.

¿Días de permiso? ¿Qué coño significaba aquello? La última vez que nos habíamos visto no me había comentado nada de que pensara cojerse unas vacaciones. ¿Estaría arriba? ¿Y si no estaba? ¿Dónde podría haber ido? Decidí que lo más lógico era subir a comprobarlo. Toqué en su puerta dos veces y nadie contestó. Cuando me daba por vencida, escuché unos pasos que provenían del interior. Toqué de nuevo fuertemente con los nudillos y oí claramente como se acercaban a la puerta.

–¿Quién es? –preguntaron desde dentro.

–Soy yo, Paula... ¿Me abres o qué?

–Pasa, no esperaba a nadie. ¿Qué te trae por aquí?

–Te llamé al banco y me dijeron que te habías tomado unos días libres, por eso subí a ver que te pasaba.

–Pues no ocurre nada, como puedes ver. ¿Para que me querías?

–Miguel está en el despacho con un fuerte malestar de estómago, ni siquiera ha podido pegar ojo en toda la noche. Vine a buscarle un poco de tu pócima milagrosa pero no tenía, así que te llame a la oficina a ver si en un gesto de caridad me dabas la receta para preparársela yo misma.

–Voy a tener que patentarla, me haces mucha publicidad gratuita y eso es bueno para un negocio. Espera que te preparo un tarro y te lo llevas.

–¿Cómo es que te tomas días libres? ¿Puedes hacerlo cada vez que quieras?

–No, sólo cuando los necesito... ¿Vas a ir directamente al bufete? Lo pregunto para saber si te lo pongo en un termo, así le llegará calentito.

–Sí, voy directa para allá. Miguel me está esperando como agua de mayo... ¿Para qué necesitas días libres? ¿Acaso estás enferma?

–¿Tengo cara de estarlo? Físicamente me encuentro muy bien, es la parte psíquica la que falla. He decidido irme unos días a Córdoba para reflexionar. Aquí, aunque lo intento, no puedo pensar con claridad.

–¿Lo saben las muchachas?

–No. Pensaba decíroslo a todas esta tarde. Mi vuelo sale a las ocho.

–¿Pero te vas hoy mismo?

–¿Para qué esperar más tiempo? Siento que aquí me estoy ahogando y eso no me gusta. Prefiero estar entre los míos, arropada de tal forma que no pueda dejarme llevar por sentimientos que bombardean mi vida y no me dejan pensar con lucidez. Créeme, es mejor así.

–¡Mejor para ti, claro! Me parece una forma absurda de huir... Quizás te estás precipitando.

–Yo no lo creo... Esto estará preparado ahora mismo, en cinco minutos se lo puedes llevar.

–¿Vas a estar aquí toda la mañana? Me gustaría regresar y hablarlo...

–No creo que haya mucho que decir, pero sí, estaré aquí preparando la maleta... ¡Listo! Ya puedes llevárselo a Miguel y dile de mi parte que no sea tan tragón, que seguro que lo que tiene es debido a un corte de digestión por todo lo que traga.

–Se lo diré, gracias. En media hora estoy aquí, ¿vale?

–Como quieras. Pero vas a perder tu tiempo si crees que vas a hacerme cambiar de opinión. Ya lo tengo decidido.

–De todas formas vendré. Hasta ahora.

¿Córdoba? ¿Pensar con claridad? ¿Qué estaba pasando? Un hormigueo recorría mi estómago de atrás adelante y de arriba abajo. Algo no muy agradable estaba pasando por la mente de Andrea y necesitaba saberlo. Llegué al despacho de Miguel y me lo encontré con la cabeza apoyada sobre la mesa.

–¿No tendrás un ataque de apendicitis? –le pregunté.

–¿Qué apendicitis?...Me la quitaron cuando tenía doce años...

–No lo sabía, entonces es mal de estómago.

–¡Qué descubrimiento! ¿Trajiste tu brebaje mágico?

–Sí y está acabadito de hacer. Tuviste suerte, a mí no me quedaba y Andrea estaba en su casa y te lo preparó. Dice que te pasa por glotón.

–Dale las gracias de mi parte y dile que tiene razón, no se me puede invitar a cenar. Sale más práctico comprarme ropa. ¿Esto se bebe así, tal cual?

–Sí, pero cuidado no te quemes. Yo ya sé lo que se siente. Por cierto, voy a quitarte un poquito. Yo también tengo el estómago algo revuelto.

–¿Pero no me dijiste que te encontrabas bien? Quizás te duela por simpatía...

–Puede ser, pero normalmente no soy tan aprensiva. ¿Dónde están los vasos de plástico? No los veo...

–Encima de tu cabeza, dentro de aquel mueble... Oye, esto no sabe tan mal. Yo esperaba algo asqueroso...

–Nadie dijo que fuera malo, sólo dije que era efectivo. Por cierto... Me tengo que marchar.

–¿Otra vez? ¿Se puede saber a dónde vas ahora? ¡Si es lo que yo digo, no puedes estar un día completo entre estas cuatro paredes! Los demás lo hacemos y todavía seguimos vivitos y coleando... ¿Te has dado cuenta? Aún no hemos enterrado a nadie...

–Te juro que hoy pensaba quedarme, pero ha surgido un imprevisto y no puedo. Lo siento, te compensaré con otra cena...

–¡De eso ni hablar! Todavía estoy pagando por la de anoche... En cambio, hay un traje de Armani que me tiene loco...

–¡Ni lo sueñes! Como máximo... una hamburguesa. En serio... ¿Lo entiendes, verdad?

–¡Que voy a entender nada! Vienes dispuesta a quedarte, sales un momento para traerme la solución a mi dolor de estómago y

vuelves diciendo que te ha surgido un imprevisto. ¿Cómo demonios quieres que lo entienda?

–Bueno, no te alteres que te pondrás peor. Mañana paso por aquí y hablamos, ¿vale? En diez minutos volverás a estar como nuevo.

–De acuerdo. Supongo que contigo es inútil discutir... Hasta mañana.

No tardé en llegar a casa más de siete minutos. Apreté a fondo el acelerador y cuando me di cuenta, estaba aparcando. Subí rápidamente por la escalera y cuando llegué al piso de Andrea me faltaba el aire por todas partes. Quería verla cuanto antes y en el ascensor hubiera tardado más. ¡Cada día iba más despacio! Me abrió la puerta y entré.

–¿Quieres un vaso de agua? Vienes asfixiada...

–Subí por la escalera, cada día me fío menos del maldito ascensor... ¿Vas a contarme que es lo que te pasa?

–Ya te lo dije antes. Aquí no puedo pensar con claridad, es sólo eso.

–Te dije una vez que siempre huías cuando algo no te gustaba y ahora estás haciendo lo mismo.

–¿Y quien eres tú para juzgarme? ¿Acaso sabes cómo pienso o cómo siento? ¡No te creas tan inteligente, que todo no lo sabes!

–¿Por qué me atacas? Si yo soy la causante de que quieras tomarte unos días de asueto no tienes más que decírmelo, pero no me ataques. No creo merecerlo...

–Cuándo te conviene nunca sabes nada... ¿Puedes llevarme al aeropuerto?

–Sí, claro que puedo. Lo que no estoy segura es de saber si quiero...

–¡Pues decídete! Si no, se lo pediré a Inés. A mí me da igual.

–Vaya... muchas gracias. No te apures, yo te llevo. ¿Podemos hablar de lo que está pasando?

–¿Acaso no lo sabes? No creo que seas tan tonta como para no saberlo

–Me gustaría que tú me lo explicaras. Aunque creas que no soy tonta, te juro que ahora estoy fuera de juego...

–¿Desde cuando sabes que Javier anda por ahí como le da la gana?

–¿Quién te ha dicho eso?

–No hace falta que sigas disimulando, le he visto con mis propios ojos. Esta mañana estaba esperándome en la puerta del banco.

–¿Y por qué no llamaste a la policía?

–¡Qué curioso, me parece que él lo es!

–De momento no. Está suspendido de empleo y sueldo... ¿Se acercó a ti?

–No le di oportunidad, en cuanto le vi me di media vuelta y regresé a casa. Llamé al banco y lo demás ya lo sabes. Me siento engañada...

–No quisimos decirte nada para no preocuparte, créeme. Javier no se presentó a firmar como había dictado el juez y nos alarmamos... De todas formas, pensamos que no se acercaría a ti. Está en busca y captura.

–¡Ah si... ? ¡Pues ya me explicarás entonces que hacía tan "panchamente" plantado en la puerta del banco, hablando con otro nacional...!

–¿Qué? ¿Lo viste hablando con un policía?

–El otro no llevaba uniforme pero sé quien es. Lo he visto un par de veces en el coche patrulla por la zona...

–Voy a llamar inmediatamente al despacho de Claudia, tiene que saberlo.

–No te apures, ya lo hice yo. Sólo espero que no tarden mucho en pillarle... Me da pánico saber que está por ahí y que en cualquier momento puede venir a hacerme una visita.

–Eso no va a pasar. No permitiremos que se te acerque, estate tranquila.

–¿Sí? ¿Y dónde estaban esta mañana? Yo no ví a nadie que pudiera protegerme...! ¡Está conversación es absurda! Da igual... me voy.

–¿Cuántos días piensas estar fuera? Supongo que volverás en poco tiempo... ¿Cuántos te han concedido?

–En principio lo lógico son sólo tres días, pero yo he dejado abierta la posibilidad de solicitar una excedencia.

–¿En cuánto tiempo se resume eso?

–No lo sé, dependiendo de como me encuentre. Puede ser de tres meses hasta un plazo máximo de tres años...

–O sea... Que igual no regresas en tres días...

–Lo más probable es que no. ¿Me pasas las toallas que están en el armario del baño, por favor?

–No veo a que viene tanta frialdad... Toma, aquí están.

–Me siento engañada, así que en estos momentos no esperes mucho de mí... Lo que más siento ahora es rabia.

–¿Te importaría darme un número de teléfono donde poderte localizar?

–No creo que sea buena idea. Quiero desconectarme de todo esto por unos días así que si no te importa, cuando lo crea conveniente te llamaré yo. No es nada personal, simplemente quiero aislarme una temporada.

–¿Crees que eso va a ayudarte? No puedes olvidar todo lo que has conocido, todo lo que has vivido... No puedes romper con los lazos que te unen a tus amigos tan fácilmente.

–Yo no he dicho que vaya a romper nada. Simplemente quiero desconectar durante un tiempo, ¿de acuerdo? Me gustaría que lo entendieras...

–Ya lo estoy intentando... Pero es difícil.

–Nadie ha dicho que esto sea fácil para mí. Yo también me siento fatal por todo esto, pero hay momentos en los que es mejor recapacitar y no dejarse llevar por emociones o sentimientos que a la larga nos pueden hacer daño.

–¿Y ahora a qué te refieres?

–Entre otras cosas... A nosotras. Estoy muy confundida, Paula... muy confundida. No sé si quiero pasar el resto de mi vida al lado de una mujer. No sé si voy a poder soportar la critica familiar si llegara a ocurrir. No sé si sabría vivir sin vergüenza ante el resto de la gente...

–¿Es la misma Andrea que yo conozco la que me está hablando? Dijistes que entendías y comprendías nuestra forma de vida, nuestra libertad a decidir como queríamos vivirla... Dijiste que no era tal y como te lo habían contado, dijiste que al...

–¡Ya sé lo que dije. No hace falta que me lo restriegues por las narices! Pero ahora no estoy segura de si lo pensaba o simplemente me estaba dejando llevar por tus palabras, por tu forma de contarme las cosas, por los sentimientos que estaban aflorando en mi interior...

–¡Por lo menos admites que tienes sentimientos!

–No estoy muerta, ¿sabes? Soy una persona normal con mis "trabes" y frustraciones como todo el mundo y por supuesto, también tengo derecho a equivocarme.

–Siento que de alguna forma te vas por mi culpa. ¿Podría hacer o decir algo para que cambiaras de opinión? Te voy a echar terriblemente de menos...

–Lo siento, no puedes hacer nada. La decisión está tomada y no voy a dar marcha atrás. No podría mirarme al espejo mañana...

–¡No puedo quedarme aquí mirando como haces las maletas, no puedo! Perdóname, no quiero hacer esto más dificil de lo que ya es, lo siento. Estaré en casa por si me necesitas, ¿vale? Subiré a buscarte a las seis y media, es tiempo suficiente para llegar al aeropuerto.

–Si no quieres no hace falta que vayas... Puedo decírselo a Inés...

–No me prives también de eso, por favor. Yo te llevo. Hasta después.

XX

Llegué a casa y me encerré en mi habitación. Las lágrimas caían por mis mejillas sin poder hacer nada para evitarlo. !Se marchaba! Me dolía, vaya que si me dolía. Parecía que alguien con una mano invisible estuviera arrancándome el corazón trocito a trocito. Me invadía el desespero, la angustia, el dolor...

¿Por qué, señor, por qué? No le había pedido nada, no le había exigido nada... ¿Qué había hecho mal? ¿En que había fallado? Todo giraba y giraba y yo no sabía la forma de detenerlo.

A las seis y media en punto subí. Andrea tenía dos maletas y un bolso de viaje preparados en la entrada. El corazón me dió un vuelco cuando fui consciente de que toda su ropa se encontraba allí dentro. Eso significaba que no se iba por pocos días, sino que como yo sospechaba, su marcha era por mucho más tiempo. Sacando fuerzas de donde no las había, cargué con las maletas y las metí en el ascensor. Puse todo el peso que pude dentro para que se parara a mitad de camino impidiendo así su marcha, pero fue inútil. El muy cabrón bajó con lentitud pero llegó a su destino sin ningún problema. ¡Parecía increíble! A veces se trababa con una sola persona y cuando lo atiborraba de peso hasta los topes funcionaba con toda normalidad. ¡Era como si hasta el ascensor me la tuviera jurada! Metí el equipaje en el coche y esperé a que Andrea bajara. No había querido presenciar las paredes desnudas de su casa en donde antaño rebosaba alegría y en donde ahora sólo quedaban los restos imperceptibles de una vida de sueños, de melancolías... No había querido ser testigo de su inevitable marcha. Aunque de alguna forma lo estaba siendo, por ser yo la que la iba a llevar al aeropuerto. A

mí, absurdamente, me parecía que no estando presente no me hacía tanto daño. El portal se abrió y Andrea salió sin mirar atrás buscando el coche. Con una mano le hice señas indicándole donde me encontraba y se dirigió hacia mí.

–No hacía falta que bajaras todo tu sola –dijo.*–Podías haber esperado.*

–Da igual. Lo metí todo de un viaje en el ascensor y el condenado llegó abajo sin problemas. ¿Qué estabas haciendo que tardaste?

–Me despedía de las chicas, no quise llamarlas hasta ultima hora.

–¿Y eso?

–Bastante mal me encuentro ya, como para estar con despedidas. Así que lo solucioné de la forma más rápida y menos dolorosa, por teléfono.

Arranqué el coche y puse rumbo hacia el aeropuerto. Andrea no había mirado ni una sola vez hacia atrás. Debía de estar hecha de hierro, o quizás, era más blanda de lo que estaba dispuesta a dar a entender.

–¿Qué hora es? No me gustaría perder el avión...

–Si por mí fuera, se me pincharía una rueda, me quedaría sin gasolina, se me estropearía el radiador y el coche se pararía irremediablemente. Mientras no ocurra nada de eso, puedes estar tranquila, llegaremos a tiempo.

–¡Que graciosa!... Prometo que voy a llamarte, Paula...

–Prefiero que no prometas nada, ¿vale? Haz lo que debas hacer y cuando te aclares y tengas tus ideas bien amarraditas, me llamas si quieres.

–¿A qué viene esa forma de contestar? Yo no te he hablado en ese tono.

–¿También quieres tener bajo tu control el tono que utilizo para expresarme?

–Creo que empiezas a sacar las cosas fuera de contexto. Prefiero no abrir más la boca hasta que lleguemos al aeropuerto. No me gustaría acabar discutiendo y eso es lo que va a pasar como sigamos hablando.

Si así lo quería, así lo tendría. Puse el radio–casette en marcha y metí una cinta de música salsa, música alegre y divertida. Sólo miraba hacia el frente y tuve la sensación de ser un taxista que llevaba a un pasajero al cual no conocía de nada. Mis dedos tamborileaban encima del volante al ritmo de la música y yo tarareaba las canciones con una tristeza bastante bien disimulada. No me daba la gana que viera hasta que punto me afectaba su marcha. Si quería irse que se fuera, pero yo no le iba a dar ninguna muestra de mis sentimientos. Cuando desde la autopista se divisaba el aeropuerto, Andrea se decidió a hablar.

–Entra por la terminal de salidas nacionales. Este aeropuerto es tan grande que si no vas con cuidado podemos perdernos.

–¡Te perderás tú! ¿Olvidas de que yo soy de aquí y de que conozco el camino?

–De acuerdo, lo siento. Sólo quería ayudar...

–¿Ayudar? Lo que te pasa es que tienes pánico a perder el avión, eso es lo que te pasa. No me vengas ahora con disparates que ya soy mayorcita.

–¿Sabes que estás empezando a ponerte un poco borde? Quizás haya sido mala idea el pedirte que me trajeras al aeropuerto...

–Pues si la señora tiene alguna queja, que presente una reclamación. Lo cierto es que has llegado a tiempo y eso es lo que tú querías.

–¡Se acabó la discusión, no lo aguanto más! Si quieres para por aquí. Voy a por un carrito y saco el equipaje de tu coche. Después no hace falta que te bajes, sé facturar yo solita.

–¡A sus órdenes! –dije mientras daba un frenazo tan brusco que tuvo que poner las manos sobre el salpicadero para no irse de boca.– *¡Puedes bajar!.*

Andrea hizo exactamente lo que dijo. Se fue a por un carrito y regresó sacando las maletas del coche. Cuando lo tuvo todo listo, se acercó por el lado del conductor y se agachó para verme con claridad.

–Supongo que aquí acaba nuestro trayecto –dijo–. *Lamento que haya sido de esta manera, me hubiera gustado que nos hubiésemos despedido de otra forma. Aunque no lo creas me voy con mal sabor, siento lo que ha pasado.*

–Pensaba acompañarte hasta que tuvieras que embarcar... –dije en un acto de flaqueza

–Preferiría que no lo hicieras, nunca se me han dado bien las despedidas... ¿Te cuidarás? Prométemelo...

–Si tanto interés tienes, puedes quedarte a comprobarlo tú misma ¿No crees?

–No empecemos otra vez, por favor... Te dije que te llamaría y lo haré.

–Bien. Si no estoy en casa, deja tu mensaje en el contestador. ¡Por lo menos así sabré que has llamado...! Cuídate mucho tú también. Me gustaría volver a verte de la misma forma en la que voy a recordarte... Te quiero, Andrea. Nunca te olvides de eso... ¡Te quiero!

–Yo a ti también, aunque no sé de qué forma. Ten –dijo mientras ponía en mi mano un papel doblado–. *Quiero que lo guardes y que no se lo enseñes a nadie... Paula, me tengo que ir...*

–Se me está partiendo el alma –dije.– *No puedes ni imaginar lo mal que me siento...*

–Piensa que para mí también es difícil pero necesario... Me voy, no quiero derrumbarme ahora... !Te llamaré, lo prometo! –dijo mientras se alejaba del coche, de mi vista y de mi vida.

XXI

Arranqué y salí de allí lo más deprisa que pude. Me incorporé a la autopista y cuando sólo había caminado unos metros, puse el indicador y me paré en el arcén. No podía continuar conduciendo. Tenía los ojos bañados en lágrimas y apenas podía ver lo que tenía delante. ¿Por qué era todo tan complicado? Había pasado otras veces por separaciones obligadas, pero nunca me había sentido tan tremendamente mal, tan absurdamente vacía... Recordé que Andrea me había dado un trozo de papel que todavía permanecía en mi mano. Estaba sudado y arrugado y me maldije por ello. No quería que nada de lo que me hubiera dado se estropeara, pero con los nervios olvidé que lo tenía y estaba hecho una pasa de estar apretado fuertemente con el puño. Cogí aire y lo abrí. Era... la receta mágica y secreta de la abuela.

Si me hubieran clavado mil puñaladas en el pecho, no me habrían dolido tanto. ¿Significaba aquello que no volvería a verla? La sola idea me ponía aun peor, no podía imaginar que nunca más fuera a volver a verla. El destino no tenía motivos para reservarme tanta mala suerte... Abrí la ventanilla y dejé que el aire golpease contra mi cara mientras iba conduciendo. Eso me mantendría alerta y no permitiría que la pena ahogase mis ojos perdiendo la visibilidad.

Cuando iba acercándome a casa pensé que no era buena idea regresar en aquellos momentos. La última vez que estuve, Andrea estaba conmigo... Decidí ir a casa de Inés.

–*¡Hola!* –dije cuando abrieron.– *¿Puedo pasar?*

–*¡No si no dices la contraseña!* –contestó Claudia.– *¡Claro mujer, entra! ¿Qué te pasa que traes tan mala cara?*

–¿Tú qué crees? Se ha marchado y... no sé si volverá.

–¡Pues claro que volverá, tonta! ¿Cómo no iba a venir? Además, le dijo a Inés que sólo se iba a pasar un par de días.

–Mintió. Yo la llevé al aeropuerto y el equipaje no era para tan poco tiempo. Estoy segura de que se llevaba toda su ropa.

–¿Y los muebles? ¿Crees que con la pasta que le costó traerlos, los va a dejar aquí sin más? No te preocupes, sólo necesita un poco de tiempo para aclararse.

–No lo creo... ¿Dónde está Inés?

–Ha salido un momento al supermercado, pero enseguida vuelve. ¿Quieres tomar algo?

–No sé si debo... ¡Qué carajo! Ponme un cubata.

–Me refería a un café o a un refresco...

–Pues yo quiero un cubata. ¿Te importa?

–¡Huy como vienes! Voy a preparártelo, ponte cómoda mientras tanto.

–Gracias. ¿Hace mucho que se fue Inés?

–Hará media hora. Por eso te digo que estará al volver. Toma, si está muy cargado añádele más refresco.

–No, así está bien. Gracias... ¿Quién está hurgando en la cerradura?

–Será mi amor que ya está aquí. Voy a ayudarla con las bolsas.

Desde el salón pude distinguir claramente los susurros de Claudia y las risitas de Inés. Supuse que estarían haciéndose arrumacos como cualquier otra pareja de enamorados y las tripas se me revolvieron al recordar que mi amor ya no estaba. Se encontraba volando hacia un lugar inalcanzable.

Sacudiendo la cabeza a modo de locura, bebí un trago de la copa y me uní a ellas en la cocina.

–Un poco de respeto, que hay visita –dije.– *Además, no creo que hoy pueda aguantar tanta melosería.*

–¿Tiene algo más que objetar la señora? –replicó Inés.– *Me parece que estás llevando esto demasiado lejos...*

–Puede ser... ¿Ya te dejaron la película? Si les apetece podríamos verla ahora.

–¿Pero tú qué es lo que quieres? –dijo Inés mirándome fijamente a los ojos.– *¿Pretendes destrozarte? Es una historia de amor, no una novela del Oeste. No creo que este sea el momento más apropiado para verla, quizás otro día.*

–Llevas razón, parece que sólo busco mortificarme y eso es lo peor que puedo hacer. Me voy a casa. Mañana las llamo.

–Tampoco es eso, mujer. Si quieres hablamos de cualquier tema que te apetezca, o jugamos una partidita al "Trivial". ¿Quieres?

–No, gracias. Prefiero irme a casa, así me acuesto temprano y dejo de pensar durante un rato.

–¿Estás segura de que quieres hacerlo? –preguntó Claudia.

–Estoy segura, creo que será lo mejor. Hasta mañana y gracias por todo.

Les mentí descaradamente. No estaba segura de si quería volver, no estaba segura de nada. Aparqué el coche cerca de casa y fui a dar un paseo. Se estaba metiendo algo de viento y el aire empezaba a enfriarse. No llevaba más que un pullover finito que apenas me protegía de la humedad de la noche, pero aquello no fue motivo para hacerme cambiar de opinión. Caminaba sin rumbo fijo y cuando me percaté de ello, estaba en la misma calle del "Baroa", así que decidí entrar a tomarme la copa que no había acabado en casa de las muchachas.

Laly estaba en la barra de espaldas a la puerta y no vi a Cris por ningún lado. Sin pretender asustarla exclamé: *–¡Buenas noches!–*. Laly se dio la vuelta y sin aparentar haberse inmutado contesto: *–¡Buenas noches, chiquilla!–*. Sonreí. Alguien me hablaba sin temor a herirme porque no sabía que podía hacerlo, así que me

senté en una butaca de la barra y pedí una copa. Normalmente solía poner unas aceitunas o un paquete de papas fritas para picar mientras charlábamos, así que le hice señas de que no quería nada. Como si supiera que algo iba mal, se acercó y a la "bobili bobili" empezó a darme conversación.

–Si quieres puedo ofrecerte unas banderillas...

–¿Cómo sabes que me gustan?

–El otro día oí como se lo decías a la chica morena que viene con ustedes... ¿Cómo se llama... Ángela?

–No, Andrea.

–Muy lejos no me fui, por A empieza. ¿Quieres una?

–Bueno, trae dos y así no das más viajes. ¿Y Cris?

–Está ordenando el almacén aprovechando que es temprano y todavía hay poca gente. ¿Y el resto de las muchachas?

–Hoy no les apeteció salir. Supongo que se estarán reservando para el fin de semana. ¿Suele venir mucha gente entre semana?

–Normalmente viene gente todos los días, unos más que otros, pero suele haber movimiento. No sé que tienen de especiales los jueves que todo el mundo se pone de acuerdo para ir al cine y después pasan a tomarse una copa. Así que disfruta de la tranquilidad porque ahora mismo empieza a llegar la gente.

–¡Eso es bueno para el negocio! Me alegro de que las cosas les vayan tan bien.

–¡Jesús! Parece que noto cierto tono de nostalgia en tu voz... ¿Te ocurre algo? Sabes que si puedo ayudarte, puedes contar conmigo.

–¡Oh no! La verdad es que estoy algo apagadilla, por eso vine a dar una vuelta. Supuse que sería un día tranquilo para charlar con alguien.

–Pues has venido al sitio correcto, amiga. Pero si ahora no te apetece, no hay problema. Por cierto... ¿Podrías ir a buscar a Cris? Debe haber pensado que tiene la noche libre... Lleva un buen rato ahí metida.

–No hay problema. Es la última puerta del fondo, ¿verdad?

–Dile que puede salir cuando quiera, que tengo la barra llena de gente...

–Bajo tu responsabilidad, que me la conozco y tiene su genio.

–¡Como todo el mundo, supongo! De todos modos, ella se ajusta al refrán de perro ladrador poco mordedor. No hay que asustarse.

–Creo que no hace falta que vaya a buscarla, por ahí viene –dije señalando al fondo del local.– *Acabo de ahorrarme otra mentira...*

–¿Otra? ¿Eso que significa?

No me molesté en contestar, no lo creí necesario, aparte de que Cris se había acercado muy parlanchina y no me había dado la oportunidad de hablar. Me alegré enormemente de que se ensalzaran en una especie de discusión cómica. Eso me daba tiempo para escabullirme y desaparecer. Dejé el dinero de la copa sobre la barra y me fui. Era curioso, normalmente dentro del local hacía un calor de mil demonios aunque pusieran dos grandes ventiladores a refrescar el ambiente y, después en la calle, era cuando notabas si realmente hacía tanto calor. Se había levantado algo de viento y el aire estaba excesivamente frío para la ropa que llevaba puesta. Aligeré el paso y en un momentito llegué a casa. Me estaba empezando a doler la cabeza y no sabía bien si era a causa de toda la tensión que llevaba acumulada durante el día o era producto del aire que había cogido. Me quité la ropa, me di una ducha rápida y me metí en la cama. No quería tomar ningún tipo de medicamento que me aliviara, quería ser consciente de como mi cuerpo se quejaba ante el dolor. Eso me lo había dicho una vez Nuria. Ella dijo que a veces las personas protestamos ante un hecho que nos disgusta, auto–lesionándonos inconscientemente. Provocándonos incluso, enfermedades que podían tomar un cariz de gravedad si no eramos capaces de controlarlo. De momento yo sólo tenía dolor

de cabeza y sabía que en el fondo, me lo había producido yo solita en forma de protesta por la marcha de Andrea. Di muchas vueltas en la cama hasta que conseguí quedarme dormida. Por la mañana el dolor había desaparecido y apenas quedaba un resquicio de malestar complementario. Preparé un desayuno bastante fuerte y lo comí con un apetito inusual. Extrañamente me sentía aliviada después de darme tremendo atracón, porque normalmente me hubieran entrado remordimientos ante tan suculenta y opípara comida. Me vestí como siempre que iba al despacho cuando no tenía ningún juicio, unos vaqueros y una camiseta, y salí como alma que lleva el diablo hacia el bufete. Allí dentro me estaba empezando a asfixiar.

Cuando llegué, Miguel había bajado a desayunar, así que me metí en su despacho y cerré la puerta. No quería que nadie pudiera interrumpirme. Cogí el teléfono y marque el 1004. Una señorita muy amable me atendió enseguida. Pregunté por el numero del Ayuntamiento de Córdoba y en menos de un minuto, una voz mecanizada me facilitó el teléfono. Me levanté y abrí sigilosamente la puerta... No había nadie. Volví a sentarme y marqué el numero obtenido momentos antes. Después de esperar varios segundos, alguien descolgó y contestaron.

–*Ayuntamiento de Córdoba, buenos días...*

–*Buenos días* –contesté.– *Me gustaría hablar con el negociado de empadronamiento, por favor.*

–*Un momento que le paso...* –dijo con voz monótona.

–*¿Sí, buenos días?* –la voz de un chico joven había tomado la palabra.

–*Hola, buenos días* –ya me estaba cansando de repetirlo.– *Llamo del Ayuntamiento de Las Palmas. Quisiera saber si un contribuyente de su localidad, ha solicitado la baja en el padrón de su municipio.*

–Creo que esa información debe pedirla por escrito, ¿no?

–La verdad es que me haría un grandísimo favor si me lo pudiera facilitar por teléfono...

–Esto es poco común, la verdad, pero... Con ese acento tan "resalao" que tiene, ¿cómo voy a negarme?

–La verdad es que lo agradezco muchísimo. La señora ha venido a empadronarse y ha aportado la documentación para ello, pero no sé en donde la he metido y si se enteran de que la he extraviado tendré problemas...

–Puedes tutearme si quieres... ¿Cómo se llama la contribuyente?

–A ver... Lo tenía aquí al lado... Sí, aquí está. Andrea Ramírez Castellano. ¿Podrías facilitarme también su dirección y su número de teléfono si dispones de los datos completos?

–Creí que sólo querías verificar si se había dado de baja...

–Sí, pero cuando piden un certificado de residencia suelen salir los domicilios anteriores y como yo perdí esa información...

–De acuerdo, toma nota...

¡Perfecto! Nunca hubiera pensado que resultara tan fácil... Aunque si el teléfono lo hubiera cogido una amable funcionaria, el acento me hubiera valido de muy poco y las armas femeninas, menos. En mis manos tenía su dirección y su número. Lo usaría si no me llamaba en una semana. Doblé el papel donde había apuntado todos sus datos y lo guardé cuidadosamente en un compartimento del maletín. En ese momento se abrió la puerta. Era Miguel.

–¡Que sorpresa! ¿A qué se debe tu aparición por el centro de trabajo?

–¿Qué pasa, acaso no puedo venir a hacerte una visita?

–¡Ya me extrañaba a mí que vinieras para quedarte! ¿Sucede algo?

–La verdad es que me están dando ganas de marcharme. No pensé que fueras a recibirme de esta manera tan cordial...

–¿Y qué querías... Una fiesta de bienvenida? Te recuerdo que la última vez dijiste que te quedarías y saliste por patas a la primera oportunidad.

–Creí que te había explicado el motivo... Lo siento.

–¡Bah! De todas formas da igual. Gracias por la infusión que me trajiste, en cuestión de pocos minutos se me pasó el malestar. ¿Podrías darme la receta?

–¡Ni lo sueñes! Además, Andrea se llevó su secreto con ella –mentí– *No podría dártela aunque quisiera.*

–Cuando vuelva se la pediré personalmente... ¿Cuando tienes el próximo juicio?

–El lunes. Lo tengo todo atado y bien atado, no te preocupes que voy a ganarlo.

–No me preocupo, sé que haces perfectamente bien tu trabajo.

–¡Hombre que alegría! Hacía tiempo que no me dedicabas unas palabras amables... Pensé que quizás estabas planteándote cambiar de abogada...

–Ni lo sueñes... Además, no hace falta que yo te diga nada. Bien sabes que si no estuviéramos contentos con tu trabajo ya lo sabrías. ¿Te apetece después, que vayamos a almorzar juntos?

–¡No me hables de comida! Creo que no terminaré de hacer la digestión del desayuno hasta por lo menos la hora de la cena... He comido como una "sabañona".

–Hacía tiempo que no oía esa expresión... Debiste de haberte puesto morada, ¿eh?

–Algo parecido... ¿Sigue estando aquel cuartucho desaguisado que me asignaste hace mil años en pie?

–Si no se lo ha llevado nadie supongo que sí. ¿Por qué?...

–Estoy pensando en adecentarlo y adecuarlo a lo que debería aparentar... Quizás empiece a venir más a menudo por el bufete...

–¿Te encuentras bien? Creo que te he oído desvariar...

–¡Que no tonto, estoy perfectamente! Sólo es que he pensado que quizás necesite un espacio para mí, en lugar de ocupar tu des-

pacho cada vez que tengo que hacer alguna gestión de oficina. ¿Te parece mal?

–¡Al contrario, me parece estupendo! Si quieres yo también te puedo echar una mano... ¿Cuando empezamos?

–No te des tanta prisa... He dicho que quizás lo haga.

–Cómo quieras... ¿Podrías desocupar mi sillón, por favor? Necesito terminar unos informes...

–¿Significa esto algún tipo de presión?

–¡Para nada! Si lo deseas puedes sentarte en la moqueta. Como puedes comprobar, el resto de los asientos están llenos de papeles... ¡No esperaba hoy tener ninguna visita!

–¡Que gracioso! No importa, de todas formas ya me iba.

–¿Será posible? ¡Todo para no dar tu brazo a torcer. Eres la chica más testaruda que conozco... !

–.Y por eso me quieres tanto, ¿verdad? Te llamo mañana... ¡Ah!... Y compra pintura de color azul claro, no pienso pagar yo el arreglo de ese cuchitril...

–¡A sus órdenes, mi señora! ¿Algo más?

–Sí. Déjate de tanto cachondeo que no está el horno para bollos, ¿vale?

–¡Tenía que haberme casado contigo! Eres tan ge...

–¿Genial? Lo sé, gracias. Pero seguramente ya habríamos salido en algún periódico de tirada nacional en la sección de sucesos... Sigue trabajando que es lo tuyo, bien sabes que lo nuestro es un amor imposible...–dije riendo.– *Hasta mañana.*

Miguel era un tío encantador y a menudo solía gastar ese tipo de bromas. A veces "se le iba el baifo" y lo hacía delante de compañeros que no daban crédito a lo que estaban escuchando. De todas formas, ambos sabíamos que en la oficina todos creían que teníamos un lío y a nosotros nos hacia gracia. Volví a casa y saqué el papel con los datos que tenía de Andrea del maletín. Tenía dos mensajes en el contestador y lo puse en marcha esperando

escuchar la voz de mi amada. Uno era de Claudia preguntando como estaba y el otro era del casero avisándome que vendrían a revisar el ascensor por la tarde... ¡Por fin!... ¿El casero? ¿Cómo no lo había pensado antes? Andrea tenía que haber hablado con él dándole alguna explicación de si tardaría en volver... De alguna forma él tenía que cobrar por el piso... Busqué su número en la agenda y lo llamé con la esperanza de encontrarlo en su casa. Normalmente no salía mucho. Era una persona mayor y su entretenimiento consistía en ver la tele. Al segundo tono descolgaron..

–¿Sí...?

–Buenos días Don Carmelo, disculpe que lo llame pero necesito saber si el piso de Andrea ha quedado libre...

–Que yo sepa no. Me llamó para decirme que tenía que ausentarse una temporada y que me ingresaba el alquiler de los próximos dos meses por adelantado... Supongo que siendo así, es porque quiere mantener la vivienda... ¿Pero no lo sabía usted?

–Es que he estado fuera un par de días y al llegar me he encontrado con una nota por debajo de la puerta, pero no especificaba cuanto tiempo iba a estar fuera. Siento haberle molestado.

–No se preocupe. Por cierto, le he dejado un mensaje en el contestador. Esta tarde va a ir un técnico a revisar el ascensor...

–Lo he oído, gracias. Ya no le molesto más, que pase un buen día.

¿Había dejado pago el piso con un par de meses de adelanto? Aquello podía significar que tenía pensado volver... Aunque también podría significar que los muebles tenían que permanecer en algún sitio y había conservado el piso en plan almacén... Durante unos minutos tuve la tentación de llamar al número que me habían dado... ¿Y si había más de una Andrea Ramírez Castellano? ¿Y si no era ella? Las dudas volvían a martillearme de forma cruel y en un arrebato de locura, marqué su teléfono. Dos tonos... tres

tonos... cuatro tonos... nadie contestó a mi llamada. Colgué y di gracias de que no hubiera nadie en la casa en ese momento, no hubiera sabido que decir. Me notaba algo cansada y pensé que si me tendía un rato, me encontraría mejor. Me quité la ropa y me tumbé en el sofá del salón con la tele encendida. Estaban poniendo no sé que programa del corazón y como no me interesaba, cambié de canal. No sabía el motivo, pero me encontraba intranquila y quise dar un repaso en mi mente por si algo se me estaba quedando atrás. Había ido al bufete, le había comentado a Miguel la idea de redecorar el que cuando estuviera en condiciones, se parecería a un despacho en toda regla... ¿Qué estaba olvidando? Creo qu... ¡Nuria! ¡Tenía cita para hoy y a poco se me olvida! Mire el reloj. ¡Uf! Todavía tenía tiempo más que suficiente para hacer un montón de cosas. ¿Qué montón de cosas? En realidad no tenía nada que hacer excepto darle un repasito a la casa, que para algo lo estaba pidiendo a gritos. No es que la tuviera podrida, pero si le hacía falta que le pasara el plumero para que el polvo no se adueñara de los muebles. En un momentito me puse manos a la obra y empecé con la ardua tarea a la que la mayoría de las mujeres nos vemos sometidas a lo largo de nuestra vida, ¡limpiar! Habría que presentar algún proyecto de ley o algo parecido que regulara y remunerara el trabajo de las amas de casa. Era la tarea más dura y la menos agradecida. ¡En fin!... Cuando hube terminado y miré nuevamente el reloj casi me da un ataque. Habían pasado cuatro horas y ni me había enterado. Corriendo me metí en la ducha y me preparé. Me comí un sandwich de atún y millo que tenía en la nevera y salí disparada a coger la guagua. Lo tenía claro, cada vez que fuera a visitar a Nuria iría en guagua, así me evitaría quebraderos de cabeza con el tráfico y buscando aparcamiento. Cuando llegué me sobraban todavía unos minutos, así que subí despacito las interminables escaleras, saludé a Laura y tomé posición en el sofá individual que quedaba libre. En la sala había otras cuatro personas esperando para pasar. Lo que no tenía muy claro es que

los tratara también Nuria. Uno a uno fueron pasando hasta que llegó mi hora. Como siempre, Nuria salió a recibirme con una gran sonrisa.

–¿Vamos, Paula? –dijo mirando hacia la sala.*–Creo que eres la última.*

–Espero que no por ello la más aburrida – agregué.

–Toma asiento –dijo una vez en su consulta cerrando la puerta.*– ¿Cómo te encuentras hoy?*

–Si lo pudiera definir en una palabra... Avergonzada... O eso creo.

–¿Por qué?

–Andrea se ha marchado con la promesa de llamarme en cuanto tenga claros sus sentimientos...

–¿ Y?

–Y yo no he resistido y he indagado hasta conseguir su número de teléfono y la he llamado.

–¿No crees que igual te has precipitado? Nunca ha sido positivo presionar a las personas. Lo mismo la confundes aún más.

–Ya lo sé, pero no pude evitarlo. ¿Qué crees que va a pasar?

–No lo sé, yo no soy ella...

–Pero... ¿Y si lo fueras?

–Sabes que no entro en este tipo de preguntas, además las que las hace soy yo.

–Perdona, pero no estoy en ningún interrogatorio policial por lo tanto no veo el motivo de que yo no pueda preguntar también.

–El motivo soy yo. Tú eres la paciente y yo la terapeuta...

–¿Sabes que he pensado mucho en ti?

–No recuerdo haberte dicho que lo hicieras... Además, en quien debías haber pensado no es precisamente en mí.

–Ya sé por donde vas... No creo que mi amor por Andrea tenga nada que ver con Eva, no encuentro ningún parecido...

–¿Lo has buscado? No estamos hablando de la parte física...

–Lo he buscado y no lo hay. ¿Acaso quieres que me lo invente?

–Yo no quiero nada... Cuéntame como te sientes, aparte de avergonzada.

–Tienes unos ojos preciosos... No sé, emanan mucha paz.

–Hablábamos de ti, ¿recuerdas?

–¿Sabrías contestarme a por qué últimamente estás tan metida en mis pensamientos? Si me sucede algo fuera de lo común pienso en ti. Si voy por la calle y creo verte, me desespero para que tú no lo hagas porque no sabría que decirte. Cuando estoy en casa viendo la tele y aparece en pantalla alguien que se te parece, me ruborizo, cua...

–Eso se llama transferencia, lo dice en los libros.

–¿Y tú qué dices?

–Lo mismo que ellos, es una etapa por la que estás pasando con tu terapeuta y acabará quitándosete.

–¿Y si no se va?

–Se irá, no te preocupes. ¿Me vas a contar como te sientes?

–En tu presencia algo turbada... Es curioso, nunca antes le había dicho a nadie todo lo que acabas de escuchar... Y creo que ni yo misma me había dado cuenta de lo fuerte que pueden ser mis sentimientos hasta ahora...

–¿Necesitas seguir hablando de ello?

–¿Por qué no? Acabo de ser consciente de que te has metido en mi vida sin darme cuenta... ¿Qué coño me está pasando?

–Te lo acabo de decir. Se llama transferencia. A veces, el paciente confunde los sentimientos que siente ante el terapeuta y cree estar algo así como enamorado... Pero no es cierto. Es una etapa por la que no siempre se pasa y en la que debes ser consciente de que estamos en una terapia y no en medio de una cita personal.

–¿Te da miedo de que una mujer se pueda enamorar de ti? ¿Qué harías si esto no tuviera nada que ver con los libros?

–No voy a contestarte a eso porque pienso que es absurdo. Si quieres, acabamos la terapia y seguimos hablando otro día, ¿de acuerdo?

–¿Ya se acabó mi tiempo?

–Sí... Además, no veo que hoy estés dispuesta a tocar ciertos temas en los que te dije que pensaras. Pídele a Laura cita para la semana que viene, ¿te parece? Y piensa lo que te dije sobre las comparaciones...

–¿Aceptarías tomarte un café?

–No. Ya te dije que nuestra relación se limita a médico–paciente. Todo lo demás no tiene cabida. Vamos –dijo mientras se levantaba.– *Te acompaño hasta la puerta.*

XXII

Tenía que plantearme seriamente si lo que necesitaba era un psicólogo o un psiquiatra. Ahora me sentía avergonzada, más avergonzada de lo que había llegado. ¿A cuento de qué vino todo ese rollo de los sentimientos? Pero era verdad, no podía apartarla de mis pensamientos como ella creía. Era algo más fuerte, más poderoso lo que me impulsaba a tenerla siempre presente. ¿Podrían amarse a dos personas a la vez? Con Andrea tenía la necesidad de un contacto sexual, íntimo... Pero con Nuria ni siquiera me lo había planteado. ¿Existirían de verdad los amores platónicos? Si acaso la respuesta fuera afirmativa, estaba segura de que yo era la primera de la lista en admitir que sí. Indudablemente estaba pasando por esa experiencia.

Decidí entrar en una cafetería a tomarme un refresco, no tenía ganas de volver a casa tan pronto. Mirando hacia la calle la vi pasar. Iba acompañada de un chico y parecía estar pasándoselo bomba porque no paraban de reírse y a mí el corazón me dio un vuelco. ¡Por eso no quiso aceptar mi invitación, ya tenía una cita! ¿Pero en qué diablos estaba pensando? Me dejó bien claro cual era el motivo y no tenía nada que ver con eso. De repente, se pararon y dieron la vuelta. ¿A dónde van? ¡Oh no, vienen hacia aquí! ¿Dónde me meto? Un momento... Yo estoy aquí antes que ella, así que si le incomodo que sea ella la que se marche. Bueno, con un poco de suerte ni me ve. Así no pensará que la estoy siguiendo...

¿Pero cómo iba a saber yo que vendría por aquí? ¡Dios me estoy volviendo loca! ¿Quién es el que la acompaña? Su cara me suena de algo... ¡Manolo, está con Manolo! Ahora si que se podía armar una buena. Como el plasta me echara la vista encima estaba arreglada. Me rodé un poco hacia mi izquierda inten-

tando quedar tapada por una columna que atravesaba la cafetería y justo cuando creí que ya no podían verme, Manolo clavó su vista sobre mí y mostrando su alegría le hizo señas a Nuria. Ella pareció contrariarse e hizo ademán de seguir caminando hacia el fondo del local, pero Manolo la agarró por el brazo y tiró suavemente de ella encaminándose a mi encuentro. Se me hizo un nudo en la garganta y me levanté. Manolo se adelantó y me dio un achuchón que hizo que mi espalda crujiera pidiendo a gritos que la soltaran. Nuria levantó la mano a modo de saludo y se sentó justo enfrente, permitiendo que Manolo fuera el que se colocara a mi lado.

–Fíjate como es el destino, primero estoy años sin verte, y después como quien dice, te veo dos veces seguidas. Estás igual de guapa que la otra noche...

–Gracias –contesté.*–Tú sigues igual de miope. ¿Qué, a dar una vuelta?*

–Pensábamos ir al cine, pero aún no hemos decidido que película vamos a ver. ¿Quieres venir con nosotros?

–No creo que sea buena idea... Además, he quedado en pasar por casa de Inés.

–Eso se arregla con una simple llamada de teléfono. Al fondo hay uno. Podrías llamarla y decirle que cambias tus planes.

–No creo que le siente muy bien, ya sabes como es para las citas. Seguramente habrá preparado algo para cenar y no se lo voy a dejar sobre la mesa...

–Anímate y vente. Después podemos ir a tomarnos algo por ahí, ¿no te parece Nuria? No has abierto la boca desde que llegamos, ¿qué te pasa?

–Nada, les estoy escuchando. Por mí no hay inconveniente, si quiere que se venga – dijo mirándome con cara de pocos amigos.*– De todos modos yo me recogeré temprano, así que pueden ustedes seguir la juerga si les apetece.*

–¿Lo ves? Ya Nuria está pensando en abandonarme cuando salgamos del cine, así que si te vienes, nos vamos después a tomar una copa y hablamos. El otro día apenas pudimos hacerlo.

–Que no Manolo, que de verdad no puedo. Sólo paré a tomarme un refresco y ya me iba cuando llegaron. Otro día, ¿vale?

–Me destrozas el corazón...

–Pues bienvenido al club porque yo ya lo tengo roto... En fin, tengo que marcharme o no llegaré nunca a casa de las muchachas. Voy en guagua, no traje el coche.

–Si quieres te llevamos... – Nuria permanecía en silencio.

–No hace falta, de veras. Bueno, me alegro de haberte vuelto a ver Manolo. Supongo que tanta coincidencia significa que nos volveremos a encontrar.

–¡Espero que sí! ¿Está tu teléfono en la guía?

–Sí. –contesté sin pensar en las consecuencias.

–Pues la semana que viene te llamo y quedamos una tarde para salir... Si tú quieres, claro.

–De momento tengo unos días bastantes ajetreados, pero si quieres inténtalo a ver si puedo hacer un hueco y nos vamos a tomar esa copa. Bueno, ya me voy. Chao, Manolo. Hasta pronto Nuria.

–Adiós. – contestaron al unísono.

XXIII

El trayecto hasta casa de las chicas se me hizo interminable. Parecía que los coches no avanzaban y que la guagua permanecía estática en el mismo sitio durante largos espacios de tiempo en los que me daba oportunidad de ver todo tipo de reclamos publicitarios. Desde ropa hasta máquinas de coser, desde agencias de viajes hasta supermercados. No había quedado en pasar por casa de Inés como le había dicho a Manolo, pero fue la única excusa que encontré para salir de aquella situación que Nuria hacía que se tornara más incómoda de lo que por sí era. Iba a presentarme en casa de Inés sin avisar y esperaba que no estuvieran en una de sus sesiones amorosas, porque si no, me matarían. Con tanta cábala me pase de parada y tuve que andar lo ya recorrido en la guagua. No sin antes serenarme porque todavía me encontraba un poco nerviosa, pulsé el timbre con ánimo de que no tardaran en contestar. Esa sería la prueba de que no estaban metidas en un suspiro. Al segundo toque contestó Claudia.

–¿Quién?
–Yo, abre que subo.

Las dos estaban apoyadas sobre el resquicio de la puerta esperando a que llegara. Nunca antes me habían recibido tan calurosamente.

–¡Qué sorpresa! – exclamó Inés.– *Aunque, sabíamos que vendrías.*

–No puedo creer que ahora se dediquen a la brujería... – contesté.

–Para nada... Llámalo intuición femenina – dijo Claudia.

–¿Qué está pasando? –pregunté.– *¿Me he perdido algo?*

–No te hagas la nueva y pasa, que parecemos idiotas en la puerta. ¿Un café?

–No gracias. Cuando quieran me cuentan eso que se supone que ya sé.

–¿No has pasado por tu casa?

–¿Y cómo sabes que no estaba? Que yo sepa no dije que hubiera salido...

–Te hemos llamado y dejamos el mensaje en el contestador. Si todavía no has ido por allí, se entiende que no te hayas enterado.

–¿Enterarme de que?

–Han detenido a Javier en el aeropuerto y puedes estar segura de que ahora, no habrá libertad condicional que valga.

–¡Vaya! Esa sí que es una buena noticia... ¿Cómo fue?

–El niño estaba en la cola de embarque y un guardia civil lo reconoció por la foto que habían distribuido en todos los puestos de policía. No puso ninguna clase de resistencia, creo que hasta él mismo estaba cansado de huir y deseaba que lo detuvieran.

–¿A dónde iba?

–¿Tú qué crees? El muy desgraciado tenía billete para Málaga, pero gracias a Dios, nunca llegó a tomar el avión. Nunca sabremos que habría pasado si lo hubiese conseguido...

–Mejor ni nos lo imaginamos... ¿Lo sabe Andrea?

–No tengo forma de localizarla, en su casa no hay nadie y no dispongo de otro número a donde poder llamarla.

–¿Otro número? ¿Desde cuando sabes el teléfono de su casa?

–Me lo dió antes de marcharse, ¿por qué?

–¿Sabes la de mentiras que he tenido que decir para conseguir que el Ayuntamiento de Córdoba me facilitara su dirección y su número de teléfono?

–¡Chica, habérmelo pedido! Yo pensé que tú también lo tenías...

–¡Pues no! No quiso dármelo, dijo que ella me llamaría pero no lo ha hecho.

–Pero mujer... ¡Si apenas habrá tenido tiempo para deshacer las maletas!

–¿Y entonces cómo explicas que ni tan siquiera esté en su casa? Créeme, tiempo le ha sobrado...

–Bueno, no vayamos a amargarnos la fiesta. Esto hay que celebrarlo.

–Me alegro de que todo haya acabado, pero yo no tengo ganas de celebraciones –dije.– *Sólo venía a verlas para charlar un ratito...*

–Pues aquí estamos a tu entera disposición. Pero antes deja que prepare la cena, Claudia lleva tiempo quejándose de que se muere de hambre. ¿Quieres algo?

–¿Qué vas a hacer?

–Algo sencillito. Una francesa con unos espárragos de guarnición, para que no parezca tan sosa... ¿Te hago una?

–Vale, así ya me voy cenada. Te acompaño a la cocina y te hecho una mano.

–¡Eso! –apostilló Claudia. *–Yo las espero aquí, así de paso voy preparando todo lo que mañana presentare al juez sobre ese cabrón. No tardes cariño* –le dijo a Inés– *lo de que me muero de hambre es bastante cierto. Mis tripas están empezando a pelearse entre ellas.*

Una vez en la cocina, Inés cerró la puerta. Sacó los huevos de la nevera y me dió la lata de espárragos para que la fuera abriendo. Mientras, ella batía con parsimonia lo que se suponía iba a ser una tortilla.

–Ya puedes empezar – dijo.

–¿De qué me hablas?

–Sabes perfectamente a lo que me refiero. Si has venido sin

avisar es porque necesitas desahogarte. No olvides de que te conozco como la palma de mi mano...

–En el fondo hasta me molesta que puedas permitirte el lujo de ser tan prepotente... Pero tienes razón. ¡Estoy fatal!

–Empieza por el principio – dijo sentándose a la mesa.– *Soy toda oídos.*

–Tengo un montón de dudas. Dudas sobre Andrea, sobre Nuria, sobre mí...

–¿Nuria? ¿Hablas de la misma Nuria que conociste el otro día en la cena?

–De la misma. Hoy he vuelto a su consulta y... No sé, es como si alguien hubiera estado dictando mis palabras. Cosas en las que no había caído antes fueron saliendo de mi boca como si yo no las dijera... Pero en el fondo, todo lo que decía era verdad. Para mí, ella se ha vuelto como una obsesión, la llevo todo el día en mi pensamiento.

–¿Quieres decir que te has enamorado de ella?

–Sí, pero no de la forma habitual en la que una se enamora, es diferente... Es la sensación de no poder estar sin verla, el querer escucharla constantemente, el poder perderme en sus profundos ojos verdes... Es sentir que esta ahí, a mi lado, es... No sé si lo que digo es lo que quiero decir...

–Aparte de tener un cacao fenomenal, creo que lo que realmente te pasa es que en fondo te encuentras sola...

–Puede que esa sea la respuesta, no lo sé. Ultimamente no se nada.

–¿Lo has hablado con ella?

–Sí, y opina que eso tiene un nombre que nada tiene que ver con la palabra amor... Dice que se llama transferencia.

–Pues si ella lo dice puede que tenga razón...¿No crees?

–Yo sé lo que siento aunque no pueda ponerle nombre... Supongo que con el tiempo todo se colocará en donde deba ir y tendrán definición propia. La verdad es que estoy hecha un lío...

–Deberías tomarte las cosas con más calma. Todo tiene su espacio y su tiempo y tú lo estás mezclando sin darte cuenta. ¿Por qué no te limitas a sentir y te olvidas de analizar todo lo que te está sucediendo?

–Eso es lo que intento... Créeme. Pero cada día que pasa la cuesta es más empinada y yo tengo menos energías para subirla. A veces incluso pienso que no vale la pena luchar ni seguir trabajando de la forma en que lo hago. Mi vida gira en torno a los demás, mi trabajo gira en torno a los demás... Y casi no encuentro motivos para dedicarme tiempo a mi misma.

–No me gusta lo que estoy escuchando, Paula. Me da algo de miedo oírte hablar así... Quizás ahora también estés confusa por la marcha de Andrea y eso te está afectando más de lo normal. Podrías venirte a pasar unos días con nosotras... Sabes que estaremos encantadas.

–No creo que esa sea la mejor solución. Me voy a encontrar igual en donde quiera que vaya...

–...Pero los malos tragos se digieren mejor si estás acompañada, ¿no crees?

–Puede ser... Pensaré sobre ello. ¿No se sentirá Claudia incómoda?

–No. ¿Qué crees que está haciendo que no se ha puesto a llamar pidiendo la cena? Sabe perfectamente que estamos hablando y por eso se quedó intencionadamente en la sala. No quiso que te incomodaras si ella estaba delante... Es muy suspicaz.

–Ya lo veo... ¡No sé que haría sin ustedes!

–Probablemente estarías por ahí pegándote unas juergas de padre y señor mío malgastando tu juventud...

–¡Hala, que drástica.!... ¿Sabes?, hablar contigo no siempre me reconforta, pero hoy me ha venido de perilla.

–Eso es porque no siempre escuchas lo que quieres oír. Entonces es cuando piensas que no vale la pena contar conmigo cuando te sientes mal. ¿Me equivoco?

–No, como siempre. Gracias por estar ahí cuando te necesito...

–Las gracias están de más. Sabes que cuando quieras puedes contar no sólo conmigo, sino también con Claudia. Creo que en estos momentos de alguna manera te lo está demostrando...

–Desde luego que lo está haciendo... Termina las tortillas por lo menos y ya que ha aguantado tanto, no dejemos que se muera de hambre.

Cuando la cena estuvo lista, salimos al salón a reunirnos con Claudia. Esta nos miro pícaramente y esbozó una gran sonrisa.

–¿Estás mejor? –preguntó.

–Sí, gracias por ser tan comprensiva...

–No te preocupes, quien sabe si seré yo mañana la que te haga esperar para la cena... ¡Uumm, que rico huele!

–Pues no te entusiasmes que simplemente es una francesa con espárragos, no tenía ánimos para más.

–Pues debe ser el hambre porque a mí me huele a manjar de dioses...

–¡No seas tan exagerada, anda! Levántate para que puedas comer, así tendida como estás pondrás perdido el sillón.

–Siempre con tus manías... ¿Te quedas al final en casa, Paula?

–¿Y tú cómo sabes eso? ¿Escuchabas tras la puerta acaso? –pregunté.

–No, pero sabía que Inés te lo iba a decir... Hablábamos de ello justo antes de que tocaras el timbre.

–¡Pues mira que fui oportuna! Probablemente acepte vuestra hospitalidad, no me encuentro con ganas de estar sola. La verdad es que estoy algo desanimadilla...

–¡Pues verás como aquí retomas las fuerzas! Además, te prometo que intentaré ser lo menos cariñosa posible... Sé que te revienta.

–No es eso, más bien creo que lo que tengo son celos de los llamados sanos. A veces cuando las veo, pienso que si no hubiera

pasado lo que pasó con Eva... Estaríamos nosotras de la misma forma...

–No te atormentes con eso –dijo Inés acercándose a mí–. *No vale la pena vivir el pasado... Cuando te quieras dar cuenta, no podrás retomar el presente y el tiempo se habrá echado encima como una losa pesada y fría. Hazme caso mujer...*

–¿Y qué crees que estoy haciendo? Por eso voy a seguir tu consejo y me voy a quedar a darles la lata durante un par de días... Verás como dentro de poco se arrepienten de haberse ofrecido tan hospitalarias...

–No creo, además nos vienes de maravilla...

–¿Y eso?

–Voy a tener que marcharme un par de días a Lanzarote y me sentiré más tranquila sabiendo que Inés no se queda sola en casa... Van a operar a mi padre de una hernia y queremos estar todos allí ofreciéndole nuestro apoyo. Será sólo cuestión de un par de días.

–Entonces nos estamos haciendo un favor mutuo, Claudia... ¿Te importaría alcanzarme a casa para recoger algo de ropa y traer todo lo que necesito del trabajo? Es que no he traído el coche y me gustaría, si no les molesta, quedarme desde hoy mismo. No me seduce la idea de pasar la noche sola...

–No hay problema, vamos y en un santiamén estamos de vuelta. ¿Te vienes Inés?

–Creo que será mejor que me quede, así tendré tiempo de recoger esto y de preparar la ropa de cama y todo lo que necesite Paula. ¡Pero no tarden que me las conozco!

XXIV

En un momento nos pusimos en mi casa. Ciertamente, el contestador parpadeaba incansable esperando que alguien escuchara sus mensajes. Como ya sabía, uno era de las chicas y el otro un anónimo. ¿Acaso me había llamado Andrea? No, eso era poco probable... Sin perder más tiempo de lo necesario recogí la poca ropa que me hacía falta, llené el maletín con los documentos que iba a necesitar en los próximos días y nos marchamos. En una hora estabamos de regreso. Antes de subir paré a Claudia, quería preguntarle algo.

–¿Cuándo vas a llamar a Andrea para decirle que ya han detenido a Javier?

–Pensaba volver a intentarlo ahora... ¿Por qué?

–Me gustaría hablar con ella... ¿Le dirás que estoy aquí?

–Sólo si tú quieres...

–Díselo y dile que quiero hablarle, por favor...

–De acuerdo, pero subamos ya que Inés nos ha visto pasar con el coche y debe andar preguntándose porque no hemos subido todavía.

–No te preocupes por eso... Le diré que te me estabas insinuando y de que yo casi pico...

Claudia conocía muy bien a Inés, porque cuando entramos en la casa, estaba sentada en el sofá con cara de pocos amigos viendo la tele y escuchando música a la vez.

–¡Ya estamos aquí! –dije con expresión de júbilo. *–¿A que no tardamos?*

–Contando con que las vi pasar hace diez minutos y pude ver como Claudia metía el coche en el garaje... Del resto, supongo que no han tardado más de lo necesario.

–¡Pero chica! ¿Me vas a decir que estás celosa? Que soy yo... que soy Paula.

–Ya sé quién eres. ¿Qué estaban haciendo que no subían?

–Interrogando a Claudia, ya ves. Algo se me tenía que pegar de ti a la fuerza, después de tanto tiempo juntas...

–Ya empezamos... ¡Qué graciosa! ¿De qué hablaban?

–Quería saber cuando pensaba llamar a Andrea.

–Pues date prisa porque creo que está pegada al teléfono, aunque no sé con quien esta hablando...

–¿Quéee... ?

–Mira, por ahí viene con el auricular pegado a la oreja... ¡Ha colgado!

–¿Hablabas con Andrea?

–Sí... Pero no ha querido hablar contigo, lo siento.

–¿Qué le has dicho? ¿Sabe que voy a pasar aquí unos días?

–Lo sabe. Manda saludos para las dos y a ti especialmente, Paula. Dijo que deseaba que pronto estuvieras mejor... Tontamente le dije que habías cogido aire en el aeropuerto.

–¿Qué excusa te dió para no hablar conmigo?

–Dice que no es buena idea, que ya te llamará. Se alegró al saber que Javier estaba entre rejas y vendrá a declarar cuando salga el juicio.

–¿Cuándo salga el juicio? Para eso pueden pasar meses... ¡Lo sabía!

–¿Qué es lo que sabías? –preguntó Inés.

–Que no se iba solo por unos días... Sabía que la idea era la de marcharse por mucho más tiempo...

–Necesita reflexionar. ¿Puedes comprenderlo? –volvió a decir Inés.

–¡No, no puedo entenderlo! Yo también estoy confusa y no por ello huyo a ninguna parte, ¡coño! Siento que el mundo se me esca-

pa de las manos y me siento inútil porque no puedo evitarlo... Es como si en otra vida hubiese cometido mil pecados y ahora sólo estuviera en esta para pagarlos... ¡No puedo más!

Me levanté y fui corriendo al baño. Las lágrimas traicionaban la poca entereza que quería aparentar y llorar en soledad era más reconfortante que llorar en compañía. Me sentía fatal. La vida no estaba siendo justa conmigo y yo no tenía ni idea de lo que podía haber hecho para estar pagando de aquella forma tan retorcida, los pecados cometidos en otra... Todo el dolor no se limitaba a la marcha de Andrea y yo lo sabía, en el fondo de mi corazón, lo sabía. Siempre había querido ser una persona fuerte y dinámica. De esas con las que todo el mundo pudiera contar para salir de un apuro, para levantar un ánimo, para compartir una sonrisa... Desde pequeñita quise no pasar desapercibida por la vida, quise ser alguien... ¡Y ahora estaba encerrada en el baño, en casa de mis mejores amigas, llorando como una Magdalena! Sí,... por más que quisiera negarlo, Inés tenía razón. Nunca me había preparado para estar sola y ahora lo estaba, esa era la causa de tanto desasosiego. Eso y todo lo que la vida me había deparado en tan poco tiempo.

Me lavé la cara apretando el jabón contra mis mejillas enrojecidas por el llanto y me sequé aún con más rabia. El resultado no pudo ser más nefasto. Tenía la cara como un bebedero de pollos, estaba encendida.

Abrí la puerta y salí al salón. Las chicas estaban a la espera de mi regreso. Hábilmente habían dejado que me desahogara y se limitaron a esperarme.

–*¿Te sientes mejor?* – preguntó Inés.

–*Siento el numerito que acabo de montar...*

–*Estás aquí por que te encuentras mal, o sea, que no has montado ningún numerito* –dijo Claudia.

–Gracias por lo que están haciendo. Me temo que lo de antes pueda volver a repetirse y no me gustaría importunar a nadie...

–No te preocupes por nada. Desahógate cuanto quieras, te vendrá bien.

–¿Quieres tomar algo? –dijo Inés.– *Tenemos manzanilla, tila, valeriana...*

–Mejor prepárame una manzanilla con valeriana, necesito tranquilizarme. Casi lo había conseguido con el llanto, pero cuando me vi la cara en el espejo me dió otro ataque. ¡Debo estar horrible!

–No se nota ninguna diferencia, créeme. Estás igualita que siempre –dijo Claudia.

–No hay nada más reconfortante que los ánimos que me das, menos mal que estas aquí para apoyarme... – contesté burlonamente.

–¿Ves? De momento he conseguido que tu cinismo de abogada salga a flote –replicó.– *A veces la ayuda no es tan mala como parece...*

–¡Ya esto está listo! No hay nada como un microondas, para mí es el mejor invento del siglo XX. –dijo Inés mientras salía con una taza humeante de la cocina. *–No lo dejes enfriar mucho, que estas cosas como hacen efecto son calentitas*

–Gracias, creo que me lo llevaré a mi cuarto y que me acostaré en cuanto me lo beba, necesito descansar...

–¡Perfecto! Tienes la cama vestida de limpio y te he puesto toallas en el ropero. Te hice un hueco para que pudieras meter la ropa que traes...

–No he traído mucha. Sólo un par de pantalones y camisetas, algo de ropa interior y poco más. No hacía falta que te molestaras en adecentar tanto el cuarto de los trastos, hubiera dormido perfectamente en el sillón.

–¿Por qué habrías de hacerlo si sobra una cama? Además, tampoco costó tanto recoger todo aquello y tuvimos la excusa per-

fecta para tirar lo que no utilizábamos... Lleva listo desde hace una semana.

–¿Una semana? ¿Cómo sabían lo que iba a pasar?

–No lo sabíamos, pero decidimos que si Claudia iba a marcharse a Lanzarote, te íbamos a pedir que nos hicieras el favor de venirte a pasar aunque sólo fueran las noches. Así que pensamos que lo menos que podíamos hacer, era ofrecerte un sitio más o menos reconfortante para que no te pudieras negar...

–Bien sabes que, aunque tuviera que haber dormido en el suelo lo hubiera hecho, tonta. Bueno, creo que ya esto está en su punto para no quemarme, me retiro a mis aposentos tan cuidadosamente acondicionados para mi persona... ¡Buenas noches y gracias de nuevo, chicas! Hasta mañana.

Todo lo que había dicho era verdad. El cuarto de los trastos no se parecía en nada a la última vez que lo vi. Faltaban las mil y una porquerías que Inés tenía guardadas desde que estabamos en el instituto. Siempre había sido muy sentimental y le daba pena tirar todo lo que le trajera recuerdos. Ya fueran buenos o malos, los guardaba todos. Pero esta vez me había impresionado. No estaba su vieja muñeca de trapo que le había traído su padre de Barcelona como una reliquia, ni tampoco estaba la casa de muñecas que le había regalado su abuela casi cuando estaba en su lecho de muerte. ¡Increíble! Aquel cuchitril parecía una verdadera habitación.

Me tomé la infusión y me acosté. Me sentía un poco rara, incómoda. Quizás porque el colchón estaba un poco duro o porque las sábanas tenían bolitas. Las estiré bien pero nada, seguía incómoda. Estuve así más de dos horas, dándome vuelta tras vuelta sin conseguir conciliar el sueño. Cuando ya estaba cansada de estar en la cama me levanté y fui a la cocina a tomarme un vaso de agua. La habitación de las chicas quedaba en el lado opuesto a la mía, pero para ir a la cocina tenía que pasar por delante de la de ellas. Sin hacer ruido y de puntillas, pasé despacito para no despertarlas.

La puerta estaba cerrada pero dentro se oían ruidos. La curiosidad me estaba matando pero seguí de largo hacia la cocina. Me tomé el vaso de agua y esperé un poco antes de volver a mi habitación. Al pasar de nuevo por delante, me dejé ir un poquito, quería saber si estaban hablando de mí. Era consciente de que lo que estaba haciendo estaba mal, pero no podía evitarlo. Me paré justo delante de la puerta y apoyé mi oído sobre ella. Al principio sólo distinguía murmullos y no podía escuchar con claridad lo que estaban hablando. Pero cuando puse más atención y mi oído se acostumbró al obstáculo que tenía en medio, pude oír claramente que no estaban murmurando nada, lo que escuchaba eran suspiros. Estaban haciendo el amor. Avergonzada por mi actitud y desconfianza, corrí de nuevo a mi cuarto y me metí en la cama. Me tapé hasta la altura de los ojos y empece a reírme como una descosida... ¡Me había comportado como cuando de pequeña oía a mis padres en la habitación y me levantaba movida por la curiosidad! ¡Increíble! Acababa de retroceder veinte años en cuestión de cinco minutos. Seguí dando vueltas hasta que por fin me quede dormida.

Ya por la mañana las cosas me parecían diferentes. No sé, era como si en la noche anterior durante el sueño, alguien hubiera venido a calmar mis angustias, a apaciguar mis temores. No es que me hubiera levantado feliz como unas pascuas, pero tampoco había despertado con el desánimo de los últimos días. Quizás el cambio me estuviera viniendo bien. Inés estaba en la cocina preparando el desayuno.

–¡Buenos días!... ¿No has ido hoy a trabajar?

–¡Buenos días! ¿Un sábado? ¡Ni que hubiera perdido el juicio! ¿Qué tal dormiste?

–¡Es verdad que es sábado! Me costó trabajo conciliar el sueño, pero parece que lo poco que he descansado me ha venido de perlas. Me encuentro fenomenal. ¿Y Claudia?

–Ha ido a la agencia de viajes a retirar el pasaje. Sale esta noche en el vuelo de las nueve y media.

– ¿Esta misma noche? Entonces ya comprendo los arrumacos que se traían esta madrugada...

–¿Estuviste espiándonos? ¡Pero bueno!

–No fue así exactamente. Me levanté a por un vaso de agua y al pasar por delante de la puerta las oí, eso fue todo. ¡Te juro que no me quedé absorta escuchando. Te lo juro por Snoopy!

–Ya. O sea, que en lugar de ser dos éramos tres...

–¡Que no! Sólo fue un momento. Pensé que quizás estaban hablando de mí o de Andrea y no pude evitar la tentación de oír un poquito, sólo un poquito. Cuando comprendí que no estaban hablando precisamente, salí corriendo a mi habitación y hasta la fecha. Esa es la pura verdad.

–Procuremos que Claudia no se entere. Es muy celosa de su intimidad y ciertas cosas es mejor no nombrárselas, ¿vale? No me gustaría tener problemas...

–No te preocupes. En todo caso yo sería la peor parada y no me interesa, las dos se han portado muy bien conmigo y no me gustaría que se enfadase con ninguna. Te lo he comentado a ti porque tengo más confianza contigo.

–Ya lo sé, no pasa nada. Siéntate, tienes el desayuno servido. Pan con mantequilla y mermelada y un poco de queso, acompañado de un suculento zumo de naranjas acabadas de exprimir y un tazón de café con leche.

–¿Has perdido la razón? ¿Todo eso es para desayunar o debo dejar parte para la cena? Me parece una exageración, yo no como tanto.

–Pues toma lo que te apetezca, nosotras hacemos un desayuno fuerte porque nunca sabemos la hora exacta en la que podremos almorzar. Normalmente espero por ella y como no tiene horario fijo...

–¡Que va! Sólo voy a tomar un vaso de zumo y un trocito de pan con mermelada. No creo que pudiera meterme más en el estómago. ¿Tardará mucho Claudia?

–Debe de estar al llegar, solo iba a la agencia y volvía. Escucha,... Creo que está abriendo la puerta.

Claudia apareció con un cartucho enorme y grasiento cuyo contenido era una gran rueda de churros. A mí, el sólo aspecto me dió nauseas. Nunca me habían hecho mucha gracia aunque de vez en cuando me comía uno.

–¡Cariño... Has traído churros! –dijo Inés mientras se acercaba a darle un achuchón. *–Deberías de habérmelo dicho, acabo de terminar de preparar el desayuno.*

–No importa, nos comemos los churros y ustedes cenan lo del desayuno. Se me fueron los ojos en cuanto pasé por delante de la churrería...

–Bien, pues cambio de planes. ¿Te preparo chocolate o te los comes mojándolos en café con leche?

–Da igual. Siéntate antes de que se enfríen. Yo serviré la leche. ¿Cuánto azúcar, Paula?

–Con dos pequeñas me bastan, gracias. No sabía que te fueras esta misma noche...

–No lo operan hasta el lunes, pero todos los hermanos vamos a aprovechar para reunirnos y pasar el fin de semana juntos. Hace tiempo que mis padres no nos tienen sentados a la vez en una misma mesa y hemos pensado que la sorpresa les va a agradar.

–Supongo que la operación no revestirá ningún riesgo, ¿no?

–En principio no debería. Pero como mi padre ya sufrió un infarto hace tres años, andamos algo preocupados con el tema de la anestesia. ¡Pero vamos a ser positivas y a no pensar disparates, ¿vale?!

–Siento haberte preguntado, no tenía ni idea de lo del infarto. Yo no quiero churros, prefiero el pan con mermelada...

–¿Estás guardando la línea? –preguntó Inés.

–Esto engorda menos que lo que te vas a zampar tú ahora mismo, listilla. Y si no prueba a pesarte en cuanto hayas comido...

–¡Ni que fuera a engordar veinte kilos! Pero... ¿Tú te has fijado bien en el tipazo que tenemos? –dijo refiriéndose a ella misma y a Claudia.

–Estáis muy bien, hay que reconocerlo. Pero yo no abusaría tanto de las grasas como hacen ustedes... Tarde o temprano les pasarán la factura.

–¡Pues me da igual! Lo que se han de comer los gusanos, que lo gocen los cristianos... ¿Verdad, cariño? –dijo mirando a Claudia.

–¿Por qué no vas con ella, Inés? No creo que pueda soportarte en su ausencia...

–Su familia no sabe nada y como comprenderás, no vamos a poder disimular nuestros sentimientos todo un fin de semana...

–¡Vaya, no hago más que meter la pata! Mejor me hubiera quedado calladita.

–No pasa nada, lo tenemos asumido. Ya estamos acostumbradas –musitó Inés.

–Mis padres son mayores y tienen una mentalidad muy cerrada –argumentó Claudia.– *Todavía no he encontrado el momento de decirles que nunca les voy a dar un nieto... Ni de que tienen una nuera maravillosa. No sé, supongo que nunca se lo diré. Después de todo, ellos nunca vienen a Las Palmas así que dudo que algún día puedan enterarse. Prefiero dejarles vivir en la ignorancia y no alterar sus vidas a estas alturas... Creo que tanto para ellos como para mí es lo más cómodo.*

–Yo respeto su decisión –recalcó Inés.– *Lo que no me parece, es que sus hermanos le estén dando la lata con que quieren un sobrinito y ella no les diga lo que hay.*

–Sabes que si lo hago –replicó Claudia– *tarde o temprano mis padres se enterarían. Además, no veo la necesidad de ir pregonando mi sexualidad a nadie. Este tema ya lo hemos discutido otras veces y sabemos que no nos ponemos de acuerdo. ¿Por qué sigues insistiendo?*

–Porque tengo la esperanza de poder conocer a tu familia algún día... ¿Ves? Ahora yo podría ir contigo y te ayudaría a pasar por el trago que te espera... De esta forma, me veo obligada a quedarme aquí sola desesperándome por saber como estás.

–Sabes que te llamaré siempre que pueda escabullirme y ya haré yo lo posible por hacerlo a menudo. ¿De acuerdo? Sólo me voy un fin de semana. El lunes por la tarde estaré de regreso.

–Vamos a cambiar de tema –dijo Inés.– *Sabes que por más que lo intento no entiendo el miedo que tienes a que tus hermanos lo sepan. Lo de tus padres vale, pero lo de tus hermanos... ¡Ni que yo apestara!*

–¡Se acabó! Has conseguido joderme el desayuno, ¿contenta?... ¡Salgo a dar una vuelta!... Paula, –dijo dirigiéndose a mí– *a ver si consigues hacerla entrar en razón...*

Claudia dio un tremendo portazo cuando salió. Lo que parecía ser la pareja feliz no lo era tanto, tenían sus problemas como todo hijo de vecino. Inés permanecía callada con los codos apoyados sobre la mesa y la cara frente al tazón de café con leche, absorta en sus pensamientos. Sin saber que decir me levanté y recogí la mesa. Fregué la loza y dejé que se escurriera antes de colocarla en el locero. Inés seguía sin decir palabra y de pronto empezó a llorar. Me acerqué a ella y la rodeé con mis brazos por la espalda, no sabía que otra cosa podía hacer.

–Como ves, yo también tengo problemas –dijo.– *Si estamos juntas, somos felices siempre y cuando no tenga a nadie cercano de su familia. Si no, las cosas cambian. Es la tercera vez que va*

sola y por nada en el mundo cambia de idea. ¿No podemos aparentar que solamente somos buenas amigas? ¡Pues no!... Según ella sus hermanos tienen rayos x en los ojos y sabrían a la legua que éramos pareja... ¡Fuerte estupidez!

–Deberías calmarte –dije.– *No vas a sacar nada con esa actitud. A lo mejor, si se lo planteas de otra forma...*

–¡Lo he intentado de todas las maneras posibles! Dulce, cariñosa, agresiva, ofendida, dolida... ¡De todas las maneras imaginables y no da su brazo a torcer! Me siento como la amante oculta, como si yo fuera la otra...

–¿No has pensado en presentarte allí y hacerte la encontradiza? No sé, una amiga de Las Palmas que está de vacaciones o algo as...

–¿Estás loca? Claudia es muy benevolente, pero estoy segura de que si hiciera el disparate que acabas de proponerme, me quedaría soltera para toda la vida, me abandonaría...

–No creo que sea tan fiero el león como lo pintas... De todas formas, nadie mejor que tú la conoce y si crees que iba a reaccionar de esa manera, lo mejor es que no me hagas caso... ¡Anímate! No me gusta verte así, se supone que he venido a pasar unos días porque estoy baja de moral y tú me la ibas a subir. ¿Hemos invertido los papeles?

–Lo siento. No tenías que haber participado de nuestra discusión, tú no tienes la culpa de nada... ¡En fin! Cuando vuelva le pediré disculpas, no quiero que se marche estando enfadada. No es justo.

–Pues creo que tienes la oportunidad de pedir perdón ahora mismo. Acaba de llegar.

–¿Tan pronto? Normalmente cuando sale cabreada tarda mucho más. Sé que lo hace para ponerme nerviosa y como sabe que lo consigue, lo utiliza a las mil maravillas.

–Pues ve hacia ella. Está en el salón.

Desde la cocina pude oír claramente como ambas se pedían disculpas a la vez. Después, todo el sonido se limitó a susurros y arrumacos, a risitas contenidas. Coloqué la loza en el locero haciendo todo el ruido del que fui capaz. Temía que olvidaran mi presencia y se entregaran a la pasión conmigo en la habitación de al lado. Surgió su efecto porque a los pocos minutos me llamaron para que saliera.

–Temí que se olvidaran de que estaba en la cocina –dije.

–Pues casi lo hacemos –contestó Inés.– *Si no llega a ser por el escándalo que acabas de montar...*

–Pues me alegro de haberlo hecho. ¡Menudo cuadro si llego a salir y me encuentro frente a mis narices un espectáculo porno!

–Lo más que hubiera pasado es que te desconsolaras –añadió Inés.– *¿Hace mucho que no... ?*

–Una eternidad y tú lo sabes perfectamente, no como otras...

–¿A qué te refieres? –preguntó Claudia mosqueada.

–Supongo que ustedes se pasaran los días de fiesta –dije saliendo del apuro.– *Con tanta melosería... En fin, ya sabes...*

–Chica, hay que buscarte una novia –dijo.– *La soledad es mala compañera...*

–No hace falta que me lo recuerdes. Y no, gracias, no quiero novia... Bastantes problemas tengo como para encima añadir otro.

–Igual así se te quitan todos los males. Ya sabes, a rey muerto... rey puesto. –dijo Inés.

– ¡Que frívola acabas de resultar! Supongo que lo habrás dicho en broma...

–No creas. Es más, a veces nos aferramos tanto a lo que no podemos tener, que pasan por delante de nuestras narices verdaderas oportunidades y no nos damos ni cuenta. ¿Lo has pensado?

–¿Y eso que tiene que ver conmigo? ¿Acaso Andrea te ha dicho algo que yo debiera saber y no sé?

–No te vayas por ese camino, que no tiene nada que ver. Andrea me ha dicho lo mismo que a ti y que a Claudia, que lo que necesita es tiempo porque está confusa. Sólo eso.

–No te creo. Te conozco y tu voz dice que estás mintiendo o por lo menos que no estás diciendo toda la verdad... ¿Me vas a contar?

–No hay nada que contar y no te pongas pesada, ¿vale? Me estás incomodando...

–¡Vaya novedad! En el instituto, cuando algo no te gustaba o no querías hablar de ello utilizabas la misma estrategia, listilla. Acabas de traicionarte tú misma. ¡Suelta lo que te dijo, venga!

–No me estés metiendo en compromisos, por favor. Prometí que no te diría nada y pienso cumplir mi palabra. No insistas.

–Te equivocas si crees que voy a dejar esto como está. ¿Das tu palabra a quién apenas conoces y permites que yo siga sufriendo, cuando tú bien sabes que yo nunca le diría nada de lo que me contases? ¡Inés por Dios, que soy tu mejor amiga!... O eso creo

–Eres una jodida chantajista... ¿Qué tiene que ver nuestra amistad en esto? Ella ha confiado en mi y no encuentro razón para traicionarla. ¿Lo harías tú si estuvieras en mi lugar?

–¡Un momento, por favor! –exclamó Claudia.– *Prefiero no estar delante mientras dure esta conversación. Me voy dentro de unas horas... ¿Podrían dejarlo para después? No quiero ser cómplice de nada, ¿vale? Lo pido por favor...*

–¡Claro, cariño! –dijo Inés.– *Tenemos todo un fin de semana para pelearnos como perros sin que nadie tenga porque enterarse, aunque sabes que en cuanto llegues te lo cuento...*

–¡Ya! Pero por lo menos no soy partícipe de nada. Sabes que no me gusta meterme en donde no me llaman, así que prefiero permanecer al margen.

Las tres dimos por concluida la conversación. Estuvimos un rato calladas y ninguna se atrevía a romper el silencio. Claudia se levantó y se fue a preparar las maletas mientras Inés seguía absor-

ta con la cabeza entre sus manos. Sin pararme a pensar si era correcto o no, me levanté y me senté a su lado.

–Perdona, creo me he pasado. Lo siento.

–Sabes que nunca haría nada que te hiciera daño, ¿verdad? ¿Por qué utilizas nuestra amistad para atacarme? No tiene nada que ver con nuestra relación...

–Me dejé llevar tontamente por los nervios. Sólo el pensar que tú podrías saber algo que yo desconozco, fue suficiente para sacarme de mis casillas. No volverá a pasar. Además, ahora no estoy segura de que querer escuchar lo que no me dijo...

–No es nada de gravedad, créeme. Básicamente sabemos lo mismo...

–Cambiemos de tema, ¿te parece? No vamos a llegar a ninguna parte. ¿No ayudas a Claudia a hacer el equipaje?

–Para eso es muy suya. No le gusta que la miren mientras arregla sus cosas, se pone nerviosa...

–¿Vas a llevarla al aeropuerto? Me gustaría acompañarte.

–¡Pues claro! Si te vienes, no vendré sola de regreso a casa. Te advierto, hay que salir con hora y cuarto de adelanto... Se pone histérica.

–Haces bien en decirlo, empezaré a prepararme desde las seis –contesté riendo.– *No me apetece estar aguantando broncas durante todo el trayecto...*

–Espero que lo de su padre salga bien. No me gustaría que se viera sola si las cosas se complican –dijo casi en un susurro.

–Saldrá estupendamente, ya lo verás. No tienes porque preocuparte.

XXV

De camino al aeropuerto, los ánimos fueron decayendo a medida que nos acercábamos. El bullicio que normalmente llevábamos en el coche había desaparecido… Cuando llegamos a la terminal, Claudia fue a facturar el equipaje mientras Inés y yo la esperábamos en la sala anterior a la puerta de embarque. Cuando hubo terminado se reunió con nosotras y amablemente el guardia civil que estaba en la puerta que daba acceso a la salida de embarque, nos permitió pasar a todas hasta que saliera el vuelo.

–*Quiero que te portes bien en mi ausencia* –le dijo a Inés en tono jocoso.– *Me gustaría llegar y que todo siga como lo dejo.*

–*¡No te prometo nada!* –le contestó Inés.– *Además, no te olvides que me quedo en muy buena compañía y no sé lo que me tiene preparado el destino...*

–*Pues ya puedes ir haciéndote a la idea de que pienso llamarte cuando menos lo esperes... ¡Quiero ver si te pillo in fraganti.!*

–*Lo dudo... Ten presente que si estoy entretenida no voy a coger el teléfono.*

–*¿Supongo que no me estarás mezclando en tus historias, verdad?* –dije mirando para las dos– *No quiero que me metan en líos de los que ni siquiera me estoy enterando...*

–*¿Pero no ves que sólo estamos bromeando?* –dijo Claudia.– *En primer lugar, confío ciegamente en ella y en segundo lugar, sé perfectamente que tú nunca ayudarías a que me traicionara...*

–*¡Pues yo que tú no estaría tan segura!* –dije pícaramente.– *Quién sabe. Esta noche durante la cena se nos puede ir la mano con el vino, ella ponerse romántica y yo padecer un ataque de*

añoranza. Lo uno lleva a lo otro, nos conocemos hace una eternidad y sabemos que no vamos a crear ningún tipo de compromiso, podemos acordar no contarlo a nadie... ¿Por qué no? Yo que tú no me fiaría... ¡Puede pasar de todo!

–Creo que va a faltar una en la mesa mañana, me estoy planteando no ir a ningún sitio... –dijo.

–¡No seas boba! Si lo hubiésemos querido hacer, no hubiéramos esperado a que te marcharas. Lo hubiésemos hecho mucho antes, ¿estás tonta? –preguntó Inés.– *Parece mentira que no nos conozcas...*

–Estamos manteniendo un diálogo para besugos –dije.– *No sé si es para no convertir la situación más tensa de lo que está, o para despistar a Claudia del anuncio del vuelo...*

–Sé que estamos hablando en broma –dijo Claudia.– *De vez en cuando es positivo implantar la duda en la cabeza de tu pareja, así no creerá que te tiene segura...*

–Creo que no has pillado la indirecta –dije.– *Acaban de anunciar la salida de tu vuelo. ¿No piensas embarcar?*

–¡Mi madre! No escuché nada. ¿Seguro que lo anunciaron?

–Me temo que sí, mira a toda esa gente embarcando... Creo que van en tu mismo vuelo.

–Pues nada, me voy chica –dijo a Inés– *Te voy a echar de menos... ¿Lo sabes, verdad?*

–Yo a ti también, cariño. Ten mucho cuidado y dale un beso a mis suegros de mi parte en cuanto llegues.

–¡Cínica... ! Te quiero, tesoro –dijo mientras atravesaba la puerta de embarque. *–¡Cuidadito con lo que haces! Chao Paula, la dejo en tus manos.*

–Hasta el lunes –contesté.– *Y no te preocupes por nada, que salga bien lo de tu padre. Vendremos a recogerte*

Esperamos hasta que vimos salir el avión a través de los grandes ventanales que nos separaban de la pista. Inés estuvo

agitando la mano hasta que el avión se perdió de vista y me costó lo indecible sacarla del aeropuerto. De regreso a casa, no dijo una sola palabra y yo dejé que se aislara durante el trayecto. En el fondo, a mí tampoco me apetecía hablar. No hacía más que pensar en Andrea, en Eva y en Nuria. En los treinta años que tenía sobre mis espaldas, nunca me había ocurrido nada semejante. Siempre había tenido claros mis sentimientos hasta ahora, que todo parecía volverse en mi contra. Era un cúmulo de contradicciones, nada salía como yo esperaba y sólo hacía añadir problemas a mi vida...

Llegamos a casa e Inés seguía sin decir palabra. Cuando me hube cambiado y puesto más cómoda, fui a su habitación y toqué en la puerta. Desde que habíamos llegado se había encerrado en ella y no había vuelto a salir.

–*¿Puedo pasar*? –dije.

–*Pasa... Tengo un ataque de rabia.*

–*¿Y eso?*

–*No dejo de pensar en que no he ido con ella por culpa de su cabezoneria. ¿Qué hago durante todo el fin de semana? Estoy acostumbrada a su presencia y no me hallo...*

–*¡Podemos ir al cine.! Ponen una película de acción en el multicines.*

–*No me apetece encerrarme en una sala llena de gente... Necesito espacio en donde poder respirar, siento que me ahogo.*

–*Un fin de semana pasa muy rápido, cuando te quieras dar cuenta, ya estará de regreso.*

–*¿Y mientras tanto?*

–*Tú por lo menos tienes la suerte de saber cuando regresa. En cambio yo, no tengo ni la más remota idea.. Ni tan siquiera sé si volverá...*

–*No compares que son cosas diferentes... Tú no vives con ella, ni siquiera tienes nada con ella.*

–No pensé que pudieras llegar a ser tan cruel... Si necesitas algo estoy en mi habitación. No tienes más que llamarme.

Me había comportado como una estúpida. Inés nunca me daba la espalda cuando la necesitaba y ahora que ella pedía apoyo, me dedicaba a discutir. ¿Estarían bien mis neuronas? A veces ponía en duda mi capacidad de resurgimiento ante los imprevistos. Ultimamente no hacía más que meter la pata con todas las personas a las que quería. Dando media vuelta regresé a la habitación de Inés. Estaba echada sobre la cama y parecía inerte, sin vida. De pronto el miedo invadió mi cuerpo.

–Inés... Inés... – dije bajito para no asustarla –. *Lo siento, no era el momento más adecuado para ponernos a discutir... ¿Te encuentras bien?*

–Desde luego que no era el momento, cariño... –contestó clavando sus ojos en mi.– *Yo también lo siento. Mi último comentario estaba fuera de lugar. Ven y siéntate a mi lado, ¿quieres?*

–Por supuesto que quiero –dije recostándome a su lado.– *¿Me darías un abrazo de esos que quitan la respiración? ¡Te estoy pidiendo la paz...!* –añadí para quitarle dramatismo al asunto.

Inés me miró y me abrazó tan fuertemente que tuve que zafarme de sus brazos porque se me cortaba el aire. Nos quedamos un rato en silencio, dejando que nuestros pensamientos vagaran a sus anchas por la habitación. Yo seguía obsesionada con Andrea y todavía me dolía que no hubiera querido hablar conmigo por teléfono. Por otro lado, estaba Nuria como un fantasma pululando a mí alrededor. Inconscientemente pensaba en ella y un halo de inocencia invadía mi alma. Era como si volviera a tener quince años. Su recuerdo me transportaba a los días en que la impaciencia de querer y no poder, te hacía crecer un gusanillo en el estómago. Enfrascada en mis pensamientos, no me di cuenta de que Inés se

había marchado de la habitación. Cuando tomé consciencia, me incorporé y la llamé. No hubo respuesta. De un salto me levanté y salí al salón

–¡Inés... ! ¿Dónde te has metido?

–Estoy en la ducha –contestó.– *Tenía mucho calor y decidí refrescarme. ¿Vamos a salir esta noche?... Ya sé que no estaba planeado, pero no me apetece estar en casa. ¿Tú qué dices?*

–No estaba entre mis planes pero... ¡Qué demonios.¡Salgamos a divertirnos!... ¿Vamos a hacer la ruta tú y yo solas?

–¿Y por qué no? Después de todo ya somos mayorcitas para saber lo que hacemos, ¿no crees? Además, le dije a Claudia que seguramente iríamos a dar una vuelta. ¿Conforme, mamá?

–Sin recochineos, ¿vale? Date un poco de prisa que todavía me tengo que duchar. Me gustaría salir de aquí antes de las dos de la mañana.

En un momentito estabamos preparadas. Inés, como siempre, se había puesto uno de sus modelitos más atractivos y yo sabía el porque. Era su forma de escapar, de sentirse libre, de hacer rabiar a Claudia cuando la llamara. Justo antes de abrir la puerta, me planté frente a ella y poniéndome lo más seria que pude, le indiqué que volviera a sentarse.

–¿Y ahora qué es lo que pasa? –preguntó con cara de pocos amigos.

–Relájate. Para mi no es fácil pedirte esto, pero por lo menos si no lo intento, me quedaré fatal toda la santa noche... ¿Podrías llamar a Andrea? ¡No me contestes antes de que lo hayas pensado bien, ¿vale?!

–No tengo que pensar nada, Paula. Sabes que eso no es posible. Además son las doce y media de la noche y allí tienen una hora más. ¿Te parece normal llamar a estas horas a casa de nadie?

–Quizás tengas razón...

–¡Venga que mañana será otro día! ¡Vamos a montarla como cuando eramos solteras!

–Te recuerdo que yo aún lo soy...

–No iban los tiros por ahí. Lo siento si no supe explicarme, ¿todo bien?

–Todo bien, no te preocupes. ¡Salgamos antes de que me arrepienta!

XXVI

La noche estaba preciosa. La luna estaba creciente y se podían contar las estrellas en el firmamento, y si te ponías de puntillas, hasta casi parecía que podías tocarlas. Decidimos coger un taxi y quedarnos a la altura de la playa de Las Canteras para dar un paseo. La tranquilidad y el buen tiempo eran una invitación imposible de rechazar. Ninguna de las dos hablábamos mucho. Cada una estaba absorta en sus pensamientos, mirando hacia la orilla viendo jugar a los muchachos que todos los fines de semana pasaban la noche del sábado practicando el fútbol. De día, aquello estaba prohibido. Justo cuando íbamos a girar por una de las calles peatonales que atravesaban la avenida, unas voces conocidas nos salieron al paso. ¡Dios, era increíble! Ahí, frente a mis ojos, estaban Mónica, Antonio, Manolo y Nuria.

–*¡Hoy es mi noche de suerte!* –dijo Manolo.– *¡Qué casualidad! ¿Dónde van?*

–*¡Hola!* –contesté haciéndome la simpática.– *Ya nos marchábamos a casa.*

–*¿A casa?* –replicó Inés.– *¿De qué hablas?... No le hagan caso, íbamos hacia el "Baroa". ¿Se vienen?*

Hubiera querido que la tierra se abriera y que Inés cayera dentro. ¡Que patosa! Nuria, Antonio y Mónica no habían abierto la boca en ningún momento y a mi parecer estaban tan sorprendidos como yo. Creo que sus planes iban por otros caminos e Inés y Manolo parecían no darse cuenta. Yo me limité a mirarles y a sonreír como una estúpida. Nuria me ponía nerviosa, aunque ni

siquiera me miraba. Yo sabía que para ella la situación era ridícula. De pronto Manolo se volvió hacia ellos y haciendo alarde de su simpatía pregunto en voz alta...

–¿Nos unimos todos a continuar la juerga? Quizás pase mucho tiempo antes de volver a coincidir de nuevo. ¿Qué les parece?

Creo que más bien por educación, todos contestamos que sí con una sonrisa. En una fracción de segundo, me vi con el plasta de Manolo pegado a mi espalda. Me dieron ganas de virarme y espantarlo pero no quería montar un numerito para que se diera cuenta de que lo único que estaba logrando, era ponerme histérica. Cuando me quise enterar estabamos entrando en el "Baroa". No había oído a Nuria en todo el camino.

–¡Buenas noches! –saludó Laly.– *Perdónenme un segundo que enseguida les atiendo. El bar está hasta los topes...*

–Ya lo veo –dijo Inés.– *Se ve que el buen tiempo sacó a la gente de la cama. ¿Y Paula?*

–Estoy detrás de ti, listilla. Que buena idea has tenido, ¿verdad? –dije lo más bajo que pude para no ser escuchada por los demás.– *Acabas de hacerme la noche...*

–¿Qué te he hecho ahora? Parece que te molesta que tengamos compañía...

–Bien sabes que lo que me molesta es que me hayas endosado al plasta de Manolo y que encima de lo que te dije de Nuria, me hicieras esto.

–Yo no te he hecho nada, ¿vale? Hemos venido a divertirnos y es exactamente lo que vamos a hacer, ¿de acuerdo? Si quieres hablamos después en casa.

–¡Bien! Cuando regreses me despiertas, ¿vale? ¡Yo me voy!

–¿A dónde dices que vas? –preguntó Nuria.– *¡Si acabamos de llegar!*

–No sabía que también eras experta en escuchar las conversaciones que no van dirigidas a ti... –contesté con ironía.– *La verdad es que no lo esperaba...*

–Yo no tengo la culpa de que tú seas tan indiscreta. Si te hubieras fijado bien, estaba justo detrás de ti cuando amablemente le dijiste a Inés que entre otras cosas mi presencia te molesta.

–¡Yo no dije eso... ! Además, ¿no dijiste que sólo eras mi terapeuta y que ni siquiera podías venir a tomar un café conmigo fuera de tu despacho?

–Sé perfectamente lo que dije. Pero no me refería a que cuando nos encontráramos por casualidad y acompañadas de amigos comunes, una de las dos tuviera que salir huyendo...

– Yo no huyo de nada –contesté con sarcasmo.– *Simplemente quiero pasar una velada tranquila y no creo que esta sea la manera más indicada.*

–Si te quieres ir puedes hacerlo, pero desde luego, no es la actitud más correcta. Pensé que ya eras adulta pero...

–¿Pero qué? ¿Quién te ha dado autoridad para hablarme de esa forma? No creas que lo sabes todo, quizás te estés equivocando...

–¿Por qué estas tan a la defensiva? ¿Acaso no podemos pasar un rato agradable con un grupo de amigos? Creo que no sabes separar las cosas, de nuevo estás mezclándolo todo.

–¡Ya vale chicas! –nos increpó Inés.– *Ya está bien de discutir. Hemos venido a tomar una copa y eso haremos. ¿Estamos todas de acuerdo?*

Nuria y yo, apenas hablamos durante el tiempo que estuvimos en el "Baroa". Cuando llegamos, tiramos tanto del hilo que sólo fue cuestión de suerte el que no se rompiera. Bueno, la suerte esta vez tenía nombre propio, Inés. Estuvimos bastante rato en el bar y cuando la noche fue pasando y ya casi no quedaba gente, alguien tuvo la feliz idea de proponer seguir la marcha en cualquier discoteca de la capital.

Inés, como siempre solícita ella, lanzó al aire el nombre de "Kronos" y a mí casi me da un infarto. ¡"Kronos"! ¿Realmente quería llevar a personas que no tenían ni idea de cómo éramos nosotras a un sitio de ambiente? De acuerdo con que el "Baroa" también lo era, pero todas las personas que nos encontrábamos allí, nos comportábamos de una forma natural. Y aunque todos sabíamos de que iba la historia, nadie podía decir que allí se habían visto escenas homosexuales. En cambio en "Kronos" era muy diferente. Aparte de que la oscuridad de la noche se aliaba con la gente, la discoteca era el único lugar donde las parejas podían expresar sus sentimientos sin temores, con absoluta libertad. ¿Cómo íbamos a explicarles a aquellas personas lo que en pocos instantes iban a tener la oportunidad de ver? Aunque tarde, reaccioné.

–¡Al "Kronos" no, que seguramente estará atestado! ¿Por que no vamos a otro sitio? A ver... que alguien de más ideas.

–Pues a mí me parece bien donde vayamos –dijo Antonio. *–Yo me encuentro muy a gusto. Así que decídanse pronto que no quiero que se me baje la adrenalina.*

–Además –apostilló Manolo–, *donde quiera que nos metamos a estas horas va a estar repleto. ¿Qué más da ir a un sitio que a otro? ¡Vayamos donde dijo Inés!... ¿Nos movemos?*

Inés notó como mi mirada atravesaba su cuello. La hubiera estrangulado con mis propias manos sin pensarlo dos veces. No quise decir nada más puesto que nadie tomaba en cuenta mis palabras, así que pagué lo mío y salí fuera a tomar aire. Al momento, Nuria y Manolo estaban a mi lado. Me entraron ganas de marcharme sin más, sin dar explicaciones, pero mi sentido de la amabilidad me lo impedía. Inés, Antonio y Mónica no tardaron en salir y juntos pusimos rumbo a la discoteca. Algo me decía que la noche no iba a terminar muy bien. Cuando llegamos, entré la primera sin

dar tiempo a escuchar las explicaciones que Inés, a ultima hora, iba a darles sobre lo que se iban a encontrar. Bajé las escaleras y de fondo podía escuchar la verborrea que estaba utilizando para definir el tipo de ambiente que se cocía dentro. La oscuridad era la misma que la de todos los sábados por la noche. Gente y más gente confundiéndose con el humo y con los reflejos de los focos. Decidí que lo mejor era apostarme junto a la barra de la entrada cuando de repente, alguien se acercó por detrás y tapó mis ojos.

–¿Quién eres? –pregunté.– *No me gustan este tipo de bromas, ¿vale?*

–¿Quién crees que puedo ser? ¡ Adivínalo!

–¿Claudia? ¡No puedes ser tú, estás en Lanzarote! –dije girando sobre mis talones.– *¿Qué demonios haces aquí?*

–Ruédate un poco para acá, no quiero que Inés me vea. Justo cuando estaba subiendo por la escalerilla del avión, sonó el móvil. Era mi hermana comunicándome que la operación se posponía para el próximo lunes y que no hacía falta que fuera. Que mejor sería que lo dejara para la siguiente semana. La verdad es que vi los cielos abiertos...

–¿Pero la operación de tu padre no era urgente?

–Urgente dentro de lo que cabe. Lo van a operar en una clínica privada porque si no, el hombre no aguantaría. A eso llamo yo urgente. Si esperase por la seguridad social, el pobre la espicharía antes de ser operado. No tiene edad para estar en una interminable lista de espera.

–¿Y por qué no nos avisaste? Hubiéramos dado la vuelta y te hubiéramos recogido...

–Conozco bien a Inés y sabía que acabarían de fiesta haciendo aquí la ultima parada antes de llegar a casa, así que decidí darle una sorpresa... ¿Querrás ser mi cómplice?

–¡Por supuesto! Pero mucho me temo que tu también te vas a sorprender, no venimos solas...

–¿Y eso?

–Pues que como teníamos pocos problemas, nos encontramos con Nuria, Manolo, Antonio y Mónica. Así que abre bien los ojos. Inés ha tenido la feliz idea de que se vinieran con nosotras. ¿Vas entendiendo?

–Me temo que sí. ¿Dónde están? No los veo...

–¡Cuidado! Inés viene hacia aquí. Ponte al lado de la máquina de tabaco, desde allí no podrá verte. Después me acerco. Hasta ahora.

Estaba deseando ver la cara de Inés cuando viera que Claudia estaba allí, pero de momento debía guardar el secreto hasta que ella quisiera.

–¿Con quién hablabas? Esto está tan oscuro que apenas podía distinguir donde te habías metido...

–¿Te parece bonito traer aquí a la gente? En la época de instituto ocultándonos y ahora, de buenas a primeras, ¡hala!... Tú vas y te liberas. Me tienes anonadada...

–Aquello eran otros tiempos, pochola. Estabamos labrándonos nuestro futuro y tampoco era plan de que nos colgaran el "San Benito". ¿Qué más nos da el que ahora sepan quienes somos en realidad?

–¿Quiénes somos? Yo sigo siendo la misma de siempre. El que sepan que soy lesbiana no altera para nada mi personalidad, sigo siendo la misma.

–Pues a eso es a lo que voy. Ahora ya somos todos mayorcitos como para andarnos con tonterías, así que esto es lo que hay y punto.

–¿Cómo se lo han tomado?

–Creo que Manolo no sale de su asombro, el resto lo lleva estupendamente. Hasta incluso están cómodos, para nada se sienten aturdidos. ¿Nos movemos? Nos están esperando.

–Ve tu primero, necesito ir un momento al baño.

–De acuerdo, no tardes. No quisiera estar mucho tiempo a solas en mitad de la jauría...

–Te recuerdo que fue idea tuya... Ahora vuelvo.

Me di la vuelta e hice intención de dirigirme al baño. Cuando estuve segura de que Inés no me seguía con la mirada, fui en busca de Claudia. Estaba en donde habíamos quedado pero no estaba sola. Dejándome ver lo suficiente, me acerqué a ella haciendo gestos con las manos. A su vez me respondió de la misma manera haciéndome señas para que me acercara.

–¿Qué tal? –dije mirando para la desconocida.– *¿Te vienes, Claudia?*

–Sí, claro. Te presento a Lidia, ella es Paula.

–¡Hola! –contestamos al unísono.

–Perdona que te deje con la palabra en la boca –le dijo Claudia a Lidia.– *Me están esperando. Nos vemos otro día...*

–Hasta la vista –contestó.– *Encantada de conocerte.*

Fuimos bordeando la discoteca para así evitar que Inés y compañía pudieran vernos. Vimos que había un hueco al lado de una columna y nos pusimos justo detrás, desde donde podíamos divisarlo todo y nadie nos vería.

–¿Quién es esa Lidia? Que yo sepa no la he visto antes...

–Ni yo, se me presentó solita. ¿Te das cuenta? Todavía funciona mi sexappel...

–¡Vaya! No sabía que fueras tan espabilada... ¡Cómo para dejarte sola mucho rato! Si te llega a ver Inés...

–¡Calla, calla! No quiero ni tan siquiera pensarlo. Seguramente mi sorpresa hubiera acabado en drama. ¡Uff, que va!

–¿Cuándo piensas decirle que estás aquí? Lo digo porque se va a extrañar de que esté de un lado para otro... Inés no es boba.

–Sólo quiero observarla un ratito... Después le daré una alegría... O eso creo.

–No quiero perderme su cara...!¡Se va a quedar de piedra! Bueno, te abandono por un ratito. Voy para allá antes de que me eche de menos...

Cuando me uní al resto del grupo, ya habían pedido las copas. Antonio se encontraba charlando animadamente con una pareja de chicas, mientras que Manolo estaba apoyado contra la pared con cara asombro. Las muchachas estaban bailando al lado de la barra pero sin querer entrar en la pista de baile. Supuse que querrían tomar un primer contacto con el ambiente. Aún sin estar muy decidida, me acerqué a Manolo.

–¿Te aburres? Da la impresión de que no estás a gusto...

–No, no es eso. Es que todavía no salgo de mi asombro...

–¿De qué te asombras? Somos gente corriente como todo el mundo. ¿Notas acaso que seamos "raritos"? ¿Me sale alguna antena de la cabeza o algo así?

–No me refiero a eso, mujer. Es que nunca hubiera imaginado que esto existiera, la verdad.

–¡Bah! Verás como dentro de un rato te acostumbras. No pasa nada, ¿vale?

–No estoy yo tan seguro... ¿Crees que aquel chico musculoso que está bailando en la pista, también es homosexual?

–El noventa por ciento de los que estamos aquí lo somos. ¿Te extraña? Estás en un club de "ambiente"... ¿Te apetece bailar? –ni yo misma creía que se lo estuviera pidiendo.

–No gracias. De momento prefiero quedarme aquí, me encuentro más seguro...

–No creo que vayan a violarte ni nada parecido, ¿sabes? Aquí dentro somos personas, no animales... En fin, haz lo que te de la gana. Yo me voy a sacudir las pulgas...

¡Pero bueno, Manolo parecía cavernícola! Todavía no había salido de la edad de piedra. El muy tonto, permanecía con su orondo culo pegado a la pared por miedo a que algún fornido muchacho se le acercara. ¿Sería imbécil?

XXVII

La pista estaba atestada de gente y las chicas seguían bailando fuera de ella, pero a mí me apetecía escuchar el "pumbamtumba" desde dentro. Estaban poniendo "bacalao", pero yo intuía que de un momento a otro empezaría a sonar música salsa. Parecía que el "disc–jokey" seguía una pauta preseleccionada, siempre llevaba la misma rutina. Decidida, me abrí paso entre la gente y me sitúe en el centro de la pista. Como ya yo sabía, la música salsa no se hizo esperar demasiado. Dejé que mi cuerpo se envolviera en ella y solté toda la adrenalina que tenía apelmazada en mi interior. Toda la rabia, la desesperanza, el miedo a la soledad. Dirigí mi vista hacia Inés y le hice señas para que se animara y saliera a bailar conmigo. Debía de estar deseándolo porque no se hizo de rogar. Nuria no debía de estar convencida porque se fue al lado de Manolo y se plantó a hablar con él sin moverse. ¡Allá ella!

–*¿Cómo lo estás pasando?* –le pregunté a Inés.

–*¡Genial! ¿Tú qué crees? Me falta mi media naranja, aunque intento no pensar mucho en ello...*

–*Apenas logro escucharte, habla más alto porque sólo me entero a medias... ¿Qué decías de una naranja?*

–*¡Que echo de menos a Claudia, sorda! ¿No vas a invitar a bailar a Nuria? Pienso que si se lo pides no se va a negar...*

–*¡No te oigo nada, si quieres salgamos fuera. No sé lo que estás diciendo!*

–*¡Déjalo, no tiene importancia!*

La situación se tornaba más bien ridícula. La música sonaba muy alta y teníamos los altavoces pegados a las orejas. ¿Cómo pretendíamos entendernos?

Antonio seguía enfrascado en su charla con las muchachas y Nuria y Manolo parecían dos pilares sosteniendo parte del local. No hacían ningún movimiento, parecían estatuas griegas.

De pronto, Inés me agarró del brazo y me sacó casi a rastras de la pista. Su cara estaba desencajada e incluso parecía haber perdido hasta el color.

–¿Qué te pasa? De pronto tienes mala cara –dije.

–No me lo vas a creer, pero me ha parecido ver a Claudia detrás de aquella columna...

–¿Cuántas copas te has tomado? Deberías no beber más, se te esta subiendo a la cabeza. ¿Cómo va a ser Claudia? Será alguien que se le parece...

–¿Por qué no me acompañas y lo comprobamos?

–No cariño, si quieres haz el ridículo tú sola. ¿Qué le vas a decir? ¡Perdona, te confundí con otra persona...! Eso no se lo cree nadie.

–¿Qué te cuesta acercarte conmigo? No hace falta que abras la boca...

–No me vas a convencer, ¿vale? Y suelta ya la dichosa copa que te está empezando a sentar mal la bebida. ¿Qué te parece si vamos a donde Manolo y compañía? A mi parecer, se están quedando dormidos...

A trancas y barrancas pude llevármela por el sitio contrario. Manolo seguía con las posaderas pegadas a la pared y a Inés le hizo mucha gracia comprobar como ni por justicia, se movía del sitio. Nuria permanecía callada, escuchando lo que hablábamos los demás y a mí ni siquiera me miraba. Sin pensarlo dos veces, me coloqué a su lado e intenté entablar una conversación.

–¿Cómo lo estás pasando?... Aunque creo que no muy bien, parece que se te hayan pegado los pies al suelo con silicona...

–No veo la razón para moverme, además... ¿Para qué me preguntas si tú sola te respondes?

–Perdona, no sabía que estuvieras tan sensible... Sólo quería entablar conversación pero ya veo que contigo no hago más que meter la pata.

–¿Te parece si limamos las asperezas y nos comportamos como personas adultas?

–Me parece muy bien. Sin responder yo... ¿Cómo lo estás pasando?

–Es un sitio como otro cualquiera con la diferencia de que la mayoría son homosexuales, ¿no? No te preocupes, estoy bien. ¿Y tú?

–No tan bien como quisiera, ya sabes. Andrea aún no ha vuelto y tampoco tengo noticias de si lo va a hacer. ¿Sabes qué tengo que hacer de tripas corazón para no llamarla? Claudia habló con ella esta tarde y no quiso que me pusiera al teléfono. Quizás ello haya contribuido a mi mal humor. El que parece estar pasándoselo bomba es Antonio, desde que llegamos no ha parado de hablar...

–Creo que se conocen de antes, algo así le oí comentar a Antonio cuando entrábamos y las vio. Sea como sea, se lo está pasando genial.

–¿Te has fijado en Manolo? –dije bajito para que no me oyera.– *Está tan aterrorizado que no se despega de la pared. Por lo menos, después de lo que ha visto hoy, espero que no me de más la lata. Supongo que ya le habrá quedado claro que conmigo no tiene nada que hacer.*

– Yo que tú no estaría tan segura. Antes, cuando bailabas, no paraba de mirarte.

–Por favor, no me des más alegrías. ¿quieres?... ¿Dónde se ha metido Inés?

–Está en la barra, al lado de la cabina. Creo que fue a pedir otra copa porque la acabo de ver hablando con el camarero...

–Discúlpame un momento, voy con ella. ¿Te importa?

–Para nada, ve.

Inés estaba apoyada en la barra sin dejar de mirar hacia la columna donde supuestamente se encontraba Claudia. Di una vuelta por la pista y me sitúe en el lado contrario. Después de hacer las mil y una monerías para captar la atención de Claudia, logré que se fijara en mi. Le hice señas para que se acercara con cuidado de no ser vista y me fui hacia el baño. Al momento entró ella detrás.

*–Inés cree haberte vis*to –le dije.– *Anda buscando la manera de acercarse a la columna para comprobar que no son alucinaciones y no creo que pueda retenerla mucho más. ¿Qué hacemos?*

–Acércate a ella y procura que se quede de espaldas a la columna. Me acercaré por detrás y... ¡Bualá!, aparezco como por arte de magia.

–¿Podrías hacer lo mismo con otra persona? ¡Me muero por verla!

–Ojalá pudiera, Paula, ojalá pudiera... ¿Te adelantas?

Tampoco era plan de fastidiarle la fiesta a nadie. A regañadientes me fui donde estaba Inés y agarrándola por la cintura le di la vuelta dejándola de espaldas al lugar por donde aparecería Claudia. La miré fijamente a los ojos y esbocé una sonrisa.

–¿Te has vuelto loca? Casi me "descuajaringas" la cintura. Chica, fuerte efusividad...

–¿En qué estabas pensando? ¿Todavía piensas que Claudia está aquí? A estas horas debe estar por el cuarto sueño... Tanto pensar en ella y acabarás por despertarla... ¿Qué has pedido?

– Un cubata... ¿Sabes?, Claudia ha aportado a mi vida la paz que no encontraba. Estoy serena, tranquila, feliz. Nunca pensé que la vida volvería a darme otra oportunidad. No pienso hacer nada para que esto fracase, voy a poner todo mi empeño en ello.

–Me alegro de que estés tan eufórica, por un momento creí que te iba a dar la bajona...

–No, pero deseo que pasen los días rápidamente. No creo poder aguantar mucho tiempo sin verla...

–Tú por lo menos sabes que volverás a hacerlo, en cambio yo no tengo ni idea de si Andrea tiene intenciones de poner sus pies de nuevo en esta tierra. Por cierto... ¿Qué era aquello tan misterioso que no me querías decir?

–Realmente no sé más que tú, no seas pesada. ¿Quieres tomar algo?

–Me gustaría poder chasquear los dedos y transportarme a su lado. Verla, hablar con ella, decirle que la echo de menos, que la quiero... Sería bonito, ¿verdad?

– Si eso fuera cierto, yo no estaría aquí. Te lo aseguro.

– ¿Y donde estarías? –preguntó Claudia a su espalda.

–¡Claudia! –a Inés se le abrieron los ojos como platos y se giró tan rápidamente que tropezó con su propio pie y casi se va al suelo de boca. *–¿Qué haces aquí? Sabía que eras tú la que se escondía detrás de la columna... ¡Qué alegría! Pero... ¿Qué ha pasado? ¿Tu padre está bien?*

–No te asustes que está todo en orden. A última hora me avisaron que la operación se posponía y no me fui, así que decidí darte una sorpresa... Aún sin irme, ya te echaba de menos...

–Bueno muchachas, ya me cansé de hacer de la Gemio... Las dejo solas para que se cuenten lo que todavía no se han contado... ¡Cómo hace tanto que no se ven!

De nuevo volví al lado de Nuria. No se había enterado de que Claudia estaba allí y al contrario que yo, parecía estar en otro

mundo. Como si su cuerpo no estuviera de acuerdo con su mente y esta se hubiera alejado de su aura.

–¿Interrumpo algo? –dije.– *Pareces ida... No sé, como si no estuvieras entre nosotros...*

–Pues razón no te falta. Estaba pensando en otras cosas, pero ya he vuelto al mundo real.¿Dónde dejaste a Inés?

–Si te fijas bien está en la barra ligando con una chica guapísima. No se la puede dejar sola por mucho tiempo.

–¿Qué?... ¡Anda, pero si es Claudia! ¿No se había ido a Lanzarote?

–La vida da muchas vueltas, al final se retraso el viaje. Todas no tenemos la misma suerte...

–¿Vas a empezar de nuevo? Cuando te lo propones resultas bastante latosa...

–Eres el kleenex perfecto, chica. A ti no se te puede dar la vuelta para seguir secando lágrimas...

–Por lo menos reconoces que estás bastante lacrimosa esta noche. ¿Te piensas cambiar el chip?

–¡Cambiado! Y qué remedio... ¿Qué te parece si nos abalanzamos sobre Manolo y lo sacamos a bailar?

–No me apetece y menos con Manolo. Me da cierta cosa verlo pegado a la pared de esa manera tan descarada... Él si que parece anormal.

Inés y Claudia se acercaron a nosotras con ánimos de sacarnos a la pista, pero mi mal humor había ido subiendo por momentos y yo no me había dado ni cuenta. Lo más cortésmente que pude, me fui retirando hacia atrás dejando que un espacio considerable se interpusiera entre nosotros. No tenía ganas de seguir discutiendo con Nuria y empezaba a sentir "celos" de Claudia e Inés. Permanecí de esa forma el resto de la noche. Supongo que no quisieron molestarme porque ninguno se acercó durante la velada y,

en el fondo de mi corazón, estaba agradecida. Mis pensamientos estaban centrados en Andrea y no me apetecía hablar con nadie. De alguna manera me estaba autocompadeciendo por no haber encontrado la forma de que hubiese permanecido a mi lado. El tiempo fue pasando y cuando quise tomar consciencia de lo que acontecía a mí alrededor, la música había terminado.

–*¿Ya saliste de tu letargo?* –preguntó Inés acercándose a mí.– *Por un momento pensé que estabas en estado catatónico... ¿Te parece que nos vayamos antes de que nos echen? Ya esto acabó...*

–*Lo siento* –contesté.– *Estaba en la luna de Valencia...*

–*¿De Valencia... o de Córdoba? ¡Venga Paula, espabila! ¿Nos vamos a desayunar? Esta gente está muerta de hambre...*

–*La verdad es que no se me apetece nada. ¿Te importa si yo me voy a casa? Esta noche voy a dormir en la mía... Sin ánimos de ofenderte, quiero tener un poco de intimidad.*

–*Como quieras. Sabes que no hay problemas de ningún tipo. ¿Estarás bien? El que Claudia no se haya marchado, no significa que no puedas quedarte y lo sabes...*

–*No es eso... Necesito centrarme y aclarar mis ideas. Sé que no es fácil y tampoco va a resultar nada placentero, pero... Acabo de tomar una decisión.*

–*¿Puedo saber de que estás hablando? Ahora la que está fuera de onda soy yo. ¿A qué te refieres?*

–*A algo tan sencillo como centrar mi vida. No puedo seguir alimentándome de los recuerdos de Eva, no puedo seguir apoyándome en la indecisión de Andrea y no puedo continuar con el toma y daca de Nuria.*

–*¿Hablaban de mí?* –Nuria estaba justo a mi espalda.– *¿Podría opinar?*

–*¡Estabas escuchándonos!* –exclamé indignada.– *Nunca pensé que ese fuera tu estilo... ¡Mira por donde, me has decepcionado! Y ya van dos...*

–Sólo vine a avisarlas que el resto de la gente ya se encuentra en la calle y nos están esperando, ¿vale? Culpa mía no es que en ese momento, tú estuvieras nombrándome. Creo que te estás pasando y mi paciencia también tiene un límite. Inés, –dijo en tono enérgico– *te espero fuera.*

Se dió media vuelta y salió de la discoteca. Inés me miraba con cara de pocos amigos y yo sentía que mis mejillas habían vuelto a tomar un color rojizo... ¡Me moría de vergüenza! Sin abrir la boca, salí detrás de ella. Ya en la calle me despedí de todos sin dar explicaciones y cogiendo un taxi me marché a casa, no podía aguantar un minuto más.

El ascensor, ¡me había tocado!, estaba roto. Parecía que la noche se había vuelto en mi contra en todos los sentidos. Metida en un jadeo llegué a mi casa y una vez dentro me tiré en el sofá del salón. La cabeza me daba vueltas y la sensación de ahogo había vuelto, aunque quise suponer que se debía a las dichosas escaleras. Cogí el mando a distancia y encendí la tele. Nada que valiera la pena, como siempre. Me levanté y fui a la cocina a servirme una "Cola". Aunque sabía que aquello probablemente me desvelaría aun más, serví un vaso bien lleno y con poco hielo. En el fondo, lo último que quería era dormir.

El teléfono debía de estar sonando desde hacía rato, pero yo me acababa de percatar de ello. Como una bala me incorporé y descolgué el auricular.

–¿Sí?

–Soy yo –contestó Inés al otro lado de la línea.– *Sólo quería saber si estabas bien... Me has dejado preocupada.*

–¿Dónde estás? Oigo mucho ruido de fondo...

–Estamos en la churrería del mercado ¡esto esta a tope! ¿Sigues pensando en pasar ahí la noche? Si quieres pasamos a recogerte después.

–Te lo agradezco pero no, de verdad. Estaba repasando unos papeles del bufete –mentí.– *Tengo mucho trabajo que atender y no puedo seguir demorándolo.*

–Bien, pues como quieras... ¿Te llamo mañana? Te recuerdo que es domingo y no se trabaja...

–Llámame si quieres pero no creo que salga. Prefiero aprovechar el fin de semana y dejarlo todo ordenado. Además, la casa pide a gritos una limpieza y eso sí que no puedo posponerlo. Los bichos me van a sacar en procesión cualquier día de estos...

–De acuerdo, hasta mañana entonces. Si necesitas algo, llama

–Descuida que lo haré. ¡Pásenselo bien! Hasta mañana.

Ellos en la churrería y yo en casa. ¿Por qué tenía que ser todo tan complicado? Bueno, en realidad la complicada era yo, de eso no había duda. Volví a tirarme en el sofá y cerré los ojos. Bajé el volumen de la tele y sólo por el hecho de sentir compañía no la apagué. Todo aquello era una farsa... No quería estar sola.... Me quedé dormida.

Al día siguiente llamó Inés. Iban a ir a almorzar al campo pero a mí no se me apetecía. Un sentimiento de desgana se había apoderado de mi cuerpo impidiéndome moverme. No tenía ganas de hacer nada y rechacé la invitación. No sin antes aguantar diez minutos de preguntas y más preguntas, pude deshacerme de ella. A veces se ponía tan insistente que resultaba verdaderamente difícil hacer prevalecer tus ideas. Por esta vez, le había ganado la batalla.

A las cinco de la tarde decidí que ya estaba bien de autocompadecerme y dándome una buena ducha para despejarme, me vestí y me fui a dar una vuelta por el parque. La tarde estaba preciosa, clara y soleada y los niños correteaban bajo la atenta mirada de sus padres. Risas y más risas acompañaban mis oídos durante el paseo. ¿Tendrían aquellas personas problemas? Nadie parecía estar preocupado, más bien al contrario. Sus rostros emanaban

felicidad, dicha... ¡Hasta un sentimiento de envidia se estaba apoderando de mí! Lo que me faltaba...

Entré en una cafetería y pedí un refresco. Al fondo había una mesa libre y aproveché la ocasión antes de que la ocuparan. Desde donde se encontraba ubicada, se contemplaba gran parte del parque y al fondo, muy al fondo, se veía el mar. Las gentes paseaban de un lado para otro, animadas, charlando. Un niño lloraba mientras se levantaba del suelo después de haberse caído con la bicicleta, otro grupo de jóvenes estaban sentados en un banco alrededor de una muchacha que tocaba la guitarra... Todos tenían la alegría reflejada en el rostro. Todos menos aquel niño y yo. Dejé que el hielo se derritiera mientras que comparaba su fusión dentro del agua con mi vida. No era muy ortodoxa la comparación, pero a mí me resultaba casi perfecta. Me estaba desvaneciendo día tras día y no hacía nada para evitarlo. Me levanté, pagué la cuenta y me fui. Al salir tropecé con una pareja de ancianos que paseaban distraídos y me miraron con una sonrisa. ¿Tan mal estaba que hasta me sonreían?

De vuelta en casa llamé a Miguel. Normalmente no lo llamaba los fines de semana a no ser que realmente pasara algo importante, pero para mí lo era. Acababa de tomar mi primera decisión sin darme cuenta.

–¿Sí... Miguel? Me alegro de que contestaras tú, no hubiera sabido que decir sino... ¿Cómo estás?

–¡Paula, que sorpresa! ¿Cómo tú llamando un domingo?... ¿Pasa algo?

–Nada importante, te lo aseguro. Miguel... Necesito tomarme unas vacaciones. ¿Podría ser?

–¿Tú pidiendo vacaciones? Algo te pasa, Paula... ¿De qué se trata?

– No es nada, de verdad. Sólo quiero descansar durante unos días, quizás me vaya una semanita a Fuerteventura, quizás vaya al sur... Todavía no lo he decidido.

–Me gustaría decirte que no, pero bien sabes que no puedo. ¿Cuándo quieres empezar?

–A ser posible, desde mañana mismo. ¿Tienes personal que cubra los juicios que tengo pendientes? Si no es así, no podré marcharme...

–No te preocupes por eso, en todo caso me encargo yo. ¿De cuánto tiempo estamos hablando?

–Quizás de quince días o tres semanas. Todavía no lo tengo muy claro... ¿Estás enfadado?

–No mujer, lo que estoy es sorprendido... Nunca hubiera pensado que tú quisieras coger vacaciones por tu propio pie. Normalmente hay que obligarte... ¡De acuerdo!

–¡Perfecto! Gracias por ser tan comprensivo... Sigo acumulando favores.

–¿Me llamarás desde donde te encuentres? Vacaciones no significa que vayas a desaparecer, ¿vale? Me gustará saber que estás bien y que no te falta de nada. ¿Lo harás?

–Te lo prometo. ¿Pasas mañana a por los documentos? Si acaso no estoy, te los dejo encima de la mesita de la entrada, dentro de mi maletín. Gracias y discúlpame ante tu mujer, no quisiera haberte creado problemas...

–Para nada y lo sabes. Si no te veo mañana, cuídate. ¡Ah y no dejes de llamar!

No me hubiera importado irme de vacaciones con él. Siempre estaba atento a mí, era como si fuese mi hermano mayor, mi padre. La diferencia entre nosotros era poca, pero él tenía el don de saber escuchar sin preguntar. De mirarte y transmitirte serenidad, de sonreírte y provocar en ti otra sonrisa.

Descolgué de nuevo el teléfono y llamé al aeropuerto. Quería saber si salía algún vuelo para Fuerteventura por la noche y si tenía posibilidades de conseguir billete. ¡Nada, todo ocupado! Para una vez que había tomado una decisión rápida y sin hacerme

muchas cábalas, no tenía suerte. Tendría que esperar a mañana para sacar el billete. Mientras, iría haciendo el equipaje. Estaba decidida.

Una vez preparada la maleta, me volví a duchar y me metí en la cama. No debió pasar mucho tiempo antes de quedarme dormida.

Por la mañana me levanté con otro ánimo. Quizás la idea de que estaba de vacaciones me había alegrado durante mi sueño. Cuando iba a descolgar para llamar a la agencia, sonó el teléfono.

–*¿Quién es?* –pregunté extrañada. Sólo eran las ocho de la mañana.

–*Buenos días* –contestó una voz desconocida para mí.– *¿La Srta. Paula por favor...?*

–*Soy yo. ¿Quién es?*

–*Un momento que le paso...*

–*¿Paula?... Buenos días, perdona que te llame tan temprano, pero no sabía si después te podía localizar...*

–*¿Nuria? No te preocupes, ya estaba despierta. He hecho una cura de sueño acelerada. ¿Qué pasó?*

–*No te asustes que en realidad no es nada. Tengo libre a las once y me gustaría que si pudieras pasaras por aquí. ¿Te viene bien?*

–*Bueno, no sé... Tenía pensado salir de vacaciones... Siempre y cuando encontrara billete, claro.*

–*¿A dónde vas? No tenía idea de que pensaras marcharte a ningún sitio...*

–*Yo tampoco lo sabía hasta ayer. Lo pensé y lo decidí sobre la marcha. Si tengo algo de suerte, me voy para Fuerteventura.*

–*Desde luego que es un buen lugar en donde relajarse. Además, como en las islas siempre hace buen tiempo, te pondrás morenita... ¡Que envidia! De todas formas no importa... Podemos hablar cuando regreses.*

–¿Te urge mucho? Quizás si encuentro billete pueda retrasar la marcha hasta esta tarde... Da igual salir a las diez de la mañana que a las siete de la tarde. ¿A qué hora dijiste... a las once?

–Sí, pero no te preocupes. Podemos dejarlo para más adelante.

–No pasa nada, iré. ¿Te espero abajo o subo?

–Te agradecería que subieras... No lo tomes a mal, simplemente aquí estaremos más tranquilas, ¿de acuerdo?

–Vale. Intentaré ser puntual. Nos vemos dentro de tres horas. Hasta luego.

¿Para qué demonios quería verme Nuria, que no había podido esperar a llamarme a otra hora haciéndolo tan temprano? ¿Habría estado hablando con las chicas? No tenía ni idea y tampoco iba a permitir que alterara el estado de semi–tranquilidad que había recuperado durante la noche.

Decidí ir personalmente a cualquier agencia de viajes antes de hacerlo por teléfono, así que deje las maletas preparadas en la puerta y salí. Por el camino iba pensando en la llamada de Nuria. ¿Qué era eso tan importante? Bueno, en realidad ella había dicho que podía esperar a que yo regresara, así que la verdad era que la que no podía esperar era yo. De pronto recordé que dos calles más allá del despacho de Nuria, había una agencia de viajes. Así que cogí la guagua y me dirigí hacia Triana.

Una vez en la agencia tuve que esperar un ratito, pues, aunque sólo había un cliente, la otra empleada estaba haciendo gestiones telefónicas y no podía atenderme. Cuando me toco la vez, me senté.

–Buenos días –dijo amablemente.– *¿En qué puedo ayudarla?*

–Buenos días. Quisiera salir hoy para Fuerteventura... ¿Hay posibilidad de conseguir pasaje?

–A ver... –dijo mientras consultaba en la pantalla del ordenador.– *Creo que hay plazas libres en el vuelo de las cinco y media... Sí.*

–¡Perfecto! Ustedes también gestionan el apartamento, ¿verdad?

–Desde luego. ¿A qué parte de la isla quiere ir?

–Me da igual... A cualquier sitio en donde se pueda descansar. Estoy de vacaciones, ¿sabe? Sólo voy buscando tranquilidad...

–Hay un pequeño problema –dijo.– *En esta época del año los turistas están por todos lados, así que la tranquilidad absoluta no se lo puedo garantizar... Donde único tenemos apartamentos libres es en Corralejo. ¿Le vale?*

–Da igual. ¿Y en algún hotel?

–Lo lamento, está todo ocupado. En todo caso... Vamos a ver... El "Hotel Paraíso" puede que tenga algo, pero sigue estando en Corralejo.

–Da lo mismo. ¿Tiene régimen de pensión completa?

–Sí, se lo puedo concertar desde aquí, aunque yo le aconsejaría sólo media pensión. La cena suele ser temprano con esto del turismo y el comedor tiene una hora de cierre. Muchos clientes, aún habiéndolo pagado, se quedan sin cenar.

–Pues entonces déjelo en media pensión, gracias.

–¿Cuantos días va a estar?

–Sólo hasta el próximo domingo. ¿Hay vuelo para regresar ese día?

–Sí –dijo mientras confirmaba todo en el ordenador.– *¿Le parece bien regresar a las siete de la tarde?*

–Perfecto. También me gustaría alquilar un coche. ¿Lo hacen ustedes desde aquí?

–Aquí lo único que no hacemos es ir por ustedes –comentó en tono jocoso.– *De resto, lo solucionamos todo. Ya está,confirmado. En unos momentos lo tiene listo, sólo hay que esperar a que se emita el billete y el bono del hotel.*

XXVIII

En media hora escasa lo había solucionado todo. La chica era la mar de simpática y desde luego no cabía duda de que muy eficiente. Todavía faltaban cuarenta y cinco minutos para que dieran las once, así que opté por sentarme en un banco de Triana mientras me comía un croassant calentito que acababa de comprar en una dulcería. Triana era el mejor escaparate de la ciudad. En unas fracciones, décimas de segundos, veías a todo tipo de personas. Desde amas de casa comprando apuradas, ejecutivos con maletines saliendo y entrando de entidades bancarias, hasta jubilados pasando el tiempo y charlando con los viejos y nuevos amigos. Resultaba curioso pensar que, aunque viviéramos en una isla, habían personas a las que nunca llegaríamos a conocer. A no ver jamás en nuestra vida. A veces alguna que otra cara te resultaba familiar, pero no era más que el reflejo de un espejismo que creías haber visto en cualquier otro sitio. Volví a mirar el reloj y me puse en marcha. Eran ya las once menos cinco.

A las once menos un minuto, me encontraba subiendo las interminables escaleras que conducían al despacho de Nuria. Sólo por evitar subir aquellas escaleras, comprendía el porqué me había citado arriba. Llegué con la lengua fuera y me tiré en el primer asiento libre que vi ante mis ojos. Un segundo más tarde, Nuria salió a buscarme. O me había olido, o realmente creyó en mi puntualidad. ¡No sabía que había tenido suerte!

–*¡Hola! Pasa,* –dijo acompañándose de un gesto.– *vayamos dentro.*

–Una vez en el cine me dijeron lo mismo y tuve que pagar yo las dos entradas... –dije para romper mi propio hielo.– *Estoy intrigada...*

–Si tú vienes a mi consulta pidiendo hora, te aseguro que tienes que abonar mi minuta... Pero en este caso has venido a petición mía. Por lo tanto, hoy no tendrás que pagar el cine, ¿vale?

–Lo dije en broma. –contesté sentándome.– *Tú dirás...*

–La verdad es que no sé bien por donde empezar, aunque supongo que lo mejor será que lo haga por el principio.

–Supongo... –dije.

–Me gustaría saber que te pasó el sábado. En cuestión de minutos te ausentaste de todos y luego te despediste a la francesa... No lo entendí.

–¿Y como se despiden los franceses? Porque ahora la que no entiende soy yo. Estoy de acuerdo en que la postura que adopté no era la más indicada y te pido disculpas por ello, pero creo que a la salida me despedí de todo el mundo correctamente. Con pocos miramientos, pero correctamente.

–No quise que sonara de esa manera, mujer. Igual no me estoy explicando como quisiera... ¿Cómo estás? Me extrañó mucho lo que me dijiste de las vacaciones. No sé... parece tan precipitado... Aunque a veces es así como mejor salen las cosas.

–Hoy me encuentro mejor anímicamente. Supongo que será porque voy a desconectarme durante unos días de lo cotidiano, de la monotonía. Nuria... Tú no me has llamado sólo para esto, ¿verdad? ¿Qué es lo que pasa?

–Siento que te debo una explicación. He estado dándole muchas vueltas a la conversación que mantuvimos la ultima vez que asististe a consulta y aunque no encuentre lógica a lo que voy a decirte, tengo la obligación de rectificar y dar marcha atrás en mi postura. Con ello no quiero decir que vaya a cambiar nada, ¿entiendes? Simplemente quiero decir que tenías razón, que era yo la que estaba equivocada.

–¿Puedo saber de qué me estás hablando? Tu argumento me parece bastante convincente, pero no tengo ni idea a que te refieres.

–Transferencia, me refiero a la transferencia. Los libros podrán decir muchas cosas, pero la vida acaba por demostrarte que no sólo lo que se escribe es lo correcto. A veces se crean sentimientos que uno no sabe definir y nos escudamos en lo que hemos estudiado, en lo que nos enseñaron. A eso es a lo que me refería... ¡Ya lo dije!

–¿Entonces eso significa que no soy tan inmadura y tan promiscua? ¡Me alegra conocer que también tienes el don de saber dar marcha atrás! Por un momento he llegado a creer que eras perfecta, aunque si te he de ser sincera, sigo creyendo que lo eres.

–No me gustaría que te confundieras, sólo quería aclararte que podías tener razón. ¿De acuerdo?... No le des más vueltas al asunto porque no hay nada más que explicar.

–Me parece bien. Si sólo me llamaste para eso... Ya has cumplido. ¿Puedo ahora invitarte a tomar un café?

– Nada ha cambiado, Paula. Tú sigues estando detrás de la mesa y yo sigo siendo tu terapeuta, ¿conforme?

–Está bien, me rindo. En fin, me tengo que marchar. Quiero pasar por el bufete de Claudia para decirle que salgo esta tarde para Fuerteventura. No sé si irán a almorzar hoy a la casa, así que voy a aprovechar para acercarme a su oficina. Bueno Nuria, ha sido un placer hablar contigo sin que hayamos acabado discutiendo... ¿No te parece a ti lo mismo?

–Desde luego hemos progresado. Últimamente acabábamos como el rosario de la aurora.

–Porque tú así lo querías. De vez en cuando deberías controlar la forma en que te diriges a la gente. Sin pretenderlo puedes llegar a hacer mucho daño.

–Supongo que tienes razón. De nuevo te pido disculpas por lo que te haya podido decir o hacer, nunca fue mi intención herirte.

–¡Bah! Ya está todo aclarado. ¿Me acompañas a la puerta?

Tenía cierta satisfacción en mi interior. Era la primera vez en mucho tiempo, que sentía que alguien se disculpara de aquella manera tan sincera. Normalmente era yo la que pasaba el día excusándome ante la gente y, resultaba reconfortante que de vez en cuando alguien reconociera que se había equivocado.

Cuando llegué al bufete Claudia no estaba, había salido a los juzgados y no volvería en todo el día. Un poco decepcionada fui a la parada de guaguas y cogí la que me llevaría a casa de Inés. No estaba segura de que hubiera alguien en la casa porque supuestamente estaban trabajando, pero aun así y como no tenía nada mejor que hacer, me arriesgué.

Después de estar una hora esperando sentada en el portal, comprendí que era inútil seguir allí. Volví a casa y llamé a Miguel, los papeles habían desaparecido de la mesa del recibidor. Tampoco estaba. Aún me quedaban tres horas para ir al aeropuerto, así que decidí acostarme un rato. En realidad no tenía ni pizca de sueño, pero ante no saber que hacer... El teléfono me sobresaltó.

–¿Sí...?

–Hola Paula... ¿Cómo estás?

–Hola... –contesté.– *No se oye bien... ¿Quién eres?*

–Tanto tiempo no hace, mujer. ¿Ya no te acuerdas de las amigas?

–¡Andrea! –el corazón me dio un vuelco y se me encogió el estómago.– *¿Eres tú... ?*

–Sí... ¿Cómo te va?

–Bien –respondí casi sin aliento.– *Es que apenas te escucho, se te oye fatal. ¿Desde dónde llamas?*

–Te llamo del móvil. Estoy en el aeropuerto.

–¿En el aeropuerto?... ¿Aquí?

–No, todavía sigo en Córdoba, pero...

–¿Pero qué? No te pares...

–He de hacer transbordo en Madrid porque no hay vuelo directo hacia Las Palmas. Así que creo que, si no hay contratiempos, llegaré ahí sobre las siete de la tarde. ¿Vas a ir a recogerme?... ¿Oye? ¿Paula?... Me cachis... no oigo nada... ¿Paula?... ¡Esto se esta quedando sin batería... Si puedo te vuelvo a llamar... ¡Nos vemos esta tarde, tengo muchas cosas que contarte! Deseo... besit... ues...clar...

Se había cortado. ¡Increíble! ¿Cuál era el número de su móvil? ¡Pero si acababa de enterarme de que tenía uno! Estaba sudando debido a los nervios y las manos me temblaban. ¡Me había llamado para decirme que regresaba y que quería que fuera a buscarla! ¿Cuánto faltaba? Todavía tenía mucho tiempo por delante... ¿Qué hacer mientras tanto? ¿Y mi viaje a Fuerteventura? ¡Pero si es que ya lo tenía todo resuelto, desde la estancia hasta el coche de alquiler! Sin duda tenía que anularlo o perdería el importe íntegro del billete... Pero primero llamaría a Inés.

–*¡Vaya, que suerte*! –dije cuando escuché su voz al otro lado del hilo telefónico.– *Hace un rato que estuve por ahí y no había nadie.*

–Sólo me has dado tiempo a entrar por la puerta, ni siquiera has dejado que me quitara los zapatos... ¿A qué se debe tu insistencia?

–Anoche tome una decisión que para mí es importante. Decidí irme de vacaciones una semanita a Fuerteventura. Salgo esta misma tarde a las cinco y media, quería que lo supieran... También pasé por la oficina de Claudia, pero no estaba. ¿Ya llegó?

–Todavía no, pero está al caer. ¿Estás segura de lo que quieres hacer?

–Hasta hace dos minutos estaba totalmente convencida, pero ahora... Andrea acaba de llamarme.

–¿Te llamó? ¿Y cómo está? Que yo sepa no se ha puesto en contacto con nosotras... A no ser que haya localizado a Claudia.

–Regresa esta tarde y quiere que vaya a buscarla al aeropuerto. Se supone que mi vuelo sale a las cinco y media y ella viene llegando sobre las siete...

–¿Qué piensas hacer? No puedes estar en dos sitios a la vez...

–Ese es mi gran dilema... ¿Qué crees que debería hacer? ¡Necesito tu ayuda! Si vieras como estoy... Las manos me sudan y de un momento a otro me va a dar un ataque de histeria... ¡Estoy muy nerviosa!

–¿Te dijo algo más? No sé, alguna señal de lo que ha decidido o algo...

–Llamaba desde el móvil y se cortó la comunicación. Prácticamente no la oía nada, se escuchaba muy bajito y después las palabras empezaron a entrecortarse hasta que dejé de escucharla. Así que sólo sabes lo mismo que yo. ¿Qué opinas?

–¿Qué quieres que opine? Habrá que esperar a que llegue... ¡No soy adivina! Deberías relajarte un poco...

–¿Relajarme? ¡No pides tú nada! Estoy saltando alrededor del teléfono, no te extrañe que también se corte la comunicación... Me voy a cargar el cable. Inés... ¡Estoy asustada!

–Tranquilízate, nada sacas con ponerte nerviosa. ¿Quieres venirte para acá? Creo que sería lo mejor...

–De acuerdo, pero antes tengo que llamar a la agencia... He de resolver lo de la reserva. En media hora estoy ahí... Suponiendo claro, que no me de un infarto por el camino.

–Pues tomate las cosas con calma que nada sacas con perder los nervios, ¿vale? Mientras tanto, voy a preparar algo para comer. ¿Qué te apetece?

–No creo que ahora me entrara nada, tengo el estómago completamente encogido. Te dejo que me cierra la agencia. En cuanto termine voy para allá. Hasta luego.

Normalmente me relajaba hablar con Inés, pero eran tantos los nervios que ni siquiera la conversación mantenida había calmado mi exaltación. En vano, intenté hablar con la agencia de viajes. Estaba cerrada y no era de extrañar porque pasaba un buen rato de la una de la tarde. Tendría que intentarlo desde casa de Inés.

Las maletas seguían estando en el mismo sitio, al otro lado de la puerta. ¿Si había decidido irme y al final optaba por quedarme sólo para que Andrea me dijera que no podía ser...? ¿Y si me marchaba y perdía la oportunidad de escuchar de sus labios que me quería? ¿Qué hacer?... Tampoco podía tomar muchas decisiones basándome en una llamada de teléfono... Cogí las llaves del coche y me fui a casa de Inés. Normalmente a esas horas encontrabas aparcamiento con relativa facilidad. Tuve suerte, llegando yo y saliendo otro coche justo delante de su puerta. Aparqué y subí.

–*¡Vaya no te esperaba tan pronto!* –dijo Inés cuando entré en su casa.– *Todavía estoy pelando las papas.... Porque vamos a comer papas y huevos, no pienso hacer otra cosa.*

–*Yo no he abierto la boca. Inés... ¡Abrázame, lo necesito!*

–*¿Pero por qué estas así, mujer?* –dijo mientras me apretaba fuertemente.– *No vale la pena adelantarse a los acontecimientos... ¿Solucionaste lo del viaje? Al final... ¿ Qué decidiste?*

–*Todavía nada porque la agencia estaba cerrada. Volveré a llamar sobre las tres y media. No sé que hacer... ¿Me voy... me quedo? ¿Y si sólo quiere verme para decirme que lo nuestro no puede ser? ¿Y si se ha dado cuenta de que es imposible que ella pueda amar a otra mujer? ¿Y si sólo viene a recoger sus cosas para luego volverse a ir?*

–*No esperes respuestas de quien no ha llegado todavía. ¿Por qué te atosigas de esa manera? Pareces una jodida máquina de hacer preguntas... ¿Has solicitado trabajo en el departamento de investigaciones de la policía? ¡Ah, me olvidaba! Eres letrada... listilla.*

–Ya esta bien de cachondeo, ¿no crees? No tengo el cuerpo para muchas bromas... De todos modos, tienes razón. No vale la pena comerme el coco. Ahora mi único problema es pensar en lo que realmente quiero hacer. ¿Me quedo o me voy?

–Haz lo que mejor creas conveniente, en eso yo no te puedo ayudar. Escucha... Están abriendo la puerta. Mi pichoncita acaba de llegar.

–Si no te importa me voy a tender un rato en el cuarto, necesito pensar. ¿Le cuentas a Claudia las ultimas novedades, por favor? No quiero seguir hablando de ello.

Me encerré en la habitación mientras oía claramente como Claudia me llamaba salvaje por no saludarla. Sabía que tenía razón, pero lo entendería cuando Inés se lo explicara. Además, Inés siempre sabía como calmar a las fieras. Mi dilema era muy grande. Había personas en el mundo con problemas muchísimo más importantes que los míos y en el fondo me daba un poco de remordimiento preocuparme de aquella manera por tantas chorradas. Claro, que si me paraba a pensar, aquella chorrada era yo. Se trataba de mi futuro, de mi felicidad. Tenía que alcanzarla con ella o sin ella, pero la determinación que había tomado era la de no volver nunca más a sentirme tan despreciable, tan sola...

Claudia estaba tocando en la puerta avisándome que la comida estaba servida en la mesa. Con desgana me levanté y fui a la cocina.

–¡Buenas tardes...! –dijo Claudia en cuanto asomé la cabeza. *–Pensé que te habías quedado dormida...*

–¿Qué tal? –dije acercándome para darle un beso.– *Perdona lo de antes, estaba muy nerviosa y no tenía el cuerpo para dar muchas explicaciones. ¿Te contó Inés?*

–Sí, creo que ya me ha puesto al corriente. ¿Qué vas a hacer? No te queda mucho tiempo para decidir...

–¿Tampoco tú vas a echarme una mano? ¡Pues a buen lugar he venido a recalar! Ahora lo que necesito son opiniones objetivas, opiniones que no se dejen confundir por la histeria...

–Pues lo lamentamos mucho –dijo Inés hablando por las dos.– *No es un tema en el que te podamos ayudar y deberías comprendernos... ¿Qué decirte? ¿Que te vayas? ¿Qué te quedes? Esa decisión tendrás que tomarla tu solita...*

–De acuerdo, ya veo que realmente estoy "solita". Cambiemos de tema, ¿vale? Ahora comamos que ya después pensaré que hacer. No tengo nada de hambre, pero si no como algo, después me dolerá la cabeza. A mí ponme pocas papas y un sólo huevo, por favor. Gracias.

El aire se podía cortar con unas tijeras. Sentadas en la mesa nos limitábamos a comer sin decir palabra. Yo no levantaba la cabeza del plato porque en realidad estaba de nuevo avergonzada. ¡Por Dios, que eran mis amigas! ¿Qué coño me estaba pasando? Permitía que una sola llamada de Andrea alterara mi vida de una forma caótica, inexplicable. Pidiendo disculpas, me levanté de la mesa y me fui al salón. Inés salió detrás.

–¿Podrías relajarte un poquito? ¿Por qué no te miras al espejo y ves la cara que tienes? Tu aspecto es el de una persona desenfrenada y no creo que con esa pinta te hagan caso en ningún sitio. Lo digo por si vas a recoger a Andrea al aeropuerto. Tienes las facciones demasiado tensas, ¿te doy un masaje?

–¿Y cómo sabes que voy a ir a recogerla si ni yo misma lo sé?

–Porque te conozco y sé que lo acabaras haciendo. Una cosa es que yo no quiera influir en tus decisiones y otra muy distinta es que no sepa de antemano lo que vas a hacer.

–¿Crees que haría mal si no fuera?

–Tú sólo debes analizar tus sentimientos. ¿Realmente la quieres?

–¿Que si la quiero? ¡Estoy colada por ella! Estar estos días sin verla han sido un verdadero martirio… ¿Sabes algo? Nunca pensé que llegaría a superar lo de Eva. Aunque contara con el apoyo de mis amigas, aunque estuviera rodeada de gente, ella seguía constantemente en mis pensamientos. Era como si una parte suya estuviera afianzada en mi corazón. Lo que hizo estuvo mal y todas lo sabemos. Nunca debió de haber tomado aquella decisión tan drástica, pero en el fondo de mi corazón, muy en el fondo, a veces me he sentido halagada porque nunca nadie antes me quiso de esa manera. Sé que es muy fuerte lo que estoy diciendo, pero sería absurdo negar que he tenido esos pensamientos. La llegada de Andrea ha supuesto en mi vida esperanza, ilusión, cada vez que la veo se me pone un nudo en el estómago y me cuesta hablar con fluidez. Es como si me quedara atrapada en su mirada, en su sonrisa. Todo en ella me parece perfecto, no encuentro motivos de decepción y te juro que más de una vez he deseado, no odiarla, pero por lo menos no quererla de la forma en que la quiero… ¿Sabes una cosa?, Eva lo supo desde la primera vez que nos vio juntas. Tuvo celos de ella y me lo dijo. Eva notó que Andrea y yo llegaríamos a intimar y no se equivocó. En eso, no se equivocó. Cuando la veo, hasta parece que rejuvenezco, es como si volviera a tener quince años, como si la vida se me fuera con ella cada vez que no está a mi lado. Muchas noches he soñado que estabamos juntas y que vivíamos felices en nuestra casita de campo. ¡Fíjate hasta que punto retrocedo con ella en el tiempo! A su lado me siento libre, abierta, cómoda, alegre... Y hasta guapa. Bebo de su mirada y me alimento de sus palabras... ¿Es eso amor?

–O es amor o es locura, porque ni yo misma lo hubiera definido mejor. Creo que estás enamorada, muy enamorada. ¿Verdad que no me equivoco?

–Probablemente no… ¿Qué hora es? Tengo que llamar a la agencia.

Esta vez si cogieron el teléfono. La misma chica que me había atendido por la mañana era la que estaba al otro lado.

–¡Hola, buenas tardes! Creo que fuiste tú la que me atendiste esta misma mañana... Soy la que quería irse hoy mismo a Fuerteventura.

–¡Ah sí, soy la misma! ¿Tiene algún problema?

–Quería... Perdone un momento por favor...

¿Y por qué no? Siempre podía ocultárselo y nunca lo sabría. ¿Valía la pena intentarlo?... ¡Dios, tenía a una persona esperando al otro lado de la línea!

–Discúlpeme por la tardanza –dije sin mucha convicción.– *Quería saber si cabía la posibilidad de sacar otro billete... Y también de cambiar la reserva de la habitación individual por una de matrimonio...*

–No creo que haya ningún problema. Espere que se lo miro en la pantalla... Sí, aún quedan plazas en el vuelo. ¿Le emito el billete?

–¡Estupendo!... ¡Uy, perdón! Sí, por favor. A nombre de... –dudé un instante– *a nombre de Andrea Ramírez Castellano. ¿He de pasar a recojerlo?*

–No hace falta. Se lo mandaremos con un mensajero. ¿Algo más?

–No. Creo que no, gracias... ¡Un momento! Casi se me pasa. No podemos salir en el de las cinco y media. ¿Hay algún otro vuelo?

–Sale otro a las diez. Comprobaré si puedo cambiarles la hora.

–Si no hay en turista no importa que nos ponga en clase preferente, pagaré la diferencia...

–No hace falta, hoy la suerte se alía con usted. No hay problema, tiene la salida confirmada a las diez y diez de la noche. Rogamos que esté media hora antes para embarcar y cuando lo

haga, dele a la azafata de tierra el nuevo billete que también emito a su nombre. El que está en su poder lo acabo de anular. Se lo mando junto con el otro pasaje, ¿de acuerdo?

–Muchísimas gracias, le quedo eternamente agradecida.

–No hay de que y siga utilizando nuestros servicios. Mi nombre es Ana. ¡Buen viaje!

Salí de la habitación como alma que lleva el diablo. Me invadía una alegría enorme y tenía que contárselo inmediatamente a las chicas. Estaban recogiendo la cocina.

–Acabo de hacer algo increíble, impensable! –dije eufórica.– *He reservado billete para Andrea.*

–¿Qué has hecho el qué? –exclamó Inés. *–Realmente has perdido el juicio.*

–¿Tú crees? –dije algo decepcionada.– *Sé que no está bien decidir por los demás pero... ¡Qué demonios! Si la cosa sale mal, no le digo lo del billete. Y espero que ustedes tampoco lo hagan...*

–Por nosotras es por quien menos deberías preocuparte. Más vale que te vayas dando una ducha y preparándote con tus mejores galas... ¡Habrás de impresionarla!

–Voy a ir a buscarla como siempre, normalita. Lo último que quiero es hacer el ridículo en pleno aeropuerto. Así que no me estés dando ideas, ¿entendido?

–¡Vale, vale. Hay que ver como te pones!

–Bueno, pues yo me voy a casa a prepararme, no quiero llegar tarde por nada del mundo. Incluso saldré una hora antes no sea que vaya a pillar caravana...

–¿A estas horas? ¡Anda, lárgate ya que me estás poniendo enferma!

–Venga, hasta luego.

–¡Espera un momento! –Inés se acercaba corriendo hacia la puerta.– *No sería justo que te marcharas sin antes desearte suer-*

te, ¿no crees? Ven acá y dame un fuerte beso, igual más adelante ya no podemos...

–*¡Eso nunca*! –repliqué–. *Anda suéltame ya que me emociono.*

Llegué a casa y me prepare una tila con manzanilla. Seguía estando muy nerviosa y necesitaba relajarme o no podría ni conducir. De casa de Inés a la mía era poco trayecto comparado con el que me esperaba hasta llegar al aeropuerto. No quería tener ninguna complicación por el camino.

Fui al cuarto de baño y abrí el grifo del agua caliente dejando que se llenara la bañera. Me quité la ropa y cuando el agua estuvo templada me metí dentro. ¡Que alivio!

Estaba consiguiendo relajarme tanto, que por unos momentos tuve la sensación de que me había quedado dormida. Miré el reloj. No, todavía me quedaba tiempo más que suficiente. Podía estar un rato más en remojo. Eran las cinco y cuarto cuando salí del baño, tenía el tiempo justo para vestirme y salir pitando.

Normalmente los aviones venían con algo de retraso pero yo no quería jugar con mi destino. No quería hacerla esperar, prefería hacerlo yo. Me di un rápido masaje con unas bolitas de aceite y me sequé bien. Tardé escasamente media hora en estar lista. Me había puesto unos vaqueros y una blusa de tiros que dejaba ver mi espalda desnuda, y aunque me pelara de frío, no pensaba llevar chaqueta.

Llegue al aeropuerto a las seis y media. Todavía faltaba otra media hora para que el avión aterrizara. El panel de información distribuido por todas las dependencias, anunciaba el vuelo a la hora prevista. Todo seguía su curso, todo estaba normal. Todo iba sobre ruedas menos yo. Al salir de casa me encontraba más relajada, pero ahora que estaba en el aeropuerto notaba como me temblaban las piernas. A las siete y dos minutos anunciaron por megafonía que el vuelo procedente de Madrid desembarcaría por la puerta A7. El corazón se me desbocó. ¡Ya estaba aquí!

Las puertas se abrieron sólo unos instantes y pude ver a la gente con los carritos esperando en la cinta mecánica sus equipajes. Sólo tuve tiempo de echar una ojeada porque enseguida se cerraron. No la había visto. La espera me resultaba interminable. De vez en cuando se abrían las puertas para que fueran saliendo los pasajeros que ya tenían sus maletas, pero no daba tiempo a ver nada. Andrea parecía que se extremaba, porque ya casi no quedaba pasaje dentro cuando de repente la ví salir con el carrito cargado hasta los topes. Ella me buscó con la mirada hasta que me encontró. Yo no podía moverme del sitio, estaba petrificada. ¡Cielo santo! Sólo había estado unos días sin verla y parecía que hubieran pasado siglos... ¡Estaba guapísima! Tenía la melena recogida en una trenza y vestía de manera informal, con unos vaqueros y camiseta de manga hueca, como le gustaba a ella. De pronto se paró a unos metros de donde me encontraba y se quedó mirándome con una ternura que no soy capaz de describir. Sus ojos penetraban en mi alma de una forma arrolladora y entonces me di cuenta de que unas lágrimas surcaban sus mejillas. Instintivamente corrí hacia ella y la abracé. Estuvimos así, sin mediar palabra, unos maravillosos segundos. Podía sentir su corazón latiendo en mi pecho y también notaba como sus manos temblaban en mi cintura. Lentamente se separó y esbozó una sonrisa mientras que con sus manos secaba su cara emocionada. No nos dijimos nada hasta que llegamos al coche.

–¿Cómo estás? –preguntó.– *Te he echado mucho de menos...*

–Estaba deseando verte. Cuando me llamaste me puse como loca... Y aún más cuando me dijiste que venías hoy mismo...

–No podía aguantar más, ¿sabes? He tenido mucho tiempo para pensar y reflexionar, para aclarar mis ideas... creí que ya era el momento de volver...

–¿Has solucionado tus dudas? –en el fondo tenía miedo de preguntarle, pero no podía evitarlo.

–Yo creo que sí... Cuando sientes que el pecho se te abre en mil pedazos, que una angustia se apodera de tu corazón. Que no puedes comer ni dormir, que apenas te concentras en lo que estás haciendo. Cuando analizas todo eso y te das cuenta de que está originado por la misma causa, comprendes que no puedes negar lo que en el fondo sabes. Lo que de alguna manera siempre has sabido pero te ha dado miedo reconocer...

–Andrea, me va a dar un infarto... ¿Puedes sacarme de dudas? ¿De qué estás hablando?

–Hablo de que he estado pensando en ti a todas horas. Hablo de que no he hecho otra cosa que querer estar contigo desde el mismo día en que me subí al avión para volver a casa, hablo de darme cuenta de que mi verdadero hogar está donde tú estés. Hablo de que estoy enamorada, de que no puedo vivir sin ti, de que quiero compartir el resto de mi vida contigo, de que quiero envejecer a tu lado. Hablo de que... Te quiero, Paula.

Sonó el despertador. Abrí los ojos lentamente, como si me costara mil sacrificios despegar los párpados. Había tenido una noche terrible. Las pesadillas no me habían dejado descansar y la culpa había sido de la opípara cena que había comido. Volví a cerrar los ojos y respiré profundamente. De pronto recordé donde me encontraba. Giré la cabeza y allí estaba. Su rostro era dulce y emanaba tranquilidad, sumida en un sueño relajante. Con la felicidad que se asoma en el rostro, cuando la mente se desconecta del cuerpo. Ella tenía esa facilidad. Dormía plácidamente en cualquier sitio y a cualquier hora. Volví a cerrar los ojos, nadie nos molestaría porque dejamos colgado en la puerta el conocido letrero de "No perturbar el sueño". Habían transcurrido nueve años desde la primera noche que pasamos juntas y desde entonces, siempre íbamos al "Hotel Paraíso" a celebrar nuestro aniversario. Fuerteventura se había convertido en nuestro pequeño nido de amor.

Abrí nuevamente los ojos y ella ya estaba despierta. Me miraba como siempre hacía, calándome el alma, robando mi corazón y dedicándome la más bella de sus sonrisas. Me acerqué y le di un beso. Me abrazó y cerramos los ojos. Sólo me dio tiempo a escuchar, como en un susurro, las palabras te quiero... te quiero... te quiero.

Este que pretende ser un libro, ha sido producto del esfuerzo y la constancia, del tesón y de la cabezoneria de la que escribe. Estoy orgullosa porque es el primer reto que he llevado hasta el final, hasta sus últimas consecuencias. Lo importante es que lo que antaño soñé, hoy es una realidad.

Estoy agradecida a quienes me animaron a sacarlo del cajón y mostrarlo al resto, sobre todo a quien me prestó su apoyo y me alentó a seguir adelante en el camino en estos últimos años aún a costa de su propio tiempo.

En el fondo quiero dedicar esta novela o como prefieras llamarlo, a todas las personas que creyeron en mi... y a las que no, también.

Gracias y mil gracias a quien que lo lea y sienta que he aportado algo nuevo en su vida y perdón a aquellas personas que en algún momento creyeron que mi mente daba para algo más.

Nunca se está al gusto de todos... y yo no voy a ser una excepción.

Khali.

Paula, una joven abogada, afronta sus primeros pasos profesionales saboreando con timidez las mieles de unos tempranos éxitos. Dotada de gran personalidad, vive su homosexualidad de una forma abierta y natural, sin exhibicionismos gratuitos pero con una insultante transparencia. Su atrayente forma de ser, la hace merecedora de unas incondicionales amigas entre las que destaca Eva, que la hará objeto de una pasión enfermiza.

Una sola noche bastará para que *Paula* se replantee toda su vida. Una velada en la que una atractiva mujer aparece en su camino, llenándola de inquietudes. Sin embargo, algo inesperado provoca que la seguridad en sí misma se transforme en doloroso arrepentimiento en horas del amanecer. Nada, a partir de entonces, volverá a ser igual.

Un relato semejante a un calidoscopio en el que se busca agónicamente la satisfacción de un amor verdadero. Pero en el que también se mezclan, a partes iguales, el descarnado dolor y la inalterable amistad. Una historia que nos hará desear llegar a tener "un cachito de tu sueño".

9 788461 130665